

Francisco Candel



Temperamentales



Lectulandia

Temperamentales está protagonizada por un grupo de enfermos reunidos al azar en la fonda de un pueblo de alta montaña. Al tiempo que intentan recobrar la salud se exacerban en ellos las pasiones amorosas y eróticas. La mojigatería y el puritanismo externo de la época (la posguerra española), son una traba constante para los escauceos de estos temperamentales. Su misma moralidad les llena de contradicciones y falsas soluciones. Una endemoniada partida de damas con que distraen el tedio, concede un original e inesperado final al relato.

Temperamentales es una novela llena de lirismo y desgarró. El estrecho pero hirviente mundo descrito en ella era bien conocido por Candel, que había estado en un lugar parecido recobrándose de una tuberculosis, enfermedad por entonces mortal en muchos casos. Candel lo describe con causticidad y agudo sentido de la observación, no exento de ternura y humanismo.

Lectulandia

Francisco Candel

Temperamentales

ePub r1.0

Titivillus 04.12.17

Francisco Candel, 1960
Diseño de cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Existe Barcelona. Los demás escenarios de la obra son ficticios. Los personajes, también. Los hechos, ídem. Cualquier parecido con la realidad, eso que se dice siempre: coincidencia.

PRIMERA PARTE

*Apoyó la cara sobre la sólida firmeza tridimensional
de los largos muslos.*

James Jones
De aquí a la eternidad

El autocar subía roncando la cuesta.

—La próxima es la de *vostés*.

Había parado un momento, en la caseta del peón caminero antes de cruzar el puente del río. En la orilla de acá había un molino de agua, y unos patos nadando a su alrededor. Media rueda sobresalía del agua. La otra media se reflejaba en ella y la rueda volvía a quedar entera. Los patos eran blancos y parecían de celuloide. El paisaje era como una hidráulica tarjeta postal. Mi padre me lo señalaba todo:

—¡Mira, mira!

Yo me encogía de hombros. Por todas partes dominaba el verde.

Chapurreó de nuevo el cobrador:

—Al lado de la carretera *hi ha* un cartel que lo *anuncia*.

Mi padre dijo:

—En lugar de acomodarnos nosotros a su manera de hablar, se acomoda él a la nuestra... ¡Esto es inverosímil!

—Nosotros no sabemos hablar el catalán —contesté.

—Pero lo entendemos —dijo mi padre—. Podríamos chapurrearlo también.

—En todas partes, los indígenas se supeditan al forastero —machaqué.

—Nosotros no somos forasteros —dijo mi padre—. Llevamos muchos años en Cataluña.

—En Cataluña, no; en Barcelona —repuse.

—Bueno, siempre serás el último en hablar —dijo mi padre.

Estaba disgustado. Yo. Y a los padres siempre hay que llevarles la contraria.

El cobrador parecía una especie de mono acróbata; tanto era lo que debía moverse.

Cobraba el importe del viaje usando un método que, ellos, los de la Compañía, debían de juzgar útil y hasta práctico, pero que yo encontré la mar de complicado. Arrancaba una hojita de uno de los tacos de billetes, una hojilla donde iban marcados todos los puntos de la ruta o itinerario; preguntaba a dónde ibas, sacaba un taladrador, marcaba el punto de destino, y, luego, de otro taco, te daba otra hojita, con el precio, hojita esta que rasgaba antes con los dedos, a modo de revisado. No solamente era complicado el método, sino que, a simple vista, parecía absurdo e ilógico. Pero él lo hacía concienzudamente, sin prisas ni precipitaciones, convencido y seguro de su cometido.

El cobrador era una especie de mono ágil y acróbata.

De vez en cuando, a mitad de trecho de un pueblo a otro, en la bifurcación de un camino, habíamos parado. Entonces saltaba al suelo, se encaramaba sobre el coche y bajaba una caja, o un cesto, o lo que fuera. En según qué sitios había alguien aguardando, y se hacía cargo del bulto. Pero en otros, en la mayoría, no había nadie, y quedaba allí abandonado, en la seguridad de que sería recogido luego por sus

propietarios y no por algún pícaro o maleante. Mi padre y yo estábamos admirados. Ellos, ni reparaban en eso.

En cuanto el cobrador había depositado la carga en el suelo, o casi sin haberla depositado, sólo dejarla caer, gritaba:

—*Amuunnnt...!*

Y el coche arrancaba, mientras él se agarraba a la escalerilla posterior y hacía un trozo de trayecto así encaramado para, inmediatamente después, en la próxima parada, encontrarlo de nuevo dentro del vehículo —milagrosamente— cobrando a nuevos pasajeros, u otra vez en el techo —también milagrosamente— volviendo a descargar. Era como una ardilla con cartera de cobro al brazo. Mareaba.

Cada vez que el autocar —siempre ascendiendo— paraba frente a un cartelón azul, el cobrador, dinámico y servicial, voceaba su leyenda, el nombre del pueblo que a veces no veías, pues estaba alejado de la carretera central.

—¡Santa María del Guirigall!

Bajó gente. Subieron otros.

—A la próxima, *vostés*.

Los que habían subido, al arrancar el coche, hicieron la señal de la cruz. Los hombres llevaban gorra y blusa negra; otros, sus trajes domingueros, con los que se veía que se encontraban incómodos. Las mujeres —gordas y coloradas, con pañuelos a la cabeza muchas— llevaban enormes cestas con huevos y gallinas. Conforme ascendíamos, el ambiente se transformaba: era límpido, diáfano, opalino. Los pulmones se ensanchaban, quedaban como limpios; respirabas mejor. O por lo menos ternas esa sensación.

Habíamos ido en tren hasta Comarquinal —dos horas—. En Comarquinal, el coche de línea —dos horas más.

Luego de Santa María del Guirigall, el autocar había descansado un momento en el puesto del peón caminero, antes de cruzar el puente, y después había cogido la empinada cuesta con el motor ronroneando y lleno de entusiasmo. La carretera, casi vertical, bordeaba, con una amplia curva, un pradecillo de enhiestos álamos. Al tornar a la horizontalidad, descubrimos, a la izquierda, una señorial mansión, de aspecto feudal, rodeada de abetos, con un sendero de tilos que la unía a la carretera. A la derecha, en letras blancas sobre fondo azul, estaba el cartelón: «CALAFUSTA», y, detrás de él, escondido, en un declive, el pueblo. Desde la carretera sólo se alcanzaba a ver el edificio o mole de la iglesia, y, en unos campos abandonados, una destartalada casa de madera que antaño debió de estar pintada de verde.

—¡Calafusta...! —Era el cobrador, desde el techo del cacharro—. *Ep, vostés, baixin!* —Bajamos.

Yo me decía, respirando aquel aire agudo y penetrante: «¡Vaya; ya estamos metidos en algo nuevo! Veremos qué tal».

—Tres meses aquí te pasarán pronto.

Rezongué:

—Mientras sólo sean tres meses.

—Pues, claro, hombre. ¿Por qué tienen que ser más?

—No sé. Los médicos siempre engañan.

Echamos a andar. Mi padre llevaba las maletas. Yo, nada. Me sentía un poco raro, como si estrenara algo.

Pasada la iglesia, entramos en la única calle del pueblo, una calle inclinada que descendía y se perdía en una sinuosidad. Había algunas mujeres, escoba en mano, frente a sus casas. Nos miraban, sonreían y hablaban entre ellas. Por los balcones y ventanas también se asomaban otras. Esto me producía cierta vergüenza. Notaba en mis espaldas un extraño cosquilleo.

La primera fonda que encontramos, no era. La muestra rezaba otro nombre. Anduvimos unas puertas más y hallamos la que buscábamos. Sobre la albura de la pared, en la parte alta del edificio, unas letras grandes y negras anunciaban pomposamente; «FONDA J. BARRAL».

La puerta estaba abierta. Nos asomamos a ella. Se veían mesas con manteles puestos y veladores de mármol. A un lado, un pequeño bar con estanterías llenas de botellas. El local estaba vacío. Voceamos. Como nadie contestara pasamos a la puerta de al lado, una tienda de comestibles y verduras. Dos mujeres compraban y otra despachaba. Preguntamos por la dueña de la fonda, la señora Roseta. Era la mujer del mostrador.

Le dije mi nombre y que había escrito pidiendo me reservaran habitación.

—Ah, sí. Bien, bien.

Nos dio la mano. Cogió las maletas y nos hizo pasar, por la trastienda, al comedor de la fonda, donde antes nos asomáramos. Mi padre dijo:

—Tienen ustedes acaparados todos los negocios del pueblo.

—Huy —contestó la fondista—, también tenemos horno. Y vacas. Y cerdos.

Gritó:

—¡Maravillas, Maravillas!

Una muchachilla regordeta apareció por la escalera del rincón.

—¿Y la Pilarín y la Mundeta?

—Están arriba haciendo las camas.

La Maravillas tenía tipo de murciana. Al hablar confirmó la suposición. La fondista aclaró:

—Es la criada. Mis dos hijas están arreglando las habitaciones.

Se encaró con ella:

—Sírvales el desayuno a los señores.

Protestamos:

—No, no.

—Sí, que *hauran agafat gana* por el camino.

Yo insistí:

—De veras que no. Lo hemos hecho ya.

—Bueno, pues ponles un vaso de leche. Mientras, voy a la tienda a acabar de despachar.

Curioseé a mi alrededor. Me fui fijando en aquella sala, especie de comedor-bar.

Las paredes eran de un color paja claro. En ellas había pequeños cuadros al óleo, paisajes de los alrededores, supongo: la iglesia, el pueblo desde lejos, una fuente, un camino... Además de los paisajes había unos bodegoncitos. Tanto los bodegones como los paisajes, eran más bien malos. Sobre una repisa alta estaba colocado un monumental aparato de radio. En el mostrador, pegada a la estantería, había una cafetera exprés que hería la vista de tan cromada y reluciente.

Hacia la escalera que subía a las habitaciones, existía una pequeña grada circundada por un barandal de madera en uno de sus lados, como una línea divisoria entre comedor y demás dependencias de la casa. En la oscuridad de este rellano se disimulaba un viejo aparador o buffet lleno de saleros, palilleros y chirimbolos. Próximo a él se asentaba una mesa colosal. Y junto a la misma escalera estaba la puerta de la cocina, una puerta de madera rojiza con un ventanal enorme en medio, a manera de torno de inclusa. Por esta puerta apareció la criada regordeta con sendos vasos de leche.

La señora Roseta no había sido muy de mi gusto.

—Tiene pinta de judía.

—¿Quién? ¿La criada?

—No. La fondista.

—Vamos, hombre. Siempre usas cada comparación... Si la fondista tiene pinta de judía, yo la tengo de bombero.

No estaba alegre, pero interiormente me reí. Mi padre siempre fue un hombre membrudo, fornido, un tanto achaparrado, de espaldas anchas. La guerrera y el casco de bombero le hubieran sentado bien. De todos modos tenía razón. La fondista era una mujer madura, metida en carnes, a quien la carencia de dientes avejentaba un tanto. Mas yo le encontraba algo de rata, adivina en qué. Quizás en su servilismo y en sus zalamerías. Mi padre barruntó mis pensamientos.

—El negocio obliga a ser así. Me encogí de hombros.

Poco después la fondista estaba a nuestro lado. Se frotaba las manos con el delantal.

—¿La encuentran buena, la leche?

—Sí.

—Mejor que la de la ciudad, ¿verdad?

—Sí, mejor, mucho mejor. Se encaró conmigo:

—Está usted delgado, y blanco. Aquí engordará. Sonreí.

—Sí, claro...

Hablaba ella más que nosotros. De pronto dijo:

—¿Supongo que no estará usted enfermo del pecho? Casi se me escapó un respingo, como a los caballos. Fue mi padre quien habló:

—No. ¿Por qué?

—Es que aquí no queremos enfermos de esa clase. Luego, más adelante, esto se llena de veraneantes...

—Comprendo, comprendo. —Mi padre movió la cabeza arriba y abajo—. El chico sólo tiene un poquillo de anemia.

—Se lució toreando —. Ha sufrido una intervención quirúrgica y se ha debilitado un tanto. Necesita recuperarse. Unos meses de montaña le sentarán estupendamente. ¡Aire, sol, buenos alimentos y quedará como nuevo! ¿Eh? —Le guiñó un ojo a la fondista.

La señora Roseta se echó a reír.

—¡Huy!, aquí tendrá todo eso que usted dice.

Cogió las maletas y subió a enseñarnos la habitación.

Mi padre me dio con el codo.

Mi padre marchó en el coche de las cuatro. No pasaba ya otro. Aun así, llegaría hacia las ocho o las nueve a Barcelona.

La fondista nos había conducido a una habitación del segundo piso colocada en un pasillo estrecho. Era una, habitación pequeñísima, pintada de color salmón, igual que los pasillos y vestíbulos, únicamente había en ella una cama, una pequeña rinconera para colocar los trastos de aseo, un espejo redondo y una madera a modo de estantería cubierta toda ella por floreadas cretonas y de la que colgaban dos perchas de alambre.

La fondista había dicho que la habitación era un poco pequeña —¿un poco?—, pero que desde allí se veía un buen panorama. Mi padre opinaba igual. A mí me había causado mala impresión. Incluso el embaldosado era desigual, sinuoso. La dueña se había retirado, luego de mostrarnos dónde estaba el water y el lavabo, diciendo que nos avisaría para comer. Mi padre me notaba triste.

—Eres un pusilánime, chico. En la clínica te ocurrió igual.

—Es que son tres meses —decía yo.

—Bah, tres meses, tres meses... Eso pasa pronto.

Empezamos a desocupar las maletas. En la rinconera coloqué los trastos de afeitar, la botella de la colonia y el masaje. Sobre la madera o estantería dos o tres novelas de Agatha Christie y las *Rimas* de Bécquer. En las perchas, la gabardina —aseguraban que allí haría frío—, el albornoz, un traje... Encima de la cama, el pijama; a los pies, las zapatillas.

Mi padre sacó la cartera y me dio dinero.

—Sé juicioso.

En aquellos momentos quería más que nunca a mi padre. Toda mi educación de hijo único y mimado salía ahora a la superficie.

En el pasillo aulló una voz:

—A dinaaaaar...!

Mi padre bromeó:

—Mira, tocan a rancho.

No me hizo reír.

Bajamos al comedor. No había mucha gente. Sólo dos mesas estaban ocupadas. En una había una chiquilla morena, una mujer delgada y un joven como de treinta años con una sahariana *beige*. En la otra había un tipo gordo.

Mi padre saludó a la concurrencia. Yo no dije nada. Notaba las miradas de todos fijadas en mí: miradas de arriba a abajo que observaban mi palidez y mal aspecto, que me escrutaban. Luego cuchicheaban. La concurrencia, no las miradas. Bueno, las miradas, a su modo, también.

Nos pusieron en una mesa solos. Procuré colocarme de espaldas a los otros comensales. Junto al buffet, en la mesa enorme, comían unos hombres de aspecto

rudo que soltaban risotadas y se pasaban continuamente el porrón de mano en mano.

—Ésos deben de estar como tú, pese a todo cuanto haya dicho la fondista.

Lo decía mi padre, no por los de la mesa del buffet, que mejor aspecto no podían tener, sino por los otros.

—La que está junto a la morenilla tiene un color peor que el tuyo.

Notaba la mirada de ellos, de los «como tú», en mi espalda. O me lo parecía.

—Procura hacerte amigo. Háblales. Que no te consuma la nostalgia, ¿me oyes?

Le oía. Pero no sabía qué me pasaba. A media comida un hombre empujó la puerta de la calle. Era alto y seco y llevaba una pequeña maleta y una gabardina al brazo. Saludó estentóreamente. Dejó la maleta y la gabardina sobre una mesa de mármol. Dio la mano al gordo, luego a las dos chicas y al de la sahariana. Se movía como Pedro por su casa. Los otros le preguntaban por Barcelona. Él reía, soltaba frases hilarantes y palabras de doble sentido. Gritó también a los jornaleros de la mesa grande. La señora Roseta salió de la cocina. Era un hombre simpático.

—Traigo regalo —le dijo a la fondista.

Abrió la maleta y sacó un collar de cuentas negras, largo, como los que usaban nuestras abuelas.

—Para el domingo, para ir a misa. Pensé en unas ligas, pero a lo mejor, *en Jordi...*

—*Les hi podia haver portat. Però ella duu vetes.*

Uno de los hombres de la mesa grande rompió a reír.

La señora Roseta, que reía y estaba mirando el collar, se volvió.

—¡Jordi, calla! Este hombre mío...

Mi padre musitó:

—Éste es un veterano. Debe llevar tiempo aquí. Habrá bajado a Barcelona, al médico, a ponerse el neumo seguramente...

—¿Usted cómo lo sabe? La fondista dijo que no quería enfermos del pech...

—¡Bah! —siguió mi padre—. Tú, de todas maneras, no te descubras, no digas nada de tu enfermedad. Que sean ellos los primeros en hablar.

—Sí, sí —dije yo.

El recién llegado había sacado de la maleta un libro y unas revistas. El libro se lo dio a la joven delgada.

—Toma, la última de Somerset Maugham. ¿Se dice así?

A la morenilla le dio el fajo de revistas.

—Verás a Tyrone Power. Ha estado estos días en Barcelona.

La morenilla palmoteó.

—¿Sí?

Maravillas había servido la comida al hombre seco y alto. Éste le pellizcó un carrillo.

—¡Qué gordita estás!

—Bueno, a mí déjeme.

Y se zafó de él...

La fondista le había dicho a mi padre:

—Tiene que darse prisa si quiere coger el coche. Este señor ha subido en el que pasa por aquí a las tres y cuarto y se cruza luego, en Florit, con el que viene de Oreig, que pasa por aquí a las cuat...

Miramos el reloj de péndulo que había en la pared. Eran las tres y media. Mi padre aún aguardó un rato. Después llamó aparte a la fondista, pagó su comida y cuchicheó con ella. La fondista me miraba continuamente y hacía que sí con la cabeza. Yo me sentía enrojecer.

En el momento de su marcha casi se me hizo un nudo en la garganta.

—Adiós, chico. —Me dio la mano—. Cuídate.

Me dio la mano, como a los hombres, pero yo me levanté y lo besé. Él sonrió. Me golpeó la espalda.

—Hala, siéntate. Termina de tomarte la leche. En todas las comidas te darán un vaso. Es mejor que tomar café. Verás, estarás muy bien.

Lo vi salir por la puerta, dirigiéndome un imperceptible saludo de soslayo antes de desaparecer. Oí a mis espaldas las palabras, las risas, la vida de los otros, y un ramalazo me sacudió. Tuve la tremenda e inconfundible certeza de que me quedaba solo. En aquellos momentos mi padre lo era todo y ellos eran lo desconocido. Ni siquiera podía —ante ellos— echarme a llorar.

Sorbí la leche lentamente. Aguardaba a que los demás terminaran y se retiraran para ser yo el último en hacerlo y no tener que iniciar las despedidas. Pero no lo hacían. Alargaban la sobremesa. Sufría pensando que debía subir a acostarme cuanto antes, a empezar la siesta; que no me convenía estar tanto rato levantado; que el viaje había sido pesado; que...

Procurando no hacer un gallo, di las buenas tardes y subí a mi habitación.

Tumbado en la cama rumié mi soledad. Quise hacerme fuerte. Todos marchan de sus casas una vez u otra; todos viajan, me dije. Pero no era eso.

Por el rectángulo de la ventana se veían unos cables eléctricos, dos líneas paralelas. Siguiéndolas se debía llegar lejos. Dos golondrinas se posaron en los cables. Eran grandes, hermosas. Nunca las había visto desde tan cerca. En la ciudad vuelan altas y son negras. Allí pude ver que eran multicolores. Tenían el pico anaranjado; el pecho color de perla; el cuello azul, violeta, dorado, verde, tornasolado, según lo movieran, según el sol, según la luz; las alas negras; la cola negra también, y, al desplegarla para volar, podían descubrirse en ella simétricas pintas blancas.

Me miraban, las dos golondrinas, y luego se miraban entre ellas, una a otra, y gritaban, voceaban, comentaban. Al abrir el pico formaban un rombo con él, un rombito, y observaba un nuevo color: el rojo. Gritaban, luego de mirarme y de mirarse ellas: «Guaita, guaita, chirríí; guaita, guaita, chirríííí...» Después se lanzaban desde el cable y volaban. Luego volvían, ellas u otras. «Guaita, guaita, chirríííí...»^[1].

Guaita!, en catalán, quiere decir: «¡Mira, mira!» El «chirríííí» era la carcajada o corolario. Sentía envidia de aquella alegría y aquel desparpajo.

Me fue imposible conciliar el sueño. Tristeza, nostalgia, golondrinas, azul deslumbrante, nerviosismo, todo se mezclaba. Sufría. Tenía que dormir, descansar. A eso había subido.

Me asomé a la ventana. Daba sobre un patio cuadrado y hondo. Había en él un depósito de agua que llegaba hasta la altura del primer piso, y un lavadero. Por el suelo húmedo y sucio correteaban algunas gallinas. La pared de enfrente quedaba más baja que mi ventana y permitía observar un paisaje de lomas sinuosas y eterno que primero era verde, luego azul y al final violeta. A la izquierda había un desván o granero, y, debajo, los corrales y cuadras. A la derecha se veía la galería del piso de abajo y la terraza del que yo ocupaba.

Oí que me llamaban:

—¡Chist, chist!

Me giré. Dos ventanas más allá estaba asomada la joven pálida y delgada. Sonrió.

—¿Tiene un termómetro?

Me quedé confuso. No sabía qué responder. A la fondista le había negado que estuviera enfermo. Al final dije:

—Sí.

—¿Quiere dejármelo?

Dije otra vez que sí.

Lo cogí y salí al pasillo. Dos puertas más abajo estaba la chica pálida. Se lo entregué y me invitó a pasar a la habitación, una habitación idéntica a la mía, por lo

que pude apreciar.

En la cama estaba el señor seco y alto. La joven-chica-mujer (no sabía bien cómo catalogarla) sacudió el termómetro a fin de hacer descender el mercurio y se lo dio al hombre para que se lo pusiera.

Yo pregunté:

—¿Se encuentra mal?

El hombre sonrió. Tenía todos los dientes de oro excepto dos o tres.

—¿Y quién de aquí se encuentra bien? —dijo.

La mujer aclaró.

—Le ha fatigado el viaje y cree que tiene algo de fiebre. Sólo tiene dos décimas, pero es un aprensivo. No se fía de su termómetro ni del mío y ha querido probar con otro.

Efectivamente, sólo tenía dos décimas.

—¿Ve? Ha marcado igual —observó ella—. No es nada.

El hombre no parecía muy conforme.

—Si quiere, voy a buscar el de...

—No, no —cortó él.

Me disponía a retirarme y la joven pálida me preguntó:

—¿Usted también está enfermo?

Vacilé.

—Seguro que la fondista le ha dicho que aquí no quiere a nadie enfermo del pecho, porque luego los veraneantes... ¿No? —Se echó a reír con una risita seca—. A todos suelta la misma historia, pero no hay que hacerle caso. Todo el que sube aquí es porque cojea de un pulmón o de otro, o de los dos. Y ella lo sabe. Lo que ocurre es que en el pueblo protestan. Por eso *intenta* disimularlo.

Me animé y le conté lo mío, mi operación, una pequeña plastia de cinco costillas en un tiempo. Hablaba con delectación, confiándome, creo que con placer y morbosidad. Ellos me contaron también lo suyo, lo que les dijo el médico la primera vez que fueron a él, lo que... Todo. Con pelos y señales. Ella tenía un infiltrado, en ambos pulmones, me parece. Él, la pleura inflamada. De vez en cuando, como esta vez, bajaba a Barcelona, a que lo viera el médico, para evitar complicaciones, ¿sabes?

Mostraron un interés desmesurado por mi operación. Una plastia en un tiempo en lugar de dos. ¡Bueno! ¡Era algo asombroso! Quisieron ver la cicatriz y me tuve que levantar la camisa. Ella pasaba el dedo por la herida. Estaban pasmados de lo poco que se conocía la cicatriz, de lo bien que había quedado el remiendo. Preguntaron por el médico que me llevaba, el tiempo que ha tardado en efectuar la operación, la clase de anestesia que había usado. Envidiaban mi *haber pasado* un mal trago que ellos, a lo mejor, tendrían aún que beber. Eso maliciaba yo. Volví a mi habitación para arreglarme y bajar a merendar. Abajo, en el comedor, no había nadie. La señora Roseta salió de la tienda, enjugándose las manos con el delantal.

—*Vol berenar?*

—No; no tengo apetito.

—¡Huy!, un poco de fruta por lo menos, y la leche. Me comí un par de plátanos y una pera, me bebí la leche y salí a la calle. Mi timidez perduraba, aunque ya *no* tanto.

En la ventana del comedor, una ventana grande y apaisada, de alféizar ancho, estaban sentados, con las piernas colgando, el hombre de los dientes de oro, la chica o mujer delgada y la morenilla. Llevaban jerseys y rebecas atados a la cintura. Balanceaban las piernas, hablaban y bromeaban. Saludé:

—Buenas tardes. Ellos contestaron a coro:

—Buenas tardes. —Esto les hizo gracia; así es que rompieron a reír. Me puse encarnado. Quise lanzarme a pasear, y dudé entre qué dirección tomar, si arriba o abajo. El hombre alto me sacó de mis vacilaciones.

—Vente aquí con nosotros. En cuanto vengan los demás daremos un paseo todos juntos.

Los demás debían ser el joven de la sahariana *beige* y el gordo.

Me acomodé junto a la chica o joven delgada, que me hizo sitio.

El hombre dijo a la morenilla:

—Éste te conviene a ti, Blanquita; hace pareja contigo.

La morenilla se sonrojó; yo también. Debía de tener dieciséis años, pero era ya una mujercita.

Protestó:

—Manolo, no me gustan estas bromas. Además, aquí, el... el señor... el joven, puede molestarse...

Me hubiera gustado decir alguna galantería, asegurar que no me molestaba en absoluto aquello, sino al contrario; pero no supe hacerlo.

La joven o mujer delgada me preguntó:

—¿Usted, cómo se llama?

Respiré aliviado.

—Armando; Armando Muñoz.

—¡Qué nombre más bonito! —dijo ella.

Me gustó que le gustara.

La morenilla, riendo como una loca, se volvió hacia el hombre seco.

—Eso es mejor que llamarse Manolo.

A la mujer delgada me parecía que la habían llamado Felisa, pero no estaba cierto.

El primero en salir de los dos huéspedes fue el de la sahariana *beige*. Lo recibieron también con risas.

—¿Qué, Alfonso, ha dormido bastante?

—Alfonso, ¿eran las seis en su reloj?

—Alfonso, ¿para ir a ver a la novia también tarda tanto?

—Alfonso...

Arreciaban las bromas.

—Alfonso, ¿se ha tomado la temperatura?

—¿Se ha tomado el pulso, Alfonso?

Alfonso no se inmutaba. Se sonó, se atusó el bigote con el mismo pañuelo y preguntó:

—¿Y el gordo?

—Bueno, aquél es peor que usted.

Habían sido las dos chicas quienes habían embromado tanto al joven de la sahariana. Manolo se había limitado a reír estentóreamente y a guiñarme un ojo de vez en cuando, un guiño cómplice y significativo, al que yo respondía sonriendo, como quien está en la cuestión de la cosa, y no lo estaba.

Al poco rato salió el gordo. A éste no lo abuchearon tanto. Llevaba menos tiempo en la colonia, y la camaradería no era tanta, me pareció.

El gordo se frotaba las manos, risueño, optimista. Llevaba un bigote rubio y el pelo corto como un cepillo.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó. Alfonso propuso:

—Vamos a hacer el 29.

—Eso, eso, el 29.

—Sí, sí, él 29.

Bajamos de la ventana, dando un pequeño salto. «¿Qué sería eso del 29?»

Frente a la fonda, un camino desembocaba en esta única calle del pueblo. Echamos por él. Era un camino de carro que corría paralelo al pueblo, entre maizales a ratos, entre prados y bosques, otros. Después se apartaba del pueblo, cruzaba un riachuelo sobre un puente de piedra y salía a la carretera donde se iniciaba la curva ascendente que el coche remontara roncando como un demonio aquella mañana. Al llegar a la parada de coches, junto, al cartelón azul que anunciaba «CALAFUSTA», enfilamos el pueblo de nuevo. Una especie de circunvalación.

—Por eso le llamamos el 29 —me había dicho sonriendo el gordo.

Yo había caminado todo el rato en silencio, o medio en silencio. De tarde en tarde cruzaba alguna palabra con el muchacho gordo, que iba a mi lado. Comentábamos el paisaje, el clima, la altura de aquellas latitudes, que era de mil metros sobre el nivel del mar.

Los otros iban delante, a poco trecho. El hombre seco llevaba la voz cantante. De vez en cuando daba algún cachete o pellizco a las chicas, que retozaban y brincaban cuando esto ocurría. Blanquita protestaba:

—Estése quieto, Manolo. Usted es un pillo, Manolo. La otra, la delgada, hacía como que no se enteraba de las bromas de Manolo. Procuraba encauzar seriamente la conversación. Pero esto era imposible. El de la sahariana *beige* reía continuamente los pellizcos y bromas de Manolo.

Poco antes de la cena, la señora Roseta me dijo que si no me molestaba, me colocaría en la mesa del *señor* Manolo y del gordo. No me molestaba, al contrario, se

lo agradecía mucho.

Al acostarme, noté que mi soledad se había disipado bastante. Empecé a leer, en la cama, *Diez negritos*, de Agatha Christie. Contra lo que yo imaginara, me dormí en seguida.

Manolo tenía cuarenta y cinco años. Se llamaba Manuel Rodríguez, no sé qué más. En Barcelona, sus camaradas le llamaban *Manolete*, y esto a él le gustaba. No parecía tener los cuarenta y cinco años confesados, sino menos. Poseía una rara y extraordinaria vitalidad de chiquillo, de gamberro tierno. Reía, cantaba, gritaba, se metía con todo el mundo, de todos se burlaba. Era viudo y tenía una hija de dieciséis años. Por eso trataba paternalmente a Blanquita, pues la consideraba su hija. Lo que no era óbice para que siempre que podía le palpara el trasero disimuladamente y los pechos si se terciaba o a mano venía. Alardeaba de comunista. Decía que cuando la guerra había sido comisario. En aquel entonces le había salvado la vida al principal director de una importante compañía de electricidad y éste, agradecido, lo había sacado luego a él de la prisión y dado el puesto de encargado en la lección de maquinaria de esta misma compañía. Y era este mismo director quien le pagaba la estancia en la fonda en tanto se restablecía de su pleura inflamada.

Se creía un Don Juan. Era ostentativo y presuntuoso como un *chuleta* de barrio. Iba en mangas de camisa, siempre muy arremangado, alardeando de bíceps a pesar de su delgadez, y las mangas del jersey, en los paseos de la tarde o nocturnos, se las anudaba al cuello, a modo del pañuelo que usaban los chulapos madrileños. De lo que más se jactaba era del oro que llevaba encima: los dientes; un cronómetro con su correspondiente muñequera; una exorbitante sortija; una cadenita y una medalla; una boquilla, mitad oro, mitad ámbar, con la que fumaba continuamente diciendo que no le perjudicaba porque llevaba filtro; una pitillera; un juego de estilográfica y lapicero... Yo le había dicho: «¿Cómo siendo usted comunista lleva tanto oro encima?» «Bah, bah, no seas bobo.» Y había añadido con un guiño, en su susurro: «Las mujeres sucumben ante el oro, caen deslumbradas por él».

Bajaba a menudo a Barcelona. Nosotros sospechábamos que a ponerse el neumo, pero él contaba que era a fin de que el médico le echara un vistazo, y, más que nada, a esquiar. Esto de esquiar lo decía riendo estruendosamente, haciendo, de un modo exagerado, los ademanes y gestos de los esquiadores. «A esquiar a Barcelona y en pleno verano, ja, ja...» Las mujeres estaban intrigadas con esta confusa metáfora. Los hombres sabíamos, por sus procaces explicaciones, que «bajar a esquiar» quería decir ir a ver a una o dos fulanas que decía tener.

De buenas a primeras tuteaba a todo el mundo. Con él quería que hiciéramos igual, mas no lo consiguió. «Dé gracias a que lo llamemos Manolo a secas y no señor Manolo o señor Manuel, o don, como usted prefiera.» «Bueno, lo que faltaría», había dicho él.

Alfonso, el joven de la sahariana *beige*, era empleado de Banca, y la gerencia de la casa, además del sueldo, le pagaba los gastos de la fonda y todos los que originaba su enfermedad. «¡Suerte de ellos!», mascullaba. Llevaba tres años enfermo y tres años subiendo a Calafusta. Estaba ya casi curado, pero en el pulmón derecho le

quedaba una pequeña señal, una pequeña herida que no acababa de cicatrizar, una llaguita así, decía, trazando con el dedo índice sobre la tierra, o sobre el mantel de la mesa, o donde se presentara, un raro ángulo obtuso. Era un monomaniaco de su enfermedad. Continuamente se tomaba el pulso y la temperatura. Cuando tosía, escupía en el pañuelo y lo observaba concienzudamente, restregando entre los dedos el escupitajo, como si buscara en él un tesoro o bien los bacilos que le quedaban por exterminar. Constantemente te contaba su estado de salud y te preguntaba si experimentabas tal o cual síntoma, como le ocurría a él. Si le decías que sí, se tranquilizaba. A mí, cuando supo lo de mi operación, me puso frito a preguntas. Mi operación le interesaba mucho porque a él, su médico, le había sentenciado con una plastia, y esto por más reposo que hiciera y por más meses que se pasara en el campo o en la montaña, pues la cosita así iba camino de no cerrársele nunca. Claro que él pensaba resistirse a la operación en tanto la gerencia de la Banca no se cansase de *aflojar* para los gastos. Aunque a veces creía que empezaban ya a cansarse, pues algunas cartas que había recibido... Esto lo llevaba de cabeza, tanto como la enfermedad. Padecía, además, un raro y diabólico erotismo desenfrenado. Cuando de mujeres se hablaba, los ojos, huevones y negros, le brillaban con un fulgor extraordinario. Siempre iba a la caza de poderles ver las piernas cuando se sentaban en la hierba. En Barcelona, una de sus principales diversiones, consistía en ir los domingos a la Plaza de Cataluña y pasear por allí observando a las mujeres sentadas en las sillas. Siempre encontraba alguna escarranchada y gozaba lo infinito. Era un caso. Tenía una caja de inyecciones de cal y una jeringa hipodérmica y agujas, y la noche en que —ya fuese por ley natural o porque su imaginación soñaba más de lo debido— sufría pérdidas seminales, él mismo, en el muslo, se colocaba una inyección de éstas; así contrarrestaba el desgaste, decía. Casi cada tarde iba a la iglesia a hacer la visita al Santísimo, y confesaba y comulgaba bastante a menudo. Tenía novia. Se llamaba Beatriz. La había conocido allí, en la fonda, el año anterior, o el otro. Explicaba unas historias harto complicadas acerca de ella. Por lo visto era una chica de esas tipo mariposa que flirteaba y coqueteaba con todo quisque. Alfonso estaba preocupado porque le escribía poco y cada vez más espaciado; y porque el único regalo que ella le había hecho, a raíz de su santo o cumpleaños, había sido una irrisoria corbata. En cambio él, le había regalado un fantástico monedero-cartera de ante o de no sé qué diablos. La flojedad del regalo era indicio de que el amor se debilitaba. Aunque a lo mejor era que iba mal de fondos, intentaba consolarse. A lo que ya no hallaba tan lógica explicación era a lo espaciado de las cartas. En una ocasión, yendo a la pineda, me señaló emocionado unas anchas losas donde en una noche clara de luna, romántica y de ensueño —todos los ingredientes—, se declaró a Beatriz y la besó por primera vez.

El gordo era otro tipo curioso. Había llegado quince días antes que yo. Se llamaba Baltasar Gabarró. Era tan maniático como Alfonso respecto a su enfermedad. Mejor que más maniático, diríase que era más escrupuloso, más meticoloso. A lo que

parece, tenía poco mal, y el médico se había limitado a señalarle un horario y régimen que él cumplía a rajatabla, sin ningún relajamiento o concesión. Comía mucho, pero lentamente, con cachaza, saboreándolo. Además, se había establecido una sobrealimentación a base de huevos y leche. No sé si se bebía al día dos o tres litros de leche, y vez hubo que se tomó media docena de huevos. Pesaba a la raya de once arrobas. Se levantaba de la cama momentos antes de la hora de la comida. Luego tornaba a su cuarto a hacer la siesta y ya no lo veíamos aparecer hasta las seis o seis y media de la tarde, cuando ya nos impacientábamos esperándolo. Después de la cena se acostaba en seguida, sin hacer sobremesa ni salir a dar una vuelta como muchas noches los demás hacíamos. Tenía una voluntad teutónica. Se tomaba, cada hora o así, la temperatura, y la anotaba minuciosamente en una diminuta agenda. Según la fiebre bajara o subiera, se levantaba antes o después, paseaba o no. Al poco tiempo de estar yo allí se peló al rape, al cero, afeitado. Dijo que así se libraba mejor de la tentación de bajar un día o dos —como casi todos hacían— a Barcelona. Con la cabeza como un pepino y el vientre tan voluminoso, cuando se sentaba en los prados parecía un mogol, un dios tibetano, un raro buda. Contaba que siempre había estado gordo, mejor dicho, grueso, pero nunca como ahora, y que había caído enfermo debido a un desengaño amoroso. La novia lo había plantado. Esta nota romántica tiraba de espaldas.

Blanquita era madrileña. Yo pensaba que Blanquita era apodo. Pero no. Se llamaba Blanquita Morcilla Montiel. El apellido Morcilla no le hacía ninguna gracia. Por eso siempre se firmaba Blanquita M. Montiel. El Blanquita y el Montiel la entusiasmaban, tanto como a mí el Armando y el Muñoz. Tampoco tenía dieciséis años, sino catorce. Manolo decía: «Cuando tenga veinte años estará de miedo.» Este *de miedo* hacía relampaguear los ojazos de Alfonso, que semejaban heliógrafos transmitiendo señales morse.

Blanquita era la menos enferma de todos. Había tenido algo en la pleura. Su familia estaba tramitando los papeles para marchar al Brasil, y ella, debido a su dolencia, no del todo curada, era el único inconveniente para que les dieran el visado de salida. Por eso estaba allí. Confiaba que al finalizar el verano estaría del todo restablecida.

Con Blanquita me hice amigo en seguida. A ella le gustaba el cine con delirio. Yo no me quedaba atrás, en esto. Sus galanes preferidos eran Tyrone Power, Robert Taylor, Víctor Mature y Burt Lancaster, quien, por entonces, acababa de protagonizar *Forajidos* y había hecho una aparición fulgurante y deslumbrante. A Elisa, la joven delgaducha (cuando entendí Felisa entendí mal), le gustaba Charles Boyer y leía sin descanso a Somerset Maugham, Lajos Zilahy y Cecil Roberts. Este último, no tanto. Somerset Maugham le gustaba más que Lajos Zilahy. Pero su libro preferido era *Primavera mortal*. Cuando oía *Concierto en Varsovia*, de Addinsell, en el monumental aparato de radio que sólo cogía Radio Andorra, se ponía más pálida de lo que estaba y el pecho le subía y le bajaba anhelante. Era una romántica perdida, y

esta palidez le sentaba bien. Me pidió las *Rimas*, de Bécquer, pues aunque ya las había leído quiso repetir de ellas, es un modo de decirlo, y cuando supo que yo había escrito y publicado en alguna revista de colaboración algunos versos, quiso leerlos. Afortunadamente no los tenía allí. Alfonso me contó que había sido una mujer muy guapa, pero que cada día estaba peor de salud y ya no tenía cura. «Fíjese en esa tosecilla que la molesta de continuo, en esa carraspera que tiene siempre y que la mata», me había hecho observar. Debía de estar muy mal. Carecía en absoluto de apetito y le era imposible probar bocado. Alfonso y Blanquita, solícitos, la animaban para que lo hiciera, pero no podía por más que se esforzaba. Sus comidas consistían, por lo general, en un huevo pasado por agua y en una taza de leche. Cuando nos veía comer a todos con tanto apetito se moría de envidia; y cuando veía devorar a Baltasar, se le saltaban las lágrimas.

Estaba casada y separada del marido. El marido tenía un cortijo en Sevilla. Era primo hermano de ella. Un año en que fue a veranear allí se enamoró de él. Esto lo explicaba muy bien Alfonso: «Cuando lo vio con el calañés y el barbuquejo, decía, cayó rendida a sus pies.»

Él era viudo, con una hija, ya mayor, tuberculoso. La contagió en seguida. Al año de casados hubo desavenencias y ella tornó a Barcelona. A pesar de eso, él le enviaba algún dinero, aunque poco. La señora Roseta le hacía un precio especial.

Al principio de la enfermedad, cuando aún estaba *de buen ver*, era de cuidado. Hacía cinco o seis años que frecuentaba Calafusta. Había tenido muchos líos amorosos. Alfonso era quien estaba mejor enterado de todo esto. Contaba de un brigada que al mando de un destacamento ancló durante bastante tiempo en aquellas inmediaciones y era el terror del pueblo. Se liaba con todas las casadas que podía y más de una noche tuvo que saltar en paños menores por alguna estrecha ventana. Continuamente estaba en la fonda, medio borracho siempre. A veces sacaba la pistola y amenazaba a quien se le antojaba con pegarle un tiro si no saltaba inmediatamente la valla de madera que dividía el comedor. Ni que decir tiene que el amenazado la saltaba como un gamo. Cuando la borrachera iba *in crescendo* soltaba tiros al aire, con gran espanto y confusión de todos cuantos estaban presentes. Finalmente elevaron una queja a las autoridades y lo sacaron de allí.

Este brigada se encaprichó de Elisa y la asedió con la furia que se asedia una fortaleza que está a punto de caer. Un día lo cogieron en la habitación de ella. Elisa protestó y dijo que no había ocurrido nada.

Lo extraordinario era que Alfonso, que se moría por todas las mujeres, por Elisa sentía una rara mezcla de respeto y admiración. La quería como el hijo a la madre. Por lo menos así lo aseguraba él, y añadía que se sentía incapaz de tocar un pelo de su ropa. Todo le venía de que el año anterior, debido a unas fuertes hemoptisis que tuvo por tomar el sol más de lo debido, se vio obligado a guardar cama. Durante varios días no se movió lo más mínimo, haciendo un reposo absoluto, aguardando a que su familia fuera a buscarle. «Si no es por Elisa, me muero. La señora Roseta, la mala

bruja, hacía que me dejaran la comida sobre la mesita y que yo me apañara, apremiando para que me marchase cuanto antes, pues ella no podía tener enfermos allí, ya que si el pueblo se enteraba se la cargaría...»

Elisa, llena de amorosa paciencia, se había cuidado de darle la comida, de aguantarle el orinal durante las hemorragias, de verter ese orinal cada mañana, de lavarle la cara e incluso los pies. «Los pies, ¿se imagina? Como Cristo a sus discípulos.»

Por el mismo Alfonso, la gaceta de la fonda, supe que Elisa, a los dos años de subir a Calafusta, luego del lío con el brigada, se echó por amante a un muchacho que había subido a convalecer. Fue este muchacho quien le pagó la fonda durante muchos meses, e incluso, ahora, le enviaba algún dinero de tiempo en tiempo. Pero en vista de sus muchos devaneos amorosos, el muchacho había procurado desprenderse de ella. Aunque no podía. La seguía queriendo. Eso decía Alfonso. Los amores entre Elisa y Andreu habían causado siempre gran revuelo en la fonda y en el pueblo, siendo su comidilla.

La señora Roseta contaba ciertas cosas con cara de mártir. «¡Cómo está el mundo!» Manolo reía como una bestia. Yo quedaba profundamente impresionado y miraba a Elisa con una mezcla de envidia, admiración y terror.

Por aquellos días, Andreu había anunciado su llegada a la fonda. Elisa estaba que no vivía de contento. Incluso creía que tendría más apetito cuando él subiera y siempre estaba con Andreu por aquí, Andreu por allá, lo que daba motivos para que Manolo, con su risa siniestra, dijera que ya le estaba cargando tanto Andreu, tanto Andreu, tanto Andreu. ¡Ja, ja!

Decían también que subía una tal Penela que, cada año, en los meses de calor hacía su aparición. Una chica estupenda, de una simpatía arrolladora, aseguraba Elisa. «A usted, siendo poeta, le tiene que gustar. Todos los hombres le van detrás, a todos los lleva de cabeza.»

Yo comprendía que pudiera gustarme porque a todos los hombres gustaba, pero ¿por ser poeta ...?

El water estaba en la galería del primer piso, junto a la habitación de Elisa. Para ir a él tenías que pasar por delante de la puerta de su habitación. A través de la enorme persiana que la cubría, la adivinabas escudriñando.

El tener que ir al water pasando por delante de la habitación de Elisa, el ruido indiscreto y delatador de la cadenilla después, eran mi mota negra en la felicidad paradisíaca de la fonda Barral. Al ir cada mañana cruzaba silencioso, sigiloso diría, amortiguando mis pasos con las blandas zapatillas. La vuelta era más indiscreta; igual como existen silenciadores para las pistolas yo soñaba con uno para la maldita cadena.

Muchas veces, al ir, te llegaba la voz de ella, de Elisa, a través de la persiana que la hacía invisible.

—Buenos días, Armando.

—Buenos días.

Otras veces era al salir, a la vuelta, cuando ya creías que pasabas inadvertido.

—Buenos días, Armand...

Dabas un respingo.

Alguna mañana tenía la persiana levantada. Entonces la veías recostada en dos almohadas tan blancas como su afilado rostro. Sonreía al saludarte. Yo me avergonzaba. Me avergonzaba incluso del sonrojo que no podía evitar.

Un día, cuando ya creía que escapaba sin haber sido notado, oí que me llamaban.

—Armando, ¿quiere pasar?

Lo hice. La penumbra no me permitía ver nada.

—Usted nunca entra a saludarme, a hacerme una visita. Siéntese, siéntese...

Busqué dónde hacerlo. Las sillas estaban ocupadas. En una estaba su ropa interior, unas prendas de seda negra, incitantes.

—Aquí, aquí...

Me señalaba el borde del lecho. Me senté a los pies.

—Acérquese más. Tan distanciados no se puede hablar.

Me acerqué. Más. Como ella quería. Obedecía como un hipnotizado. Ella se acomodó mejor mostrando sus clavículas, unas clavículas que parecían el travesaño de una cruz y pugnaban por escaparse de la piel.

Hablaba y reía sin parar. Las tablas del pecho le subían y le bajaban fatigadas. Carraspeaba con frecuencia para aclararse la voz. A veces tosía. Yo tenía algo de aprensión.

Me preguntó por mis autores favoritos. Quiso saber qué estaba leyendo. Se sintió defraudada cuando supo mi afición a la novela policíaca. Me dijo si había leído *Soberbia*. Le dije que no.

—¿Y ninguna de Somerset Maugham?

Volví a decirle que no.

Quiso saber si, por lo menos, había visto la película. Dije que tampoco. Ella estaba entusiasmada con el pintor ese de *Soberbia*.

—Me gustan los hombres que maltratan a las mujeres, que las tratan arrebatadoramente. Pero Charles Boyer hubiera estado mejor en ese papel que George Sanders...

Quiso que le recitara algunas de mis poesías. Me resistí. Al final lo hice. Una muy cursi, de celos. Ella, entusiasmada, desfallecía.

—Acérquese más. Estamos muy distanciados.

Lo hice, venciendo mis aprensiones. Había encogido las piernas y quiso que me recostara en ellas.

—Así estará más cómodo.

Hablaba sin cesar, transportada, descubriendo los brazos. Tiraba continuamente de las sábanas, para cubrirse hasta la barbilla. Reía al hacer esto, como queriendo decir: «Usted perdone...» o: «Usted comprenderá...» Tuve que recitarle otra poesía. Volvió a toser.

—Es la emoción —dijo—. Estas cosas me enloquecen. Tiene que escribir una para mí. ¿Verdad que lo hará?

Dije que bueno.

—Una poesía romántica, apasionada, apasionada como yo. La poesía es mi punto débil. Un poeta haría de mí lo que quisiera. No sabría resistirme. Acérquese más. No tenga prejuicios. Somos amigos.

Volvió a toser. Estaba nerviosa. Yo también lo estaba. Sin saber qué hacer ni qué decir. Me preguntó si tenía novia. Cuando le contesté que no, no lo quería creer. Porfió en que alguna mujer habría. Insistí en que no. Luego otorgué, para hacerla callar. Entonces palmoteó. La sábana le bajó hasta medio pecho. Apresuradamente volvió a auparla. Sonrió, como siempre que esto ocurría. Luego me cogió una mano; después la otra. Encontró que las tenía finas, largas, de pianista. Para examinarlas mejor me hizo arrimar más hacia ella. Notaba su carne junto a mí, una carne febril, enardecida. Y, a la vez, su aliento, su carraspera. Me revolví inquieto. Vi cruzar a Alfonso. Se lo dije. Le pedí que lo llamara. Nada más decirlo comprendí que había cometido una absurdidad y una torpeza.

—¿Para qué? —dijo ella. Se había serenado—. ¿Me tiene miedo?

No supe qué decir. Estaba anonadado. Afortunadamente ella creía que le tenía miedo a ella, a la mujer, no a la enferma. Había algo de verdad.

—Deme la bata, ¿quiere?

Había cambiado de tono. Estaba ofendida. Se la di.

—Vuélvase de espaldas, si le parece.

No me dio tiempo de hacerlo. Saltó de la cama, desnuda, angulosa, esquelética, y se zambulló en la bata.

Alfonso, que salía del water, metió la cabeza por un lado de la persiana.

—¿Se puede pasar?

Decía esto con medio cuerpo dentro. Llevaba un albornoz azul y blanco. Elisa lo hizo pasar. Nos contó que aquella noche había experimentado una cosa rara, una cosa extraña que lo había llenado de pánico. Algo que le subía por la garganta, como cuando las hemoptisis. Había dado la luz rápidamente y había escupido. Nada. Saliva.

—¿A ustedes no les pasa esto?

Elisa y yo dijimos que sí, que a veces sí.

Alfonso no le quitaba la vista del escote, por donde asomaba un nacimiento de senos escuálido y trágico.

Alfonso me decía luego, después:

—¿Se fijó? Estaba desnuda. Sólo llevaba la bata.

—¿Sí?

Me hacía el sorprendido.

La familia de la fondista la constituían, aparte del cerril Jordi Barred y las hijas Pilarín y Mundeta, un hijo de dieciocho años llamado Jaume y otra hija casada que vivía en el pueblo de más arriba. Jaume estaba al frente de la panadería. Hacía pan para —aparte del pueblo— todas las masías de alrededor. En estos trabajos le ayudaba un muchacho de su edad cuyo nombre no recuerdo y a quien llamábamos *Forner*. En las solemnidades elaboraba cocas, pasteles y toda clase de repostería. Y en invierno, cuando no había trabajo en la fonda, pasaba temporadas en Comarquinal ejerciendo, al mismo tiempo que aprendiendo y prosperando, este noble oficio de la pastelería.

Jordi Barral atendía a las labores del campo —poseían tres o cuatro— ayudado por uno de los comensales de la mesa junto al buffet, un viejo alto y encorvado, siempre con una pipa en la boca, que era *él mozo* de la casa, y por un caballejo blanco y triste a quien llamaban *Fariña*. También cuidaban —Jordi y el mozo— de las gallinas, de las vacas, de los cerdos y de un par de cabras y borregos que tenían.

Las alboradas y amaneceres allí eran un gusto, por lo idílicos y sinfónicos. Cantaban los gallos y cloqueaban las gallinas; mugían las vacas en el establo; los lechones gruñían; balaban lastimeramente las cabras y los borregos; chirriaban —*guaita, guaita*— las golondrinas y las vecinas, y, por si fuera poco, Maravillas, la criada, mientras golpeaba sin piedad con su pala de madera en el lavadero, cantaba un aire de su tierra destempladamente. En medio de esta zarabanda era gracioso oír la voz de la señora Roseta:

—¡Maravillas, hija, no cantes, que despertarás a los señores!

—¿Quiere decir?

—Claro, mujer.

Dé las dos hijas de la fondista, Pilarín era la más joven y la que a veces servía la mesa junto con Maravillas. Era una muchacha sonriente y melosa, plácida. No se parecía en nada a su hermana *la Mundeta*, quien, por eso, por no tener carácter para servir las mesas, ayudaba dentro, en la oficina, a su madre y a la cocinera, una mujer flaca llamada también Mundeta, pero a quien todos llamaban señora Munda. Esta hija mayor, desabrida como el baladre y no muy hermosa, *festejaba* con el joven más guapo de la comarca, *l'hereu* (el heredero) de Can Patirem. En extremo celosa, y como quiera que él era un tanto mariposón y coqueto, siempre estaba en vilo, sobre ascuas. De ahí le venía su carácter amargo. Por lo menos así lo decían.

Los otros componentes de la mesa grande junto al buffet, aparte de Jordi Barral, Jaume, el Forner y el mozo, eran el electricista del pueblo y el carpintero. A éstos se les llamaba respectivamente *el Chispa* y *el Fuster*. El Fuster —un hombrecillo soltero, calvo y mellado, con cara de buena persona— hacía las comidas allí y dormía en una casa del pueblo. El Chispa comía y dormía en la fonda. Era un joven regordete, moreno, con un bigotillo como un hilo, muy pagado de su figura, siempre

vestido con un mono azul, excepto los domingos, en que se colocaba su traje nuevo y la corbata. Las chicas del pueblo lo miraban tiernamente. Esto había despertado en él unas tremendas ínfulas de tenorio, pues creía que ninguna mujer se le resistía. Soñaba con que algunas de las señoritas veraneantes se prendara de él, y por aquellos días dirigía desde su mesa miradas incendiarias a Blanquita. Cuando pasaba por su lado la obsequiaba con una de sus mejores, blancas y deslumbrantes sonrisas. Entonces, Manolo, el hombre seco y alto, brutote y animal, todo, desde la mesa donde comíamos —una mesa en el centro del comedor dominando toda la sala, colocado él en su lugar más estratégico— le lanzaba constantemente pullas e invectivas.

—Chispa —decía—; vos sois un cretino. Empleaba un lenguaje ampuloso, de traducción y acento catalán, burlesco y como medieval.

—Y vos... —replicaba el Chispa. Manolo nunca le dejaba terminar.

—Un saurio, un carcamal, un devoracriaturas sois —continuaba diciendo—. Os enviaré mis padrinos. El duelo será a escopeta de un gatillo.

Siempre empleaba frases de esta índole y el Chispa acababa por enrojecer, con gran regocijo de Blanquita, que también terminaba poniéndose encarnada cuando Manolo le gritaba:

—Y vos, Blanquita, sois una quebrantahombres. Cada noche, luego de la cena, en la cocina, la familia Barral rezaba el rosario. La familia Barral, y el mozo, y la criada, y el Forner. Se les oía salmodiar en tanto te desnudabas para acostarte. Después, en los meses de julio y agosto, cuando no daban abasto al trabajo debido a la gran afluencia de veraneantes, abandonaban tan piadosa costumbre —*la feina, clar!*— para reanudarla en setiembre, cuando empezaba la desbandada de los huéspedes.

Tenían un perro, un perro viejo, de más de quince años. Estaba gordo y se cansaba al ladrar. Siempre estaba durmiendo en el recinto del horno, junto a los sacos vacíos. Su pelo negro se nevaba de harina. Se llamaba *Manubri*. Un hijo de la fondista, que murió cuando niño de un accidente, le cogía la cola y le daba vueltas, como a un manubrio. De ahí el nombre. Y de ahí —del niño que jugaba con el perro y que murió de accidente— la gran veneración de la familia Barral por el chuchó.

A veces, cuando a la hora de la comida venían otros perros a la fonda a devorar los huesos que solapadamente les echábamos debajo de la mesa, *Manubri* salía gritando y jadeando, agotándose por completo en un esfuerzo baldío, ya que los otros perros, indiferentes, apenas si lo miraban de soslayo. Únicamente salían huyendo cuando aparecía Jordi Barral dando berridos y patadas capaces de tumbar a un mulo.

Exceptuando a *Manubri*, el achacoso *Manubri* y tal vez algún perro pastor de las masías, todos los demás, el resto, eran perros vagabundos, huérfanos de amo; perros canijos y hambrientos que soñaban constantemente —por ello te seguían a todas partes— con que algún buen veraneante los prohijara y los llevara consigo. De tarde en tarde, alguno lo conseguía. Nosotros, la colonia que formábamos los tocados del pecho, llegamos a adoptar uno de aguas, feo, pequeño, negro y lanudo a quien llamábamos *Céntim*. Le guardábamos todos los huesos de las costillas que en la fonda

se consumían y venía con nosotros a todas partes.

El pueblo tenía pocos habitantes. En los meses de julio y agosto, la colonia veraniega superaba su población tres o cuatro veces más.

Muchas de sus casas estaban construidas de piedra solamente, sin argamasa alguna. Pero la mayoría habían sufrido reformas y muchos edificios eran de construcción actual.

El pueblo tenía una única calle. Sólo unos caminos que partían de ella llevaban a los huertos y a los campos. A la entrada de la calle estaba la iglesia, no sabías si como centinela o como madre amorosa. La calle, en pendiente, descendiendo una ladera, se difuminaba: menos casas, menos, algunos chalets luego, alguna otra casa, y la calle acababa convirtiéndose en camino, camino de no sé dónde.

Para tan poco pueblo había tres fondas, tanto veraneante llegaba a acumularse después, y muchas casas alquilaban habitaciones o admitían gente a pupilaje. También se llenaban las torres y fincas de los alrededores y unos chalets de alquiler que se alzaban en la parte alta de la carretera. De estos chalets todo el mundo decía que parecían suizos. Eran grises y feos y tenían el techo muy inclinado y de pizarra.

La gente de aquellos andurriales vivía más de los veraneantes que de los campos y de sus vacas. Decir esto es un absurdo, puesto que el campo y las vacas eran quienes mantenían a ellos y a nosotros. Pero merced a los veraneantes sacaban más jugo a sus animas y a sus tierras. Por este motivo, cuando el cielo se encapotaba y amenazaba terminar en granizo, era de ver el espanto y turbación de aquellas buenas gentes. El sacristán tocaba a rebato. El alcalde, que al mismo tiempo era el dueño del estanco, sacaba un viejo fusil y se liaba a pegar tiros al aire. Los estampidos y la estridencia de la campana ayudaban a romper la nube. Las mujeres arrojaban agua bendita por las ventanas. El cura se colocaba el roquete y la estola, cogía el hisopo y rezaba y aspergeaba desde el atrio de la iglesia. La mayoría de veces estas tormentas quedaban en agua, con gran satisfacción de todos. Pero en alguna tardía ocasión descargaba la piedra y quedaba todo hecho cisco.

El cura llevaba al pueblo de cabeza. Era tan estrecho y cerril en cuanto a cuestiones de moral, que incluso obligaba a las mozas del pueblo a llevar medias cuando iban a segar. El meterse bajo el granizo —piedras como puños— con el hisopo en ristre, y los milagros que esto originaba, hacía que a pesar de esto se le tuviera en mucha consideración y estima. Lo que más desesperaba al buen hombre era que su jurisdicción en lo tocante a la moral no alcanzaba a los malditos veraneantes que paseaban por delante de sus narices como les daba la gana.

Los enfermos de Can Barral desayunábamos en la cama. Luego del desayuno, cada uno hacía lo que quería. Baltasar y Alfonso se levantaban tarde. Blanquita y Elisa despachaban su correspondencia. Manolo y yo nos largábamos a las márgenes del río,

a tumbarnos entre los helechos.

Después a comer; luego la siesta. Terminada la siesta, muchas veces, en lugar del paseo, nos íbamos a un bosquecillo de robles, a tumbarnos a la sombra. Los días eran livianos y pesados, raudos y lentos; no sabría decirlo. Elisa se llevaba una hamaca tan frágil como ella, que colgaba entre dos árboles. Parecía, al tumbarse en la hamaca, que se encerraba en un ataúd, en un ataúd como etéreo y blanco. Así echada hacía ganchillo o leía la última de Maugham que le trajera Manolo.

Alfonso estaba un rato con nosotros y luego se iba a hacer el 29. Salía al camino que estaba encima del bosquecillo y emprendía su circunvalación. De paso aprovechaba para entrar en la iglesia a hacer la visita al Santísimo. Llegaba al pueblo cuando ya regresábamos nosotros.

Después de la cena jugábamos al dominó, o a la canasta, o paseábamos hacia la parte baja del pueblo. Llegábamos hasta un chalet abandonado sin terminar. Lo habían construido, erróneamente, del tipo de los que levantan junto a las playas, con grandes terrazas en lugar de construirlo con techo de pizarra para las grandes nevadas invernales. Lo llamábamos «El Abandonado».

—¿Vamos al Abandonado? —insinuaba alguien terminada la cena.

—Vamos —decíamos el resto.

El Abandonado era el lugar más fresco de los contornos. Un amplio chorro de aire que venía de los desfiladeros vecinos lo mantenía en perpetua refrigeración.

En la festividad de la Virgen del Carmen cantó misa un joven sacerdote hijo del lugar. Fue una fiesta magnífica. Todo el pueblo, todos los campesinos de la comarca, todos los veraneantes fueron, fuimos a misa. Los jóvenes del pueblo, conocidos todos del joven cura, cantaron el oficio con voces recias y estentóreas. Vino un famoso predicador de Barcelona, un predicador de voz augusta y manos señoriales que hizo llorar a todas las mujeres de la concurrencia. Se repartieron recordatorios y besamos las manos del misacantano.

Manolo, aunque comunista, por no quedarse solo en la fonda y porque lo arrastramos nosotros, también vino a la iglesia. Se pasó toda la misa sentado, sin arrodillarse ni cuando la consagración y sin desfilar para besar las manos del nuevo sacerdote.

A la salida de la iglesia, terminada la ceremonia, nos agolpamos todos alrededor del recién consagrado. Sus amigos del pueblo —los jóvenes que de niños se habían sentado con él en los bancos de la escuela y habían corrido juntos los mismos caminos y senderos, participando en idénticos juegos y pedreas, ¡qué bonito!— lo abrazaban efusivamente y le golpeaban la espalda, un tanto confusos.

Todos hicimos por alcanzarle la mano, besársela y darle la enhorabuena. Elisa desfalleció de emoción. Sólo Manolo se la estrechó sin besarla, y le dijo:

—Lo has hecho bien, cura.

El curilla lo miró perplejo. Debió de creer que era alguien del pueblo que lo había tratado cuando niño. Sonrió.

Manolo nos decía luego:

—Para mí todos son iguales. No hay ministros de Dios que valgan. Yo digo de tú a Franco y al Papa.

Penela y Andreu habían llegado ya. La señora Roseta hizo algunos cambios en el comedor, previo aviso y consentimiento de los interesados o afectados. A Penela y Andreu los colocó con Alfonso y Elisa. Para que Blanquita no quedara sola, a mí me colocó con ella. A los pocos días teníamos otro huésped, llamado Tomás, que fue a parar a nuestra mesa, a la de Blanquita y mía.

—*És jove com vostés* —dijo la señora Roseta.

Ese Tomás era un poco loco. Vivía en Comarquinal. Era sastre y de Acción Católica. En la solapa llevaba la crucecita verde.

Venía a pasar quince días. Subía de vez en cuando a Calafusta. La fondista y su familia lo conocían desde hacía mucho tiempo. El pueblo también.

El médico *le* había dicho que tenía una pequeña taca en *el* pulmón. Yo creo que la tenía en el cerebro.

Llegó un lunes en el autocar de las doce. Nos encontrábamos en la puerta de la fonda cuando vimos que, por allá cerca de la iglesia, por la entrada de la calle, se acercaba alguien a grandes zancadas, con una maleta, gesticulando, vociferando. Todo el mundo lo saludaba. Todas las mujeres salían a los balcones y a las puertas.

—¡Hola, Tomás!

—*Bon dia*, Tomás! —*Guaita en* Tomás!

Los críos también repetían:

—¡Tomás, Tomás...!

Cuando llegó a nosotros, nos dio la mano a todos, como si nos hubiera conocido de toda la vida, y se coló para adentro. La señora Roseta lo abrazó. Munda y Pilarín le gastaron bromas.

Cada mañana iba a misa y la ayudaba. Se hizo —o era— muy amigo del cura. Cada dos por tres estaba en la rectoría jugando al ping-pong.

Estaba como una cabra. En mitad de una conversación te plantaba y se liaba a dar botes, o se subía a los pinos, igual que un mono. Una vez encima del pino berreaba como si fuera Tarzán y se golpeaba el pecho. Las escaleras de la iglesia las subía de un salto. El barandal que dividía, el comedor lo brincaba apoyándose en una sola mano. Todos opinábamos que la mancha que decía tener en el pulmón tardaría en curarse.

Acostumbraba a llevar siempre consigo el misal. Por las noches, luego de la cena, se liaba a conversar con Elisa sobre temas teológicos, pues Elisa, además de romántica, era mística: así lo creía ella.

Cuando nos poníamos a hablar de mujeres o a contar chistes verdes, escurría el bulto. En alguna ocasión también contaba él alguno.

Una vez, mientras cenábamos, le pasó un dedo a Blanquita por su brazo moreno; un brazo mórbido, cubierto de vello rubio. Lo hacía ensimismado. De pronto exteriorizó su pensamiento.

—¡Si el llano está así, cómo estará la sierra...! —dijo.

Blanquita enrojeció. Yo le llamé bestia. Manolo, desde su mesa-atalaya, le empezó a gritar:

—¡Hala, hereje! ¡Sacristán! ¡Beato!

El Chispa lo fulminó con la mirada. Elisa, desconcertada, le dijo:

—Eso no está bien, Tomás.

Tomás se disculpaba y no sabía dónde meterse.

En según qué ocasiones cogía tres o cuatro tazas o platos y hacía juegos malabares con ellos. Una vez rompió una taza. La señora Roseta se enfadó mucho.

Una de sus manías era cazar grillos. Para ello se orinaba en los agujeros que les sirven de nidos y los obligaba a salir, o introducía una paja en las grilleras y hurgando con ella, los fastidiaba hasta hacerles desalojar el nido. Luego, por la noche, los soltaba en la fonda y no dejaban dormir a nadie.

Cuando se marchó nos repartió tarjetas a todos y nos encareció que si queríamos un buen traje fuéramos a él.

Cuando se marchó, muchos respiraron aliviados; las tazas y platos, sobre todo; y los grillos.

En la mesa, ocupando el lugar de Tomás, nos pusieron al señor Pedro Gallofré, que subió a poco de marchar aquél. Era un hombre jovial, desdentado, con una cabeza ovoide y calva; ovoide, no en el sentido vertical, sino horizontal: una cabeza deformada, con protuberancias, chafada por los lados, aplastada. Inspiraba simpatía y confianza. Manolo, a los tres días, le llamaba Perico. Los demás lo llamábamos por su nombre, en catalán: *senyor Pere*. La pronunciación de *senyor Pere* es «señó Pera.» A Blanquita, madrileña y que entendía poco, por no decir jota, el catalán, le hacía mucha gracia esto de *Pera*. Le recordaba la fruta. A veces, en broma, lo llamaba *señor Manzana*. Alfonso lo llamaba *don Pedro*, pues decía que el don es para los nombres, y el señor para los apellidos.

El señor Pera era de Moncada. Residía allí, pero trabajaba en Barcelona. Tenía una fibrosis pulmonar, una de esas tuberculosis de viejo, lenta de curar; un mal que ni avanzaba ni retrocedía. Tosía como un condenado y lanzaba unos escupitajos capaces de tapar un ojo a la María Félix. Estaba delgado y amarillo, pero a los pocos días se recuperó. Fue engordando e incluso la tos desapareció. La casa donde trabajaba le pagaba fonda, médicos, jornal. Algo así como a Alfonso, pero mejor, pues al señor Pera no le venían con prisas ni le pedían que se operase.

Los domingos íbamos todos a misa. Todos, excepto Manolo; creo que ya lo dije. El señor Pera, algún domingo, hacía *campana*, novillos, como un travieso colegial. En tales casos nos pedía que le lleváramos la hoja dominical y le dijéramos de qué color iba el cura. Él luego, se lo escribía a su mujer y le mandaba la hoja. Su mujer, de este modo, podía comprobar si cumplía con el precepto o no: lo controlaba.

Terna un gran sentido del humor. Lo bueno del caso era que él no lo sabía. Una noche estábamos contando chistes y adivinanzas. Alguien puso el dedo índice en posición vertical. La otra mano la agitó por encima, moviendo los dedos, como si algo fluyera.

—Esto, ¿qué es?

—Un hombre duchándose.

En lugar del dedo índice colocó todos los dedos.

—¿Y esto?

Encogimiento de nuevo.

—Ahora es toda una familia la que se ducha. Otro puso el dedo del corazón montado sobre el índice, horizontales ambos. Con la otra mano simuló una circunferencia, una O que colocó encima.

—¿Qué es esto?

—Una gachí tomando el sol.

Hubo otro que colocó la mano a modo de valla. Los, dedos cordial y pulgar de la otra mano los chasqueaba a un lado y a otro de la imaginaria valla.

—Un ping-pong.

El señor Pera no había dicho nada en todo el rato. Cuando se agotó el repertorio, dijo:

—¿Esto qué es?

Se tamborileaba con los dedos de las dos manos el pecho, mientras giraba la cabeza de izquierda a derecha, lentamente, diciendo: «Cla, cla, cla, cla, cla...» Cuando su cabeza llegaba al final de la trayectoria soltaba un «¡Cling!» sonoro, se agarraba la nariz, tiraba hacia el otro lado, diciendo: «Raaaaasss...» y volvía a empezar: «Cla, cla, cla, cla... ¡Cling! Raaaaasss...» «Cla, cla, cla, cía... ¡Cling! Raaaaasss...» «Cla, cla...»

—La máquina de escribir —dijo.

Y continuó: «Cla, cla, cla, cla, cla... ¡Cling! Raaas...» «Cla, cla, cla...»

Tenía la boca seria, el porte sereno, todo él tan trascendental, que nos echamos a reír todos, especialmente la señora Carmen, una joven casada que hacía poco había subido y andaba triste y añorada, y un estudiante de medicina que coleccionaba chistes. El estudiante se lío a decir: qué bueno, qué bueno, sin parar. A Elisa le dio un ataque de tos. Siempre le pasaba igual.

Elisa creía que con la presencia de Andreu le volvería el apetito. Fue una autosugestión pasajera. Los primeros días comió un poco más. Luego, no. Andreu, la trataba cordialmente, pero no con amor. Elisa ya no daba gozo ni estaba para muchos trotes.

Andreu era un tipo rechoncho y apayesado. Hablaba solamente catalán. Soltaba *coi, coi!*, sin cesar e infinidad de tacos. Había llevado un neumo bilateral, esto es, en los dos pulmones, pero ya estaba curado. A pesar de esto subía cada verano al pueblo de Calafusta. Tenía la barbilla raída, como picada de viruelas. El bacilo de Koch se le había aposentado también ahí. Una tuberculosis de barbilla o algo así, por lo visto. ¡Qué raro! Había estado muy mal. Un caso desesperado. Entonces, en cambio, rebosaba salud. Comía como una lima nueva, no tanto como Baltasar, y fumaba unos retorcidos toscanos tragándose el humo con delectación, por cuando no había podido ser, decía, como rara compensación.

Había nacido en un pueblo de Lérida. Ahora vivía en Barcelona, con un hermano suyo que tenía un negocio de corchos.

Cuando llegó a Barcelona por primera vez, la ciudad le vino ancha. En el transcurso de una noche fue con trece pindongas. Era un individuo de fuerte temperamento. En los años que llevara el neumo, tenía que bajar cada quince días desde Calafusta a Comarquinal a ponérselo. Antes de ir a casa del médico se iba a La Morocha, uno de los dos o tres prostíbulos que había en Comarquinal, y se acostaba con una tía. Esto era por si acaso, por si las moscas, decía, por si le encontraban peor y tenía que empezar a hacer mejor vida. Cuando salía del médico, eufórico porque éste le había dicho que iba bien, volvía a colarse de nuevo en La Morocha y se acostaba con otra, para celebrarlo. Era un caso bastante distinto de Alfonso, no obstante. A él no le brillaban los ojos, ni se retorció los sesos con laberínticos

pensamientos. Jamás miraba a una mujer con deseos ni le soltaba la menor insinuación o procacidad. A su modo, era un puritano. Las mujeres se dividían en dos clases: rameras y no rameras. Las rameras eran de uso público y él las usaba. Las otras eran sagradas. Dios le librara de poner la mano encima de una de ellas. A Alfonso lo consideraba con bastante desprecio.

Conociéndole, su lío con Elisa parecía inexplicable. Probablemente ella lo buscó y él sucumbió. También puede que la considerara un poco mujer pública después de las trapisondas que Elisa llevaba hechas. Al principio había llegado a estar enamorado de ella. Ahora, no. Comía en su mesa y la trataba afectuosamente, pero nada más. Se notaba que, en cierto modo, la rehuía. Pero cuando veía que al sentarse enseñaba las piernas, se salía de quicio. Gesticulaba —para él, para quien estuviera cerca—, gesticulaba:

—¡Es una p..., es una p...!

En uno de estos arrebatos y extraños celos me contó que un año se había hospedado en la fonda una rara pájara. En seguida intimó con Elisa. Elisa le preparó a Andreu una estratagema. Lo envió a la habitación de esta individua a pedirle un libro.

—*Quan váreig baixar, va preguntar-me l'Elisa si ho havia passat bé. Sempre ha estat una p...*

Se dolía un poco al decir esto. Yo me turbaba con todas estas cosas.

—*El món és així* —aseguraba Andreu, y lo hubiera asegurado Manolo, Alfonso, el señor Pera, cualquiera. Pero a mí me hacía encoger el ánimo.

Yo pensaba que Penela sería una mujer bestial, despampanante. No era así, sino una de tantas. Graciosa, tipo menos que normal, cabello negro y ojos castaños. Nada. Simpática y vanidosa, eso sí. Le agradaba que todos los hombres fueran tras ella. A fuerza de concesiones, casi lo conseguía. Se llamaba Penélope y la llamaban Penela. Su padre tenía un importante cargo en un Ministerio: era austríaco. Su madre, argentina. A ella le había quedado ese hablar meloso y ese marcar las eses de los argentinos. Esta era una de sus gracias.

Andreu, que sentía una especie de paternal afecto por ella, decía, para resumirla, que su padre era austríaco, su madre argentina y ella tonta. No estaba mal la definición.

Habíamos terminado la siesta y oí que me llamaban —un día, olvidaba decirlo:

—¡Armando!

Era Manolo.

—¡¡Armandoooo...!!

La voz llegaba del comedor. Me asomé a la ventana, miré hacia el patio.

—¡Que bajas; hay alguien que te espera!

Bajé intrigado.

En el comedor había una mujer estupenda, ajamonada. La acompañaba un hombre esquelético que jadeaba.

—Ésta te busca.

La mujer estupenda me alargó la mano, dedicándome una de sus mejores sonrisas.

—Hola...

—Hola —dije yo, desconcertado.

—¿Usted es Armando Muñoz?

—Sí, sí... yo soy...

—Nosotros... —señaló al hombre—. Mi marido y yo... Le di la mano al hombre.

—Tanto gusto.

—El gusto es mío.

El hombre —que se había levantado de la silla en donde por lo visto se dejara caer en cuanto llegó— volvió a sentarse resoplando.

Seguía yo sin comprender. Manolo me hacía señas.

«¡Vaya mujer!» Se sacudía los dedos, sin que lo vieran. La mujer terminó de explicarse:

—Nosotros somos primos de Nicolás Abadía. Nicolás Abadía era mi mejor amigo. Desde Calafusta le había escrito contándole lo bueno del clima, su altura y lo bien que me encontraba. Incluso le había enviado algunas postales de los alrededores. Él no me había contestado. Era muy perezoso. Yo no se lo había tenido en cuenta.

El hombre esquelético era primo hermano de él. Mi amigo Nicolás había ido a su casa a verle. Le había hablado de mí y de Calafusta; un pueblecito cuyo clima era estupendo: «Mil metros de altura, lo que tú necesitas».

En los enfermos, lo último que muere es la esperanza. En seguida prepararon el viaje. Les había dado el nombre de la fonda y les había recomendado que preguntaran por mí. Y allí estaban.

La mujer sonreía. Él decía que desde que respiraba aquellos aires tan buenos se encontraba mejor.

Daba pena verle. Amarillo, huesudo, flaco. Respiraba con dificultad. Se ahogaba y tosía. Ella era el reverso. Lozana, metida en carnes, sonriente, rebosaba salud e inspiraba deseos inmediatamente, deseos nada buenos, desde luego. Alfonso, en

cuanto pudo, nos insinuó: «Esa mujer se lo come, seguro; así está él. ¿No se han dado cuenta?»

La fondista se despepitaba para atenderlos. Les hacía muchos agasajos, extremando sus zalamerías, queriendo dar a entender que parte de sus deferencias eran en atención a que me conocían. Así nos contentaba a todos: a ellos y a mí. Había traído un vaso de leche que el hombre sorbía con delectación y que encontraba tan buena y saludable como aquellos aires que respiraba. La fondista dijo que le estaban preparando una habitación para que se acostase en seguida, pues estaría *molt* cansado. El hombre lo agradeció.

De la enfermedad que en el pobre hombre se adivinaba no habían contado gran cosa: pleura inflamada, nada más, habían dicho a la fondista. A mí me hablan dicho lo mismo. Pero yo recordaba que mi amigo Abadía me había hablado de un primo suyo que había llevado el neumo, se había curado y luego había recaído.

La señora Roseta había dicho, respecto a esto de la inflamación:

—No hay que apurarse. En seguida estará bien. Cuatro días aquí y engordará.

Me señaló a mí.

—*Aquest* estaba como usted.

Sonreí.

El hombre esquelético se llamaba Rafael; la mujer impresionante, Marujita.

Cuando marcharon a su habitación, Manolo comentaba, emocionado, las excelencias de aquella mujer. Decía, para nombrarla, la Marujita. La Marujita por aquí, la Marujita por allá. La verdad era que había impresionado a todos. Yo digo si sería la fuerza del contraste: ella tan boyante; él tan alicaído. Entonces fue cuando Alfonso comentó que se lo debía de comer.

—A este precio vale la pena caer enfermo —redondeó parpadeando.

La Marujita —Manolo nos contagió el *la*— dejó a su marido acostado y bajó en seguida. Tenía andares de mujer acostumbrada a causar admiración. Se puso a hablar conmigo, pero en seguida se agolparon Manolo, Alfonso, el señor Pera e incluso el Chispa, que aquel día andaba escaso de trabajo. Aquella tarde no hubo paseo por el bosque, únicamente Baltasar salió a dar una vuelta. Andreu tardó en sumarse al grupo. Elisa, Penela, Blanquita y la señora Carmen, aquella joven casada que hacía poco había subido, echaban rayos por los ojos, pero se aguantaban, ¡qué remedio!, y cuando ella les sonreía, le devolvían la sonrisa, una sonrisa de conejo claro. «Más le valdría estar haciendo compañía a su marido, que está medio moribundo, y no coquetear tan descaradamente.» Esto se les transparentaba.

Yo estaba un poco confuso y atribulado. Oficialmente, digámoslo así, era su amigo y conocido; su especie de anfitrión. Ella, cuando hablaba, se dirigía en particular a mí, pero quienes la asediaban eran los otros, singularmente Alfonso, que había colocado su silla pegada a la de ella y rozaba su brazo con el suyo.

Al hombre esquelético le subieron la cena a la habitación. A la Marujita, la señora Roseta, haciendo una especie de honor o deferencia, la puso en mi mesa, solos los

dos. Al señor Pera lo colocó con Manolo y Baltasar, y a Blanquita con la joven casada que llamábamos señora Carmen.

Durante la cena hablamos poco. Yo le pregunté por mi amigo y primo de ellos Nicolás Abadía. La Marujita contestaba sonriendo o con monosílabos, queriendo ser atenta, pero no estaba por lo que yo le decía. Su atención se centraba en Manolo, que la piropeaba desde su mesa. Finalmente, optó por callar.

—¡Qué hombre más simpático! —decía ella de vez en cuando. Yo asentía.

Manolo, por último, le dijo:

—¿Por qué no te vienes aquí? —Y añadió señalándome a mí—: Ése es un apagao; ése es más aburrido que un día triando guijas.

La Marujita cogió su plato.

—Usted no se enfadará, ¿verdad?

Sonreía con la mejor de sus sonrisas. ¿Por qué me iba a enfadar? Así que se pasó a la mesa de Manolo, donde éste continuó con sus bromas y sus frases cada vez más atrevidas, hasta que el señor Pera agarró a su vez el plato y se vino conmigo.

—Eso no se puede soportar. Están como los perros.

Baltasar, atento sólo a la comida, *soportó* admirablemente. Elisa, Blanquita, Penela y la señora Carmen me asaetearon luego:

—No hay derecho a lo que ha hecho con usted.

Yo me encogía de hombros. Pero sabía que tenían razón.

Después de la cena salimos todos afuera. Era la noche de San Juan. En la punta de la calle, cerca de la iglesia, los muchachos habían encendido una hoguera.

Por la parte de abajo se veía otra. En las sierras vecinas también se veían enormes fuegos.

La Marujita quiso sentarse en el alféizar de la ventana que había junto a la puerta. Alfonso entrelazó las manos para que ella apoyara su lindo pie. De paso, al aupar, le tocó las pantorrillas.

Alguien dijo que había baile en la fonda de arriba, en Can Turull. La Marujita aplaudió: —«¡Qué bien!»— y pidió que fuéramos. Fuimos. Las otras mujeres nos siguieron a regañadientes. El no ser ellas el centro de la cuestión, las tenía molestas y quisquillosas. Ya en el comedor de Can Turull, se les pasó el mal humor.

Manolo le pidió a la Marujita que bailase con él. La Marujita le dijo que no.

—Encontrándose mi marido como se encuentra, no está bien que lo haga.

—¡Bah!, tu marido no lo va a saber. La Marujita se encastilló: —No, no; no está bien. He dicho que no. Entonces, Manolo, sin más ni más, dio media vuelta, cogió de un brazo a la señora Carmen y se liaron a bailar. La señora Carmen, que no había dicho ni sí ni no, estaba completamente encarnada.

Alfonso sacó a bailar a Blanquita, luego de haberse tomado el pulso mirando el reloj.

A Blanquita, el baile le gustaba más que el cine. Elisa decía que a ella el baile la había llevado siempre de cabeza, pero que ahora no le convenía. Penela me preguntó:

—¿Usted no baila?

Eran los primeros días de su estancia allí y aún nos tratábamos de usted.

—Si no sé.

—Si quiere, le enseño.

—Gracias, gracias... Otro día.

Me había puesto encarnado.

Elisa me miró suspicaz.

—¿Siempre se hace rogar tanto?

Hubiera querido que el suelo me tragase.

Habían terminado ya una pieza. Los músicos —un violón y un acordeón— la emprendieron sin descanso con otra: *Angelitos Negros*, que estaba muy de moda.

Manolo asedió otra vez a la Marujita.

—Ésta es casada y también baila.

La señora Carmen bajó los ojos, encendida. La Marujita no cedió. Manolo se encaró con Elisa.

—¿Tú?

—Ya sabe que no me va bien bailar. Si no, de buena gana...

Manolo no la oyó terminar. Agarró a Blanquita y se mezcló con las demás parejas.

Penela me cogió de una mano.

—Venga, probaremos.

En realidad, yo sabía bailar algo. Los foxs, boleros y pasodobles los sacaba adelante.

—¿No decía que no sabía?

—Bueno, quería decir que no mucho.

Lo que ocurría es que tenía miedo. Yo había subido a curarme, no a hacer el botarate.

Penela me preguntó los años que tenía. Yo le pregunté los suyos. Éramos casi de una misma edad. Nos preguntamos recíprocamente dónde vivíamos, en qué calles de Barcelona. Ella en la de Villarroel, yo en la de Jesús, una especie de travesía de la calle Mayor de Gracia. De vez en cuando, sin darnos cuenta, nos decíamos de tú, luego de usted, según. Reíamos por cualquier motivo. Era muy salada.

Terminado aquel baile, volvimos a la fonda Barral. En las hogueras de la calle, en lo que fueron hogueras, todavía brillaban algunas ascuas. En las montañas lejanas aún podía verse alguna que otra fogata.

Estábamos alborozados, con pocas ganas de irnos a dormir. Nos sentamos en el comedor, hablando sin parar. Manolo dominaba la situación. Lanzaba pullas a la Marujita.

—¡Dos desplantes, dos! ¡Esto no tiene perdón!

La Marujita reía. En esto se abrió la puerta de la escalera y apareció su marido, demacrado, con la chaqueta encima del pijama. Era como una aparición. Fue a hablar

y le dio un acceso de tos.

—Marujita, éstas no son horas de estar levantada. Hace rato que te espero.

Nos habíamos quedado mudos, impresionados. Todos menos la Marujita. La Marujita fue corriendo hacia él.

—¡Este hombre! ¡Por Dios, que te vas a enfriar!

Casi lo cogió en brazos y se lo llevó para arriba, mientras se giraba para decirnos:

—Buenas noches, buenas noches...

Algo así como: «Ustedes dispensen».

Al día siguiente, el hombre esquelético quería saber si su mujer había bailado la noche anterior. Se lo preguntó a Elisa.

—Dijo que anoche fueron un momento al baile, pero que ella no bailó. Yo no me lo he creído.

Elisa le juró que no había bailado. Se lo juró tranquilamente, porque era cierto; pero aunque no lo hubiera sido se lo hubiese jurado igual.

—Y eso que bien quisieron sacarla a bailar. Pero a nadie hizo caso. Puede usted estar contento de la mujer que tiene.

—No, si contento lo estoy...

La Marujita se había marchado en el primer coche de la mañana. No podía permanecer allí. Tenía que atender a los pequeños. Se fue tan temprano, que ni siquiera la vimos. Su marido, al preguntarle por ella, lo dijo.

—Los niños no pueden estar solos. Tienen que ir a la escuela.

—¿Tienen hijos?

—Sí, dos: un nene y una nena.

La señora Roseta sentó al hombre esquelético en mi mesa; los dos solos. Juzgó que me hacía un favor, pues se trataba de un conocido mío. En realidad me jorobó. El pobre hombre tosía tanto y tan seguido que me llenaba de salpicaduras, a mí y al plato. Además, gargajeaba constantemente. Yo sentía bascas. Retiraba el plato y decía que no comía más, que no tenía apetito.

—¿Sabe que está usted muy desganado? Me excusaba:

—La verdad es que nunca he sido muy comilón, y estos días no me encuentro demasiado bien. Él procuraba animarme: —Tiene que comer, tiene que comer... No obstante su estado calamitoso que cada día le dificultaba más tirar de su cuerpo, el desgraciado se sentía mejor, Como recuperado; así lo decía. A pesar de esto no iba a pasear con nosotros ni a ninguna parte. Máxime se sentaba en una silla a la puerta de la fonda. La gente del pueblo y los demás veraneantes del lugar lo miraban, al pasar con repulsión, y cuchicheaban entre ellos.

Parecía como si además de sus males padeciera de asma. Jadeaba igual que un tren, subiéndole y bajándole las tablas del pecho lo mismo que si respirara a marchas forzadas. Él se obstinaba en decir que sólo tenía la pleura inflamada. La fondista también decía lo mismo, pues algunos vecinos se habían quejado de que hospedase a un enfermo que era un peligro para la población.

Entretanto, el pobre hombre estaba convencido de que se curaba; notaba su mejoría, o creía notarla. Despotricaba contra todos los médicos de Barcelona, pues casi todos lo habían visitado, y únicamente tenía fe en un tal doctor Ferrán, el que ahora lo llevaba, un médico naturista que sólo curaba a base de hierbas y vegetales. Contra la inflamación de la pleura tomaba sólo unas inhalaciones de ajo, inmejorables e insustituibles, según aquel doctor Ferrán. A determinadas horas del día le veías sacar un aparatito y pulverizarse la boca con él. Un terrible olor a ajo te acariciaba inmediatamente la pituitaria.

Verdaderamente era un caso dramático. Un dramatismo acentuado por el desmedido afán que demostraba en disimular su gravedad. Al mismo tiempo que nos engañaba a todos, se engañaba a sí mismo. Lo más seguro.

Por las mañanas, procurando que nadie lo viese, bajaba —estaba en el piso de arriba, igual que yo— al water, a verter su orinal. Como escupía sangra, no quería que nadie lo supiese, menos aún la fondista, sus hijas o la criada. Yo me lo tropecé una mañana en la escalera. Daba pena. Iba despeinado, amarillo, chupado, la americana sobre el pijama y el orinal abrazado, un orinal lleno de orines y de esputos sanguinolentos. Cuando me vio se puso nervioso. Procuró tapar el orinal con el brazo y sonrió como al que han cogido en una falta.

—No me gusta molestar a nadie —me dijo incongruentemente—. Bastante trabajo tiene la criada. Además, es una costumbre que tengo, esto de tirar el jarro yo mism...

Se perdía dándome explicaciones. Con el temblar a causa del nerviosismo, casi brincaban los esputos y los orines. Yo sufría.

—Le van a ver si se entretiene —le dije conchabada— mente.

—Sí, sí; tiene usted razón...

La que mejor sabía de este andar receloso, temiendo lo descubrieran, era Elisa. A través de su persiana, cada mañana le veía pasar. Elisa sentía mucho afecto por Rafael, un afecto como el que se siente por un hermano de causa.

A los pocos días de comer en compañía de aquel hombre, adelgacé; un kilo o dos, seguramente. Mi asco y aprensión eran tan terribles, que perdí el apetito por completo. En cambio, él, no. Devoraba con el desespero de quien ve en la comida su salvación. Parte de lo que yo no quería —los entremeses, la carne...— se lo comía él.

—Para que se pierda... —decía.

Los demás habían observado mi decaimiento. Y me lo decían. Manolo más que nadie.

—Desde que te pusieron con ese esqueleto, que le estás haciendo la competencia.

Yo denegaba. No quería que el buen hombre se diera cuenta de mis escrúpulos.

Manolo le decía a la fondista:

—Si no quitáis a ese muchacho de junto a ese muerto, lo quito yo y armo la gorda.

Los demás le argüían otras razones. Como ocupábamos una de las mesas

centrales, decían que hacía muy mal efecto aquel hombre tan consumido, allí en medio, a la vista de todos. Llamaba la atención ostensiblemente.

La fondista, por fin, se decidió. Con no sé qué torpe excusa me colocó a mí con Manolo, Baltasar y el señor Pera; a Rafael lo puso en un rincón, en una mesa de mármol. A mí me daba pena, y temía que él creyera que yo había solicitado el cambio. Menos mal que la fondista aprovechaba cualquier ocasión para asegurarle que lo había hecho para desocupar mesas, para agrupar más a la gente, para... El pobre hombre creía todo esto, me parece a mí, o, por lo menos, hacía esfuerzos para creerlo.

El día de San Pedro celebramos el santo del señor Pera. Colocamos las mesas juntas, una tras otra, formando una mesa grande y única. El señor Pera pagó champaña para todos. Se armó un gran jolgorio. Se cantó. Yo recité *La casada infiel*, de Federico García Lorca. Manolo nos obsequió con dos o tres tangos que cantaba con mucho sentimiento, pero muy mal. Blanquita bailó una rumba. A Elisa, *La casada infiel* le gustó tanto, que me dijo tenía que copiársela en un papel, pues hacía tiempo que iba detrás de esa poesía y no la encontraba. A Rafael, ese día, también le hicieron sentar con todos nosotros. Estaba tan emocionado el hombre, tan agradecido por esta delicadeza, que pagó unas copas de curasao a todos. También se empeñó en cantar, pero no pudo; la tos lo ahogaba.

A pesar de la «delicadeza» de ese día, todo el mundo se había quejado a la señora Roseta de que aquel hombre no podía permanecer más en la fonda, pues constituía una amenaza para la salud de todos, y, cualquier día, como se descuidase, se le moriría allí. Incluso los habitantes del pueblo le habían ido con quejas. La señora Roseta, por el loco afán de no perder un cliente, se disculpaba con que sólo tenía la pleura inflamada, ya no estaba tan delgado como al principio y cada día se recuperaba más.

—¡Cuernos! —saltaba Manolo—. Está tísico perdido. ¡Ni que estuviéramos ciegos...!

Rafael vivía ajeno a esta confabulación.

A la señora Roseta no le quedó más remedio que poner una conferencia a la Marujita diciéndole que subiera a recoger a su marido.

La Marujita subió al domingo siguiente.

Desde la puerta de la fonda la vimos llegar sonriente, fragante y oronda.

Manolo saltó de la ventana donde estaba sentado y empezó a alborotar:

—¡Ya está aquí la Marujita! ¡Ya viene la Marujita! ¡Mirad, mirad, la Marujita!

No sé. Sonaba como si quisiera decir: «¡Ya está aquí nuestra mujer, o nuestra fulana!» De pronto se dio cuenta de su bestialidad y, penetrando en la fonda, llamó:

—¡Rafael, Rafael, viene tu mujer!

Rafael estaba en la cocina tomando un vaso de leche. Salió lo más apresuradamente que sus jadeos y estertores le permitían.

La Marujita, ya en la puerta de la fonda, le dio un beso en la boca a su marido; un

beso apasionado, o de compensación, digámoslo de algún modo, capaz de tumbar a un elefante. Manolo silbó y Alfonso puso los ojos en blanco. A renglón seguido, antes de preguntar él por los hijos o inquirir ella por su salud, fue y le dijo:

—¿Sabes ...?

Y le contó un crimen pasional acaecido por aquellos días en la Barceloneta. Un novio celoso le había dado diez puñaladas a su novia, una chica de dieciocho años, sólo porque la encontró hablando con otro.

—¡Qué manera de querer!

Después de la comida, a las tres y media, se marcharon. Despidiéronse muy efusivamente de todos. La Marujita no sabíamos qué excusa le había puesto a su marido para llevárselo. Le diría que el doctor Ferrán, el doctor de las hierbas, quería recetarle algo nuevo y definitivo. Él se lo debió de creer. Su hambre de vivir era insaciable.

Al despedirnos, Manolo le había dicho a la Marujita:

—Cuando te quedes viuda, acuérdate de mí, ¿eh?

La Marujita se echó a reír.

—¡Este hombre!

Rafael, despidiéndose de la fondista, no lo oyó. Yo les di recuerdos para mi amigo Nicolás. Que no se hiciera de rogar y me escribiera.

Calle arriba se volvían constantemente para decirnos adiós con la mano. La Marujita, alegremente; él, cada vez que lo hacía ella.

La Marujita llevaba una maleta; Maravillas, la criada, que los acompañaba hasta el coche, otra; él, Rafael, ninguna. Al lado de su mujer, su decrepitud era más notoria.

Al poco tiempo tuve carta de Nicolás Abadía. Esta vez no se había hecho de rogar. En ella decía que su primo Rafael había muerto. A los cinco días de haber regresado de Calafusta ... *de ahí donde tú estás* —puntualizaba—. *La cosa fue así* —continuaba diciendo—. *Se encontraba mal. Llamó a su mujer y le dijo que fuera a buscar al médico* —al de las hierbas, debió de ser—. *Antes de que ella fuera a buscarlo le acometió un vómito de sangre. Las sábanas de la cama fueron poco...* *Al ponerse boca arriba, su misma sangre le ahogó.* —Mi amigo Nicolás Abadía se explayaba, se confesaba—. *Lo he sentido mucho porque lo apreciaba como a un hermano. Yo sabía que estaba mal, pero no tanto, y creía que viviría años. No curará, pero durará, me decía. Si los deseos pudieran contarse como hechos, seríamos felices. Es esta la idea que tengo cuando pienso...* Mi amigo Nicolás Abadía seguía filosofando. Por lo visto estaba triste y esto le hacía bien.

Yo no dije nada a nadie. Un extraño pudor me hizo silenciar su muerte. Todos se habían sentido profetas respecto a la suerte de aquel hombre. Mi silencio significaba su equivocación. Tampoco quería que se regodearan pensando en la Marujita, sabiendo que ahora ya era campo libre, en cierto modo, terreno abonado.

Cuando me preguntaban:

—¿Sabes algo de Rafael, aquel conocido tuyo...

Yo contestaba:

—Sí, creo que va mejorando...

—¿De verdad?

—De verdad.

Se hacían cruces.

—*Coi!* —rumiaba Andreu—. *De vegades fa més el que piula que el que xiula...*

Quería decir que quien peor está, a veces dura más que el que se encuentra bien.

A raíz de haber perdido el apetito por causa de Rafael, el señor Pera me cobró un afecto enorme. Me instaba continuamente para que comiera, como hace una madre con un hijo. Le ordenaba a la fondista que me hiciera algún plato especial que fuera de mi agrado. Como sabía que las ensaladas me gustaban mucho, no sólo las exigía a la dueña, sino que incluso las preparaba él mismo. También pedía que hiciera *alioli* (ajiaiceite) para según qué platos, o mayonesa.

—¡Coño! —decía Manolo—. Desde que el Perico se siente tu padre, todos comemos mejor en esta mesa.

Todos habían ido tomándome gran afecto. Me ocurría un poco lo que a Blanquita. De los hombres era yo el más joven. Me consideraban un crío. La señora Carmen la que más.

—¿Usted ya ha hecho el servicio militar?

—Lo estaba haciendo cuando caí enfermo.

—¡Pero si parece que tiene usted dieciocho años!

Ella sólo tenía dos o tres años más que yo. El ser casada le daba cierta supremacía. Quise dejarme el bigote, pero no me atreví. Entonces comprendí que yo nunca me había atrevido a nada. El hecho de que estuvieran por mí, aunque sólo fuera por considerarme un chiquillo, en cierto modo me agradaba.

Entre Penela y yo se había establecido una especie de corriente misteriosa. Sin necesidad de habernos dicho nada importante, sabía que no le era indiferente.

Continuamente, conversando con ella, un suave calorcillo me invadía el corazón. No quería forjarme ilusiones. Sabía que vencer mi timidez sería difícil. Sabía también que ella tenía novio, un muchacho de Comarquinal, que conociera un año allí en la fonda; un muchacha llamado René y a quien apodaban *el Gato* porque aseguraban que tenía cara de gato.

Yo le preguntaba:

—¿Es francés?

—No.

—Como se llama René...

—Y eso qué.

Y otras veces:

—¿Pero es verdad que ese Gato es tu novio?

—No. Somos amigos únicamente —decía. O bien—: Él me quiere mucho. —O—: Nos queremos bastante; nos escribimos.

Me sentía celoso.

—¿De verdad tiene cara de gato?

—No. Tiene los ojos verdes. Se parece a Gregory Peck. Es muy guapo. Ya lo verás. Este año tal vez lo operen. Entonces subirá a pasar una temporada. Lástima que yo ya habré marchado.

Hablaba lánguidamente. Sus eses melosas y arrastradas hacían enloquecer. Quien se chaló por ella fue el estudiante de medicina, que llevaba anotados en una agenda toda clase de chistes y que se llamaba Jaime. Este estudiante había subido a pasar sus vacaciones. No estaba enfermo. Pero formó en seguida con nosotros, con los averiados. Con él no era necesario disimular. Aparte de que no teníamos reparo alguno en contarle nuestros males, especialmente Alfonso, que cada mañana le pedía que lo auscultara.

—Un día lo envió a hacer puñetas.

Lo decía, pero no era capaz de hacerlo. Se lo pedía tan cortésmente, que hubiera sido imposible darle un chasco. Cada mañana, no fallaba una, lo importunaba igual:

—Escuche, Jaime; noto una ronquera, un ruido más extraño en la parte izquierda del pecho... Incluso unos pinchazos. Si tuviera a bien reconocermé, echarme un vistazo... Uno se queda más tranquilo.

Era un pelma. Jaime le hacía desnudarse la espalda.

—A ver, respire hondo... Tosa... Nada de cuidado; aprensiones.

Alfonso quedaba tranquilo.

—Un día le paso la factura —me decía Jaime.

Era un tímido y un buenazo. Tenía un pequeño defecto en la columna vertebral y seguramente esto le hacía ser así. Con un aparato que llevaba en el cuerpo disimulaba bastante su encorvamiento. En la cama, en vez de somier, tenía colocado un ancho tablero. Cuando alguien descubría esas cosas —el aparato, el tablero— se azoraba como un chiquillo.

Cuando Manolo lo vio por primera vez dijo supersticiosamente:

—¡Un jorobado! *Toca ferro...*!

Y se tocó la hebilla de la correa.

Lo dijo medio en broma y en voz baja, de cara a los allegados. Así es que Jaime pudo hacer como que no lo había oído, pero se puso encarnado. Yo también me puse. Todos nos sentimos violentos, excepto Manolo.

Me hice muy amigo de Jaime. Intimamos en seguida. Hacía versos. Esto ayudó a que estrecháramos nuestras relaciones.

En un cuarto lleno de cachivaches que tenía la fondista, había una maleta llena de libros. Eran de un cliente que marchó sin pagar y que dejó aquello como paga y señal. La señora Roseta creía que tenía allí una fortuna y siempre los estaba ponderando.

—Si me los vendiera tendría para pagar de sobras los tres meses que me quedó a deber...

Un día asaltamos el cuarto de los cachivaches en busca de la codiciada maleta. La verdad es que no había nada en ella que valiera la pena. Una aritmética de Bruño, una geografía, dos manuscritos, un devocionario... Había, también, dos novelas de Rafael Sabatini; las *Leyendas* de Bécquer y las *Obras Completas* de Antonio Machado. Alfonso se quedó con las novelas de Sabatini; yo, con las leyendas; Jaime, con las poesías de Machado.

Cuando era el santo o cumpleaños de alguno de los del grupo, organizábamos una pequeña fiesta, algo así como la que hicimos el día de San Pedro en honor del señor Pera. El agasajado pagaba champaña, o coñac, o alguna otra cosa, dependía de sus posibilidades, y *nos* divertíamos inocentemente. Como los santos y cumpleaños eran pocos, inventábamos alguna fiesta más, y lo extraordinario lo pagábamos entre todos. Yo recitaba *La casada infiel*, que tanto gustaba a Elisa; Manolo la emprendía con sus horribles tangos; Blanquita rumbeaba. Ahora, Jaime nos obsequiaba —además de chistes sobre el tema que quisiéramos— con la declamación de *La reliquia*, de Alcover, la mejor poesía catalana, según él. Tal vez por esto, la recitaba visiblemente emocionado. Si el festejado era un hombre lo obsequiábamos con una hermosa postal en la que firmábamos todos los del grupo; esto bastaba. Si era una mujer, íbamos más lejos. Jaime componía alguna poesía plagiando una línea de aquí, otra de allá, de las obras de Machado; Alfonso la copiaba con su hermosa caligrafía, y yo, con mi caja de acuarelas, le hacía una orla o cenefa llena de motivos alusivos.

Jaime se daba mucha maña para componer estos versos; más que yo con los dibujos. El día del santo de la señora Carmen, compuso una poesía larga y tremenda que, si mal no recuerdo, empezaba así:

Con el corazón transido por horrible pena que cual tronco pardo sobre el alma pesa...

Al final puso la siguiente nota o aclaración: «Con el permiso de su marido». La señora Carmen estaba emocionada.

Penela andaba disgustada porque no tenía santo y su cumpleaños era en enero. Jaime le dedicó, los siguientes versos en los que, a lo que parece, puso toda su alma:

*El viento del alba
tu nombre ha traído,
y en el resonar del eco
un suspiro se ha perdido.*

*En el ocaso radiante
tus cabellos lucen fuerte
su cuervo color brillante
que es al sol bello aguafuerte.*

*Detén al paso, belleza esquiva,
y mi mirada triste observa;
pues mis ojos te han visto ya:
¡Mi corazón te aguarda...!*

Como motivo de orla o composición dibujé un Pierrot arrodillado delante de una Colombina, en una noche de luna. Muy romántico. El Pierrot me quedó muy bien; la Colombina no tanto, pues me salió muy fea.

Yo tenía envidia de estos versos; me daba envidia el que se los hubiera dedicado a

Penela y el que ésta se hubiera sentido emocionada y agradecida. Así es que decidí componer yo también unos. Le hice un nocturno que empezaba así:

*Hoy que la noche es azul y la rosa es un cántico
palpable, yo quiero, Penela, cantarte
lo más hondo y callado de mi verso romántico.*

Afortunadamente, Penela no había leído a Pemán y le gustaron. Más que los de Jaime, me dijo.

A Blanquita y a Elisa, para que no se enfadaran, tuvimos que hacerles también versos y dibujos. Jaime y yo cogimos una tremenda fama de hombres galantes, Alfonso también, pero no tanto.

Aquel año hizo mucho calor. En toda España. Los periódicos decían que en Sevilla estaban a una barbaridad de grados. Incluso se encendían pajares y bosques, así, medio por las buenas, debido únicamente a lo que apretaba el sol. Los que llegaban de Barcelona venían resoplando. Se daban aire con abanicos de cartón y con diarios. Contaban que en Barcelona se pasaban el día bebiendo cerveza y sudando; y que los adoquines se freían en las calles, ¡ja, ja...! A mí siempre me ha gustado el verano, la canícula, el bochorno. Soñaba en las sillas de las Ramblas, bajo los copudos plátanos, y en los bares de la Plaza Real, donde los dobles de cerveza eran más dobles que en ningún sitio. Pero los que llegaban de la ciudad aseguraban que allí en Calafusta sí que daba gusto estar. Nosotros pensábamos: si aquí da gusto, Barcelona debe de ser un infierno... Probablemente lo era, pues no solamente lo decían los que de ella llegaban, sino las cartas que de allí recibíamos.

En el pueblo también hacía calor. ¡Nunca como aquel año!, exclamaban la señora Roseta, la gente del pueblo y los veraneantes de épocas anteriores. Ningún verano se había podido dormir con la ventana abierta y sin una manta, por lo menos, en la cama decían. Aquel año no soportabas ni una sábana. Te angustiabas, te ahogabas... Nadie recordaba nada igual.

El depósito del agua se fue secando. No llovía. De los lavabos no salía una triste gota. Nos teníamos que lavar con sifón —soda, decíamos— o con colonia o bajar al patio, donde la señora Roseta preparaba algunos cubos de agua, escatimando la que podía. Jaume el hijo de la casa, enganchaba a *Fariña* a un carro-cuba y marchaba a buscar agua a una de las muchas fuentes naturales de por allí que aún no se hubiera secado.

Era imposible dormir la siesta. Especialmente en las habitaciones que daban al patio y que estaban orientadas hacia el mediodía. El sol caía en ellas como un chorro de plomo derretido. El señor Pera, Jaime, Manolo y yo, algunos mediodías, le pedíamos al señor Blas y a Román —dos recientes veraneantes— sus hamacas, y nos marchábamos al bosquecillo de robles. Allí nos quedábamos en camiseta, no sin un poco de reparo, desde luego, pues cuando pasaba alguna moza del pueblo camino de la Font de la Gallofa se quedaba mirando nuestros torsos nada desarrollados: el mío con una horrible cicatriz y el de Jaime un tanto corcovado.

Manolo le pidió a la fondista que lo cambiara de habitación. Le pidió una en la parte opuesta de la casa que caía sobre la calle principal y única del pueblo. Era una habitación grande, de matrimonio, con dos camas y un armario. Le dijo que podía colocarnos a él y a mí en aquel cuarto. La fondista pensó que bueno, y Manolo, ya todo resuelto y acordado, me lo comunicó a mí. Yo acepté sin objetar nada. Primero, porque siempre me he acomodado a los demás; segundo, porque aunque el verano y el calor me gustan, aquellas habitaciones resultaban verdaderos hornos. Amén, por otro lado, de que Manolo, a su modo, era un tío convincente.

—Si tú no quieres, se lo digo a otro. Así es que acogí la deferencia incluso con agradecimiento.

Nuestra nueva habitación era fresca; además, ancha. Se estaba muy bien en ella. El armario era inmenso. En él se podía colocar cómoda y holgadamente toda la ropa. No sucedía como con la especie de estantería con dos perchas de alambre que había en los otros cuartos, en donde era imposible colgar nada.

Con Manolo lo pasaba bien. La primera noche casi no dormimos. Manolo me estuvo explicando anécdotas y barbaridades de cuando la guerra y de su vida de comisario. Creo que era un poco trolero y muy fanfarrón. Llevaba un tatuaje en el pecho. Una mujer desnuda, tumbada bajo una achaparrada palmera. Me contó la historia del tatuaje. Acabada la guerra estuvo preso en el Castillo de Montjuich. Lo iban a fusilar. Estaba amontonado con otros presos. Únicamente lo podían reconocer por una cicatriz, un rasguño de bala en forma de arco que tenía en el pecho. Uno de los presos sabía tatuar. Además llevaba consigo la tinta y los útiles. Conque lo hizo. Una de las ramas de la palmera corría a lo largo de la cicatriz.

—¿Ves? Hay que fijarse mucho para reconocerla.

Era verdad. Si no te lo decían no la veías. De este modo fue como se salvó. Buscaban a un hombre con una herida en el pecho. Por más que los reconocieron no supieron encontrarlo. Todo esto, Manolo lo contaba muy serio. Yo no me hubiera atrevido a contradecirle.

En la cárcel, por compañerismo, advertían a todo nuevo recluso que por lo que más quisiera no cayese en el vicio solitario. Y lo vigilaban para que no lo hiciera. Si se acostumbraban estaban perdidos. Cada día, a la misma hora, como un extraño rito, lo hacían. Era matarse.

—En la prisión hay pocas diversiones, ¿comprendes?

Además de comprender, estas cosas me impresionaban mucho.

La habitación estaba situada al lado del lavabo, cerca de una especie de vestíbulo que allí había. Pegada a ella estaba la habitación de Baltasar. Luego venía la de un abogado con su mujer y su hijito de diez años. Después la de un matrimonio con un mono. A continuación la de una señora paraguaya cuyo marido era polaco y sólo venía a pasar los fines de semana, dejando el resto a su mujer sola. Y cerrando el círculo del vestíbulo, la habitación de Alfonso. En el pasillo que a renglón seguido había, estaban los cuartos que parecían hornos, los que Manolo y yo habíamos abandonado.

Por las mañanas, desde la indolente pereza de nuestras camas, oíamos cómo el matrimonio del mono saludaba cortésmente al matrimonio compuesto por el abogado y su señora, o viceversa, el abogado y su señora a los del mono.

—¿Qué tal, cómo han pasado la noche?

—Muy bien, muy bien. ¿Y ustedes?

—¡Oh, admirablemente! Esto es delicioso. ¿Y el niño?

—Inmejorablemente. ¡Oh! Tiene un apetito atroz.

—¿Sí? ¡No saben cuánto nos alegramos!

—¡Oh, nosotros estamos que no cabemos de contentos! ¡Admirados de que le sienta tan bien el verano! ¡Ah! ¡Oh!

Resultaban un poco amanerados.

—Gente de quiero y no puedo —tascaba Manolo.

Una mañana oímos lamentaciones.

—Ha pasado una noche horrible. Por lo visto le dolía la barriguita.

—¡Oh, no sabe cuánto lo siento!

—Afortunadamente esta mañana se encuentra mejor, sí mucho mejor. Le hemos puesto el termómetro y no tiene fiebre.

Estábamos intrigados pensando en quién sería el enfermo. Al enterarnos casi nos desmayamos. Se trataba del mono. Manolo se revolcaba por la cama, enseñando su dentadura de oro, muerto de risa.

—¡Hiiii, hiiii! Me duele la barriguita. ¡Hiiii, hiiii! ¿Quieres que te ponga el termómetro, querido? ¡Sí, sí! ¡Hiiii, hiiii!

Adquirió el hábito de remedar a esta gente. Por las mañanas golpeaba el tabique que daba al cuarto de Baltasar.

—¡Baltasaritoooo! —alargaba las «oes» intencionadamente, para hacerse oír—. Baltasaritoooo, ¿cómo ha pasado la noche? ¿Baltasaritoooo, se encuentra usted bien? —Remachaba el «usted», por ser palabra que jamás usaba.

Baltasar contestaba con un mugido, procurando no hacerse cómplice de estas majaderías. No sabía si decía: «Muuuuu» o «Bieeen».

Manolo volvía a la carga.

—¡Baltasaritooo, gorditooo!, ¿le duele la barriguitaaa?

Me miraba y me guiñaba un ojo.

—No sabe si lo llamo «gordito» o «Baltasarito».

Volvía a gritar:

—¿Ha pasado bien la noche, Baltasaritoooo? ¿No se ha hecho pipí en la cama?

—Muuuuu..., O: Bieeeenn..., O: Síííííí...

Nunca sabía fijo qué era lo que Baltasar contestaba.

Tanto era lo que gritaba Manolo, que todo el piso tuvo que enterarse de estas sangrientas befas. Los zaheridos, al final, optaron por callar y cumplir sus reglas de cortesía lo más discretamente posible.

—A esta gente la meto yo en cintura —se jactaba Manolo. Y quiso llegar más lejos.

Muchos de aquellos veraneantes llevaban de atuendo la chaquetilla del pijama durante casi todo el día —unas chaquetillas azules o blancas—, y se propuso que nosotros hiciéramos igual. Bajar un día a la hora de la comida no solamente con la chaquetilla del pijama, sino con el pijama completo.

Mi pijama era a rayas rojas, extravagante, uno; el otro a rayas verdes, no tan llamativo. Los de Manolo eran azules o color crema, muy discretos. Conque le dije

que en pijama bajara él si quería, que a mí no me liara.

Las groserías de Manolo llegaron a alcanzar proporciones inverosímiles.

Cuando regresaba de sus viajes a Barcelona, vociferando que venía de *esquiar*, siempre había quien le preguntaba —el Chispa, el señor Blas, Román— sobre su estancia en la ciudad:

—Qué, Manolo, ¿cómo estaba Barcelona?

Como hablaban de mesa a mesa, gritaban.

—¡En el mismo sitio! —bramaba Manolo—. Las mujeres son unas marranas, todas van enseñando las *metes* (mamas). Llevan unos vestidos que son como si no llevaran nada.

—Vos bien habréis disfrutado... Manolo seguía la broma; se insultaban y reían; después continuaba describiendo el modo de vestir de las barcelonesas: que si nada más levantar el brazo ya se les veía esto y aquello; que si al más ligero movimiento se les salía lo otro por el escote; que...

La mujer del abogado llevaba un vestido de manga japonesa. Vestía a la moda. Según las descripciones de Manolo, como las *marranas* de Barcelona. La pobre señora, confinada a un extremo del comedor con su marido y su hijo, sufría lo indecible ante estos sarcasmos y bestialidades. Estaba de espaldas a nosotros, pero se le notaba. Se revolvía inquieta, intentaba disimular, sudaba, se ponía encarnada. Un día se echó a llorar. Su marido le golpeaba la mano, como diciéndole que no hiciera caso. Manolo guiñaba un ojo y musitaba por lo bajo:

—Que se j...

El señor Blas y Román, los dos veraneantes que nos dejaban sus hamacas a Jaime y a mí, también resultaron dos tipos de cuidado.

Habían llegado juntos y parecían hermanos gemelos. Tenían la misma edad. El cabello canoso y rizado. Eran gruesos, joviales, de idénticos gustos, casi. Sólo se diferenciaban en que Román llevaba un jersey granate y el señor Blas, gris; en que al señor Blas le llamábamos «señor» y a Román, no; y en que Román hablaba valenciano, sólo valenciano, y el señor Blas catalán o castellano, indistintamente.

Eran de la Barceloneta. Se conocían desde niños. En su juventud ambos habían sido pescadores. Hicieron el servicio militar juntos, embarcados, y ahora el uno, el señor Blas, tenía un empleo en el Club Náutico y Román otro en el Mercado del Pescado. Siempre estaban jactándose de sus aventuras amorosas. A los pocos días de su llegada a la fonda, creyeron haber causado furor entre el elemento femenino.

El señor Blas se dedicó a cortejar a la señora Carmen, que daba mucho gozo. No la dejaba un momento sola. Cuando íbamos al bosque le llevaba la hamaca. Al colgarla entre los árboles alardeaba de su maestría haciendo nudos en las cuerdas como los marineros. Elisa también le pedía que le atase la suya, pues así se consideraba más segura. La señora Carmen aceptaba todas estas atenciones sonriente

e inexpresiva. Andreu decía que era una *figassa*.

Manolo era algo así como el rival del señor Blas. Casi todos los días, la hora de la siesta se la pasaba en la habitación de la señora Carmen. Esto si el señor Blas no le había tomado la delantera. Después veníame diciendo:

—Al final tendré que acostarme con la señora Carmen, no me va a quedar otro remedio. A mí me sabe mal, pero si tanto se empeña... Hoy le he dicho que si su marido, cuando la besa, la besa en la boca; que si quiere probar mis besos verá que son mejores que los de su marido; que su marido no debe saber besar... De todos modos me da lástima quitársela al tonto de Blas.

Hablaba como un crío. Yo me maravillaba.

—Vosotros los jóvenes no tenéis gracia para nada. Cuando yo tenía tu edad no había mujer que se me resistiese. Aun ahora...

Esto igual lo decía Manolo como el señor Blas o Román. Por un momento llegamos a creer que Manolo había encontrado en este par de individuos la horma de su zapato. Y nos alegrábamos de ello.

El señor Blas y Román hacían honor a su condición de hombres de mar. Les gustaba el pescado por encima de todo. En Can Barral, el pescado se veía de uvas a peras. Únicamente de tarde en tarde subía al pueblo algún pescadero con alguna caja de merluza o sardina. Voceaba su mercancía y en seguida se la quitaban de las manos. Por lo general se trataba de pescado ya un tanto pasado. La señora Roseta, para disimularlo, lo rebozaba bien, con mucha harina y huevo. Pero el que lo comía, difícilmente escapaba de la urticaria. El señor Blas y Román no podían sufrir esta carencia de pescado. Por eso, cuando Román iba a Barcelona a ponerse el neumo y a quedar bien con las fulanas y la mujer, regresaba siempre con uno kilos de sardina fresca o de rojos langostinos, o bien unas libras de salmonete, según. La primera vez, la fondista les preparó una enorme fuente de sardina frita. Estaban tan contentos que se sintieron generosos y espléndidos. Con la enorme fuente en las manos pasaron por todas las mesas invitándonos a que probáramos. Esta gentileza nos emocionó. Nos echábamos una sardinita o dos, agradeciéndolo efusivamente, diciendo, al probarlas, que estaban riquísimas. Elisa se las comió con tanto apetito, ella que nunca le apetecía nada, que el señor Blas y Román le obligaron a que se sirviera unas cuantas más. El matrimonio compuesto por el abogado y la señora del vestido japonés, y el del mono, y otros veraneantes que por aquellos días llenaban la fonda, dieron las gracias de una manera muy vehemente, cursis y ridículos, pero de corazón.

Manolo había estado observando la escena con su característica mueca sardónica, y cuando el señor Blas y Román, satisfechos y orondos, se acercaron a él, invitándolo a probar, agarró y se echó más de media fuente en su plato, sin dar las gracias, dejándolos *in albis*, que se dice. Román y el señor Blas se quedaron de piedra. Los demás también. No dijeron nada. Educación, claro. Pero prometieron que se vengarían. Y astutos y vigilantes, aguardaron la ocasión.

Hacía tiempo que Manolo andaba diciendo que tenía ganas de comerse una

cabeza de carnero asada: una enterita para él solo. Ahora ya anunciaba que cualquier día la iba a encargar. Se relamía. Bien doradita, con perejil, El señor Blas y Román aguardaban la oportunidad. Cuando Manolo, antes de atacar el plato, se frotara las manos, como de costumbre, y preguntara si alguien gustaba, como de costumbre, se levantarían, agarrarían media cabeza cada uno, y en paz. Veríamos qué tal le sentaba esto a Manolo.

El día que Manolo encargó la cabeza de carnero, todo el mundo sabíamos lo que el señor Blas y Román tenían proyectado, y nos regocijábamos pensándolo. Mas cuando se la sirvieron, se limitó a frotarse las manos y atacarla con brío, sin decir ni media. Quedamos desconcertados; el señor Blas y Román más que nadie. El Chispa aún se atrevió a vocear desde su rincón:

—¡Hala, Manolo! ¿Está buena, verdad?

Manolo lo miró extrañado; luego nos miró a todos.

—¡Qué queríais!, ¿que os diera?

Y se entretuvo en dejar los huesos más mondos y lirondos que en mi vida he visto, como diciendo: «¡Fastidiasos!»

De Blanquita decía que estaba como para pegarle un bocado no sé en dónde.

—Pero si tiene usted una hija de la edad de Blanquita... ¿Por qué no se lo da a ella, el bocado?

—¡Eres un imbécil! —contestaba.

Una mañana me despertaron las voces de Manolo.

—¿Sabes qué día es hoy, lagarto?

Muchas veces me llamaba *lagarto*, por mi suéter o rebeca verde. Decía que con él puesto lo parecía. Manolo también se había comprado uno igual.

—Pero yo no soy un lagarto. Tú, sí.

No tenía remedio.

La mañana del 19 de julio me despertó.

—¿Sabes qué día es hoy?

Yo estaba muerto de sueño.

—Hoy es nuestro día.

—¿Nuestro día?

—Bueno, coño, el mío. No me acordaba de que tú eres un fascista. Un fascista y un beato.

Era de cuidado.

—Hoy fue cuando hicimos la revolución y la ganamos.

—¿Que la hicieron? ¿Que la ganaron? ¿Hoy? El 18 fue ayer.

—Estás dormido, lagarto. En Barcelona se hizo la revolución el 19; y sí, la ganamos, en Barcelona la ganamos. No pongas esa cara, camaleón.

Dio dos o tres pasos de baile, riendo, burlándose. Repentinamente se puso serio. Se colocó erguido en medio de la habitación, se cuadró, levantó el puño y rompió a cantar.

Poco antes de la hora de la comida nos hallábamos casi todos los huéspedes en la puerta de la fonda, acomodados en sillas, gozando de la sombra que proyectaba el edificio frontero. Habíamos formado grupos. Hablábamos y reíamos. Yo estaba con Andreu y Manolo. Andreu le había dicho a Manolo que el abogado se había quejado a la fondista; por el concierto de la mañana, claro.

—*Coi, quines coses de cantar!*

El abogado había publicado un libro titulado *Justicia roja*. Contaba en él las expoliaciones marxistas durante su dominación; peculiar manera de administrar justicia, según él. Lo de Manolo le había herido más que a nadie. A los demás, aquello, nos daba igual. También era quien había tenido que soportar más a lo vivo el concierto, pues después de Baltasar era el vecino más cercano.

Manolo le había contestado a Andreu que él cantaba lo que quería. Andreu le dijo que la fondista, de todos modos, le llamaría la atención.

—Que me la llame...

Al cabo de un rato, la fondista apareció en la puerta. Se escudaba en la más meliflua de sus sonrisas. Lo llamó. Manolo fue hacia ella con aire de aplastarlo, de comérselo todo. Pasaron dentro.

La fondista le dijo que el abogado se había quejado de sus canciones de la

mañana. Manolo le dijo que, aquello, el abogado se lo podía haber dicho a él y no a ella. La fondista dijo que había hecho bien elevándole las quejas a ella y no a él: por algo era la dueña. Manolo dijo que el *señor* abogado se había portado como una mujer, como una mujer chismosa, naturalmente; que esas cosas las debían de arreglar los dos como dos hombres, sin ninguna mujer de por medio. La fondista dijo que no quería que en su casa se cantasen canciones de aquella clase, que podía tener un disgusto. Manolo dijo que aquello era otra cosa; que una cosa era ir con chivatazos, sin atreverse a dar la cara, y otra el que ella no juzgara bien el que se cantasen aquellas canciones u otras; pero que de todos modos él ya ajustaría cuentas con el abogado. La fondista dijo que...

Esto fue lo que nos contó Manolo inmediatamente después a Andreu y a mí.

—De todos modos el abogado me las paga.

—*Coi, encara valdrá teñir rao!*

—*Encara* —repuso Manolo.

Yo no dije nada. Hay gente que es obstinada por que sí.

Pasamos al comedor y ocupamos nuestros puestos. En el fondo de la sala se veía a la señora del abogado y al niño; su marido no estaba. Como casi todas las mañanas había ido a pintar —unos cuadros infames, por cierto—, y como casi todas las mañanas llegaría tarde.

A Manolo casi lo habíamos convencido de que no removiera más la cosa. De todos modos estaba nervioso y excitado. Entre cucharada y cucharada de sopa mascullaba.

—Ése me las paga.

Luego pareció que se calmaba. Fue en este momento cuando penetró el abogado en la fonda, con sus trebejes de pintar. Tal vez yo tuve la culpa de todo. Por lo bajo musité a Manolo:

—Ya está ahí ése: el abogado.

Manolo golpeó con fuerza el plato sobre la mesa —«¡Ahora veréis!»— y se levantó. El plato medio lo cascó. El abogado ya estaba a punto de alcanzar la escalera que llevaba a los pisos. Iba a dejar los trastos de pintar y a asearse un poco. Manolo le sujetó de un brazo y le hizo volverse. En el comedor se hizo el silencio y la expectación.

—Lo que le has dicho a la fondista esta mañana debías habérmelo dicho a mí.

El abogado, además de sorprendido, estaba sobresaltado. Procuraba serenarse.

—La fondista es la dueña de la casa. A quien corresponde, por tanto, llamar la atención a sus huéspedes. Yo hice lo que debía.

—Tú, tú eres un chivato. Una mujerzuela. Te pareces a esas *chafarderas* que cuentan lo que no les import...

—¡Y usted es un mal educado! ¡Haga el favor de no insultar! ¡Y de tratarme de usted!

—¡No me da la gana! Te trato como quiero.

—Modere sus palabras, de lo contrario...

Manolo amenazó inmediatamente.

—¡Sal a la calle si eres hombre!

El abogado dejó los arreos de pintar en el suelo y salieron fuera. Su mujer gritaba asustada. El señor Blas y yo salimos tras ellos.

Manolo no le dio al abogado tiempo para nada. Le atizó en seguida con la izquierda. Le alcanzó en la boca y con la sortija de oro le partió el labio. El abogado se tambaleó. Se llevó la mano a la boca y la retiró llena de sangre. Reaccionó furioso. Cogió a Manolo por la pechera y Manolo cayó al suelo. En la mano del abogado quedaron dos botones del suéter de Manolo. Todo había sucedido en un instante. El señor Blas sujetó al abogado y yo procuré calmar a Manolo. Los demás hombres también habían acudido a poner paz. La señora del abogado le secaba la sangre a su marido. Iba desmelenada. Morena, y el pelo por la cara, parecía una gitana. El niño lloraba. Oí que insultaba a Manolo:

—¡Tuberculoso indecente!

El insulto lo mascaba, lo escupía.

Estas palabras me hirieron. Eran gente que fingían ignorar nuestras dolencias para que no les remordiera el veraneo. La ira había quebrantado el disimulo. Pensé esto y me alegré.

Manolo no oyó las injuriosas palabras. El abogado hizo callar a su mujer.

—No insultes a nadie —le dijo—. Modera tus palabras.

—Es que...

—Insultando no arreglaremos nada. Déjame a mí, yo resolveré esto.

—Nos fue imposible comer. Sólo Baltasar lo hizo tranquilamente. La señora Carmen estaba tan nerviosa que le temblaban las manos. Elisa casi se había desmayado.

Manolo nos decía al señor Pera y a mí:

—¡Coño, como encaja el tío ese, como encaja!

— ...

—...

Baltasar no le hacía ningún caso.

—Tiene cara de caballo. Le he pegado una castaña capaz de tumbar a un mulo.

—...

— ...

—Se pelea como las mujeres. *M'ha fotut ma a la pitrera.*

—...

—Si no llega a ser porque he resbalado, me lo como. El señor Pera y yo no decíamos nada. —Si no llega a ser porque se me ha ido el pie... No queríamos quedar mal con él ni con el abogado.

—Pelea como las mujeres... Me ha arrancado dos botones...

Estuvo puntualizando las cosas, igual que los críos. El abogado habló con el

estanquero, que era el alcalde. Ambos fueron a casa del barbero, que era barbero, taxista, tendero, telefonista, todo, y éste les puso una conferencia con Santa María del Guirigall. Llamaron al puesto de la Guardia Civil y expusieron el caso. Contentaron que al otro día por la mañana llegaría una pareja a buscar a Manolo. Antes no era posible. Tenían que subir en el coche de línea. Entretanto el alcalde debía hacerse cargo de él. El estanquero entró en el comedor de la fonda y se lo comunicó así a Manolo. Manolo se encogió de hombros.

La fonda se convirtió en un hervidero.

—El abogado se ha portado como un caballero; de eso no os quepa duda. No ha querido pegarle porque sabe que está enfermo y conoce las leyes.

—¡Claro que las conoce! Por eso sólo se ha limitado a sujetarle la ropa a fin de echarlo hacia atrás.

—El alcalde le ha dicho que está bajo su jurisdicción.

—Sí, pero de una manera como queriendo decir: «Aprovecha la ocasión y vete, que yo no te vigilo».

—Yo desde luego, me largaba.

—Eso es lo mejor que podía hacer. Incluso el abogado haría la vista gorda.

En la habitación yo le decía:

—Manolo, haga la maleta y márchese en el coche que pasa ahora a las cuatro.

Manolo, tumbado en la cama, en actitud de reposo, se mantenía serio y grave.

—¿Qué quieres, que me cacen como a un perro?

—Mañana también le detendrá aquí igualmente la Guardia Civil.

—Y qué.

Me ponía nervioso aquel fatalismo.

—Avísele a ese director de la compañía de electricidad que tanto hace por usted. Él lo sacará del atolladero. Para que usted no llame la atención yendo a telefonar, me da el número y voy yo.

—No.

Era cerril.

El señor Blas vino a ver a Manolo a la habitación.

El señor Blas había estado hablando con el abogado y su mujer, razonándoles. Les conocía de otros años. El matrimonio y él eran veteranos en la fonda. El señor Blas casi los había convencido.

—Esta tarde habla tú con ellos.

Manolo no dijo ni sí ni no.

Por la tarde fuimos al bosque, pero volvimos pronto. El ambiente estaba cambiado. Todo era distinto a los otros días.

Manolo no hablaba. Sonreía y rumiaba. Estábamos diseminados frente a la fonda, sentados en unos toneles y en una pared de piedra. La mujer del abogado salió del estanco. Manolo se levantó de donde estaba sentado y la detuvo. La cogió de un brazo, un brazo desnudo y gordo. La mujer se volvió alarmada. Manolo sonrió

humilde. Hablaron y le pidió perdón. Le dijo que convenciera a su marido para que anulara la llamada a la Guardia Civil. Él se marcharía al día siguiente de la fonda y del pueblo. Yo estaba encarnado y sobre ascuas.

El abogado, otra vez con el alcalde, se acercó a la Central, a Teléfonos. Llamaron de nuevo a Santa María del Guirigall: que no subiera la pareja de guardias, que ya no era necesario. El abogado dijo, además, que tampoco era necesario que Manolo se molestara en marchar de la fonda. A fin de cuentas a ellos sólo les quedaban diez o doce días de estar allí. El señor Blas, sin embargo, opinó que lo mejor sería que se fuese.

—Sí, porque aun cuando sean diez o doce días, van a ser diez o doce días molestos, de tirantez, de no hablaros ni saludaros, de miraros con cierto reparo e incluso... ¡quién sabe! ¿Eh?

El señor Blas tenía razón, pero todos maliciábamos que su enorme interés estribaba en que así Manolo le dejaba el campo libre en lo tocante a la señora Carmen. Alfonso era quien estaba más seguro de esto.

Manolo marchó al día siguiente. Se fue a Florit. Florit era el pueblo vecino. Viene luego de Calafusta yendo hacia Oreig. Es un pueblo mucho más pintoresco que Calafusta. El Chispa era de allí. Él le indicó a Manolo la fonda en que podría hospedarse, que dijera en ella que iba de su parte. Manolo, ya conforme con la idea de la marcha, calculaba que en Florit estaría mucho mejor que en Calafusta, pues el precio de la fonda era más barato, y la comida, según el Chispa, más abundante, y el pueblo, más pintoresco...

Todos —me refiero a la colonia de los averiados— habían prometido acompañarle hasta el coche. Pero nadie fue. A la hora de la marcha, unos se excusaron con que teman que ir a echarse unas fotos por aquellos andurriales, otros con que tenían que hacer no sé qué.

—¿Tú tampoco vienes, lagarto?

Sonreía.

Sí que fui.

Maravillas llevaba la maleta grande. Manolo, una pequeña. A la puerta de la fonda, a decirle adiós, sólo salió la sonrisa meliflua de la señora Roseta. Los demás, como ya se habían despedido dentro, no asomaron la cabeza.

Antes de coger el coche, Manolo le dio un duro a *la* Maravillas y un pellizco en las nalgas.

A mí me dijo:

—Ya te escribiré. Tenéis que venir un día a Florit, a visitarme.

Después, cuando el coche arrancó, ni siquiera asomó la cabeza o sacó la mano por la ventanilla para decirme adiós. Él era así.

Yo pensaba que el abogado y su mujer me tomarían ojeriza por todo lo ocurrido con Manolo. Compartía la habitación con él y había ido a despedirlo al coche. Incluso podían llegar a creer que aquella mañana también había cantado, o aprobado sus canciones. Pero no fue así.

Al principio, sí me miraban algo recelosos y escamados. Incluso una cuñada del abogado, una señora con una nuez tremenda, temía no fuera yo comunista después de haberme codeado con el energúmeno de Manolo. Jaime, que frecuentaba su grupo, los sacó del error: yo era poeta. Poesía y comunismo, a lo que parece, no casaban. Respiraron aliviados. Una chica bibliotecaria, que estaba pasando en la fonda sus quince días de vacaciones, también abogó por mí diciendo que me gustaba mucho leer, sin especificar si novelas policíacas o qué. Entonces, la señora de la nuez impresionante me dispensó el honor de concederme su amistad y de pasar el rato charlando conmigo. Le gustaba hablar de literatura —yo creo que escribía algo—, especialmente de poesía. Yo sólo conocía a Bécquer y, ahora, Antonio Machado. Elisa, además, me había dejado *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*. Y Paulita, la bibliotecaria, *Cumbres borrascosas*, que no me había gustado nada. Con estos exiguos conocimientos literarios me defendía como podía.

También ayudó a librarme de esta posible mala voluntad el mismo hijo del abogado, un chiquillo de diez u once años, llamado Enriquito, quien me había cobrado un afecto enorme. El día de su santo le habíamos hecho una poesía —Jaime— y un dibujo —yo—. Le había dibujado un muchacho vestido de *cowboy* y le dije que era él. No solamente le gustó, sino que me dijo que dibujaba mejor que su padre.

—Hombre, eso no lo digas.

—¿Por qué no, si es verdad? —me contestó.

Enriquito y la hijita de otro matrimonio —los señores Capmany— siempre estaban detrás mío.

—Armando, esto; Armando, lo otro...

Yo les hacía pajaritas de papel, góndolas, aviones, barcos.

Sus madres, a veces, les reñían:

—Niños, no molestéis.

Yo decía que no era molestia alguna. Y a raíz de lo de Manolo aún lo aseguraba más.

Este par de críos se mezclaban constantemente con nosotros. Con sus padres y con las otras personas, todas demasiado mayores y graves, se aburrían. Nosotros jugábamos con ellos, les gastábamos bromas y los mimábamos. La niña de los señores Capmany tenía doce años y se llamaba Julita. Alfonso, bromeando, le hacía cosquillas. Luego te decía alucinado:

—No lo parece, ¿verdad? Pues ya tiene los pechitos como dos almendras.

Yo no comprendía esta negligencia de sus padres dejándolos que se juntaran con

nosotros. Debían de saber nuestra enfermedad: el insulto contra Manolo así lo testimoniaba.

Román resultó un tipo la mar de pintoresco. Al caer enfermo, el señor Blas —curado antaño solamente con los aires de Calafusta— se lo llevó con él. El clima de Calafusta y el neumo obrarían el milagro de la curación. Era un hombre robusto, bajo, cuadrado, macizo, con una caja torácica enorme.

—Quinientos gramos me ponen, ¡quinientos! —decía golpeándose el pecho como un gorila.

—¿Tanto neumo? ¿Y lo coge bien? ¡Qué suerte!

No parecía darse cuenta de que estaba enfermo. Hacía verdaderas bestialidades. Aparte del jaleo que decía se traía con las dos fulanas y la mujer cada vez que iba a Barcelona, lo veías continuamente trajinando y moviéndose sin parar. Jamás dormía la siesta. Emprendía excursiones. Iba a pescar. Un día cogió el hacha y se lió a partir leña. El señor Blas le advirtió:

—Román, no hagas el burro.

—¡Che...!

Es que le era imposible estarse quieto, decía.

En la fonda de arriba, en Can Turull, se hospedaba una mujer estupenda, de unos veinticinco años; una mujer alta, bien hecha, ajamonada. Llevaba unos vestidos sin mangas, escotados, y acostumbraba a pasear por los alrededores, unas veces sola, otras acompañada por otras jóvenes de su edad. Cuando se cruzaba con nuestro grupo, entornaba los ojos y nos miraba fijamente, como transportada y como traspasándonos.

—¡Che, qué manera de mirarme!

Román no admitía que pudiera mirar al grupo en general, o a cualquiera de nosotros particularmente.

—Se me come con los ojos.

Decía que tenía cara, ojos, boca, yo qué sé, de mujer así, de mujer asá. Empleaba frases de pescador y de pescadero. Unas frases obscenas y graciosas al mismo tiempo.

—*Qualsevol* día, ¡che!, me lanzo al abordaje.

Un día que la encontró sola, lo hizo. Apartándose del grupo, fue hacia ella. La joven, viéndolo venir, puso los ojos más entornados, fijos y ardientes que nunca. Pero cuando lo tuvo encima se espantó. Román empezó a galantearla brutalmente. Entonces, ella, se zafó como pudo y huyó, aparte de apresurada, sorprendidísima. Después, más tarde, nos enteramos de que era miope, de ahí si entornar los ojos. Mas Román nunca se lo quiso creer. Para él, si escapó, fue porque estábamos los demás delante, sólo por eso.

Tanto el señor Blas como Román, siempre que hablaban, empleaban términos marineros, sobre todo Román. Las palabras «estribor», «babor», «popa» y «proa» eran corrientísimas entre ellos.

De Maravillas, que era regordeta y amorcillada, Román había dicho un día que la vio correr bailoteándole las carnes sueltas:

—*Aixó sí que és un animallet amb potes.*

Y a Blanquita, un día que llevaba un vestido rojo:

—¡Che! *Sembles una gamba.*

Una vez Penela estrenó un vestido tornasolado, que hacía aguas: blancas y azules. El señor Blas nos guiñó un ojo.

—Román, ¿a qué se parece?

—*Culi...! A un verat.*

De Paulita decía que era un ballenato. La bibliotecaria era gorda. La comparación de Román no la sabía. Ella decía de Román que era un personaje de Blasco Ibáñez. Lo decía, más que nada, por su constante retahíla de *cordons!* y *recontracordons!*

Román y el señor Blas se encapricharon de las hamacas para colgar entre los árboles que llevaban Elisa, la señora Carmen, Andreu y otros. La hamaca de la señora Carmen y la de Andreu eran de lona. La de Elisa, de malla. Daba la sensación de que eran muy frágiles. Cuando Román y el señor Blas se enteraron de lo caras que eran, decidieron que lo mejor sería hacérselas ellos mismos. Compraron varios ovillos de bramante y, recordando su época de pescadores, se liaron a hacer red. Luego sujetaron esta red a unos palos gordos como la muñeca. Resultaron unas hamacas enormes. Si las otras eran individuales, éstas eran familiares, como colectivas. Iban muy bien porque todos las usábamos.

La fonda se había llenado de clientes. Uno de los veraneantes más antiguos era el doctor Pozo. Desde el año en que nació Jaime, el hijo de la casa, subía por aquellos lugares. Era un hombre de pelo ondulado y blanco, con bigote también blanco. Tenía una mujer huesuda y seca. Pretendía ser alegre y simpático. Su simpatía era pegajosa. Poseía un puritanismo exacerbado y quisquilloso. No toleraba delante de él un chiste verde ni una frase maliciosa o de doble sentido. Siempre estaba abogando por la moral y la decencia. Jaime, que lo conocía bien a través de los chismes de la Facultad, decía que en su vida privada era un crápula. Incluso se aseguraba que tenía una querida instalada a todo tren. Esto, a lo mejor, eran habladurías. Jaime decía que no.

El doctor Pozo y su mujer acostumbraban a estar en la fonda un par de meses: los de julio y agosto. Con ellos subía una sobrina que estaba sólo unos días, quince o veinte, máxime un mes, Azucena. Era una chica preciosa. Jaime, que se sintió súbitamente flechado por ella, se dedicó a cortejarla como un desesperado, dándole la tabarra, mostrándose más enamorado de lo que en realidad estaba y haciéndole versos sin parar.

Los padres de la niña Julita —y Julita, claro— se sentaban debajo del reloj de péndulo, hacia el rincón de la cocina. El señor Capmany era un señor de aspecto grave, poco hablador. Padecía del estómago y su única comida consistía en siempre arroz blanco. La buena señora Capmany vivía pendiente de él. No movía la mano para coger el vaso de agua, cuando ella ya se lo había alcanzado. Parecía más su esclava que su mujer. Su desvivirse por él era algo así como la compensación que le ofrecía por sus horribles dolores de estómago. No recuerdo haber visto jamás una mujer más buena y cariñosa. Jaime y yo, en nuestros románticos y quiméricos sueños de amor, nos complacíamos en imaginar una amada tierna y solícita como esta buena mujer. La niña Julita, sentada frente a su severo padre, se quedaba quieta y modosita, comprendiendo su tragedia.

El señor Capmany se pasaba las mañanas y las tardes haciendo fotografías. Fotografiaba especialmente las montañas envueltas por la niebla y las puestas de sol. Acabado el veraneo, revelaba en su casa los muchos carretes gastados. Aseguraban que le salían unas fotos estupendas. Yo no tuve ocasión de ver ninguna de ellas. Su mujer y su hijita, mientras él echaba las fotos, recogían infinidad de florecillas silvestres. La señora de Capmany hacía ramos con ellas y las colocaba amorosamente en todas las mesas del comedor.

Había dos matrimonios extranjeros. El de la paraguaya y el polaco y unos señores alemanes muy ceremoniosos que regurgitaban las *erres* para hablar, metamorfoseándolas y dándoles una pronunciación difícil de transcribir.

—¿Cómo está usted, *señogggg*? —decían, o *señogga*, depende.

El señor polaco continuaba yendo y viniendo de Barcelona, pues los negocios lo

reclamaban. Hablaban un español muy correcto. Su mujer, que era como una bolita de carne, llevaba de cabeza a Alfonso.

La habitación de la paraguaya estaba situada junto a la de éste, en el vestíbulo que había al lado del lavabo. Alfonso, cada noche, después de la cena y antes de acostarse, se limpiaba los dientes cuidadosamente y se frotaba las encías con no sé qué líquido o loción, para no coger la piorrea, decía.

Estaba yo acostado una noche, leyendo, cuando penetró Alfonso en mi cuarto, irradiando satisfacción.

—Armando, Armando, no diga nada a nadie...

Y me contó lo que no quería que contara.

—Mire que si lo llegan a coger con el ojo allí pegado...

Puso una cara rara.

—¿Quién?

A la mañana siguiente me despertó Penela, picara y sigilosa.

—Oye, no digas nada. ¿A que no sabes lo que Alfonso me acaba de contar?

—Bueno, no sigas más; que vio a la paraguaya medio en cueros.

—¿Y para eso tanto porfiar en que no contara nada?

Jaime me vino con lo mismo.

—Armando, no cuentes lo que te voy a decir.

Luego Andreu.

—*Coi!, aquest ho ha dit a tothom.*

El señor Blas y Román también empezaron a contármelo.

Y el señor Pera.

La señora Carmen le dijo a Alfonso:

—¡Caray, Alfonso; se puede una fiar de usted!

Aquello no le había hecho la gracia que a los demás.

—A partir de hoy cierro con llave la habitación y tapo el ojo de la cerradura.

Alfonso habíase tenido que poner una inyección de calcio.

Nosotros siempre le poníamos como digno ejemplo un tal Pedro Sabater, de Acción Católica, que estaba pasando unos días allí.

—A Sabater le pones una mujer desnuda delante y como si nada —le argumentábamos—. Ése sí que es un verdadero católico.

—Porque Sabater es tonto —decía él.

Había también en la fonda dos hermanos, muy metódicos en todo, uno gordo y otro delgado, que tenían una tienda de perfumería y artículos de tocador en la calle de la Princesa. Al delgado le gustaba mucho la sopa; el gordo bebía sifón sin parar, para contrarrestar su obesidad. El gordo se llamaba Mateo; el delgado no lo sé.

Todos estos veraneantes, para distraer sus ocios, organizaban excursiones a fin de admirar aquellos pintorescos alrededores. Se sorprendían de que los que componíamos la especie de colonia de los averiados —ellos no lo sabían— no fuésemos a ellas. La más interesada en que los acompañáramos era Paulita. El señor

Pera decía:

—Si no fuera porque iban a creer que estoy enfermo, pediría que me trajeran la comida a la cama; tan vago soy.

No calaban la ironía que aquello encerraba y se reían.

La señora Roseta tuvo que alquilar habitaciones en algunas casas del pueblo, para los muchos huéspedes que se le aglomeraban. A mí, en sustitución de Manolo, me puso en la habitación un chico de mi edad, o algo mayor, conocido del señor Pera. Se llamaba Ignacio, y de apellido, si no recuerdo mal, Balcells. Era hijo de unos payeses de los alrededores de Moncada. Los médicos habían observado ciertas anomalías en sus pulmones, nada de cuidado, y el señor Pera le había recomendado que subiera al pueblo de Calafusta. Vería.

A los pocos días de haberme colocado este muchacho le llegó a la fondista un matrimonio, un compromiso, que decía ella, pues les conocía de no sé qué y de no sé dónde y les había prometido que si esto, que si lo otro. Tuvimos que atender sus razones y abandonar aquella habitación tan ancha y tan fresca de la que tan pronto nos habíamos enamorado. A mí me volvió a colocar en mi antigua habitación, que continuaba siendo un horno, y a Ignacio, Balcells de apellido si mal no recuerdo, lo puso en un cuarto de los alquilados en la vecindad.

Todos estábamos de acuerdo en que el campo era para pasar irnos meses; pero para vivir, la ciudad. Por ello nos escandalizábamos de que Jaume, el hijo de la casa, no quisiera volver más a Barcelona luego de haber estado un par de veces en ella, y de que Pilarín, la más pequeña de las hijas, encontrara turbulenta y vertiginosa la vida de la provinciana, estática y conventual ciudad de Comarquinal.

Cualquier noticia que de Barcelona nos llegaba, la comentábamos con los demás ávidamente. Aquel año salieron los chistes *tan-tan*. Alguien había recibido una carta con un par de ellos.

—Mirad qué chistes corren ahora por Barcelona. Era un hombre *tan* delgado, *tan* delgado, que para que lo vieran tenía que entrar dos veces. Era un hombre con la nariz *tan* larga, *tan* larga, que en vez de llamarle Pinocho le llamaban Pinueve.

Los que llegaban de Barcelona venían contando más. Era un hombre *tan* alto, *tan* alto, que para coger el tranvía tenía que bajar al Metro. Era una radio *tan* pequeña, *tan* pequeña, que en vez de coger estaciones cogía apeaderos.

Jaime se mataba anotándolos en la agenda. Inmediatamente escribió a sus amigos pidiéndoles que le enviaran chistes de éstos y recibió un alud. Parecía una ametralladora enjaretando uno detrás de otro. Tenías que decirle:

—Basta, Jaime. Cuenta uno de borrachos, o uno verde.

Consultaba el índice de la agenda y te lo contaba, seguida volvía a los del *tan-tan*. Éstos le enturaban; diríase que había hecho un descubrimiento, incluso llegó a inventar unos muy malos. Era una ballena *tan* pequeña, *tan* pequeña, que en vez de ballena resultaba vacía. Era un cocodrilo *tan* largo, *tan* largo, que en vez de tener tres «oes», tenía cinco. Para matarlo.

El patrón de Calafusta es San Eusebio, el 14 de agosto. Las fiestas duran tres días. Los veraneantes, si pueden, procuran subir por estas fechas. No es que sean unas fiestas enormes, pero cada cual se divierte lo suyo. De los pueblos de alrededor — Santa María del Guirigall, Florit, Ravenissa— acuden todos los mozos y mozas. Se construye un monumental entoldado, donde se baila sin parar. Los músicos aprovechan para todo. En el baile del entoldado actúan como orquesta; en el pasacalle, como banda; en el solemne oficio de la mañana del Santo Patrón, como capilla polifónica; durante las sardanas, como *cobla*.

Las sardanas emociona verlas bailar. Hombres y mujeres forman grandes circunferencias, dándose todos las manos. Danzan como transportados. Ancianos secos como sarmientos, que no pueden tenerse en pie, reviven y saltan como corzos. Nadie se cansa. Es como si interpretaran algo vital.

La única calle de Calafusta se puebla de trajinantes vendiendo sus mercaderías y sus baratijas, y de feriantes que colocan sus atracciones como y donde pueden. No

son atracciones de ciudad, puestos ostentosos, donde todo brilla y reluce. Son puestos mezquinos. Ni a puestos llegan. Tablas colgadas de la pared, al aire libre, de las que penden varias cintas con chucherías, y dos o tres carabinas, constituyen los deleznableos puestos de tiro al blanco. Entre el viento, que mueve las cintas, y las carabinas, que tienen el punto de mira desviado, es imposible acertar. También colocan botellas de champaña sobre el empedrado a las que hay que atinar con unas anillas de madera, colocándolas en los cuellos de las botellas. O bien cuatro paquetes de rubio que hay que derribar con tres pelotas. Aparte de estos lugares donde ejercitar la puntería y de la ruleta de algún barquillero, ninguna atracción más hay, pero a la gente de Calafusta y alrededores parece que les basta y les sobra, e incluso que se divierten. Hay que verlos cómo alborotan cuando consiguen dar en uno de aquellos complicados blancos o sacan algún premio en la ruleta. Las chicas, riendo y chillando, les acompañan en su hazaña.

El último día de las fiestas se organiza un acto que llaman «La Tornaboda». Consiste en ir a bailar sardanas a unos prados, junto a La Font del Camí. Todos llevan capazos con la merienda y abundantes botas de vino. Es algo bucólico y sanguíneo al mismo tiempo. Yo no sé por qué, me recordaba un cuadro llamado *Escena campestre* que había visto reproducido en una colección de *Esferas* del año veinte que tenía mi padre.

Organizan además una especie de Juegos Florales en los que participan los poetas de la colonia veraniega, pues en el pueblo no hay. Jaime y yo enviamos dos o tres poesías cada uno, con gran ilusión, y no fueron premiadas ni mencionadas.

El día de San Eusebio, la Fonda Barral dio un extraordinario, sin incluirlo en la cuenta, he aquí lo más extraordinario. Baltasar se comió diez canelones. En días así, durante la sobremesa, cada uno ponía de su parte lo que podía —cantar, bailar, recitar— y la fiesta resultaba también más extraordinaria.

Por San Jaime, el hijo de la casa había pasado por las mesas repartiendo puros a los hombres y caramelos a las mujeres, pues era su santo. Se había esmerado en los pasteles de ese día. Los averiados aceptábamos el cigarro, aunque casi ninguno fumábamos. Como no nos tragamos el humo, decíamos, como un día es un día... Lo echábamos —el humo— torpemente. No podía decirse que parecíamos chimeneas, desde luego.

Por San Jaime, la sobremesa había sido estupenda. Habíamos echado de menos los melancólicos tangos de Manolo. Su marcha aún era reciente. Pero un tipo huesudo, Marín, de cara triangular, con unos ojos enormes y como de loco, suplió sobradamente esta falta. Había llegado con un amigo suyo, a pasar unos días, y nos divirtió de lo lindo. Era la segunda vez que subía a Calafusta. El año anterior había pasado allí una larga temporada, en plan de convalecencia, con el neumo puesto. Subió a hacer una vida tranquila y de reposo. Y todo lo hacía, menos eso. Le gustaba tanto bailar que cada domingo, luego de la comida, se marchaba andando a Santa María del Guirigall. Allí pasaba toda la tarde bailando como un poseso. Ya de noche, emprendía el regreso, cuesta arriba todo el camino, durante hora u hora y media que hay de trayecto. Llegaba a la fonda sin arrestos para cenar. Se dejaba caer en la cama y, vestido como iba, se quedaba dormido.

—Y esto, cada domingo y cada fiesta. Fíjese.

Era Alfonso quien me contaba estas peripecias.

—Lo raro es que estos tipos tan despreocupados, que hacen lo que quieren, se curan; y uno, una vez que toma el sol un poco más de lo debido, tiene una hemoptisis.

A pesar de sus atrocidades, Marín había curado tan estupendamente que, en la revisión médica para el vicio militar, le habían dado útil para todo servicio.

—Usted no puede imaginarse la de barbaridades que este hombre ha llegado a hacer.

Alfonso movía la cabeza.

El año de antes, en el entoldado y durante las fiesta había querido dar una exhibición de baile. Pidió un *boogie-woogie*. Su pareja era una veraneante de los chalets. Llegó un momento en que no pudo más; rendida lo abandonó. Él siguió solo, dándole a las piernas largas como compases. Marcaba exageradamente el ritmo. Giraba y contorsionaba todo el cuerpo, cada vez a mayor velocidad. De repente paró de bailar. Estaba blanco. El pecho le subía y le bajaba. Casi no podía respirar.

—Pensábamos que se desplomaba, o que le iba a dar una hemorragia —continuó Alfonso—. Pero a la media hora estaba bailando otra vez. Y ahí lo tiene.

A Alfonso le invadía una especie de resentimiento.

Aquel año también nos hizo una larga y variada demostración de sus facultades. Al compás del monumental aparato de radio, que rechinaba y zumbaba como si tuviera arena y moscardones dentro, bailó como un loco. Era día de «discos solicitados». La voz histérica y llena de dengues de la locutora, anunciaba constantemente: «Aquí, Radio Andorra. Oigan seguidamente *Angelitos Negros* que, para Jaime no sé qué, dedica fulano no sé cuántos; para Jaime no sé quién, de su novia con mucho cariño; para Jaime tal oigan, pues, *Angelitos Negros*.» Estaban un cuarto de hora o media hora leyendo dedicatorias, más de lo que luego duraba el disco. Al final, Marín hizo apagar la radio. No acababan de tocar lo que él quería.

Entonces, su amigo, con una armónica, le acompañó. Bailó *En forma* con Blanquita. Luego un *boogie-woogie* con Azucena. Su amigo, finalmente ya sin armónica, golpeaba con las manos y cantaba:

—Al bugui-bugui, ¡bugui!, ¡bugui! —etc.

Como encontrara que tanto Azucena como Blanquita eran bailarinas flojas, salió a bailar con su amigo, cantándose ambos lo que bailaban. Y después, ya solo, ejecutó una especie de danzas gitanas en las que se contorsionaba formando ángulos y escoraios grotescos. Se jaleaba él mismo con palmas y gritos y ponía una cara muy fea. Acabadas las danzas, los dos amigos hicieron una exhibición de gimnasia. Uno, echado en el suelo, aguantaba al otro con las palmas de las manos. Este último, con las piernas en el aire, hacía raros equilibrios a pique de romperse la calabaza. Tanto en los bailes como en la gimnasia tuvieron mucho éxito y fueron muy aplaudidos. Alfonso miraba y no dejaba de darle a la cabeza.

Jaime y yo tuvimos que recitar nuestras respectivas creaciones, es un decir. Él, *La Reliquia*, de Alcover; yo, *La casada infiel*, de Lorca. Nos hicimos rogar bastante, yo más que Jaime. A él le empezaron:

—Hoy es su santo, tiene que hacerlo, hoy es su santo...

Y no le quedó más remedio.

Yo me resistí más. Pero también tuve que ceder. Si a mi primera negativa no hubieran insistido, me hubiesen defraudado.

El doctor Pozo había seguido con manifiesto interés todas las exhibiciones; recorrido todas las mesas aplaudiendo y comentando; acudido a felicitar y dar la mano a todos los improvisados artistas. Cuando yo empecé a recitar estaba apoyado en la especie de balaustrada que dividía el comedor, cerca de la cocina, de cara a todos los comensales. A pesar del bigotillo blanco, tenía cara de caballo. Puesto en pie anuncié:

—*La casada infiel*, de Federico García Lorca.

A Elisa se le escapó un suspiro. El doctor Pozo repitió:

—*La casada infiel*, de Federico García Lorca; muy bien; uno de los mejores poetas que hemos tenido; muy bien.

No creo que conociera la obra de Lorca. Yo tampoco. Empecé a decir:

*Y que yo me la llevé al río
creyendo que era mozueta,
pero tenía marido.*

El doctor movió la cabeza arriba y abajo.

—¡Estupendo, muy bien, magnífico! Yo veía a la gente un poco borrosa y difusa, como dicen se ve el público desde el escenario de los teatros, Proseguí:

Fue la noche de Santiago

y casi por compromiso.

El doctor Pozo siguió asintiendo.

—Una poesía estupenda.

*Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.*

—Sí, estupenda.

Hacía ademanes recomendando un silencio que sólo él no guardaba.

*En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos,
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.*

El doctor Pozo dejó de sonreír. «¡Caray!»

*El almidón de su enagua
me sonaba en el oído,
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos.*

Proseguía igual. Serio. Sin su sonrisa de caballo. Con las manos como garras prensoras en la balaustrada, y erguido, parecía un loro.

*Sin luz de plata en sus copas
los árboles han crecido,
y un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.*

El doctor Pozo volvió a relajarse. La sonrisa afloró de nuevo.

*Pasadas las zarzamas,
los juncos y los espinos,
bajo su mata de pelo
hice un hoyo sobre él limo.*

La cabeza del doctor Pozo asintió.

—Su mata de pelo: qué poético...

*Yo me quité la corbata.
Ella se quitó el vestido.
Yo el cinturón con revólver*

Ella sus cuatro corpiños.

El doctor Pozo —«¡Caray!»—, había vuelto a su pose de loro serio en la balaustrada.

*Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino,
ni los cristales con luna
relumbran con ese brillo.*

Empecé a recitar con énfasis.

*Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.*

Elisa dio un gritito. El doctor Pozo miraba hacia el suelo. Blanquita estaba encarnada. Algunos se aburrían. Deletreé:

*Aquella noche corrí
el mejor de los caminos,
montado en po-tra-de-ná-car
sin-bri-das-y-sin-es-tri-bos.*

¿Dónde estaba el doctor Pozo?

*Sucia de besos y arena,
yo me la llevé del río.*

Había volado de la balaustrada.

*Con el aire se batían
las espadas de los lirios.*

Estaba en su mesa, con su mujer, disuadiendo —no escuches eso— a Azucena.

Me porté como quien soy.

Azucena no le hacía caso y le recomendaba silencio.

Como un gitano legítimo.

Yo no veía nada de todo eso.

*La regalé un costurero
grande de raso pajizo,*

—Eso quiere decir que la dejó embarazada —le susurró a Penela, Elisa.

*y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozuela
cuando la llevaba al río.*

Elisa aplaudió más que nadie. El doctor Pozo lo hizo discretamente. Si hubiera estado Manolo, hubiera gritado: «¡Muy bien; que le den la oreja!», como otras veces.

—La verdad es que la recitas estupendamente —dijo Jaime—. Mucho mejor que yo *La Reliquia*.

—¿Quieres decir? ¡No, hombre; qué va!

Pero me lo creía.

—Sí, sí. Además, hoy, los circunstantes, eran un poema. Especialmente el doctor Pozo.

—¿Sí?

—Ya lo creo. Cuando has empezado...

Y me contó todo lo que he contado. Igual. Con los mismos pelos y señales.

Un día dimos con un gorrioncillo muerto. Llevaba una herida de perdigón en el pecho. Jaime lo recogió. Junto a la pared del cementerio, donde muchas mañanas tomábamos la sombra, lo enterramos. Blanquita le puso un ramillete de flores silvestres, y Jaime una tablilla en la que escribió a modo de epitafio:

*Aquí yace sepultado
un gorrión asesinado.
RIP.*

Cualquier cosa era un pretexto para divertirnos. Por la noche, después de la cena, Jaime propuso:

—Podíamos ir a rezarle las *absoltes*.

Fuimos. El señor Pera, él y yo. Nos llevamos candelillas y mixtos. Una vez allí encendimos las velas y las clavamos en el suelo, junto a la pequeña tumba del gorrión. Nos poníamos de rodillas y hacíamos pantomimas. El señor Pera entonaba el gorigori. De pronto cesó de cantar.

—¡Cuidado, un fantasma!

Jaime y yo nos volvimos hacia donde señalaba. No vimos nada.

—Alguien nos quiere asustar. Venid. Y corrió hacia la esquina del cementerio.

—¡Por el otro lado, por el otro lado! Fuimos hacia la esquina opuesta. Tampoco vimos nada. El señor Pera alborotaba, jubiloso y muerto de risa.

—Que sí, que sí, que lo he visto. Se ha escondido.

Creíamos que nos tomaba el pelo, Pero tenía razón. Una forma blanca se dirigía hacia nosotros. Llevaba una linterna escondida en la mano y hacía: «¡Huuuu...! ¡Huuuu...!» El señor Pera dijo:

—Vamos por él.

Nos abalanzamos sobre la forma blanca, los tres, y tiramos de la sábana. Era Ignacio. Había corrido a su cuarto en cuanto nos vio partir a rezar las *absoltes*. Agarró una sábana, pidió una linterna, y por la parte de atrás de la fonda, por entre los huertos, llegó casi al mismo tiempo que nosotros.

Lo atamos fuertemente con la sábana y lo bajamos triunfalmente por la calle del pueblo. Los vecinos salían a las puertas. Meneaban la cabeza. «*Aquests estiuejants...*» sonreían. En la puerta de la fonda, jubilosos, aguardaban todos. Fue una jornada memorable.

Igual como a Jaime le había dado por los versos, a Ignacio le dio por las bromas. Unas de las veces que fue al médico, trajo algunos artículos de engaño; bombitas pestíferas, líquido de ese que produce frío cuando te sientas encima de él, y varias tonterías más. Únicamente nos lo dijo a Jaime y a mí, que éramos así como sus cómplices.

Durante unos días se entretuvo en poner aquel raro líquido en las sillas. A veces

no hacía efecto. Otras, sí, pues oías decir:

—¡Huy, qué fría está esta silla!

Y notabas el estremecimiento de escalofrío que los recorría.

Las bombitas pestíferas le hacían el efecto a Ignacio de que estaban estropeadas y no servirían. Decidimos probar una. Fuimos al cuarto del señor Pera. Era después de comer, durante la hora de la siesta. El señor Pera estaba leyendo. Comenzamos a hablarle sin ton ni son.

—¿Qué hay, señor Pera? Usted siempre leyendo.

—Seguro que lee *El Capitán Blood*. ¿Veis? No falla. Siempre leía este libro.

—*Quina calor, senyor Pere!*

Soltamos la bombita y nos largamos rápidamente. Estuvimos en el pasillo, aguardando la reacción del señor Pera, a ver si rezongaba o protestaba. No oímos nada.

—Ya os lo decía yo. Están estropeadas. Aquella noche, a una señal convenida, mientras cenábamos, arrojamos tres bombitas, una cada uno, disimuladamente, debajo de nuestras respectivas mesas. Un hedor terrible insoportable se expandió inmediatamente por el ambiente. Olía a perros muertos y a pescado en putrefacción. Todo el mundo se tapaba las narices. Andreu gritaba:

—*Coi, aqüestes vaques!*

Creía que el olor venía del corral.

—*Obriu les portes, coi!*

Fue necesario abrirlas todas: puertas y ventanas. La mayoría se molestaron mucho. La señora Roseta amenazó con expulsar al culpable si se enteraba de quién había sido el gracioso. Nosotros estábamos un poco asustados.

Al día siguiente cogimos al señor Pera y le contamos el caso.

—Como que usted no protestó ni dijo nada pensamos que no hacían efecto, por eso tiramos tres...

—*Recoi, vet aquí!* Cuando entrasteis vosotros acababa de *fotre'm una llufa*. Noté una peste tan terrible que dije: «Perico, tú no estás nada bien del vientre», y pensé: «Menos mal que esos muchachos se han marchado, si no...»

Tiempo después el señor Pera contó la historia a los demás y era partirse de risa.

—*Coi, coi!* —decía Andreu, revolcándose por el suelo.

Algunos de los huéspedes organizaron una excursión al pueblo de Fanfanet. Querían pasar todo el día allí. La fondista les preparó gran profusión de tortillas para esta jornada. De los averiados, no fuimos ninguno. Nos excusamos como pudimos. Jaime sí fue. Aunque parecía del grupo, él no estaba enfermo. Fanfanet está situado sobre unos riscos, a una enorme altura. El camino era pesado y duro. Se sube a él en burros o mulos. Ellos irían a pie. Jaime, a pesar de su complexión enclenque, no se arredró. Él quería hacer ejercicio.

Por estas fechas, Jaime andaba ya enamorado de Penela. Ella le correspondía muy ambiguamente. A veces creías que sí, y a veces creías que no.

Aquella mañana entró Jaime en mi habitación.

—Oye, he hecho unos versos para Penela, unos versos saludándola antes de marchar. Hoy no la veré hasta la noche. Si por algo me duele esta excursión es por esto. Le echaré los versos por debajo de la puerta. Será un grato despertar.

Me leyó las tres líneas que había compuesto. Le faltaba una, pues tenía que ser un cuarteto.

*Puesto ya un pie en Fanfanet,
a fuer de fuerte despido,
gran señora, ésta te escribo*

—No encuentro nada que rime con Fanfanet. Mira a ver si me sacas de este apuro. Invéntate algo. Algo que acabe en et.

—Carnet —dije yo.

Se dio una palmada en la frente.

—¡Eso es, ya está! En mi modesto carnet. A ver cómo queda ahora.

*Puesto ya un pie en Fanfanet,
a fuer de fuerte despido,
gran señora, ésta te escribo
en mi modesto carnet.*

¿Qué te parece?

—Si Cervantes levantara la cabeza, Jaime.

—Sí, ya lo sé.

Arrancó la hoja de la agenda donde había escrito aquella cosa y la metió por debajo de la puerta del cuarto de Penela.

—Sí, será un grato despertar; se va a llevar una sorpresa.

Aquel día tuve tortícolis. Por la mañana, al despertarme, noté cierta molestia en el cuello. Se lo dije a Jaime cuando vino a pedirme el consonante para su apuro.

—Bah, «un golpe de aire». Se te pasará en seguida. Estaba obsesionado con la excursión y con que iba a pasar un día sin ver a su Penela.

Al mediodía, la tortícolis se acentuó. Tenía que permanecer con la cabeza erguida, tiesa, como si fuera un presuntuoso, sin poderla mover arriba y abajo ni hacia los lados. Cuando me llamaban desde atrás, tenía que girarme con todo, el cuerpo, anquilosado y grave. Daba risa.

Terminada la comida me retiré en seguida a mi habitación, sin hacer ni pizca, de sobremesa. Me puse la chaquetilla del pijama y una toalla alrededor del cuello.

Al cabo de un rato entró Penela. Llevaba un almohadón en la mano.

—Vengo a hacerte compañía, para que no te aburras. Colocó el almohadón al pie de la cama y se tendió de cara a mí. Sus piernas quedaban bajo mi mano y ella no dijo nada.

Tenía los ojos brillantes. Se lo dije. Sonrió. Entablamos una especie de flirteo. Ella estaba más bregada que yo.

Se había acomodado más hacia mí, pues yo permanecía estirado, sin poder casi moverme, y le había cogido las manos. Me acordaba constantemente de Jaime.

—¿Así es que no has besado nunca a ninguna mujer?

—Tú, sin embargo, sí que habrás besado a más de un hombre.

—Yo no beso nunca; me besan.

Arrimó su rostro junto a mí. Quise incorporarme, pero mi cuello crujió. Tuve que abandonarme de nuevo en la almohada. Penela se levantó y marchó. Estaba contenta. Yo no maldecía mi cuello. En realidad me había salvado de algo que no hubiera sabido cómo llevar adelante.

Por la noche, Jaime regresó jubiloso de la excursión, aunque bastante fatigado. Fanfanet le había gustado mucho.

—No sabes lo pintoresco que es.

Me preguntó qué había hecho Penela durante todo el día. Si había gastado bromas.

—Oye, yo no vigilo a nadie.

Como la tortícolis no disminuía, me aconsejó que me diera friegas de alcohol. La señora Carmen tenía un frasco lleno. Fuimos a su habitación. Estaba con el señor Blas, y con el cuarto cerrado. Se pusieron encarnados. La misma señora Carmen me dio friegas en la nuca. El señor Blas aconsejaba que se hacía así y asá. Él había sido masajista. Penela entró, huroneando por allí. Cuando vio que me estaban friccionando, dijo:

—Esto lo curo yo antes que el alcohol.

Apartó a la señora Carmen y me dio un beso en la nuca.

Jaime se puso furioso. Empezó a golpear con los puños la pared y a decir que aquello no había derecho. Penela lo miraba sorprendida.

—No sé por qué te pones así. Ha sido una broma.

Estando ya acostado, antes de dormirme, entró la señora Carmen en mi cuarto. Me tomó la temperatura, me dio una aspirina, me subió las sábanas hasta la barbilla, me apagó la luz y me dio las buenas noches. Yo estuve a punto de decirle que me besara, pero como si fuera mi madre, aunque de esto último no estoy muy seguro.

El enamoramiento de Jaime por Penela no había sido una cosa súbita, sino paulatina.

Jaime había gastado muchas bromas a Azucena, la sobrina del doctor Pozo, una muchacha bronceada y escultural. Se complacía en asegurar que estaba loco por ella. Azucena aceptaba sus bromas con mucha gracia, siguiéndole la corriente, pero sin otorgar el canto de una uña. Probablemente, de haber accedido, Jaime hubiera sido el primer sorprendido. Desde un principio sabía que se trataba de algo inalcanzable y hacía estas cosas porque sí, a modo de juego o distracción.

Le escribía versos a troche y moche, muchos de ellos incongruentes:

*Si nuestro mundo era tan bello, Azucena,
¿por qué te has separado de él?*

Otros, cursis:

*Y hasta el cielo que me toca,
si aún lo tengo reservado,
Azucena, te lo ofrezco
por un beso de tus labios.*

Olímpicos y jupiterianos:

*Con indiferencia, mirando a los cielos,
sigo mi camino sin pisar el tuyo.*

Continuaba plagiando a Machado:

*Anoche, cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que tu sonrisa dormía
dentro de mi corazón.*

Parecía una máquina.

Además le escribía largas cartas, como si se tratase de una amada ausente. El más fastidiado era yo, pues tenía que ilustrar las cartas y las poesías.

A veces, cuando encerrado en su cuarto elaboraba estas locas elucubraciones, Penela golpeaba la puerta, molestándole, o entraba y le emborronaba una cuartilla, o le quitaba una poesía a medio hacer y salía corriendo y alborotando, igual que si fuera una chiquilla. Por lo general, Jaime la echaba a cajas destempladas. O la perseguía. O se enfadaba y peleaba con ella. De este modo trivial e insospechado, Penela fue entrando en su corazón. Él nunca se lo hubiera imaginado.

Cuando Azucena terminó su veraneo, Jaime simuló una gran tristeza y le escribió

una carta de doce folios que le llevó un puñado de días: carta con poesía, dibujo y todos los ingredientes. También le enviaba unas fotografías que le había hecho y que había mandado revelar y ampliar con todo género de recomendaciones.

Desde entonces, en lugar de echar la siesta, empezó a ir al cuarto de Penela a charlar con ella y a contarle sus cuitas amorosas, la nostalgia que sentía por la marcha de Azucena. Cuando se vino a dar cuenta, era a Penela a quien quería.

Yo también debía de estar enamorado de Penela, pues Jaime me lo contaba todo, y aunque intentaba demostrar indiferencia, me resistía a creer algunos hechos, los más graves generalmente: lo de los pechos, lo del sexo, los besos. ¿Por qué, esto?

Penela me demostraba cierta deferencia. Esto me halagaba tanto, que me hacía suponer que en el fondo era a mí a quien quería y no a Jaime.

Una noche, después de la cena, salimos a dar un paseo hacia la parte alta del pueblo, Andreu, Alfonso, Jaime y yo, acompañando a Penela.

Aquella noche todos íbamos pegados a ella, rodeándola, disputándonos sus favores. Jaime sufría. Pero no recuerdo si ya entre Penela y él se habían establecido por completo estas fuertes relaciones que he contado. Andreu fumaba su toscano al margen de este asedio. Era el único que sentía un cariño paternal por ella y la consideraba más boba que golfa.

—*Coi, qualsevol dia es trobará... sense saber com...*

Nos sentamos cerca del cementerio. La noche era brillante. Había luna llena y los montes y bosques parecían de plata. Había violentas masas de luz y de sombra entre las hierbas y arbustos. Penela sacudió de su lado a Alfonso y a Jaime, que se empujaban mutuamente por sentarse lo más cerca posible de ella, y me permitió a mí tumbarme a su lado, la cabeza en su regazo. Me introducía los dedos por el cabello y jugaba con mi cabeza y acariciaba mi rostro. Yo, en voz baja, le decía que desearía estar a solas con ella. Enigmática, sonreía.

De regreso a la fonda, ya acostado, no podía conciliar el sueño. Me levanté y fui a su habitación, cercana a la mía. Llamé. Ella corrió el pestillo y abrió. La cabecera del lecho estaba junto a la puerta y podía abrir alargando el brazo, sin moverse de la cama.

—No podía dormirme —dije.

Me senté junto a ella. Le pasé el brazo por el cuello. Me maravillaba lo audaz que era. Pero no lo era bastante. Quería besarla y no me atrevía. Tenía miedo de no saber hacerlo. Le pedí a ella que lo hiciera. Dijo que no. Tenía mi mejilla pegada a la suya. No me costó nada girarme y besarla en la cara. Un beso apagado y tímido.

Penela dijo:

—Abre la ventana. Hace calor.

Me levanté y la abrí. No me atrevía a tumbarme otra vez junto a ella. Me sentía humillado y poco hombre.

—Es tarde. Vete ya.

Salí sin contestar.

Una tarde, yendo al bosquecillo de robles, yo cogí la hamaca de Román, y Jaime la del señor Blas, aquellas hamacas grandes y familiares. Fui el primero en llegar, y después de atar la hamaca entre dos árboles, me tumbé en ella. Penela, que había llegado corriendo y alborotando, se echó junto a mí.

El señor Blas le ató la hamaca a la señora Carmen, alardeando de sus nudos marineros, y se echó a sus pies, como un can. Román, sintiendo lástima de Elisa, le colocó la suya y se entretuvo en bandearla. Otros colgaron también las suyas, y muchos extendieron mantas en el césped. Alfonso invitó a Blanquita y a la paraguaya a que se echaran junto a él. Se pusieron una a cada lado y Alfonso se esponjó, se hinchó como un pavo.

Jaime había atado su hamaca junto a la mía. Iba profundamente serio, con la frente fruncida y las cejas en ángulo. Se dirigió a Penela.

—Échate en esta hamaca. Yo me colocaré con Armando.

Me levanté con aire arrogante. ¡Qué tontos éramos!

—Te cedo el puesto, Jaime.

Y me pasé a la otra.

Jaime respiró aliviado y se tumbó junto a Penela, pero Penela se levantó y se vino conmigo. Jaime, orgulloso y fúnebre, no dijo nada. Al cabo del rato se levantó y nos zarandeó bruscamente.

—¡Basta, basta!

Penela le gritó severa:

—¿Qué te ocurre, Jaime?

Jaime tenía el pelo erizado. Se pasó la mano por él.

—Nada, nada.

Estaba blanco.

—Tenéis que perdonarme. Ha sido algo más fuerte que yo.

Volvió a su hamaca, pero el encanto estaba roto y yo no pude seguir. Saqué las manos de debajo la manta.

Cuando nos marchábamos, mientras desatábamos las hamacas, Jaime me dijo:

—Quiero hablar contigo, Armando.

Dejamos que los demás fueran saliendo del bosque y nos quedamos solos. Pensé que a lo mejor querría pegarse conmigo.

—¿Qué le has hecho a Penela?

Reaccioné furioso.

—¡Eres un imbécil! No le he hecho nada. ¿Qué le iba a hacer? ¿Y si le hubiera hecho algo te lo iba a contar a ti? ¡Vamos, hombre!

Jaime argumentó:

—Tienes que perdonarme, Armando. Estoy enamorado de ella. En cierto modo somos novios. Tú lo sabes.

—Yo no lo sé. A mí, ella, no me ha dicho nada.

—Pero tú lo sabes. No te arrimes a ella. Ya ves que no te lo exijo; únicamente te lo suplico. Sufro mucho con estas cosas.

Estaba a punto de echarse a llorar. Tuve que prometerle que en adelante me acercaría lo menos posible a Penela.

—Es veleidosa, lo sé. Más no puedo remediarlo. Estoy loco por ella, loco. ¿Sabes lo que es estar loco por una mujer?

Yo no lo sabía, pero me lo imaginaba.

Manolo, que había prometido escribirnos desde Florit, no lo hizo. De todos modos, esto, a mí, me tenía sin cuidado. A la señora Carmen sí le envió unas cuantas cartas. Unas cartas escritas con una letra infame y plagada de faltas de ortografía, pero unas cartas medio amorosas, tiernas y galantes al mismo tiempo. La señora Carmen no le contestó a ninguna. Estuvo tentada de hacerlo. El señor Blas la disuadió. En una mujer casada, aquello no estaba bien, le dijo.

En dichas cartas, Manolo machacaba incesantemente que debíamos ir *todos* un día a Florit a verle y a comer allí invitados por él. Decía *todos* porque sabía que no podía proponerle a la señora Carmen que fuera ella sola. El Chispa, que iba y venía constantemente de Florit con su desvencijada bicicleta, también nos transfería, lleno de perseverancia, el encargo de Manolo. En ocasiones íbamos a la carretera a ver pasar los coches de línea, y alguna vez vimos cruzar a Manolo en una de sus frecuentes idas y venidas. Gesticulando a grito pelado desde la ventanilla del autocar nos recordaba el asunto. El señor Pera era el más entusiasmado con la idea de ir a Florit. Al resto, si se exceptúa al señor Blas, tampoco nos desagradaba.

El señor Blas iba ciego con la señora Carmen. No se daba cuenta de las habladurías que la conducta de ambos empezaba a despertar. La señora Carmen tampoco lo notaba. Claro que la señora Carmen no se daba cuenta de nada. Cuando íbamos al bosque a sentarnos sobre el césped, no sé cómo se las apañaba que siempre enseñaba las piernas al hacerlo. Se diferenciaba en ello de Elisa en que ésta las enseñaba preconcebidamente, en tanto que ella las mostraba sin darse cuenta, sin chispa de coquetería y por eso más que las demás.

Alfonso, que se acostumbró a esta clase de exhibiciones gratuitas, procuraba sentarse antes que ella, frente por frente, y así ampliaba el campo visual. Sus ojos eran como dos objetivos fotográficos captando el instante. ¡Clik! El señor Blas, siempre atento al quite, arrojaba su jersey sobre las piernas de la señora Carmen. Entonces, la señora Carmen se daba cuenta y enrojecía. El rubor le sentaba muy bien. Tenía la tez blanca. Llevaba vestidos de medio luto, y sus medias negras traían de cabeza a Alfonso. Su marido subió un domingo a verla. Llevaba gafas y tenía cara de tonto. El señor Blas porfió que vaha mil veces más ella que él. Se lo dijo también a la señora Carmen. La señora Carmen y su marido pasaron bastante rato encerrados en la habitación. Alfonso hizo la mar de conjeturas. El señor Blas se puso celoso. Le dijo a Alfonso que no sabía lo que se decía. Alfonso dijo:

—¿No? No poco. A ver si luego de tanto tiempo... Al señor Blas, esta insinuación le hacía palidecer. —A fin de cuentas, son marido y mujer— insistía Alfonso. Pero el señor Blas no quería verlo así.

Cada día, luego de la siesta, la señora Carmen venía a por mi termómetro, pues el suyo se le había roto. Llevaba un albornoz de color de vino, sin cinturón, que se sujetaba con la mano. Cuando cogía el termómetro, al sacudirlo o mirarlo a contraluz,

sé olvidaba de esto, y el albornoz se descorría como la cortina de un teatro. La señora Carmen volvía a sujetarlo en seguida, confusa y encarnada, medio sonriendo. Yo bajaba los ojos. Esto sucedía cada día. Nunca se acordaba de que no llevaba cinturón. El recuerdo de sus prendas íntimas vislumbradas fugazmente cada mediodía me sugería infinidad de malos pensamientos. Y esto aunque no quisiera.

Penela había dicho de Baltasar que su gordura le daba asco. Parece que la estoy viendo.

—¿Yo? ¿Baltassar ...?

Haciendo aspavientos y arrastrando las eses.

—Ni hablar.

Baltasar se enteró de esto y quiso comprobar si de verdad era cierto. Así es que procuró subir las escaleras que iban a los dormitorios a solas con ella. Mientras lo hacían, la fue empujando, gastándole alguna broma, arimándole algún tiento. Penela reía y gritaba, y, en lugar de dirigirse a su habitación, echó hacia la de Baltasar. Éste tenía la cama sin arreglar todavía.

—Te la voy a hacer yo. Dormirás mejor y soñarás conmigo.

Cuando terminó de hacerla, Baltasar la revolcó por el lecho y la besuqueó.

Orondo y búdico, aquella misma tarde, sirviéndole de pedestal el verde césped, Baltasar nos lo contó a Alfonso y a mí.

Tenía en las manos una margarita. Sosegadamente le había ido arrancando los pétalos. Al terminar había dicho:

—Besar a Penela es tan sencillo como deshojar esta flor.

Yo no me esperaba esto de Baltasar. Ni el hecho ni la lírica comparación.

Entonces nos contó cómo la había besado en la frente, en las mejillas, en los brazos.

—En la boca, no. Tuve aprensión.

Y añadió:

—Yo sí que le he tenido asco. Más que ella a mí. Y se lo he demostrado. ¡Que aprenda!

Alfonso se entusiasmó. Aquella noche no pudo ir a la habitación de Penela, pues Jaime estaba con ella, pero a la mañana siguiente, en cuanto despertó, fue lo primero que hizo.

Penela se debió de quedar sorprendida cuando viera entrar a Alfonso en su habitación, con su albornoz azul y blanco, y cuando sin más ni más le pidiera que lo besara. Dijo que no, riendo. Pues que se dejara besar. Tampoco. Iniciaron un estira y afloja. Alfonso estuvo a punto de decirle que igual que había permitido que el gordo de Baltasar... Se mordió la lengua, pero tanto insistió, que Penela, al final, puso la mejilla.

Alfonso vino a contármelo en seguida. De la habitación de ella a la mía.

Nuestra idiosincrasia era un tanto rara, la de la colonia de los averiados. Me estoy dando cuenta ahora. Formábamos un todo, pero con disonancias. Éramos iguales, pero distintos. Por ejemplo: Andreu estaba ya curado. Había llevado un neumo bilateral. Sólo subía a pasar los meses de calor, a conservarse. Penela, también. Y el señor Blas. A mí me habían hecho una plastia. Estaba convaleciendo y recuperándome. Jaime era de la pandilla y no tema nada. Blanquita sólo aguardaba terminar el verano. Su trastorno pleural habría desaparecido. La señora Carmen y Alfonso se estaban curando. Su única medicina era Calafusta. Baltasar, también. E Ignacio. Éste no sabía lo que tenía. Él creía que casi nada. Pero cada vez que se masturbaba, se asustaba de lo que había hecho. Baltasar estaba engordando tanto que se le formaban escoriaciones en el vientre, como a las embarazadas. Román, aparte de los aires de Calafusta, llevaba el neumo. Y el señor Pera era un enfermo estancado. Ni avanzaba ni retrocedía. Tal vez no curase, pero probablemente no moriría de aquello. Finalmente estaba Elisa, cada día más delgada y comiendo a duras penas su huevecillo pasado por agua. Era el caso desesperado, el que no tiene cura y él no hay nada que hacer. Y así la mirábamos todos, al trasluz de este prisma: «Se tiene que morir». Ella opinaba igual. Yo la miraba pasmado. Siempre pensaba: ¿qué estará pensando?

Debido a esta especie de sentencia próxima, imaginaba que sus pensamientos debían de ser profundos, como los de quien contempla las cosas ya desde la otra orilla. Ella reía, hablaba y se movía con naturalidad. Esto me llenaba de espanto. Sabe que se muere, cada día un poco más, como nos ocurre a todos, pero ella a marchas precipitadas, decía yo; su pasar por este mundo se reduce solamente a un año más, a dos, máxime... (no, tres era imposible; todos meneábamos la cabeza) y, sin embargo, alguna lucecilla tiene que aletear en ella. Forzosamente. No podía ser de otro modo. Aunque ella misma veía su consumirse, era imposible que aceptara la absoluta certeza de que aquellos brazos delgados y aquellas muñecas de latido débil iban a desaparecer rápidamente y pasar, en un momento preciso y dado, del ser al no ser. Así lo guisaba yo. Y cuando pensaba esto me angustiaba.

Aquel año hizo su aparición la estreptomocina. Elisa fue la primera en saberlo. Se enteró por la radio o lo leyó en el periódico; no supimos de dónde había sacado la noticia. Al principio fueron noticias vagas; después, ciertas.

Todos los averiados empezaron a girar alrededor de tan sensacional noticia; unos más, otros menos, y Elisa más que nadie. Cuando se supieron datos concretos, cundió el desaliento. El precio era fabuloso. Un pico cada insignificante gramo. Medicina de millonario. Aparte de que cuando daban el cupo en las farmacias, traficantes, desaprensivos y gentes sin conciencia las recorrían todas, velozmente, en moto o en

coche, y acaparaban toda la que salía al mercado. Falsificaban recetas para ello, o no sé cómo se las apañaban. Luego la vendían a doble precio. Una infamia. Se la consideró tabú, lo inalcanzable. No nos quedó más remedio que darla de lado. A esperar a que se abaratara, o a que alguien metiera mano a estos abusos, y a que los médicos te la prescribieran. Nadie quiso preocuparse más del asunto.

Sólo Elisa, nerviosa e intranquila, indagó y siguió preguntando, unas veces abatida, otras esperanzada, hasta que un día, después de mucho tiempo de no saber nada de él, tuvo una sensacional carta de su marido en la que le decía que se estaba poniendo el nuevo y maravilloso producto. Le iba muy bien. Estaba ya casi curado. Le escribía desde Sevilla. La echaba mucho de menos y la continuaba amando con locura. «Ponte en camino cuanto antes», decía. Y le enviaba dinero. Con ella también probarían el milagroso medicamento. Vería qué pronto sanaba. Iban a ser muy dichosos.

A Elisa le temblaban las manos. No vivía. Estaba nerviosa. Reía. Lloraba. Tenía más apetito, aseguraba.

Cuando recibió el dinero, empezó a hacer los preparativos para la marcha. Estaría unos días en Barcelona, en casa de su hermana, y luego, a Sevilla. Iba a ser muy feliz.

Aprovechando que el matrimonio del mono se iba en el coche de un conocido, se fue con ellos. Se despidió de todos con el rostro lleno de lágrimas, brillándole la sonrisa a través de ellas, carraspeando. Nos dio la mano efusivamente, varias veces. Nos besó. Decía que no podía ser tanta dicha y felicidad. Que se moriría. Que ella ni con aquello curaría. Nosotros le decíamos que sí. Yo le conté que acababa de leer, en una revista que me habían enviado, cómo una enferma, completamente desahuciada, hasta el extremo que ya no se levantaba de la cama, se había repuesto del todo a los pocos días de haberle recetado la estreptomina. Esto era mentira. Yo no lo había leído en ninguna parte. Pero Elisa dijo:

—¿Sí?

Y se le iluminó el semblante.

Quiso despedirse de Andreu, pero Andreu se encerró en su cuarto, sin querer verla.

Elisa hablaba de su marido, de que ella también lo quería, de que volvería a ser feliz con él y con su hijastra.

Todos salimos a despedirla. Iba acomodada al lado de la señora del mono y con mano nerviosa acariciaba al bicho. Con el pañuelito nos decía adiós, se sonaba y se limpiaba los ojos. Cuando el coche arrancó, aún lo sacó muchas veces por la ventanilla. El mono parpadeaba.

La señora Roseta dijo:

¡Pobre Elisa! *Em sembla que no la veurem més...*

Habíamos acabado de merendar y nos disponíamos a dar la vuelta acostumbrada cuando irrumpió en el comedor la suegra del barbero-taxista-telefonista-tendero-todo, gritando:

—¡Señor Alfonso, señor Alfonso...!

Llamaban a Alfonso al teléfono.

Éste fue corriendo y al cabo de un rato volvió emocionado. No nos habíamos movido. Aguardábamos para saber de qué se trataba. Le temblaba la voz cuando dijo:

—Es Beatriz. Me llama desde Santa María del Guirigall. Llegó esta tarde a Comarquinal y se encontró con que sólo había un coche a media tarde hasta Santa María. Debería ir a buscarla...

Estaba emocionado y aturullado. No sabía qué hacer. Fue Andreu quien lo resolvió.

—*Coi...!*

Le aconsejó que alquilara el taxi. Él le acompañaría. Y le ayudaría a pagarlo. Aunque en el fondo lo despreciaba, Andreu se sentía paternal con él. Blanquita quiso ir con ellos. Lo del viaje en taxi le hacía mucha ilusión. Fueron a buscar al barbero-taxista-etcétera. Estaba en un trozo de huerto, escardando la hierba. Los demás nos fuimos a dar el tradicional y característico paseo.

Al regresar de hacer el 29, habían vuelto ya con Beatriz. Alfonso nos la presentó en seguida. Andreu, el señor Blas y Penela la conocían de otros años. Alfonso, conforme nos presentaba, nos añadía nuestra profesión, nuestras aptitudes y nuestras características.

De mi dijo que era poeta y dibujante, y que llevaba una plastia estupenda. De Jaime, que era estudiante de medicina. De Román, que le ponían quinientos gramos de neumo.

Beatriz daba la mano lánguidamente y contestaba: «Encantada», o «Es un placer saludarle».

Era dependienta de una casa de modas. Había estado algo enferma, pero había curado. Aquel año le dolía la espalda, notaba fuertes pinchazos. Por eso había pedido las vacaciones por anticipado y se había trasladado a Calafusta.

Era una chica delgadilla y poca cosa, aunque muy mona. Yo no sé por qué me la había imaginado alta y metida en carnes. Siendo novia de Alfonso me parecía que forzosamente tenía que ser así.

Empleaba un lenguaje estudiado, pulcro, afectado, como de haber leído muchas novelas y haber visto muchas películas. Alfonso se mostraba orgulloso de ella. Beatriz, en cambio, desde su extraña arribada a Calafusta, no le hacía demasiado caso. Esto desconcertaba a Alfonso.

Hacía mal tiempo. Grandes tronadas, con arco iris después. Casi no salíamos. Cuando escampaba, nos limitábamos a admirar el arco iris desde la puerta de la

fonda. También nos embelesábamos ante las puestas de sol. A finales de verano son muy irreales, de colores fuertes y vivos. Nos poníamos tontos de tanto decir: «¡Qué bonito!» Como no podíamos ir al bosque, a sentarnos en la hierba húmeda, nos quedábamos en la fonda, jugando al dominó, o a las cartas, el señor Pera haciendo solitarios y la señora Carmen, ganchillo.

Yo me entretenía en hacer dibujos sobre las mesas de mármol. No tenía demasiada seguridad, dibujando. Por eso, en los retratos, era cuestión de acierto. Unas veces se parecían y otras no. Beatriz quiso que la dibujara. Me quedó tan parecida, que de buena gana hubiera recortado el pedazo de mármol para guardármelo. Alfonso quiso que repitiera el retrato en un pedazo de papel, pero no me salió.

Beatriz cautivó a todos. Su simpatía eclipsaba la de Penela. Alfonso estaba contento de esta admiración que suscitaba. Las conversaciones con Beatriz parecían profundas porque usaba gestos aprendidos y frases hechas.

Un anochecer, Alfonso quiso salir con Beatriz, quien cada día lo esquivaba más.

Aquella tarde, Alfonso había dormido una siesta más larga que lo de costumbre. Bajó muy acicalado, muy bien afeitado, el bigote recortado, la sahariana *beige* recién planchada. No quiso ni merendar. Llevaba la obsesión del paseo con Beatriz. Hacía días que quería aclarar algo con ella.

Estábamos jugando al dominó. Alfonso se acercó, muy pulcro, muy correcto.

—¿Quieres que salgamos a dar un paseo, Beatriz? El que Alfonso tratara a Beatriz de *tú* sonaba extraño, aunque no debiera parecerlo. Beatriz estaba enfrascada en el juego.

—No, Alfonso; no me apetece pasear ahora. Él quiso convencerla.

—Dará gusto salir a dar una vuelta.

—No, no; no me satisface andar. Alfonso no desmayó.

—Hay lima. Va a hacer una noche despejada. Vamos, no te hagas de rogar, Beatriz. Será un paseo estupendo. Beatriz acabó de colocar una ficha.

—No insistas, Alfonso, no me hallo predispuesta. Es tarde ya. Te agradezco la invitación de todos modos. Otro día.

Alfonso, antes de retirarse, aún insistió.

—Es más conveniente airearse un poco que estar aquí encerrado. Vamos, Beatriz, no seas así.

Beatriz, entonces, estalló. Tiró las fichas sobre la mesa, giróse y gritó:

—¡Coj..., he dicho que no!

Quedamos alelados. Incluso Andreu, para quien los tacos carecían de importancia, cerró los ojos. A mí se me cayeron las fichas de la mano. Disimulé mi turbación buscándolas por el suelo. El único que permaneció inmutable como un poste fue Baltasar. Sólo se había encogido de hombros.

Alfonso, que había abierto la boca, la cerró sin decir nada. Beatriz se puso encarnada, igual que todos, y no sabía qué hacer. Y en este ambiente enrarecido y

tenso, seguimos jugando, colocando fichas, equivocándonos.

Beatriz se marchó pronto, antes de acabar las vacaciones. La espalda ya no la molestaba. Desde el día del taco aparecía huidiza y rara. Su misterioso encanto se había quebrado. Las relaciones con Alfonso habían sido rotas de una manera definitiva.

Alfonso se pasó un tiempo diciendo que a Beatriz la habían visto en una casa de citas. A él se lo habían advertido y no lo había querido creer. Ahora estaba convencido de ello. Movíamos la cabeza arriba y abajo. Éramos irnos imbéciles.

A mediados de setiembre se habían ido casi todos los veraneantes. Sólo permanecía incólume la colonia de los averiados, si se exceptúa a Elisa.

Todos, al marchar, se despedían muy atentamente.

—Hasta el año que viene. Supongo que nos volveremos a ver...

Te dejaban su tarjeta, ofreciéndote su casa, rogándote que los fueras a visitar. Uno hacía lo mismo.

La descomunal Paulita me había recomendado encarecidamente que fuera a verla a la biblioteca donde estaba empleada en cuanto que volviera a Barcelona. Tenía sumo interés en prestarme *Jane Eyre*, de otra de las Bronte.

Aquel año, en Can Barral, habíamos sido más hombres que mujeres. Nunca había ocurrido así, decía Alfonso; siempre había sido al revés. La fondista, a quien gustaban con locura los líos y trapisondas, se moría de gusto cuando podía anunciarnos la llegada de alguna mujer a la fonda. No sabíamos por qué, las llamaba «ninfas».

Con muchos días de anticipación nos lo anunciaba. Tal acaeció con Paulita. Pasose días y días dando la lata. Luego, por poco, la matamos. Ahora volvía con la misma historia.

—Vendrá otra ninfa. La acompaña su madre. Probablemente estarán aquí hasta el invierno...

Todos decíamos:

—Si es como Paulita...

La fondista sonreía, enseñando unas encías desdentadas, y decía que no. Pero ella no sabía nada, en cuanto al físico de la nueva, claro. Le gustaba incitar y despertar suposiciones porque todo esto entraba en el programa de su negocio.

Desde que la señora Carmen llegara a la fonda, el señor Blas se había convertido en su especie de guardián. O desde que el señor Blas llegó. No la dejaba ni respirar. Cualquier insinuación de ella era una orden para él. Saltaba las márgenes o ribazos, para coger la flor por ella deseada, con el ímpetu de un colegial enamorado. Cuando nos sentábamos en los prados se echaba junto a ella. Durante los paseos siempre iba a su lado. En el bosque se tumbaba al pie de su hamaca. Eliminado Manolo, a causa de la pelea con el abogado, había quedado dueño del campo.

Por las noches, cuando ya en pijama, bata o albornoz correteábamos de habitación en habitación, el señor Blas se iba al cuarto de la señora Carmen, a proseguir sus charlas y su idilio. A veces echaban el pestillo, entonces nos hacíamos guiños maliciosos y nadie se atrevía a llamar a la puerta y entrar como con otro cualquiera hubiéramos hecho, como hacíamos con Penela y Jaime, aun cuando tomaran las mismas precauciones.

Andreu determinó bajar a Comarquinal, a comprar anzuelos para ir a pescar. Durante todo el verano había hecho vida de anacoreta. El señor Blas le dio un encargo.

—Sí, porque resulta que tengo a la señora Carmen a punto de caramelo. Está si cae o no cae...

Lo debió decir lleno de suficiencia.

Andreu dijo que bueno, que se lo traería. Mas luego reflexionó y se lo contó a la señora Carmen: que se andará con cuidado en lo que se refería al señor Blas; si ella no se había dado cuenta, esto había.

¿Cómo se lo debió decir? Me hubiera gustado estar delante. ¿Sin ambages? La señora Carmen debió de ponerse encarnada.

—¿Quiere usted decir?

—Coi...!

Más adelante, haciéndole compañía un día a la señora Carmen, cuando ya casi nadie quedaba en la fonda, la señora Carmen haciendo ganchillo, yo contemplándola, ésta me dijo:

—Usted ya debe de saber lo que pasó con el señor Blas, ¿no?

—Sí, algo supe.

—Que le encargó a Andreu un... un...

La pobre mujer no sabía cómo decirlo y se puso como la grana.

—Eso que se ponen los hombres para que las mujeres no queden embarazadas.

Lo soltó de un tirón. Quien se turbó entonces fui yo. No sabía dónde poner los ojos.

—Así, ustedes, ¿qué creían cuando el señor Blas y yo nos encerrábamos aquí dentro?

—Yo, nada.

—Como que ahora que caigo jamás vinieron a llamar a la puerta, ni venían a formar tertulia en mi habitación como la hacían en las otras...

—Es que como tenían tanto cuidado en cerrar siempre, creíamos que no querían que nadie les molestase.

La señora Carmen quedó un poco confusa.

—Así, debieron de creer...

—Yo no creía nada. Supongo que hablaban.

—Eso hacíamos. Hablar. Él me decía cosas bonitas. Siempre fue él quien tuvo cuidado en cerrar la puerta. Decía que con la ventana abierta había corriente de aire.

Ahora comprendo que no se puede ir de buena fe; que los hombres son todos unos granujas.

Cuando, después de la revelación de Andreu a la señora Carmen, el señor Blas fue a proseguir sus devaneos con ella, ésta le espetó la cosa. El señor Blas se debió de quedar alelado. Maldijo de Andreu. Juró que eso era mentira. Andreu se retractaría de lo dicho o le rompería la cara. Pero Andreu no se retractó. No solamente no se retractó, sino que le largó al señor Blas toda la teoría de su rara y puritana filosofía. Las ramera son de todos. Las demás mujeres son sagradas. Esto en medio de grandes tacos e interjecciones. Y vociferando. Por miedo a estos gritos y al escándalo que todo aquello traería, y por miedo a la corpulencia campesina de Andreu, digo yo, el señor Blas desistió de su propósito de sacudirse con él y optó por callar. Pero al señor Blas, ya toda la felicidad se le había aguado. No estaba a gusto. Creía que todos le miraban reconviniéndole. Pretextando que las vacaciones se le terminaban y que en Barcelona tenía que resolver ciertos asuntos, se largó. Román también se marchó a los pocos días. Sin el señor Blas se hallaba como huérfano.

Penela, cada mañana, pasaba grandes ratos despachando su prolija correspondencia. Tenía infinidad de amigos y con todos se escribía. Además, le escribía casi cada día al Gato, de quien aún era novia. Todo esto disgustaba horrores a Jaime. Y lo del Gato, más. Al Gato lo iban a operar. No le entraba el neumo y tenían que separarle las pleuras. Una operación delicada que entonces se hacía poco. Si ahora lo plantaba, él no querría operarse y moriría. Esta era la excusa que Penela había puesto a Jaime y que Jaime había tenido que aceptar.

Penela se escribía con un abogado, con un licenciado en Filosofía y Letras, con un futbolista, con un «extra» de cine y con un aristócrata. Alfonso decía:

—Sólo le faltaba el médico para su colección. Por eso ha buscado a Jaime.

Alfonso no concebía el que Penela prefiriese a Jaime y a él le desdeñase, si el otro era corcovado y él no.

—Usted también le gusta porque usted es poeta y dibujante. En cambio, yo, como no tengo oficio ni beneficio...

Era una manera estúpida de consolarse.

Yo estaba orgulloso de los epítetos de dibujante y poeta que me había colocado. Pero aún lo estaba más de lo otro que decía: de gustar a Penela.

Penela quería que le hiciera un retrato. Con mi lápiz carbón y mi bloc me encerraba en su habitación y la dibujaba. No me salía muy parecida. El dibujo adelantaba poco. Penela se cansaba de estar quieta.

—Vamos a charlar —decía.

Dejaba —yo— el lápiz y el bloc y me tumbaba a los pies de la cama, frente a ella. Me preguntaba infinidad de cosas. Me tenía por un muchacho inteligente.

—Defíneme —decía.

Yo aseguraba que era coqueta y vanidosa; que le gustaba que todos los hombres le fueran detrás, que era cruel y felina. Debíamos de estar muy ridículos; pero entonces no lo notábamos.

—¿No estás enamorado de mí?

—No.

—¿Ves? Me gustas porque eres sincero. Tú dices las cosas a la cara. No haces como otros que hablan a mis espaldas y me tratan muy mal, diciendo cosas que no soy.

Hacía un mohín que quería ser gracioso. Y lo era.

Claro que lo que yo le decía eran defectos que la halagaban.

—¿No te casarías conmigo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque eres un mueble de lujo.

Entonces Penela cogía la lima de las uñas y se las arreglaba.

Una vez le dije que era un *mueble de lujo de no mucho lujo*. Con esta complicada manera de hablar intentaba decirle que no era tan guapa como se creía. Esto la molestó. Me dijo que yo era un hombre duro. A mí, esto me gustó. Ahora, al contar estas insubstantialidades, siento un sonrojo tremendo.

Con mis contestaciones iba adquiriendo fama de desenvuelto y de cínico.

—Probablemente habrás tenido más de una amante —insinuaba Penela.

Yo decía que no, pero de una manera que daba a entender que sí.

Jaime sufría mucho durante estas sesiones de dibujo. Cuando menos lo pensábamos abría la puerta de un empujón y penetraba en el cuarto. Lo hacía con el fin de sorprendernos. Cuando veía que sus sospechas eran infundadas respiraba aliviado.

—¿Cómo no dibujas? —preguntaba.

—¿Sabes que eres muy mal educado? —contestaba Penela.

—Tenéis que perdonarme, tenéis que perdonarme —y se marchaba.

Penela se llevaba un dedo a la sien.

—Está loco.

—Tú lo has puesto así.

—¿Tú crees?

Jaime me cogía luego y me decía que no sabía por qué la dibujaba.

—Ella me lo ha pedido.

—Porque dice que te tiene lástima y que es una manera de quedar bien contigo. Pero luego me dice que eres un pelmazo y que no sabe cómo arreglárselas para deshacerse de ti.

Algo así me decía a veces Penela de Jaime. Por eso me lo creí. Conque rompí el dibujo y por unos días estuve enfadado con ella.

Los celos de Jaime llegaron a ser disparatados. Los tenía de todos y de todo. Además, los exteriorizaba.

Se enfadó con Román el día que Penela había ido a su cuarto. Se enfadó por lo que éste dijo que le hubiera hecho si la llega a coger.

—Su candor e ingenuidad la hacen ser así. No se da cuenta de que ustedes...

—Conque candor, ¿eh?

—No generalices —había dicho el señor Blas al oír ustedes.

Les tomó aversión a los dos; más a Román, claro.

El señor Blas decía:

—Este chico se está poniendo muy tonto.

Y Román:

—¡Che! Le voy a pegar una *estovae* que lo voy a enderezar como a un *bacalla*.

En el comienzo de sus amores y ante la emoción de la novedad, Jaime había contado algunas de sus experiencias íntimas con Penela. Andreu continuaba sintiéndose raramente paternal con ella.

—*Coi!, això es fa i no es diu.*

Estaba indignado.

—*Qué poc home, coi!*

Estaba celoso de todo el mundo —Jaime—, pero especialmente de mí. Esto le dolía porque por mí era por quien sentía mayor amistad.

Yo le aconsejaba que no fuera así. Se estaba poniendo demasiado en evidencia. Él me escuchaba atentamente, pero no me hacía caso. Yo me maravillaba de verme dándole consejos.

Una noche, durante la Fiesta Mayor, habíamos ido al entoldado. Jaime no quiso acompañarnos. Él no sabía bailar. Para ver cómo lo hacían los demás, prefería no entrar. Le dijimos que esto era igual. Además, tenía que empezar a aprender. Ya se había emperrado en que no, y no hubo manera de convencerle. Quiso disuadir también a Penela. Irían a pasear, le dijo, o a la habitación a charlar. Penela contestó que no, pues ya las piernas le cosquilleaban de ganas de bailar.

Venía con nosotros un tipo manco que cada año subía a pasar ocho días. Lo convencimos para que dedicara un baile a Penela y a Blanquita. Pagó él, pero la dedicatoria era de parte de todos, pues decía de unos admiradores. Además, les compró *el ramo* a cada una. Para las simpáticas señoritas Penela y Blanquita —el vocalista parecía sarasa—, el fox-bolero que lleva por título: *Por qué no han de saber...* Alfonso lo bailó con Penela y yo con Blanquita. Después nos turnamos. Al manco tuvimos la desfachatez de no dejarle bailar ni uno. No bailamos mucho, pues no nos convenía. Penela, sí. Penela no se perdió ningún baile. Bailó con nosotros, con otros veraneantes y con algún chico del pueblo. Con el manco no consintió hacerlo por más que él se lo rogó. Blanquita aún le otorgó uno, que él bailó con su brazo encogido, enlazándola como pudo. Penela era cruel.

Al retirarnos, tarde ya, vimos luz en el cuarto de Jaime. Entramos. Estaba en la cama, escribiendo, probablemente alguna poesía en la que desahogaba su dolor. Penela le pasó la mano por la cabeza y lo despeinó.

—Te hubieras divertido horrores.

Jaime la miró de una manera furibunda. Penela se marchó riendo. Alfonso y Blanquita también se retiraron. Yo me quedé con él. Me contó que al vernos entrar en el entoldado se fue a pasear por el bosque. De pronto se interrumpió.

—¿Ha bailado mucho?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con todos. Conmigo, con Alfonso, con otros. Eso no tiene importancia.

—Sí la tiene.

Se había ido al bosque pensando eso, pensando que estaría en brazos de otros, de otros que la estrecharían, que la estrujarían contra su pecho. Había luna y esto aumentaba su tristeza. Había llorado, había imprecado al cielo, gritando como un loco, decía.

Me lo imaginaba entre las siluetas de los robles, dando saltos a la luz de la lima,

gritando y agitando los brazos, doblándose y cayendo al suelo, contra la hierba, el rostro entre las briznas, llorando. Me imaginaba su sombra encorvada, recortada por la lima. Me lo imaginaba como un fauno viejo, triste y solitario. Uno estaba empezando a leer demasiado.

Volví a aconsejarle. Era tonto. Tenía que ser lo suficientemente hombre. Arrancar de sí algo que de ninguna manera le convenía. Dijo que sí, que así lo haría, que desde aquella noche sería otro, pues para él, aquélla había terminado.

Me estaba desnudando cuando le oí golpear suavemente en el cuarto de ella.

—Penela, ¿me dejas entrar?

Tuve rabia y a la vez celos. Ahora se estarán abrazando y besando, me dije.

Jaime, al otro día, quería a toda costa aprender a bailar. Como la señora Carmen bailaba estupendamente, le dio las primeras lecciones allí en el pasillo de los dormitorios. Penela y yo, que éramos la música, cantábamos una canción de moda. Penela no sabía cantar muy bien y desafinaba.

El Gato, desde Comarquinal, envió un voluminoso paquete a Penela. A la hora del correo, cuando lo recibió, Penela dijo:

—Es de mi novio. Y palmoteo. Jaime se quedó pálido.

El paquete consistía en una enorme caja conteniendo un muñeco que lloraba y cerraba los ojos, una chichonera para el muñeco, muy graciosa, un frasco de colonia grande, otro frasquito pequeño, éste de esencia, y una barra de carmín traída adrede de París.

Penela hizo desmesurados elogios de aquellos regalos y los mostró a todos, indicando la calidad o algún valioso dato de cada uno de ellos. Los mostró también a Jaime. El golpe que dio con la puerta de la escalera —a poco si rompe los cristales— puso de manifiesto cómo le había sentado aquello.

Al poco rato nos retiramos a tomar la siesta. Yo había empezado un nuevo retrato de Penela. Ella se empeñó. Había desmentido lo que Jaime dijera. Hizo mohines de disgusto ante mi negativa. Sucumbí. Este retrato, como el anterior, tampoco salía con mucho parecido.

Aquel mediodía hablamos más que otra cosa.

—A Jaime no le ha sentado muy bien esto del regalo.

—¡Y qué le vamos a hacer! Que me haga él otro mejor.

—Bueno, bueno.

Le reproché su conducta. Le dije que no era formal el juego que llevaba con Jaime y con el Gato. Debía decidirse por uno de los dos. Esto era lo grave, dijo. Los dos le gustaban: unas veces más uno, otras veces más otro, y, si lo analizaba bien, ninguno de los dos le bacía mucha gracia.

—Siento aversión por los hombres...

—¿De verdad?

—Yo necesito un hombre que se me imponga, que me dome.

Ahora me hubiera echado a reír.

Antes de bajar a merendar, Penela se acicaló frente al espejo. Inclínaba la cabeza a un lado y a otro ante el cristal, como un pájaro, mientras yo la miraba como enajenado.

Salimos del cuarto, ella delante, yo detrás, y al pasar frente al que ocupaba Jaime, éste apareció en la puerta. Penela ya había cruzado, y si lo vio hizo como si no. Jaime llevaba el pelo revuelto, los ojos lacrimosos, el gesto desesperado y amargo. Me cogió de un brazo y me atrajo hacia dentro. Pensé que en su exasperación era capaz de liarse a tortas conmigo. Pero no fue así. Únicamente dijo:

—¿Tú no has llorado nunca por ninguna mujer?

Le respondí que no.

—Pues yo, sí.

Y cayó doblado sobre la cama, de bruces, como un fardo.

El llanto de Jaime me impresionó; no sabía qué hacer ni qué decir —hubiera tenido que echarme a reír—, y de repente hice como que me sentía encolerizado.

—¡Eres un idiota! Demasiado sabes que Penela está jugando contigo. Sabes que tiene novio. Sabes que todo el mundo la ha besado.

—No, eso no es cierto. Todo el mundo no la ha besado.

Me mostré implacable; eso creía.

—Sí. La ha besado Baltasar, del que ella dijo que le daba asco. La ha besado Alfonso...

—No sigas, Me haces sufrir mucho, con esto.

Y reaccionó raramente.

—¿Tú también la has besado? Vacilé. Recordaba el ridículo beso en la mejilla. — Sí. También. Es una mujer fácil. Todo el mundo ha hecho con ella lo que ha querido...

Volví a llorar, golpeando la cama con los puños.

—¡No sigas, no sigas! ¡Me haces mucho daño!

Pero seguí.

—Tenías que haberte impuesto desde el principio. Nada de medias tintas. O tú o el Gato.

Le di consejos tipo Blas y Manolo.

—Tenías que haberte aprovechado de ella y luego haberla plantado...

Levantó el rostro, enrojecido y mojado.

—Sí, tú, como ya has tratado con otras mujeres, eso lo ves muy fácil...

Con esta suposición me crecí. Jaime me creía un experto, incluso me lo creía yo. Se pasaba las manos por el cabello revuelto, aplastándolo. Amaba a Penela. Comprendía que no la podría olvidar. Pero aquella noche zanjaría aquella cuestión haciéndola elegir entre él o el Gato.

Efectivamente, aquella noche, Penela eligió, y se decidió por el Gato. No quería

hacerlo. Quería proseguir en aquella ambigua situación. Los dos. Pero como Jaime exigiera, le dijo que el otro. En fin de cuentas era su novio desde hacía más tiempo, lo iban a operar y ella no podía hacerle esa mala pasada. Jaime quiso jugárselo todo a una carta. Le aseguró que en un año terminaba la carrera, montaba un consultorio y se casaban inmediatamente. Con el Gato iba a tardar más tiempo en hacerlo. Penela se encogió de hombros. Le daba igual. Al otro iban a operarle y ella no quería hacerle esa barrabasada. Podían seguir, si quería, como hasta ahora. Jaime dijo tajantemente que no.

Después de esta penosa entrevista vino a mi habitación a contármela. Estaba sereno. Él mismo se maravillaba de esta serenidad. Por lo visto, el impacto lo había dejado insensible. Luego le oí llorar en su cuarto. Durante los días siguientes Jaime procuró dominarse.

Los demás le ayudábamos, especialmente la señora Carmen.

—A usted no le conviene una mujer que ha estado enferma y no aprovecha para nada —le decía— que es una nulidad. Usted necesita una mujer cariñosa y de entereza, que lo quiera y sepa llevar su casa, incluso ayudarle en su trabajo, como enfermera si es necesario...

A pesar de esto, Jaime se curaba de su mal lentamente. Por las noches no podía acostarse sin golpear antes en la habitación de Penela deseándole las buenas noches.

—Buenas noches, Penela, que descanses.

—Buenas noches, Jaime.

Pero ya no le invitaba a entrar.

Jaime decía que a medida que pasaran los días se le iría cerrando la herida. Nosotros lo dudábamos.

Le dedicó una —otra— poesía. Una poesía que hablaba de desilusión, de desengaño... Tuve que orlarla con un dibujo. Quise dármelas de irónico y dibujé un Cupido ahorcado. Con Penela, el Amor no tenía remedio. Ella lo interpretó de otra manera. El amor se suicidaba ante el disparate que hacía ella —gentil, bella y airosa— uniéndose a Jaime —corcovado, huraño, celoso—. El hada y el gnomo no podían unirse sin causar hilaridad. Ella también se reía, al decir esto.

Penela marchó pronto. Jaime la acompañó hasta el coche, llevándole la maleta. Ella lo besó al despedirse y le dijo que en Barcelona podían verse de cuando en cuando, incluso salir alguna vez juntos. Él dijo que no.

Jaime anduvo taciturno durante muchos días, hablando constantemente de Penela. Dábamos frecuentes paseos, a fin de distraerle, pero él seguía en sus trece. No podía olvidarla. Le era imposible. Ante tamaña estupidez empezamos a tomarle un poco el pelo. Solapadamente, claro. Y cariñosamente.

—Desde luego, Penela era una chica que valía la pena. Bonita, atractiva, tenía la carne prieta... —decía yo.

Jaime saltaba:

—¿Cómo sabes tú que tenía la carne prieta?

—Hombre, estas cosas se saben por intuición.

—No, no hay intuición que valga. Eso es que tú...

Y se liaba a golpear el suelo con las manos.

El señor Pera, a quien todo le hacía gracia, me preguntaba:

—Armando, ¿cómo tenía la carne Penela?

—Estupenda; prieta.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Por intuición.

Jaime se revolcaba por encima de la hierba, golpeando el césped con los puños.

—¡No, no, no! ¡Por lo que más queráis; no digáis esas cosas!

Se marchó de Calafusta antes de lo que tenía pensado. Sin Penela allí, se aburría.

De mí se despidió emocionado. Quiso hacer una frase: Había perdido a una mujer, pero había encontrado a un amigo. Prometimos escribirnos continuamente y durante un tiempo así lo hicimos.

Manolo se puso por fin de acuerdo con nosotros para que fuéramos un día a Florit a verle y a comer con él. Lo hizo por medio de sus cartas a la señora Carmen y de una que nos envió al señor Pera y a mí. Y por mediación del Chispa, que hacía de correo postal con su bicicleta. Aprovechó también nuestros fugaces encuentros en el coche de línea.

Lo que ocurrió, con tantos dimes y diretes, fue que la cosa se retrasó de tal manera que, cuando fue ya un hecho, de la colonia de los averiados no quedábamos casi nadie.

Alfonso se había ido; la Gerencia de la Banca lo reclamó: querían ver su mejora y qué opinaba el médico sobre ella. La señora Carmen, la que para nuestra maliciosa suposición era el eje de las ansias y gestiones de Manolo, empeoró de repente. Empezó a subirle la temperatura de un modo inexplicable, cada día más, y tuvo que irse a que la viera el doctor que la llevaba. Andreu dijo que no quería saber nada con aquel comunistoide. Baltasar era más fiel que nunca a su horario de reposo y a su control de fiebre y no quiso echar aquella especie de cana al aire.

Con Baltasar había ocurrido algo curioso. Pesaba ciento veinte kilos. Tenía un año o dos más que yo. Yo sólo pesaba sesenta y ocho. Me encontraba, además de muy bien, incluso gordo. Él reventaba. Había engordado tanto que en el vientre se le hacían una especie de distensiones. Se encontraba recuperado, lleno de euforia, a su parecer casi curado, y quiso ir a Barcelona, a que el médico lo viera y corroborara esta suposición. El cabello, por estas fechas, le había vuelto a crecer; aun muy largo, tenía ya una especie de cepillo en ir del rutilante pepino que luciera durante un tiempo. El doctor lo encontró lo que podríamos decir demasiado bien.

—Pero, hombre de Dios, ¿cómo es que ha engordado usted tanto?

Baltasar adujo que había cumplido sus órdenes al pie de la letra, a rajatabla, sin desviarse un ápice de ellas.

—¿Pero no sabe usted que los médicos exageramos las prescripciones, porque sabemos que los pacientes siempre hacen la mitad de lo que se les ordena?

Baltasar no lo sabía.

—Tiene usted demasiada grasa. Debe pasear, hacer ejercicio.

Baltasar subió más contento que unas pascuas. Ya no hacía reposo. Siempre estaba dispuesto a andar, a ir aquí y allá. Conectaba la radio y bailaba con Blanquita, especialmente si era un vals lo que tocaban. Parecían una hormiga y un elefante. Todos nos maravillábamos.

—Pero, Baltasar, ¿es que sabes bailar?

Un día, al escupir, se dio cuenta de que el esputo iba manchado de rojo. Esto le desmoralizó por completo. Se metió en cama y estuvo tres días sin levantarse. La fiebre le subió, probablemente del susto. Todos íbamos a verle a su habitación. Yo le hice compañía a menudo. Le decía que la sangre es muy escandalosa, y que aquello

no tenía importancia. A lo mejor era que tenía la garganta irritada, o le provenía de los bronquios.

A veces, a mí, me pasaba igual. Esto —el que a mí, a veces, también me pasaba— le dio ánimos y la fiebre desapareció. Entonces se levantó y volvió a su normalidad, pero sin las caminatas y sin los bailes con Blanquita. Ya no se fiaba.

Total, para ir a Florit, a ver a Manolo, sólo éramos tres o cuatro, y a fin de que Manolo no sufriera decepción alguna cuando viera que la señora Carmen no era de la partida, decidí ponerle una conferencia telefónica. Manolo quedó chasqueado. Lo noté en su voz. Pero como ya no era cosa de volverse atrás, dijo que eso carecía de importancia. Preguntó quiénes íbamos, a fin de encargarnos la comida. Le dije que el señor Pera, Blanquita, yo y un muchacho llamado Ignacio, que él no conocía.

—Bueno, bueno, que venga —dijo Manolo.

Quedamos en que iríamos al día siguiente.

Por la mañana le dijimos a la fondista que aquel día no comeríamos allí, pues nos íbamos a Florit, y que a cuenta de aquella comida que no tomaríamos nos diese alguna cosa. La señora Roseta nos dio cuatro botellas de champaña. Le parecía que nos daba el oro y el moro. En realidad salía ganando ella.

Era una mañana estupenda de fines de setiembre. El cielo estaba azul y hacía calor. Cogimos el coche de línea a las diez. Fuimos en el techo. Así daba la sensación de más aventura. Cuando pasábamos por debajo de las acacias o plátanos que hay junto a la carretera, teníamos que agachar la cabeza, para que no nos golpearan las ramas. Blanquita reía como una loca.

A las diez y cuarto estábamos en la parada o estación de Florit. Un cartelón azul lo indicaba. De allí hasta el pueblo quedaba un buen trecho todavía.

Florit está sobre unas rocas, en una hondonada. Para llegar a él se sigue un camino que corre paralelo al río. El río iba hondo, casi sin agua, y en el fondo, sobre las losas, se veían nadar algunos barbos. Atravesamos un puente de piedra y pasamos a la otra orilla. Había avellanos y zarzamoras. Las avellanas, aunque verdes, estaban tiernas y buenas. En un remanso del río había infinidad de patos. Metían el pico entre sus plumas y se esponjaban. Todo era muy pintoresco (digno de ser pintado) y de extraordinario colorido.

Poco antes de llegar al pueblo encontramos a Manolo que nos estaba esperando. Lo acompañaba un individuo con gafas y cara de tonto.

Manolo, cuando nos vio, gritó y alborotó. Nos golpeó la espalda. Besó a Blanquita. Le presentamos a Ignacio. Él nos presentó al gafudo. Eran compañeros de hospedaje.

Mientras caminábamos hacia el pueblo, Manolo le contaba a su compañero cosas de nosotros.

—Éste es de esos que escriben versos y se mueren de hambre...

—Ésta, cuando llegue al Brasil, porque se va al Brasil, ¿sabes?, va a dejar *cariocos* a todos los *cariocos*. ¡Ja, ja!

Se reía él mismo de sus gracias. El gafudo asentía con la cabeza. Manolo, a espaldas de él, nos hacía señas de que era tonto.

Llevaba una máquina fotográfica —Manolo— una Leica, y en el puente colgante que hay sobre el río, nos hizo varias fotografías. Sospecho que no llevaba carrete en la máquina, pues tiraba las fotografías con mucha prodigalidad, a cada momento.

Florit tiene más habitantes que Calafusta. Es más grande, con varias calles y no una sola; unas calles mal empedradas, estrechas y retorcidas. Muchas de sus casas, de piedra, con grandes portalones y soportales, tienen enormes balcones corridos. No sé por qué imaginaba que en sus hondos zaguanes había menestrales y artesanos, labrando madera, forjando hierro. Me parecía un pueblo de juguete, de leyenda, de cuento de hadas, tan arcaico, que imaginabas que a cada vuelta de esquina ibas a encontrar un payés con barretina o a una *pubilla* con falda ancha, mitones y redecilla en la cabeza.

Las mujeres de Florit tienen fama de perdularias. Por aquellos contornos hay una especie de copla o refrán que dice así:

*En Florit,
la que no és p...
ja ha parit.*

Y los floritenses la tienen de ateos. No ponen los pies en la iglesia con demasiada asiduidad, al contrario de lo que sucede en Calafusta.

La iglesia tiene una alta torre. Subimos a ella. Se veía, desde allí, los tejados grises y foscos, de pizarra; las huertas de alrededor; el río con su cauce de anchas piedras y losas; y una barrera de rocas en torno al pueblo.

Junto a la torre de la iglesia está el pequeño cementerio, lleno de exuberantes ortigas, con algunas cruces de hierro.

Ciertas calles de Florit son muy pinas. Una de ellas forma una gran escalera irregular y mal construida. En ella nos hicimos varias fotografías, esas fotografías que luego no vimos ni supimos de ellas.

Manolo se hospedaba en la fonda de Cal Pirulet. Nos acercamos a dejar las botellas de champaña. Manolo dijo:

—No he encargado nada extraordinario. La comida normal, de cada día.

—Ha hecho bien. Por nosotros, Manolo...

—No. Lo he hecho a fin de que veáis lo bien que se come aquí. Mejor que en aquella porquería de fonda de Can Barral. Y, además, abundante, ¿eh?

El de las gafas dijo que sí con la cabeza.

Por la parte de atrás, las huertas quedan mucho más bajas que el pueblo. Hay que descender hasta ellas por empinados vericuetos. Desde allí, Florit parece que está sobre bastiones. Había un hombre gordo pintando a la acuarela, en el borde del sendero.

—Esto siempre está lleno de pintores. Este pueblo es muy pinturero.

Debía de querer decir pintoresco o pictórico, supongo.

Fuimos a una fuente, en aquellas laderas, sobre las huertas. Me hacía el efecto de que Florit estaba dentro de una cazuela. Esto daba una cierta sensación de ahogo. Al contrario de Calafusta, donde todo era abierto, amplio y azul.

De la fuente, al socaire de una peña, manaba un agua fresca, helada, un agua que se despeñaba por unas rocas llenas de musgo.

—¡Cuidado, no resbaléis! —advirtió Manolo. A la una fuimos a comer. Cal Pirulet era una fonda más rústica que Can Barral. El comedor estaba en el primer piso y las mesas eran de madera tosca, largas, con bancos a los lados.

Nos colocaron en una de esas mesas, junto al balcón. Manolo charlaba por los codos. Gritaba:

—¡La comida! ¡Va, la comida!

Mostraba la misma insolente familiaridad que cuando se hospedaba con nosotros. Se frotaba las manos.

—Veréis, veréis.

Y guiñaba un ojo, como diciendo: «¡Vaya comilona!»

Primero sirvieron la *escudella barrejada* y a continuación la *carn d'olla*, todo muy oloroso y muy bien guisado.

—Un día dan esto, y otro, entremeses y fideos a la cazuela o arroz, siempre variando, ¿eh?

El caratonto dijo que sí con la cabeza.

Luego sirvieron una enorme fuente de costillas de cordero asadas, tiernas y succulentas. Nos comimos tres o cuatro cada uno.

—Esto es abundancia y no lo de Can Barral, que te dan una solamente. ¡Puaf!

Escupió un trozo de *bienza*, para demostrar su desprecio.

Nos bebimos las cuatro botellas de champaña que traíamos y armamos gran jolgorio. Luego trajeron un enorme melón, de postre. Después hubo café y una copa de coñac.

Estábamos sorbiendo el coñac, Manolo y el señor Pera deleitosamente, Blanquita, Ignacio y yo con muecas y carrasperas, hablando de que teníamos que darnos algo de prisa para coger el coche de las cuatro, cuando al señor Pera se le ocurrió preguntar a Manolo: Manolo, ¿cuánto le debemos? El señor Pera creía —lo creíamos todos— que Manolo diría: «Nada». Pero Manolo batió palmas, y cuando acudió el dueño de la fonda, dijo:

—¿Cuánto es lo de estos elementos?

—Ciento cuarenta pesetas —contestó el fondista.

El señor Pera echó mano a la cartera y pagó.

Nos despedimos de Manolo y del gafudocaratonto sin grandes efusiones. La fiesta se había echado a perder. Manolo no se daba cuenta de nada y nos despidió con grandes gritos abrazos y palmadas.

Ya en el coche, le decíamos al señor Pera:

—¿Y usted por qué preguntó cuánto era?

El pobre hombre estaba confuso y como avergonzado.

—Veréis, yo lo hice por cortesía, por educación, por quedar bien.

—Pues ya ve lo bien que hemos quedado. Treinta y cinco pesetas cada uno.

Blanquita protestó:

—¡Alto! Yo no pago nada. Mi madre no me deja dinero. Si yo llego a saber que era en estas condiciones, no vengo. Vaya una manera de invitar.

—Ahora lo has dicho. ¡Vaya manera!

Ignacio y yo le dimos treinta y cinco pesetas cada uno al señor Pera. No quería de ninguna manera. Él no era un cochino y un guarro como Manolo. Le obligamos a, cogérlas y además pagamos entre todos la parte de Blanquita.

—¿Y para eso hemos traído el champaña? —refunfuñaba ésta—. Hubiésemos podido guardarlo para otra ocasión.

—Mira que si en vez de querer demostrarnos lo que come cada día se le llega a ocurrir pedir un extraordinario...

—Desde luego, nos amuela.

A primeros de octubre, inesperadamente, vino una tremenda ola de frío. El Cirineo y el Moltvent estaban nevados, y la sierra del Vadí, en algunos puntos, también. Corría un aire helado. Por la noche nos pusimos todas las mantas que pudimos y todo lo que encontramos: gabardinas, albornoces, americanas.

Los últimos veraneantes de aquellos contornos huyeron como una población desguarnecida ante la invasión enemiga.

Aquel mediodía, mientras tomaba la siesta muy arrebuñado, oí mi nombre, a voces estentóreas.

—¡Armando, Armando!

Se acercaban por la escalera y luego por el pasillo, las voces.

—¡Armando, Armando! ¡Lagarto, lagarto! ¡En qué habitación estás!

Era Manolo. Le grité:

—¡Aquí!

Entró. Me abrazó, me palmeó, como de costumbre. Se iba para Barcelona, dijo, ya definitivamente. A él, aquellos fríos, le fastidiaban.

—¿Quieres venir?

—No. Tengo que esperar a que mi padre me dé la licencia.

—Lo digo porque tengo un coche ahí a la puerta. Harías el viaje estupendamente hasta Barcelona.

Contó que el señor director de la fábrica de electricidad donde él trabajaba le había enviado a su chófer con el coche a buscarlo. De paso le había hecho un favor a su amigo, aquel tonto de las gafas, trayéndoselo con él, y también a una tía estupenda que había en la fonda y con la cual, ¿eh? Me guiñó un ojo. Estaban todos —el chófer,

el tonto, la tía estupenda— abajo, en el comedor, bebiendo coñac —había mandado descorchar una botella—, mientras él había subido a despedirse de los amigos, ¿eh? Me mostró un llavero dorado. —Mira lo que me he comprado.

—¿Es de oro?

—Sí.

—¿Quiere decir?

—Cuidado que eres idiota. ¡Te doy así...! Luego preguntó:

—Y la señora Carmen, ¿volvió?

—Sí, hace unos días.

—¿En qué habitación está?

—A la vuelta del pasillo, en la habitación final.

Cuando regresó, al cabo de un rato, entró haciendo guiños maliciosos.

—Le he soltado un beso que la he dejado medio muerta, desmayada. Si hubiera querido...

—No se olvide de las fotos que nos hizo en Florit —le dije yo.

—No me olvidaré, no.

No se acordó nunca.

Andreu, que estaba en el comedor y no había subido a hacer la siesta, desmintió todo lo dicho por Manolo.

Iban a Comarquinal en un taxi, Manolo, su compañero el de las gafas y una señora gorda de cincuenta años (la tía estupenda que, ¿eh?), una señora gorda como una vaca que se hospedaba en la misma fonda que ellos. Les era más cómodo —por los equipajes, pues desde Florit a la carretera hay un pedazo de miedo, decía la gorda — alquilar un taxi; entre los tres, el precio no resultaba muy elevado. Habían tomado café, para calentarse, y cada uno había pagado el suyo.

—*Coi, quin «tio» mes «trole»!* —había terminado Andreu.

En la fonda sólo quedábamos ya una escasa representación de la colonia de los averiados. Comíamos en la mesa larga del fondo, para estar más agrupados y divertidos, pero cuando a los pocos días se marcharon Andreu, Ignacio y el señor Pera, hubiéramos cabido, los que quedábamos, tranquilamente en una mesa para cuatro. Sin embargo seguíamos allí porque nos gustaba aquella amplitud y porque la señora Roseta, ahora, no tenía el menor inconveniente en ello.

Los días, generalmente, eran grises, y a media tarde era necesario colocarse el jersey. La ola de frío, sin embargo, había pasado, y el tiempo volvía a ser apacible y bueno.

Dábamos grandes paseos, la señora Carmen, Blanquita y yo. Baltasar prefería quedarse en la fonda.

Estos paseos, tan serenos, tan suaves, tan melancólicos, eran muy de mi agrado. Al volver a la carretera, se veía el pueblo sobre un fondo violeta. Tras los montes lejanos, aún persistía un fulgor rojo.

Eran momentos de verdadero éxtasis. Un bienestar enorme inundaba mi corazón y un sentimiento amoroso fluía dulcemente de él. Notaba que estaba enamorado de Blanquita y de la señora Carmen, y las hubiera abrazado, para fusionarlas conmigo, y encontraba que eran mías y que nadie tenía derecho a ellas. Eran unas sensaciones inexplicables e intrascendentales, unas sensaciones que aunque inexplicables yo intentaba explicarlas a Jaime en algunas largas cartas que le escribía, y que aunque intrascendentales me producían celos cuando veía que Jaume, el hijo de la casa, que cada año se enamoraba de una señorita veraneante, le hacía la corte a Blanquita, con cierto beneplácito por parte de ella, o cuando encontraba a Baltasar en la habitación de la señora Carmen.

Una mañana, al salir a la calle después del desayuno, vimos un forastero. Paseaba arriba y abajo, con las manos a la espalda. Tenía un aire taciturno y estaba pálido, extremadamente pálido. Cuando nos vio nos saludó muy cortésmente.

La señora Carmen me dijo al oído:

—Es el Gato.

—¿Usted cómo lo sabe?

—Me lo ha dicho la señora Roseta.

No dejábamos de mirarle, llenos de curiosidad, y aunque lo hacíamos disimuladamente, él se sentía blanco de nuestras miradas.

Era alto, desgarbado, pero elegante, con esa elegancia propia de los hombres de buena estatura. Parecía tener más de treinta años. Tenía los ojos verdes. El cabello muy gris y ensortijado. Su mandíbula era prominente, y la boca grande. Si te fijabas bien acababas por encontrar que, verdaderamente, se parecía a Gregory Peck. Llevaba un jersey negro de cuello alto y una americana cruzada. La señora Carmen dijo:

—Parece un gángster.

Y añadió:

—Es muy interesante.

Yo, mirándolo, no comprendía el apodo de *el Gato*, pues no se parecía en nada a esta clase de animalitos.

Hacía un mes que le habían hecho el *neumoextra pleural* y subía a reponerse.

Al mediodía, mientras comíamos, se levantó de su mesa, en la que comía solo, y se acercó a la nuestra con el plato en la mano.

—No me gusta ser un solitario, es muy aburrido. Supongo no les molesta...

No nos molestaba. Se presentó él mismo, como novio de Penela, y nos dijo que Penela le había hablado de todos nosotros. Conque casi no hubo necesidad de presentarnos.

Era muy desenvuelto. Se mostró locuaz, dicharachero. En pocos momentos se captó la voluntad de todos. Contó anécdotas, chistes. Hizo juegos de manos. Ya no nos sorprendía que Penela lo hubiera preferido a Jaime.

Durante los días sucesivos nos habló de su enfermedad y de su operación: no le entraba el neumo, le habían separado las pleuras, etc. Hacía menos de un mes que lo habían intervenido y se encontraba como nuevo. Animó mucho a la señora Carmen. Tal vez la operaran de lo mismo. Era una operación sin importancia.

—Sólo hace un mes y mire, ¿ve?

Y se golpeaba el pecho, pero no rudamente. El Gato era muy amigo de Jaume. Como había estado otros años por allí y además vivía en Comarquinal, conocía a todos los de la fonda y a todos los del pueblo.

Le gustaba mucho beber, especialmente anís. Como le habían dicho que el alcohol era nocivo para esta enfermedad del pecho, tomaba el anís con agua. En un vaso grande vertía una copita de anís. Así se disimulaba. Pero en ocasiones no podía resistir la tentación y lo bebía, el anís, puro. Tenía una manera muy singular de agenciarse el anís. Cuando nadie de la casa lo podía ver se arrimaba a las estanterías y se escanciaba una o dos copas, depende. Si alguien lo miraba le hacía un guiño significativo, un guiño de complicidad, y le ofrecía la botella.

Por las noches, en lugar de acostarse temprano, como todos, se retiraba muy tarde. Se quedaba haciéndole compañía a Jaume y al Forner, que trabajaban toda la noche en el horno. Descorchaban alguna botella de champaña y se la bebían acompañándola con buenos trozos de coca. En ocasiones acababan un poco mareados.

El Gato había pedido la habitación que ocupara Penela. Así la recordaba más y era como si estuviera con ella.

Cuando se acostaba, más tarde que los demás, iba pasillo adelante, golpeando con los nudillos las puertas de las habitaciones vacías —¡pam, pam!, ¡pam, pam!—, que resonaban lúgubrementemente. Cuando llegaba a la mía, además de golpear, gritaba:

—¡Buenas noches!

Yo acostumbraba a estar despierto, leyendo. Le contestaba igual:

—¡Buenas noches!

Aún no habíamos intimado. Existía entre nosotros una cierta prevención. Pero ya me daba cuenta de que él estaba ansioso por tener una conversación a solas conmigo.

Una noche, además de golpear y gritar: «¡Buenas noches!», preguntó:

—¿Se puede pasar?

Cerré el libro y contesté:

—Adelante.

Entró y se sentó en el borde de la cama. Inmediatamente empezó a hablar, a preguntarme por mi estado de salud, por mi enfermedad, a contar de la suya. Hablaba de prisa, sin prestar atención a lo que decía ni a lo que yo contestaba. Hablaba por hablar. Era un preámbulo. De pronto calló. Luego dijo: «¿Qué opina usted de Penela?»

Aquella pregunta era como un hachazo en la conversación... Yo lo observaba atentamente. Aparentaba una desenvoltura y una indiferencia que por tan aparentada no era sincera.

—Es una chica estupenda —contesté—. Extraordinaria.

Su rostro irradiaba satisfacción.

—¿Le gustaba a usted?

—Mucho.

Rectifiqué:

—Entiéndame, creo que es una mujer que hará feliz al hombre que se la lleve.

—¿Verdad que sí?

—Sí. Es la mujer ideal que todos hemos soñado.

La elogí como pude. Hablamos largo rato de ella. El Gato, sin darse cuenta, iba olvidando su indiferencia. Quería saber detalles sobre la estancia de Penela en Calafusta, pero yo no estaba para complicarme la existencia.

—Ya sé que hubo un estudiante de medicina que se enamoró perdidamente de ella y la asediaba continuamente, un pobre jorobado...

Me indignó lo de «pobre jorobado». De todos modos, mi prudencia era mayor que mi indignación.

—Oh, no se preocupe por eso. Fue una tontería sin importancia. Penela no le hizo el menor caso.

—Lo sé, lo sé —contestaba él—. Aunque yo no estaba aquí, estaba enterado a la perfección de lo que ocurría...

Yo pensaba: «¡Bueno!»

—Incluso quise darle una lección a ese estúpido estudiante. ¿Se acuerda de un paquete que envié a Penela?

Sí, me acordaba. Se refería al paquete del muñeco con la chichonera y los frascos de perfume. Se jactó de que lo había mandado con toda premeditación, advirtiendo antes por carta a Penela de su envío e imponiéndole que lo abriera en presencia de

todo el mundo, de Jaime especialmente, para que aprendiera. Yo no veía qué era lo que tenía que aprender.

—Ya sé que se marchó del comedor dando un portazo.

—Sí, no le sentó muy bien.

—Así se desengañó de una vez y comprendió que el novio era yo y no él.

—Claro, claro.

—Si Penela fue algo condescendiente con ese muchacho fue porque le tenía lástima.

Estaba sorprendido. Yo era un crío y el Gato un hombre. Pero parecía al revés. Satisfecho y tranquilizado sobre la conducta de su amada, prosiguió:

—Penela le tiene a usted por un hombre inteligente.

—¿Sí? Creo que exagera.

—Dice que dibuja usted muy bien.

—Hombre, regular.

—Creo que a ella le empezó usted un retrato...

—Sí, pero no lo acabé. ¿Quiere alargarme esa carpeta? Gracias. ¿Ve? No se parece mucho, no me quedaba muy bien.

—No, no se parece mucho. Claro que si lo hubiera terminado, a lo mejor... De todos modos ella era más guapa.

—Indudablemente. ¡Dónde va a parar!

—¿Y cómo es que no lo acabó?

—Sí, me hubiera gustado terminarlo, pero se marchó antes.

—Oiga, ¿sabe qué he pensado? Usted no va a hacer nada con él. ¿Podría regalármelo?

Se lo di y me dio las gracias efusivamente.

El Gato sólo estuvo quince días en Calafusta. Consideró que ya se había repuesto lo suficiente y se marchó. Luego, a lo mejor, en invierno, volvería.

En estos quince días le escribió quince cartas a Penela. Penela también le escribió muchas, pero no tantas. En ellas daba recuerdos para todos. Yo le hice una caricatura al Gato y éste se la envió. A Penela le gustó mucho.

El mismo día que se fue el Gato marchó también Blanquita. Subió su madre a buscarla, una señora madrileña muy salada. Blanquita se despidió muy cariñosamente de todos. A mí me besó en ambas mejillas.

—Tú has sido el único que no has intentado besarme ni ponerme las manos encima, como han hecho siempre los otros con el cuento ese de que podía ser su hija o su hermana pequeña. Toma.

Me ruboricé, pues me daba vergüenza no haber sido como los otros y aceptar ahora esa limosna.

La señora Carmen y yo les acompañamos hasta el coche. Baltasar no fue. Prefería

no hacer el tonto.

Hacía muy mal tiempo. Llovía sin parar. Volvía el frío. Yo pasaba la mayor parte del tiempo en la habitación de la señora Carmen. Ella hacía ganchillo; yo, hablaba. Se mostraba cariacontecida por la operación que le aguardaba aquel invierno.

—Bah, no se preocupe, no será nada. Mire el Gato; míreme a mí.

—¿De verdad no le hicieron daño?

—De verdad que no.

¿Para qué iba a contarle que era una cosa horrible?

—Además, ahora creo que han descubierto una especie de anestesia total que consiste en una simple inyección endovenosa...

Nos echábamos en la cama, con una cabecera en las costillas, reclinados, frente por frente. Cada vez que la señora Carmen se movía mostraba por entero las piernas. Yo miraba disimuladamente. Estaba empezando a parecerme a Alfonso.

Baltasar, cuando terminaba su escrupulosa hora de reposo, venía a buscarnos. Bajábamos a merendar, y, si había escampado, salíamos un poquito. El pueblo aparecía desierto. Veías a alguno que otro lugareño con zuecos rellenos de paja, bien para abrigarse, bien porque le estuvieran grandes, y con sacos a la espalda, a modo de capucha, para la lluvia. El ambiente era triste, melancólico. Y nostálgico. Aguardábamos con ansia la marcha definitiva a casa. Yo le insistía a menudo a mi padre por carta acerca de esta cuestión; pero él contestaba siempre lo mismo: que tuviera paciencia. Si la había tenido hasta ahora, no importaba que tuviera un poco más. Él médico opinaba que cuantos más días pasara allí, mejor. Había que obedecer.

Esta soledad había estrechado los lazos de afecto entre los tres únicos que quedábamos de la colonia de los averiados. Yo sentía crecer en mí un afecto cada vez más profundo hacia la señora Carmen. A veces, cuando pensaba que estaba a solas con Baltasar, iba a buscarlos, pues notaba en mí algo muy parecido a los celos.

Una vez, tumbados en su habitación, le pregunté si Manolo la había besado el día que, de paso hacia Barcelona, se detuvo a saludarnos.

—¿Por qué?

—Él me lo dijo.

Aseguró que no y respiré aliviado.

—No se puede ser cariñosa con los hombres; en seguida se sobrepasan —adujo.

Y me explicó lo del señor Blas, cuando le encargó a Andreu que si iba a Comarquinal, etc.

—Usted ya debe de saber lo que pasó, ¿no?

—Sí, algo supe.

Me alegré de que con el señor Blas —al igual que con Manolo— tampoco hubiera habido nada. Era una alegría absurda e incomprensible. Pero la sentía.

A la señora Carmen se le había doblado un pie. Estaba el terreno tan resbaladizo que se le torció el tobillo y le ocasionó una especie de distensión en el muslo y una

desolladura en la rodilla. Iba a la mercería, a la parte baja del pueblo, a comprar unos ovillos de lana. Baltasar la acompañaba y él la ayudó a volver a la fonda. Yo había salido a dar una vuelta por los campos húmedos, admirando la hierba, verde como nunca, y, cuando regresé, la fondista me lo dijo.

—La señora Carmen se ha caído y *s'ha fet* mal en una pierna. La hemos curado y está arriba en su habitación.

Subí volando la escalera de los dos pisos. Baltasar debía de estar con ella. Efectivamente, estaba; ayudándola a colocarse la media —una de sus medias negras y transparentes— por encima de las vendas. Me dio coraje; imaginé que aquel asqueroso gordo —en aquellos momentos era de la opinión de Penela— habría fe ayudado a vendarla y habría tocado con sus manos la carne de ella. Menos mal que requirió mi cooperación.

—Sí, tú tienes más uñas que yo; la media es tan fina, que se me escapa.

Cuando bajamos a cenar, la señora Carmen cojeaba bastante.

—El muslo es lo que más me duele. Debo de tener la carne esguinzada.

—No. Es que acusa usted el golpe. Unos días más y no tendrá nada.

Al día siguiente, en cuanto desperté, me puse el albornoz y fui a verla a su habitación. Llamé.

—Adelante.

La señora Carmen estaba reclinada en las almohadas y llevaba un camisón azul. Llevaba el pelo revuelto y tenía esa singular belleza que tienen algunas mujeres al despertar, especialmente las que no se maquillan demasiado. Tenía cara de sueño.

—¿Ha pasado bien la noche?

—Regular.

—¿Y la pierna?

—Mire.

Eché a un lado la ropa de la cama, se subió el camisón y mostró el muslo lesionado. Yo me quedé helado.

—Se me ha bajado la venda. Por lo visto se ha aflojado. No está sobre el sitio que me duele. ¿Quiere arreglármela?

Con manos temblorosas empecé a desenredar la venda. Tenía un muslo blanco, marmóreo, con unas venillas azules. No lo pude remediar. Arrimé los labios y lo besé, en la parte de dentro, en la especie de cavidad que forma siempre el muslo. Era tibio y palpitante como un animalito. Olía tenuemente a almendras amargas. Lo besé más veces.

La señora Carmen decía:

—Armando, Armando, ¿qué está usted haciendo?

Dejé la cabeza apoyada en la pierna. Estaba inclinado, medio arrodillado en el suelo, sin saber qué hacer, lleno de vergüenza.

La señora Carmen me apartaba la cabeza suavemente con las manos.

—Armando, Armando, ¿por qué ha hecho usted eso? Si lo llego a saber,

Armando...

Tenía ganas de llorar. Salí de la habitación sin decir nada.

Ya en el comedor, no me atrevía a mirarla. No levantaba la vista para nada y me obstinaba en el plato. Afortunadamente Baltasar estaba locuaz y no era necesario que yo hablara. Cuando alguna vez la miraba furtivamente ella sonreía arrebolada, maliciosa y llena, de bondad. Durante la tarde me ocurrió igual. No me atreví a ir a su habitación a la hora de la siesta. Ella había dicho que todos los hombres eran iguales: se les da la mano y se toman el pie. Yo...

Hizo buena tarde y salimos a pasear, lentamente, pues la señora Carmen aún cojeaba. Baltasar y ella hablaban. Cuando me preguntaban algo, contestaba con monosílabos, sin saber de qué iba, un tanto despistado.

Antes de la cena procuré encontrarme con ella en el pasillo de las habitaciones. No sabía cómo empezar.

—Señora Carmen, tiene que perdonarme...

—No se preocupe, Armando. Usted no tiene la culpa.

Sonrió. Luego dijo:

—Es para llenar de satisfacción a una mujer lo que ha ocurrido esta mañana.

Yo no sabía qué contestar. Estaba azorado.

La señora Carmen, antes de marchar definitivamente, me regaló una fotografía suya. Una fotografía hecha en aquellos alrededores.

—Tenga, Armando, guárdela como recuerdo, por si acaso me quedo en la operación. A usted es al único que le doy una foto. Al señor Blas, a Manolo, e incluso a Baltasar, se la he negado. A usted se la doy sin pedírmela. De todos modos, sea discreto. Como comprenderá, a mi marido no le iba a hacer gracia saber que alguien llevaba una fotografía de su mujer...

A mí sólo se me ocurrió decir, a propósito de la operación:

—No tenga miedo, no será nada. Míreme a mí.

Lo de siempre.

—Ya iré a la clínica a visitarla.

—A ver si es verdad.

La fotografía, detrás, tenía una dedicatoria; una dedicatoria cursi y deshilvanada: «Para el amigo Armando, gran caballero. Recuerdo de una grata amistad hecha en Calafusta. Para que nunca me olvide.»

No tenía sentido común y estaba mal redactada.

Unos días antes de que marcharan la señora Carmen y Baltasar, apareció la «ninfa» cuya llegada tantas veces y con tanta insistencia pregonara la señora Roseta. Llegó acompañada de su madre.

Era el reverso de Paulita, aquella otra «ninfa» que también en su tiempo tanto anunciara la fondista. Si Paulita era gorda como un ballenato, ésta era delgada como una caña.

Era bonita. Tenía un perfil a lo María Antonieta. Llevaba un peinado romántico, de ensortijados tirabuzones sujetos por una cinta negra. El cabello era de un color azafranado y el rostro blanco, sin color, como sin sangre. Tosía igual que Elisa, de una manera seca, y carraspeaba a menudo. Esto nos hacía inclinar la cabeza arriba y abajo, varias veces, pues éramos peritos en la materia.

Vestía unas faldas amplias. Si el viento soplaste fuerte se la llevaría. Eso pensabas. Por lo delgada y porque esas faldas harían de alas o de velas. Tenía el talle delgadito, de avispa, y el pecho escaso. Al cuello llevaba un medallón de marfil atado con una cinta. Esto acentuaba su aire romántico. Además se llamaba Victoria.

Comían en una mesa cercana a la nuestra, y la madre se deshacía en saludos corteses y sonrisas, buscando la forma de inmiscuirse en nuestras conversaciones. Lo hacía con vistas a cuando se fuera, para que su hija quedara bien acompañada, amiga de nosotros. A lo que se veía, la estancia de su hija allí iba a ser larga.

La señora Carmen y Baltasar marcharon pronto, con pocos días de intervalo la una del otro. La señora Carmen se fue porque su médico consideró que lo mejor sería operarla a la entrada del otoño, antes de que llegara el mal tiempo. Así evitaba resfriarse o coger una pulmonía. A veces, en invierno, ocurría esto, y la operación, por bien que hubiera ido, se fastidiaba. La señora Carmen hablaba como los médicos.

Baltasar se encontraba de nuevo restablecido y otra vez con excoriaciones en el vientre. Si el médico creía oportuno que volviera, volvería. Pero el médico no lo creyó.

En lo que a mí respecta no podía hacerlo hasta que mi padre me lo ordenara. Y me lo imaginaba diciéndole a mi madre:

—Yo tengo tantas ganas de que venga como tú. Pero cuanto más tiempo esté fuera, más fuerte se pondrá. Dejemos que pase del todo el calor.

No se daban cuenta de que si en Barcelona hacía aún buen tiempo, en Calafusta, no.

La madre de la nueva también tuvo que irse. Le dolía hacerlo. Hubiera querido acompañar a su hija mientras ésta estuviera allí. Pero sus obligaciones la reclamaban.

—¿Estará usted mucho tiempo aún?

Yo no lo sabía. A ella le hubiera gustado que mi permanencia allí fuera larga.

La fondista nos puso, a Victoria y a mí, en la misma mesa. El comedor, vacío, ofrecía un aspecto desolado. En la mesa del buffet seguían comiendo el Chispa, el

Fuster, el Forner, el mozo, Jaume y Jordi Barral. Según Victoria, tenían aspecto de rufianes. Lo decía, más que nada, por la barba, pues se afeitaban de sábado a sábado.

Victoria y yo intimamos en seguida. Nuestra enfermedad nos dio tema sobrado de conversación. Ella estaba desanimada. Decía que no se curaría nunca: cada día estaba más delgada. Yo le dije que aquello —Calafusta: sus aires, su clima— era muy bueno. Le citaba casos de enfermos que pasaron por allí desahuciados y se habían ido completamente restablecidos. Eran casos inventados. Le expliqué el mío. El médico dijo que era un caso desesperado. Ahora, en cambio, ya lo veía.

—¿Se lo dijo a usted, que era un caso desesperado? ¿Asimismo? ¿Con las mismas palabras?

En realidad yo no recordaba cómo había ido el asunto.

—Al principio me lo quisieron ocultar. Se lo dijeron *sólo* a mis padres. Pero yo, luego, me enteré.

A ella, los médicos no se atrevían a operarla. Estaba muy delgada y muy débil. El neumo tampoco le entraba. Aquí se pondría bien, le decía yo, o cogería fuerzas para poder operarse. Ojalá, decía ella. Y suspiraba. Mi conversación le hacía bien.

—Son los mejores ratos del día. La comida y la cena. Usted me anima. Luego, a solas, pensando, me torturo.

—No tiene que ser así...

—Incluso, gracias a usted, tengo más apetito. Hablando y riendo comía sin darse cuenta. Unas rosetas encamadas se le pintaban ya en las mejillas.

Los días continuaban grises y malos. Y lluviosos. No daba gusto salir a pasear.

Ahora me levantaba tarde, cerca de la hora de la comida. Después de la siesta bajaba a merendar y volvía a mi cuarto. Allí leía, o despachaba mi correspondencia. Y me aburría. Hacía frío, especialmente en la habitación. Todo el día iba con el jersey. A veces me quedaba en el comedor, haciendo solitarios.

Victoria únicamente bajaba a comer y a cenar. Desayunaba y merendaba en la cama. Hacía un reposo absoluto.

—¿Qué hace usted durante todo el día? —me preguntaba.

—Aburrirme.

—¿Por qué no viene a hacerme compañía?

Después de la merienda me iba a su cuarto, que es en el piso bajo.

—¿No tiene miedo, usted solo, en el piso de arriba?

—No. ¿Por qué?

—Yo me moriría.

Muchas mañanas, cuando acababa de desayunar, me arreglaba y me iba también a su habitación. Su habitación estaba orientada hacia Poniente. Por las tardes, si había sol, se estaba bien allí.

De todas maneras, con ella no tenía la confianza y camaradería que con Blanquita, con Penela, con la señora Carmen, que iba a sus habitaciones en pijama o albornoz, entraba sin llamar y me tumbaba en las camas. Con Victoria me acicalaba

bien, llamaba discretamente a su puerta y me sentaba en una silla. Ella, apoyada en dos almohadones, hacía labor. Llevaba un camisón lleno de blondas. En cuanto me veía entrar, dejaba a un lado la labor de punto y sonreía alegremente.

—Siéntese, siéntese.

Tenía *La dama de las camelias* y me pedía que le leyera un trozo.

—Tiene usted la voz muy bonita, y lee muy bien.

—Me gusta mucho esa novela. ¡Como que ella está como nosotros!

Levantaba los ojos de la labor.

—El protagonista se llama como usted: *Armando*. ¡Es bonito ese nombre!

Quería que le contara cosas de mi vida. Pero nunca me preguntó cuántas novias había tenido, ni siquiera si había estado enamorado. Yo, a ella, tampoco. Nos guardábamos un respeto mutuo difícil de definir.

Debía de tener mi edad. Era un tanto infantil. Tal vez tenía un año o dos más que yo. De todos modos me miraba como si yo fuera un superhombre. Lo hacía tan fijamente que llegaba a turbarme.

—A veces no puedo tomar la siesta tranquila, esperándole.

Yo sonreía.

Durante las comidas la colmaba de atenciones. Cuando pretendía dejarse algo en el plato, le decía:

—Si no come me enfadaré con usted.

Se lo comía y murmuraba:

—Creo que si me curo será a usted a quien se lo deberé.

Yo estaba orgulloso de mi altruista papel. A los quince días de habernos quedado solos en la fonda Victoria y yo, recibí carta de mi padre autorizándome para que abandonara aquellos lugares. Era a primeros de noviembre. Los primeros fríos se están echando encima, decía mi padre. El médico opina que tu convalecencia está terminada y quiere verte. Al mediodía se lo dije a Victoria.

—¿Qué le ocurre que está tan contento? —había dicho ella.

—¿No lo sabe, Victoria? He recibido carta de casa. Dicen que ya puedo irme.

Se puso más blanca de lo que era.

—¡No!

Tenía la boca abierta y los ojos horrorizados.

—Yo que me había hecho a la idea de que usted no se iba a marchar... ¡Qué tonta que es una!

Luego preguntó:

—¿Y cuándo se va?

—Esta tarde. Ahora, en cuanto acabe de comer, preparo la maleta. Cogeré el coche de las cuatro. Vi que Victoria no probaba bocado. —Se me han ido las ganas de comer.

—No sea así, mujer. Debe hacerlo, pues es la única manera de curar...

—No. Hoy no conseguirá convencerme. Tuve una idea.

—Si come le prometo que me marcharé mañana.

—¿Por la tarde?

—Sí, por la tarde.

Se le iluminó el semblante. Aunque desganada fue comiendo poco a poco.

Puse una conferencia a mi padre diciéndole que llegaría al otro día por la tarde, a las ocho, que fueran a esperarme. Mi padre dijo:

—No te olvides de pedirle la cuenta al fondista. Dile que inmediatamente le giraré el dinero.

Aquella tarde la pasé en el cuarto de Victoria, queriendo contagiarle mi alegría.

—Usted, un día, también experimentará esto que yo siento. Los meses pasan pronto.

—No, yo no me curaré. Si usted estuviera sería diferente. Usted me ha animado mucho. Me ha hecho sentir, ¿cómo lo explicaría yo?, no como si me fuera a curar, sino como si ya no estuviera enferma. Eso es.

—Vamos, vamos, no piense así.

—Sí, me voy a encontrar muy sola.

—No se preocupe. Verá como subirá alguien más. La señora Roseta dice que cada invierno acostumbra a tener dos o tres huéspedes: gente delicada.

La señora Roseta decía *gente delicada*; por nada del mundo hubiera dicho enfermos.

Victoria dijo:

—Es igual. Para mí no serán como usted.

—¿Por qué no? En cuanto se hagan amigos, igual.

—No, no. Yo ya sé que no.

Toda la tarde estuvimos hablando. Yo procuraba llevar la conversación por diversos derroteros, pero ella siempre volvía al tema de mi marcha.

—Por lo menos me escribirá de vez en cuando.

Le prometí que sí.

Después me preguntaba por mis proyectos. ¿Qué haría en cuanto estuviera dado de alta por completo?

Me encogí de hombros. Cuando marché a la mili había sido suspendido en el Examen de Estado. Era la segunda vez que me cateaban. Pero la enfermedad había hecho que me olvidara de esto.

—No sé qué haré —le decía a Victoria—. No tengo ganas de hacer nada. Con tanta vida de reposo, descubres al fin que tienes vocación de vago.

Se sonreía.

—Tiene usted que copiarme esos versos que tiene escritos y enviármelos.

Estuvimos toda la tarde hablando, muy felices; después de la cena también fui un rato a su habitación.

Al mediodía siguiente, Victoria no probó bocado.

—Si come me marcho mañana —volví a proponerle.

—Es inútil —dijo—. Mañana nos encontraríamos igual. Además, en su casa le esperan hoy. Ayer, cuando supe que se quedaba un día más tuve una alegría desmesurada. Pensaba: se va mañana. Un día, según como se mire, es largo. Pero ha pasado igual. Le estoy muy agradecida por lo que ha hecho. Entrará a decirme adiós, ¿verdad?

Antes de subir a terminar de arreglar la maleta me despedí de la fondista, de sus hijas y de los de la mesa grande de al lado del buffet.

La señora Roseta dijo:

—¿Subirá el año que viene?

—Sí, creo que sí...

Notaba en mí una emoción intensa.

—¿Le ha gustado, esto?

—Sí, sí, mucho.

Contestaba mecánicamente.

—¿Ha quedado contento de nosotros?

—Sí, sí, ya lo creo.

Sin darme demasiada cuenta.

—Maravillas le llevará la maleta hasta el coche.

Como si soñara y aquello no fuera verdad.

—No, no; no hace falta. Pesa poco. Prefiero que nadie me acompañe.

En un santiamén terminé de preparar la maleta, di la despedida a aquella habitación que se quedaba vacía y revuelta, y bajé a despedirme de Victoria.

Estaba sentada en la cama, reclinada en los almohadones. Se había dado algo de carmín en los labios y algo de color en las mejillas. Se había peinado, se había puesto un camisón nuevo. Se había acicalado para mí. Hay detalles que no se olvidan. Para decirme adiós. Sonreía tan tristemente que me hacía daño. Era algo así como si me pidiera perdón.

—Mire, le he traído las *Rimas* de Bécquer. Se las regalo. Le gustarán. Y las *Leyendas*, que ya le conté cómo las cogí de una maleta de libros que guardaba la fondista.

Me dio las gracias.

—Y estas novelas policíacas, si las quiere; la distraerán. A usted le conviene distraerse. Aunque a lo mejor no le gustan...

—Sí me gustarán. Viniendo de usted, me gustarán.

Estaba en pie, cerca de la cama. Miré el reloj. Se hacía tarde. Le tendí la mano.

—Bueno, Victoria, debo marcharme.

Entonces ella no pudo contenerse. Se echó a llorar desconsoladamente y apoyó la cabeza en mi cuerpo, ocultando las lágrimas. Veía sus bucles color de azafrán, atados con la cinta negra, estremecerse convulsos al ritmo de los sollozos. Los acaricié brevemente. Me sentí importante. Me incliné y le besé la cabeza. Luego, salí.

Siempre habíamos ido al coche a acompañar a quien se marchaba. A veces todos los que quedábamos, o por lo menos casi todos. Era un acto de camaradería y de amistad.

A la señora Carmen la acompañamos Baltasar y yo. Baltasar, con ella, había hecho una excepción, pues jamás acompañaba a nadie. Su salud era antes que todo. A Baltasar le acompañé yo. Incluso Manolo, a quien todo el mundo volvió la espalda a última hora, tuvo compañía, pues yo fui con él hasta la parada.

Todos tuvieron quien les acompañara. Menos yo. Esto era lógico. Pero yo no lo barajaba así.

Hacía sol, un día apacible y bueno. Yo hubiera querido que lloviese, y que todo hubiera estado triste. No quise que Maravillas llevara el equipaje. Iba circunspecto, con mi soledad y mi maleta. La calle del pueblo estaba vacía por completo. No había nadie en las puertas. Ya no hacía tiempo para ello. Me alegraba de esto. De este abandono razonable y natural que yo exageraba y dramatizaba.

Sólo *Céntim*, el perro negro, lanudo y feo, que durante el verano prohijamos la colonia de los averiados y que nos había seguido siempre a todas partes, vino sumiso detrás de mí. Esto me complacía. Yo había leído en algún sitio que al entierro de Mozart únicamente asistió un perrito, sólo que aquel día llovía y esta vez no.

Ya en el coche, me asomé a ver a *Céntim*. Sentado en el suelo me miraba desilusionado. Arrancó el coche y se fue empequeñeciendo. Se lamió una pata. El caserón de madera, ruinoso, verde y gris, pegado a la carretera, también empequeñecía. Luego, en las curvas, veía la hilera de casas más o menos blancas que formaban Calafusta. Veía la torre de la iglesia. Deducía dónde caía la fonda. Me acordé de Victoria.

Poco a poco el pueblo desaparecía. Aún se vislumbraba el murallón de rocas del fondo. Después, no.

INTERMEDIO

... los ijares de Tom necesitaban mujeres...

John Steinbeck
Al Este del Edén

Encontré mi casa rara, pero agradable, Parecía que había estado diez años fuera de ella. En realidad no llegaba al año y medio. Y no tenía derecho a quejarme porque yo había tenido la culpa de esto. No había querido ir a casa hasta que no lo hiciera de un modo definitivo, y había enlazado unas con otras mis estancias de mili, hospital militar, clínica y pueblo. Dieciséis meses en total. Sentía un raro placer y dolor en hacer eso.

Cuando me incorporé a filas deseé ardientemente que me tocara ir a África; cumplir los dos años de servicio sin ningún permiso; volver luego tostado y fornido, con esos ojos especiales y ausentes de los que han oteado profundos horizontes. Quedaba bien esto. Aunque mejor hubiera sido regresar de una cruenta guerra, cargado de honores, cruces y medallas, con un brazo menos si fuera necesario. Aún era más patético.

Me imaginaba la escena. Hubiera llegado a casa y hubiera dejado el macuto en el suelo, el capote sobre una silla y el gorro tirado de cualquier manera encima de la mesa. Mi madre se hubiera colgado llorando de mi cuello; mi padre me hubiera dado la mano emocionado. Mientras mi madre revoloteaba arriba y abajo, preparando algo para el hijo milagrosamente recuperado, yo hubiera contado mis gestas militares, con gran pánico de ella cuando —al paso y al vuelo— hubiera pescado alguna de mis horrendas vicisitudes. ¡Qué bonito! Mi padre reiría y me golpearía una pierna. —Bien, hijo, bien. Yo también, una vez... Tornaba a contar sus mil veces contadas campañas rifeñas. Yo le habría escuchado lleno de condescendencia, seguro de la superioridad de las mías. Verdaderamente muy bonito.

Pero no había sido así, pues no volvía ni de la guerra ni del ejército, sino simplemente de una cura de reposo.

De todos modos me habían recibido como a un héroe. En la estación de la Plaza de Cataluña estaba mi padre aguardando. No me dio la mano. Me echó los brazos al cuello y me besó. Cogió la maleta.

—Trae, que tú no puedes. Démonos prisa. Tu madre ha preparado una cena de aupa.

Mi madre no dejaba de besarme y de mirarme, como si no me hubiera visto desde que salí de casa y como si hiciera cien años que faltaba de ella. A pesar de haber ido continuamente a verme al hospital militar, y a la clínica, y de haber subido dos veces con mi padre a Calafusta, para ella, mi vuelta, era un verdadero acontecimiento. Se echaba hacia atrás y volvía a cogerse de mi cuello.

—¡Qué gordo estás, hijo mío!

—Bueno, bueno —decía mi padre, simulando que no estaba emocionado— vas a marear al muchacho. Hala, hala, a cenar en seguida.

Me golpeaba afectuosamente la espalda, igual que a un camarada.

—Traerás hambre, ¿verdad?

No tenía mucho apetito. Pero cené para no desilusionar a mi madre, que se había esmerado guisando algo que fuera de mi agrado.

A pesar de lo extraña que había encontrado la casa, pude comprobar que en ella todo seguía igual, únicamente se habían efectuado uno o dos cambios. El antiguo empapelado había desaparecido y ahora estaban todas las paredes pintadas de un color crema claro, alegre y delicioso. El cuarto de baño había sido recubierto con baldosas verdes y parecía más cuarto de baño que antes. En la cocina había una preciosa nevera.

—Hay que modernizarse —aducía mi padre. Mi madre se lamentaba.

—Tu padre quiere tomar una muchacha. Ya sé que lo hace por mí. Pero yo no quiero. Tenemos que ahorrar. Con tu enfermedad hemos gastado mucho. Tu operación solamente, fueron once mil pesetas.

Mi padre era optimista.

—Ya nos recuperaremos.

Estaba ganando el dinero con relativa facilidad. Nosotros no conocíamos bien sus tejemanejes. Era una época en que mucha gente hacía el dinero de una manera rara, pero honrada, o con apariencias de honorabilidad. Acusaba la euforia del hombre que se va encumbrando. Mi madre, como mujer de condición humilde que no reniega de su origen y que conoce hasta el valor de un céntimo, era ahorrativa y concienzuda administradora.

El reloj de cucú dio la hora.

—Cu-cú, cu-cú, cu-cú...

Eran las diez. La sobremesa había sido larga. Sólo entonces me fijé en que el reloj no tenía cuclillo. El muelle oscilaba solo.

—Se rompió —dijo mi madre—. Lo guardo por ahí dentro. Ya te lo enseñaré. Me llevé una gran decepción el día que se estropeó. Es un pedazo de madera, que no tiene forma de pájaro ni de nada, pintado de rojo y blanco. Sólo eso.

Mi padre se reía de su ingenuidad.

—Siempre le digo que lo lleve a arreglar. Pero no me hace caso.

—Igual canta las horas —dijo mi madre.

Mi padre quería quitar la enorme y descolorida fotografía familiar en la que aparecía él con sus hermanos y sus padres.

—Colocaremos esta antigualla en nuestro dormitorio, junto a nuestro retrato de bodas —le decía a mi madre. Y luego a mí—: En su lugar pondremos una litografía en colores de alguno de esos pintores modernos, ¿no te parece?

Yo me encogía de hombros. Todo aquello me daba igual.

Mi madre no quería.

—Pero, mujer, ¿no te das cuenta de que este arma-1 tosté es como un parche, como una mancha de tinta en una página en blanco? Una litografía es más decorativa, más...

Mi padre no entendía por qué mi madre se resistía tanto a quitar un retrato que representaba la familia de él y no la de ella. De haber sido al revés lo hubiera comprendido perfectamente y no hubiera intentado hacerlo.

Mi madre era fiel a todas las cosas que consideraba sagradas. Mi padre la miraba asombrado.

El médico me encontró muy bien. Me felicitó por mi satisfactorio restablecimiento y me indicó que podía comenzar a hacer una vida relativamente normal. Nada de hacer el loco. Cuidarme, comer y pasar por rayos X cada mes o mes y medio, esto último como medida de precaución. Dentro de tres o cuatro meses podría continuar mis estudios, con moderación, o trabajar en algo que no me ocupara muchas horas y no fuera demasiado pesado.

Mi madre dijo:

—Hasta que no pase el invierno no pienses en hacer nada de eso.

Mi padre estaba de acuerdo y yo también.

Me levantaba tarde y desayunaba en la cama, como en la fonda. Aquí era mi madre quien me servía amorosamente el desayuno. Después de la comida del mediodía dormía la siesta, una siesta rigurosa, dos horas siempre. Cuando me levantaba, salía a dar un paseo.

Muy de tarde en tarde iba al cine. En casa no me dejaban ir. Los locales llenos de gente, con la atmósfera enrarecida, no me convenían. Yo lo reconocía así y no me obstinaba.

Cuando el cielo estaba nublado o lloviznaba, tampoco me dejaban salir. Siempre me ha gustado caminar bajo la lluvia. Reconocía que eso tampoco me iba bien y también les hacía caso.

La enfermedad me había convertido en una especie de hombre, de cristal al que había que vigilar continuamente ^cuidadosamente para que no se quebrara. Algo complicado que también tenía sus ventajas.

Una tarde vino Blanquita a casa. A medida que habíamos ido abandonando la fonda nos habíamos dado nuestras direcciones. Quiso que la llevara al cine. Todos habíamos prometido visitarnos y cartearnos mutuamente. Me proponía llevarla a un cine de estreno. En el momento de intercambiar nuestras señas éramos sinceros. Blanquita prefería que la llevara a un cine de reestreno. El tiempo y la ausencia relajaban estos buenos propósitos.

—Al Cataluña o al Vergara. En éstos dan dos películas, y en los de estreno, en cambio, una sola.

Tenía razón.

Fuimos al Cataluña. Estuvo atenta al programa, sin pestañear, sin hablar ni moverse. Alfonso también la había llevado al cine y lo había pasado muy mal. No había visto las películas a gusto. Alfonso se había pasado toda la sesión intentando pasarle la mano por la espalda. Prometí devolver la visita a Blanquita. No lo hice.

Ahora me pesa. A principios del año siguiente marchó al Brasil.

Desde mi llegada a Barcelona no le había escrito a Jaime. Encontraba ridículo cartearnos viviendo los dos en la misma ciudad. Suponía que habría vuelto a sus estudios, pues el curso estaba ya empezado. Penela me envió una carta que, en la posdata, decía: «Tu amigo Jaime ha caído enfermo. Del pecho, como nosotros». Decidí ir inmediatamente a visitarlo. Vivía en la calle Entenza, hacia la mitad, y la combinación de tranvías, para ir allá, era muy mala.

A los quince días de mi llegada, ya con un poco de remordimiento, le escribí a Victoria. Me contestó a vuelta de correo. Una carta larga, contando su añoranza, su ansiedad por mis noticias y su adelgazamiento progresivo. Me rogaba que no tuviera pereza y le escribiera esta vez cuanto antes. Lo hice, pero me remitieron la carta diciendo que ya no estaba allí. Debía de haber empeorado.

Al señor Pera le vi un día en el despacho donde trabajaba. Pasé por allí cerca y me dije: «Caramba, voy a ver si está el señor Pera». Estuvimos hablando largo rato. No se había repuesto del todo, pero el médico le había autorizado para que trabajara tres o cuatro horas por la mañana.

—La *casa* se porta estupendamente conmigo. Yo también tengo que hacer lo que pueda...

Desde entonces, y de tarde en tarde, nos carteábamos. Quería que fuese un día a Moncada. Yo le decía que sí, pero no iba nunca.

Con Baltasar tropecé cierta vez en la Rambla. Estaba restablecido del todo y había emprendido un negocio, o lo iba a emprender.

En estas entrevistas o encuentros se nos pasaba el tiempo inquiriendo sobre la colonia de los averiados, dándonos noticias mutuas y preguntando por todos. En cierto modo, el ambiente de Calafusta continuaba pesando sobre nosotros.

El señor Blas tenía las tardes libres y a veces no sabía qué hacer. Una de ellas estuvo en casa. Fuimos al Café Vienés, que estaba allí al lado, y pasamos toda la tarde hablando y bebiendo cerveza. La tarde estaba gris. Las hojas secas que llovían de los plátanos del Paseo de Gracia daban al ambiente una nota melancólica. Salió a relucir lo de la señora Carmen.

—¿Y cómo diablos se le ocurrió confiarle a Andreu una cosa tan particular?

El señor Blas no contestó. Le pregunté si sabía si la habían operado.

—No. Dentro de un mes probablemente.

Román era quien no acababa de reponerse como debiera.

—Es que hace demasiado el loco, ¿sabes? Eso que lo haga yo, que me encuentro bien, pero él, que está como aquel que dice convaleciendo todavía...

El señor Blas vivía en la Barceloneta, en una callejuela próxima al Paseo Nacional. A las pocas semanas decidí devolverle la visita.

Vivía en una escalera oscura y estrecha, en lino de los últimos pisos. Subí

jadeando. Llamé a la puerta. Como viera que tardaban en abrir, volví a llamar. Oí refunfuñar. Apareció una mujer enjuta.

—¿Es que no ha oído que ya salía?

Hablaba áspera y desabridamente.

—¿Qué se le ofrece?

Yo estaba como turbado ante aquel recibimiento. Pensé si no me habría equivocado.

—Perdone, ¿no vive aquí el señor Blas Tal?

—Sí, aquí vive. ¿Por qué?

—Soy amigo de él y venía a visitarle.

—Pues no está.

Hablaba desabridamente, pero a mí me dolía marchar sin que supiera que había estado a verle.

—Dígale que ha estado Armando Muñoz.

—¿Quién?

—Armando Muñoz.

Pensaba que no había entendido mi nombre, pero del modo que habló luego comprendí que sí.

—Pierda cuidado que ya se lo diré.

El señor Blas volvió a verme a la mañana siguiente. Había pedido permiso en el Club Náutico para salir un momento.

—¡Oye, en menudo lío me metiste ayer!

—¿Por qué?

—Tenía un plan estupendo con una fulana. Siempre, en estos casos, le digo que voy a ver a alguno de los que estaban en Calafusta conmigo. Ayer le dije que iba a visitarte a ti. ¡No sé por qué diría tu nombre y no el de otro! Pero es que se fía más de ti que de nadie. Como sabe que eras el más joven de la pandilla, te tiene confianza. Con los otros imagina que me voy a correr la gran juerga. Desde luego, me fastidiaste, chico.

Yo hacía como que estaba anonadado.

—No sabes la que se armó. Cuando llegué a casa me pregunté, con un tono que no pesqué en aquel momento: «Qué, ¿cómo se encuentra tu amigo Armando?» Yo dije: «Se encuentra bien». Saltó rápidamente: «¡Y tan bien como se encuentra; como que esta tarde estuvo aquí preguntando por ti!» Me quedé helado. Pero su impaciencia la perdió. Si no llega a descubrir la cosa tan pronto, me da cuerda y me ahorca. Fui listo y reaccioné rápidamente. Le dije que con razón había estado esperando toda la tarde en tu casa; que tu madre me dijo que habías salido y yo había estado aguardando inútilmente; que era tu madre quien me había dicho que tú te encontrabas muy bien. No lo creyó, claro. Dijo que tú te habías marchado inmediatamente y que tenías tiempo sobrado de haberme encontrado. Yo le dije que habrías ido a algún recado. Gritamos. Nos enfurecimos. Una bronca tremenda. Ahora

estaremos un puñado de días sin hablarnos, y me vigilará más estrechamente que nunca. Además, estos enfados de varios días, me joroban, por los chicos. Mi hija tiene novio. Él viene por casa y se da cuenta de la tirantez y malos humores.

El señor Blas había tenido una especie de idea luminosa y por eso había querido verme.

—Tienes que escribirle una carta a mi señora...

Quería que en ella le dijese que yo era un desmemoriado y un olvidadizo. Su marido me había anunciado por teléfono que iría a verme y yo lo había olvidado, o me había confundido, como quisiera. Cuando salí de su casa fui a varios encargos que tenía que hacer. Únicamente me acordé de la cita con su marido cuando mi madre me dijo que éste había estado toda la tarde esperándome. Un taco.

Escribí esta carta, tal como el señor Blas me lo pidió. Procuré que pareciera lo más sincera posible. Le pedía perdón por los disgustos y contratiempos que mi negligencia podía haber acarreado. La hice lo mejor que pude. Pero creo que no sirvió de nada. La mujer del señor Blas me había dado la impresión de que tenía cara de todo menos de chuparse el dedo.

Recibí unas letras de Alfonso. El médico había decidido intervenirle. Quería hacerme unas preguntas. Acordamos encontrarnos en la Avenida de la Luz. Tal día a las seis.

Era jueves. La Avenida de la Luz hervía de criadas. Salimos fuera. Por la calle Pelayo llegamos a la Plaza Universidad y seguimos por la Ronda San Antonio. Alfonso no cesaba de inquirir detalles acerca de mi operación.

—¿Sólo le dieron anestesia local?

—Sólo.

—¿No le hicieron daño?

—No.

—¿Nada nada?

—Nada nada.

No iba a decirle la verdad.

—Ahora emplean una anestesia total que dicen es estupenda. No es como el cloroformo, que era perjudicial para los enfermos como nosotros. Es muy diferente. Te anestesian por medio de una inyección en la vena. Te duermes dulcemente y te despiertas igual, como si tal cosa, ya operado. A lo mejor me dan esta clase de anestesia.

—A lo mejor.

Pasó un tranvía 29, rechinando. Iba hasta los topes.

—¿Se acuerda del 29?

Sonreímos. Anochecía.

Antes de la operación quería tomarse una especie de desquite. Pensaba ir con una fulana.

—No creo que me muera y no pueda volver a las andadas, pero por si acaso...

Estaba obsesionado con la idea de cuándo sería mejor llevar a cabo esta práctica.

—¿Quiere decir que me perjudicará?

En Calafusta, Alfonso había ido una vez a la carretera a esperar el coche de línea. El sol que le cayó encima durante el trayecto le produjo una hemoptisis. Fue cuando Elisa lo cuidó como, una madre. Desde entonces, cuando íbamos al bosque, se quitaba la sahariana *beige* y la tendía sobre la cabeza y sobre el lado del pecho enfermo. Eran un poco ridículas estas precauciones. Se trataba del sol de la tarde y eran breves minutos lo que discurríamos bajo sus rayos. Alfonso había escarmentado del sol; de las mujeres, parecía que no.

Prometí ir a verle a la clínica, cuando le operaran. Luego no fui. Tuve pereza. No sabía bien qué clínica era. No me preocupé de averiguarlo. Con la señora Carmen me pasó igual. Quedé en ir con el señor Pera a visitarla. Incluso señalamos un día. Después me salió un compromiso y lo dejé correr. El señor Pera sí estuvo. Y todos los de la colonia. A mí me importaba poco quedar bien o mal. Esta apatía no me la explicaba.

Por fin fui a ver a Jaime. Vivía en una planta baja, en una tienda de bisutería. En el fondo había un pequeño taller. Su padre arreglaba cadenas, pulseras, broches. Era un orfebre venido a menos. Su madre atendía el mostrador. Era una señora alta, guapa, morena y arrogante. Su padre estaba avejentado. La luz artificial y el estar siempre encorvado sobre el tornillo con sus alicates y sus limas lo habían estropeado.

Pregunté si vivía allí un tal Jaime Llosas. Me dijeron que sí y qué deseaba.

—Soy amigo de él. Estuvimos juntos en Calafusta.

La señora me había mirado con cierto recelo. Me hizo subir detrás suyo por una estrecha escalera al piso de arriba. Su marido se quedó en la tienda.

Jaime estaba en cama. Me presentó a su madre como el mejor amigo que había tenido en Calafusta. Su madre no se impresionó y siguió mirándome con reticencia.

Llevaba una boina puesta Jaime. Se había cortado el cabello al cero, pues se le caía. Estaba feísimo.

Hablamos largo rato. No tanto como hubiéramos querido. Su madre subía de vez en cuando y le advertía:

—Jaime, no te conviene hablar.

Parecía un cancerbero. A la tercera interrupción de esta índole, me di por avisado y me despedí. Su madre se disculpó fríamente por su actitud. Yo le dije que no se preocupara, que lo comprendía.

Jaime me contó que a los pocos días de su regreso de Calafusta, recibió una invitación de Penela. Se reunían en casa de unos amigos y harían una pequeña fiesta. Si quería ir...

—Fui. Lloviznaba un poco y no quise llevarme paraguas. Siempre me ha molestado ese chisme. Apretó la lluvia y me calé. Estuve toda la tarde con ella. El

Gato no estaba y no lo mencionamos para nada. Lo pasé muy bien. Bailamos. Ella me animaba a hacerlo, y me llevaba, pues yo casi no sé bailar, ya lo sabes. El estar toda la tarde con la ropa húmeda me perjudicó. Cogí un enfriamiento, empecé a toser y aquí me tienes. Atora soy como vosotros. Tengo un infiltrado. No es gran cosa. De todos modos creo que marcharé a un sanatorio del Montseny. Yo soy de los que creen que es mejor hospitalizarse.

Le pregunté si había hecho las papes con Penela y había vuelto con ella.

—No. Somos amigos. Tal como quedamos al despedirnos de Calafusta.

Hizo una pausa. Luego prosiguió:

—Créeme; es una mujer que me desconcierta. La tarde del baile no se apartó un momento de mi lado. Estuvo zalamera y sonriente. No mencionamos para nada lo pasado. Yo pensé que tal vez había reñido con el Gato y, no sé, estuve muy a gusto con ella. Le envié con motivo de esto, unos bombones y unos ramos de flores a su casa. Cuando le comuniqué que estaba enfermo, vino a verme. Se mostró jovial y me dio muchos ánimos. Volvió otra vez. Empezó a hablarme del Gato y de su noviazgo. Tal vez se casen el año que viene. Me dijo que un día que el Gato venga a Barcelona, vendrá con él. Ahora ya hace tiempo que no la veo. Nos escribimos algunas cartas.

—¿La quieres aún?

Me dijo que no. Era una simple amistad. Todo aquello ya había pasado. Pero ponía mucho empeño en estas negaciones.

No volví a visitar a Jaime. Me daba pereza. Y me acordaba del ceño adusto de su madre. La madre de Jaime creía que nosotros, los de la colonia de los averiados, le habíamos contagiado la enfermedad a su hijo. Esto me aseguraba Penela en una larga carta. Por eso ponía mala cara cuando íbamos a verle. Me dijo también que ya estaba en el Montseny, pues le había escrito desde allí.

Con Penela fui una vez al cine. Hablamos mucho. Mientras la llevaba a su casa, más. Me dio recuerdos del Gato. Nos creíamos más amigos que nunca. Hicimos votos para que esta amistad perdurara. A pesar de todo, yo no hubiera vacilado en besarla.

Cuando tenía diecisiete o dieciocho años, había visitado un prostíbulo; uno o varios. Sólo visitarlos.

Estaba en las atracciones Apolo, en el Paralelo, dándole zambombazos al *puching*, cuando se me acercó un compañero de estudios. Nos habíamos visto infinidad de veces en el Instituto y jamás nos habíamos dicho nada. Cursábamos distinto año. Era natural. Allí, en cambio, era distinto. La convicción de que los dos habíamos hecho *campana* nos unía.

—¿Me dejas probar? —dijo.

—Prueba.

Metí una moneda en la ranura y él soltó un puñetazo. Marcó más alto que yo. Era un hombrón.

Estuvimos largo rato cascándole al cuero. Después tiramos al blanco. Ya anochecido, me dijo:

—Oye, vamos a dar una vuelta.

Imaginé lo que aquello significaba.

—No. En casa habrá jaleo si llego tarde.

—Diles que te ha entretenido el profe; que has tenido que ayudarle a corregir unos trabajos, por ejemplo. Siempre es una buena excusa.

Nos metimos por la calle de las Tapias y entramos en La Cubista. Al cruzar el umbral tuve un escalofrío. No sé qué imaginaba. Por primera vez ponía los pies en un «antro de vicio y de pecado». De todos modos iba dispuesto a no condescender. Creo que mi compañero pensaba lo mismo.

Estaba aquello mal alumbrado. Era una amplia sala, con sillas alrededor. Se veían grupos de hombres con traza de obreros, sin afeitado, como si desde el trabajo hubieran ido allí directamente. Unas mujerucas pululaban de un grupo a otro.

Nos sentamos en las sillas. Yo estaba asustado. Lo disimulaba y fingía estar acostumbrado a aquellos trotes. Mi compañero se mostraba mucho más desenvuelto que yo.

Algunas mujeres se sentaban en las sillas, o en dos escalones que conducían a las habitaciones. Al sentarse se subían las faldas, pero lo hacían sin coquetería, desgarradamente.

Una de ellas, seca y amarillenta, fue recorriendo las sillas. Abrazaba a los que estaban sentados. Todos la apartaban de sí a empujones y soltando palabrotas. Pero ella no parecía molestarse demasiado.

Aproximose a un hombre con chaqueta de pana y camisa azul. Llevaba el envoltorio de la fiambra debajo del brazo y tenía aspecto de mecánico.

—Oye, ¿es que estás peleado con tu mujer? —dijo—. Yo te la haré olvidar.

El mecánico le dio un pellizco. Ella lo besó y se le sentó en las rodillas. Entonces, él, de un empujón, la hizo sentar en el suelo. Todos se echaron a reír. Ella le *soltó* unas cuantas lindezas. Yo estaba amedrentado. Confiaba en que hasta mí no llegaría. Las *caricias* que le propinaban todos la cansarían. Mas no fue así. Se arrimó a mi compañero. Apenas éste se la sacudió de encima, me miró y se acercó a mí.

—Lo que a mí me gustan son los jovencitos. Abrió las piernas y se sentó a horcajadas sobre mis rodillas.

—Estudiante, ¿verdad?

La rechacé con las manos.

—Vete.

Debía de tener yo un granillo o un barro en la cara, porque tocando un punto de ella me dijo:

—¿Quién te ha hecho eso, la novia? Te lo voy a curar.

Y me besó.

Forcejeé para sacudírmela de encima. No era tan fácil. Sacó un peine.

—Te voy a peinar.

Empezó a pasármelo por la cabeza. La carne se me erizó. Empujando y levantándome, la aparté de mí. Displicente, escupió:

—Bueno, yo no sé por qué pierdo el tiempo con virgos.

Esto debía de haberle dado resultado con más de cuatro.

—Si lo soy, siempre puedo esta a punto de dejar de serlo —dije—. *Tú*, en cambio, ya no podrás serlo por más que quieras.

Había estado a punto de tratarla de *usted*. Se enfadó y me llamó unas cuantas cosas que me horrorizaron. Verdaderamente, tenía un extenso repertorio.

Al marcharnos, mi amigo decía:

—Le has contestado muy bien, muy ingeniosamente. A estas mujeres hay que tratarlas a baquetazos.

Me había tomado por un veterano. Yo empezaba a creérmelo.

—No hay como ser bruto —dije.

—Desde luego, es lo mejor.

Entramos en otros locales, todos dispersos por el Barrio Chino, que ofrecían idéntico aspecto. Mi compinche los conocía bien. Entraba por ellos como si fueran su casa. Yo estaba nervioso, deseando terminar el recorrido.

Ya en la calle Robador, nos colamos en una casa en cuya entrada se leía: El Jardín. Este antro parecía más vistoso, más deslumbrante que los otros. Había espejos a lo largo de las paredes y una especie de estrado en donde se exhibían las mujerzuelas como la fruta en el mercado. Llevaban vestidos largos, transparentes, abiertos para enseñar las piernas, unos azules, otros rosa. Llevaban medias de gasa y ligas con escarapelas.

Algunas bajaban del estrado y se acercaban al grupo de los hombres, a sondearlos y tentarlos.

Había una rubia teñida y opulenta, con mucha carne y muy ligerilla de ropa, la indispensable para que no se dijera que iba tal como su madre la echó al mundo. Esta poca ropa la llevaba tan ceñida, que las opulencias se le desbordaban. Debía de pensar que quitaba el hipo. A pesar de su presunción, se movía y daba vueltas, exhibiendo lo que vendía, con la desgana y el fastidio de un burro dando vueltas a la noria.

Esta mera visita a los burdeles no me dejó la conciencia tranquila y fui a confesarme cuanto antes. El cura me dijo que debía ser valiente ante los compañeros. Igual que ellos eran osados al proponer, yo debía serlo para rechazar. Que quien busca el peligro, etc.

Esta valentía era difícil, pero no volví más.

Desde mi regreso de Calafusta, en cambio, sin que me indujera nadie, paseando, paseando, muchas tardes me acercaba a estos lugares. Me contentaba con mirar.

Deseaba atreverme y subir con ellas. Pero no me decidía. Me disculpaba diciéndome que lo que sentía era asco. Con los ojos de la imaginación veía miles y miles de hombres en fila pasando por encima de la que iba a elegir. Lo que tenía era miedo. Miedo a las enfermedades venéreas, pero más miedo todavía al desparpajo de estas mujeres, a esa anafrodisia que dicen se experimenta la primera vez que se va.

Al año justo de mi salida de la Clínica, el médico me había dado de alta, completa y satisfactoriamente.

—Ahora, con que vengas cada cinco meses o cada seis a que te vea, es suficiente. De todas formas, si notases alguna anomalía, vienes cuanto antes. ¿Entendido?

Dije que sí.

—¿Haces ya algo? ¿Estudias? ¿Trabajas?

Le dije que no.

—Pues ya es hora de que vayas haciendo alguna cosa. El mundo no se ha hecho para los haraganes.

De todos modos, mis padres opinaron que hasta pasado el verano sería mejor que no emprendiera ninguna actividad.

—¿Por qué no te marchas a Calafusta un par de meses?

No me seducía el plan. Estaba ahíto. El año pasado había sido demasiado.

—O a cualquier otro pueblo —insinuó mi madre.

Tampoco quise.

Ellos se fueron veinte días a Masnou. Yo me quedé en casa y lo pasé muy bien.

Mi madre le dio toda clase de consejos a la mujer que iba a hacernos la limpieza: que me diera un huevo batido con vino a media mañana, que me diera un vaso de leche...

Yo lo arreglé todo en seguida. Llegaba la mujer, daba cuatro escobazos a la casa, la mandaba a comprar lo que me apetecía y la dejaba marchar inmediatamente. La mujer estaba más que contenta, pues tenía cuatro chiquillos para arreglar y el tiempo no le sobraba demasiado. Comía de fiambre, e incluso me cocinaba yo mismo alguna cosa, poniéndome un delantal, como había visto en las películas. Hacía las mil combinaciones, como si la cocina fuera un laboratorio, e incluso creo que inventé algún guiso nuevo. Por las noches me metía en alguna lechería y me hartaba de flanes, de cremas, de pastas y de dulces. Y en esto consistía mi cena.

Estos días en que mis padres estuvieron ausentes fueron para mí el verdadero veraneo. Me encontraba muy bien, solo en casa. Iba de habitación en habitación; dejaba las ventanas abiertas, para que hubiera corriente de aire; me llevaba la radio a mi cuarto; corría medio desnudo por la casa.

Ni una tarde dejé de ir al cine, y hubo día en que fui dos y tres veces.

Cuando salía de ver una película, encontraba el mundo maravilloso. Andaba erguido, a grandes pasos, y hablaba engolado, o con monosílabos. Enarcaba una ceja más que la otra y me compraba un paquete de rubio. No me convenía fumar, pero un pitillo de vez en cuando, delante de la gente, sin tragarme el humo, no me

perjudicaba. También soñaba en el amor. En casi todas las cintas, ellas se enamoraban locamente de ellos. Una mujer así me hubiera gustado. Creía que un día una se prendería perdidamente de mí, de una manera milagrosa y singular, y eso sin necesidad de que yo hiciera nada. Me acordaba de Victoria. Estaba convencido de que se había enamorado de mí, y estaba contento porque aquello había sido un poco como de película, especialmente su llanto cuando la despedida y mi beso en su cabello azafranado.

Durante todo el verano recibí cartas de conocidos míos que estaban lejos de Barcelona, veraneando, pero quienes más me escribían eran las amistades que el año anterior hiciera en Calafusta, sobre todo Penela y el señor Pera. Contaban que de la «pandi» estaban, o habían estado, Román, Andreu, el señor Blas, Ignacio, Alfonso y alguno que ahora no recuerdo. También habían ido a pasar sus quince días reglamentarios Marín, Paulita, etc. Mencionaban nombres que yo no conocía y que ellos debían de suponer que sí. También estaba el matrimonio del mono, el doctor Pozo, su mujer, Azucena, el matrimonio que él echaba fotos y ella era melosa. Me daban recuerdos y saludos de todos y de todos contaban algo. En ocasiones, en una carta de Penela, me escribía también el señor Pera, ponía cuatro letras el señor Blas, firmaba Román, y todos demostraban acordarse de mí y me preguntaban por el calor y por qué aquel año no había subido.

Yo contestaba poco y de mala gana, y no los envidiaba, pues sabía que sólo jugaban a la canasta, al dominó, o se iban al bosquecillo de robles, a los chopos de la carretera, a tumbarse, según.

En otra carta de Penela me escribió el Gato. Imaginé que junto a ella debía de estar en la gloria.

La noticia que me cayó como una bomba fue la de la muerte de Jaime. Penela, en la primera carta que desde Calafusta me escribió, me lo dijo. Había muerto en el mes de febrero, en el sanatorio del Montseny, al mes, o cosa así, de su ingreso. Penela lo supo por casualidad. Un día, envolviendo algo en unas *Vanguardias* atrasadas, tropezó con su esquila mortuoria. Se quedó fría. Escribió dándole el pésame a su madre, y ésta, sin ningún comentario, le envió un recordatorio del funeral que se había celebrado en sufragio de su alma y en el que había el retrato de él.

Desde el ingreso en el sanatorio, Jaime había empezado a enviarle cartas y poesías, como si el volcán de su pasión hubiera vuelto a encenderse. Por consejo del Gato, Penela no le contestó ni una sola vez. De pronto dejó de escribirle. Ella supuso que se había convencido de lo inútil de sus intentos y que lo había dejado correr. Cuando supo lo de su fallecimiento pudo comprobar que la última carta estaba fechada dos días antes de su muerte. No sabía cómo había muerto, decía. Si de repente, ahogado por una hemoptisis; si languideciendo; si maldiciéndola; si musitando su nombre... Tengo la impresión de que lo he matado yo. Supongo que lo decía más que por remordimiento, por vanidad, o por hacer una frase. Pero yo estaba convencido de ello, y todos los demás, cuando lo supieron, también.

Penela se disculpaba por no haberme dado la noticia antes, sabiendo lo amigos que éramos Jaime y yo. Había pasado un tiempo anonadada. También imaginaba que yo, habiendo sido tan amigo de él, probablemente debía de saberlo.

Yo no sabía nada. Nadie me lo había dicho. Y no había tenido la casualidad del periódico, como Penela. Para mí, Jaime moría en aquel momento, a los cinco o seis meses de su muerte. Yo me había pasado todo aquel tiempo diciéndome: tienes que escribirle, o ir al sanatorio; es uno de tus mejores amigos. Había vivido estando muerto, a lo menos para mí. Esto era un poco misterioso. Algo difícil de comprender y de asimilar. Pensaba que había muerto sin tener con él esa conversación profunda y tremendamente íntima que todos soñamos tener un día u otro con todos los amigos y que sin saber por qué siempre aplazamos, hasta que no hay remedio, como había sucedido ahora.

Se decidió que al año siguiente me presentaría al Examen de Estado. Podía hacer el curso libre, estudiando en casa y sin necesidad de ir a las clases del Instituto.

—Me catearán igual.

—¿Por qué, hijo mío? No seas así. Tienes que probar. Y si te suspenden, te presentas en setiembre. Son muchos los que han sido suspendidos cinco o seis veces.

—Este año aprobarás —dijo mi padre—. A-pro-ba-rás. De mi cuenta corre. Aunque tenga que untar todo el cuerpo de catedráticos.

Mi padre, a veces, hablaba de que iba a comprar un coche, un topolino. Mi madre procuraba convencerle de que no debía despilfarrar el dinero.

En lo que sí estaba empeñado era en que tomáramos muchacha. Mi madre seguía sin estar conforme. Con la mujer que le venía cada semana a lavar y alguno que otro día a ayudarla, era bastante. Pero mi padre no quería que ella trabajara tanto.

—Nada, nada. Eso está decidido. En lo del coche transijo, mas en lo de la criada, no.

Decidí hacer un horario, una especie de plan a seguir para cada día. Debía estudiar y continuar cuidándome, pues no podía olvidar que había estado enfermo.

Me levantaba a las diez, desayunaba y me encerraba en el despacho de mi padre hasta la hora de la comida, allá hacia las tres. Luego me acostaba durante dos horas, dos horas justas, las durmiera o no. Después salía a dar un paseo. Antes de cenar estudiaba otro poco, y a las once procuraba estar en cama. Sólo entonces me permitía el lujo de reemprender mis lecturas policíacas. Estaba leyendo a Ellery Queen en la colección Biblioteca de Bolsillo Serie naranja; una colección que yo encontraba estupenda. Ya no iba tanto al cine.

El despacho de mi padre era acogedor y me gustaba estar en él. Había una biblioteca muy poco interesante. La mayoría de volúmenes eran de orden práctico, abundando especialmente esa calamitosa literatura americana con pretensiones filosóficas: *Cómo ganar amigos*, *Cómo influir sobre las demás personas*, *Cómo*

anunciar para vender, Cómo ganar dinero, y otros títulos parecidos. Tenía, además, un *Manual del Automovilista*, del comandante Arias Pérez Delgado, o de quien fuera, un Diccionario, una Enciclopedia Autodidáctica, *El Quijote*, varios libros de tipo profesional (tejidos, el tinte, la urdimbre), *Italia fuera de combate*, de Ismael Erráiz; *El número 7*, de Penella de Silva; *El médico en casa*, *Diagnóstico por el iris*, *La salud por la alimentación*, todos del doctor Vandér, creo, y cosas por el estilo. Yo me leí *Italia fuera de combate*; me gustó tanto como una novela de aventuras. A veces hojeaba *El Quijote*, para ver sus láminas, pues estaba ilustrado por Gustavo Doré, un dibujante al que yo consideraba el mejor del mundo.

Abandonados en un cajón había también unos novelones de la Editorial Sopena: *Crimen y Castigo* y *Los hermanos Karamazof*, de Dostoievski; *Los tres mosqueteros* y *Veinte años después*, de Alejandro Dumas; varios de Xavier de Montepin y tres o cuatro de Víctor Hugo, *Nuestra Señora de París* entre ellos. Nunca quise leer ninguno de estos libros, pues me causaban horror. Me era antipático su grosor, el color amarillento de sus páginas, sus portadas truculentas, feas, de colores horribles y chillones y su impresión a dos columnas.

Recuperado de mi enfermedad, me encontraba sin amigos. Durante mi ausencia habían campado con entera indiferencia. Ahora continuaban igual. Eran los amigos del Instituto, a quienes me refiero. Del vecindario no conocía a nadie. Ni siquiera de la escalera. Habían empezado sus carreras, o sus empleos; y alguno se había casado.

Estando en la Clínica me entretuve en hacer una lista de quienes iban a visitarme. Lo hizo mucha gente. Mi familia, conocidos, amigos. Pero todos me visitaron una vez, dos. Yo colocaba una raya al lado del nombre, para indicar las veces. Como digo, nadie pasó de dos. Sólo junto al nombre de Nicolás Abadía anoté un ejército de rayitas comparable al de mi madre. Superó incluso a mi padre.

Durante mi estancia en Calafusta, Nicolás Abadía me escribió sólo un par de cartas o tres. Era así de despistado. Pero cuando regresé del pueblo fue en seguida a verme y me acompañó muchas tardes. Terna un lío con una mujer casada. Yo le envidiaba. Los domingos salía con un enjambre de amigotes. Siempre me decía:

—Tengo que presentarte a mis amigos. Tienes que salir con nosotros.

—No. Vosotros vais a bailar, y a mí, esto no me conviene.

Muchos domingos no iban a bailar, sino a hacer el indio por ahí. Quise acompañarles, pero me cansé pronto de ellos.

Eran compañeros de oficina de Nicolás Abadía, y antiguos compañeros de estudio íbamos al cine y nos pasábamos la película gritando, riendo, con gran disgusto de quienes habían ido al cine a ver cine y no a perder el dinero. Por la calle hacíamos igual. Gritos, corridas, golpes en la espalda, piropos a las chicas, largarles la mano si se terciaba, peleas. Un día, uno, de una carrera, se subió al techo de un topolino.

—¿No te diviertes? —me decía Nicolás Abadía.

Decía que sí, pero no era cierto. Me encontraba extraño entre ellos. Desplazado. Yo no podía usar la fuerza bruta y ellos todo lo cifraban en esto. Éramos eso que más tarde se ha dado en llamar *gamberros*. Entonces nos llamaban bestias, brutos, indios, yo qué sé.

Nos metíamos en las tascas a beber, a cantar, a dar palmadas, jaleándonos. Impulsado por ellos aplaudía y gritaba. De todas formas no me acostumbraba a esta clase de diversiones. En un cine, solo, lo pasaba mejor.

—¡Huy, éstos que callan...! —decían, a veces, mirándome.

Sonreía. Daba a entender que sí. Contaba alguna cosa inventada. Ellos también exageraban sus aventuras, seguramente.

Nuestra principal diversión era entrar en todas las casas de la vida que conocíamos: *hacer el recorrido*. Además de las del Barrio Chino, me llevaron a otras. A las que había en la Rambla, a las de la calle de Joaquín Costa, a La Maña, que estaba en una callejuela cercana a la plaza del Pino, llamada Roca, me parece. Siempre entrábamos corriendo, alborotando, abrazando y pellizcando a las muchachas.

—Hay que aprovecharse —decíanse unos a otros socarronamente.

Ellas desconfiaban. Sabían que se saca más partido de uno que va solo, ya con un plan preconcebido, que de estos grupos bullangueros que entraban como trombas y se marchaban igual. Yo procuraba colocarme a la altura de mis compañeros, gritando y rugiendo, pero tenía que hacer verdaderos esfuerzos.

En una de estas incursiones, uno del grupo llamado Valenzuela se encandiló con una rubia seca como un bacalao, que hacía gestos y alusiones a cual más procaz, y subió con ella, derretido por estas puercas insinuaciones. Yo estaba admirado. Los demás reían.

En ocasiones visitábamos ciertas casas de lujo, donde las mujeres valían veinte duros; en el Paseo de Gracia, algunas. Generalmente nos daban con la puerta en las narices, pues sabían que sólo íbamos a alborotar y no a gastar. Yo siempre andaba como arrastrado y como descentrado. Lo que casi nunca ocurría era el ir con ellas. Parecía que esto lo reservaba cada cual para cuando iba solo, sin testigos de ninguna clase. Era como una especie de extraño pudor. Contaban que alguna vez habían cogido una para todo el grupo, o varias, según, y habían hecho esto y lo otro. Esto nunca ocurrió yendo yo con ellos. Por una parte me alegraba, pues me hubieran puesto en un aprieto; pero otras veces pensaba que hubiera sido lo mejor.

Una de las veces que entramos corriendo en La Carola, uno que se llamaba Pasarell y estudiaba Derecho, agarró un maniquí de modista que había en la sala y arrearnos con él, mientras la dueña salía al balcón gritando. Pasarell plantó el maniquí en la plataforma de un tranvía que subía Rambla arriba y el maniquí se alejó cimbreado y tambaleándose en la plataforma vacía. Reíamos como locos.

Mi madre me reconvenía por llegar tarde, anocheciendo o de noche ya, todos los domingos. Me pedía que no olvidara que había estado enfermo hacía poco. Yo no lo

olvidaba. Mi padre decía:

—Déjalo, mujer. Es ya mayor y sabe lo que hace.

Una noche, pasando por una de aquellas calles cercanas a la Ronda de San Antonio, encontramos a un sereno dormitando en un portal. Tenía el chuzo y el farol al lado. Alguien del grupo le atizó un puntapié al farol y éste salió dando tumbos y rodando como una pelota. Inmediatamente todos echaron a correr. Yo iba a hacerlo, pero desistí. Sabía que no podía y que el sereno me alcanzaría en seguida. Determiné aguardar y explicarme. El sereno salió corriendo tras ellos, mas comprendiendo que era inútil, vino hacia mí.

—Usted iba con ellos. Sí, pero yo no he hecho nada, por eso no he corrido. No suponía que fueran tan brutos.

Le dije que no me gustaban esta clase de bromas, Le conté que había estado enfermo y que no me convenía correr.

—¿Pues sabe lo que le digo? —argumentó el sereno—. Que los que le abandonan a uno en la estacada no son amigos...

Me acordé de la fábula *Los dos amigos y el oso*. Le di la razón. Iba a dejar de salir con ellos. Me dijo que era lo mejor que podía hacer. Saqué el paquete de rubio y le invité. Quedamos muy amigos.

Sabía que los amigotes estarían esperándome por alguna de aquellas esquinas, para reír la broma. Eché en dirección contraria y me fui casa.

Nicolás Abadía vino dos o tres días después.

—¿Te enfadaste por lo de la otra noche? Aquéllos han preguntado por ti.

—No me enfadé —contesté—. Pero comprendo que soy un lastre para vuestras correrías. Prefiero no salir.

Quiso convencerme de lo contrario, mas no lo consiguió. Entonces dijo:

—Desde luego, cuando tú no vienes las hacemos de espanto.

Nicolás era un buen muchacho. Algún domingo salimos él y yo solos. Paseábamos y hablábamos. Esto me *gustaba* mucho. Nicolás Abadía me contaba sus líos con la casada. Yo procuraba demostrar indiferencia.

Al final tuvimos criada. Mi padre se salió con la suya. Mi madre no solamente no protestó y transigió, sino que se acostumbró a ella y dijo una y mil veces que ojalá la hubiera tenido antes.

Era una mujer ya de edad, separada del marido. Luego hizo las paces con éste. Volvió a su hogar y se despidió de nosotros llorando, besándole las manos a mi madre. Un día estuvieron a visitarnos ella y el marido. El marido quería conocer a esa familia que tan bien se había portado con su mujer. Parecían contentos y felices. Por lo visto, la riña había sido por culpa de un malentendido entre las familias de ambos. Ahora habían recogido a los hijos —tres—, que los tenían distribuidos entre diversos familiares, y se llevaban la mar de bien. En otra ocasión volvieron con los críos, para que los conociéramos.

La criada siguiente que nos enviaron de la agencia era una muchacha joven,

llamada Catalina, extremeña, que tenía un tipo jacarandoso, provocativo. Estaba muy bien. Era un poco morruda, pero nada más.

Yo empecé a sentir pasión por ella. La espiaba cuando fregaba los suelos, para verle las corvas al agacharse. También me gustaba verla salir del cuarto de baño, un tanto desaliñada, con el cabello chorreando. Yo creo que Catalina barruntaba mis deseos. A veces nos rozábamos en el pasillo, que era bastante estrecho. Cuando la miraba fijamente, bajaba los ojos y enrojecía.

Tenía un novio soldado, paisano suyo. Los domingos y jueves salían juntos. Algunas veces el soldado iba a buscarla a casa. Catalina le había pedido permiso a mi madre para ello y mi madre había dicho que sí. Mi madre era un poco casamentera y se interesaba por este noviazgo.

Un jueves oí que Catalina me llamaba:

—Señorito, señorito...

Llevaba una hucha en una mano y hurgaba en ella con un ganchillo de esos del pelo.

—Quiero sacar un billete de a cinco duros que metí el otro día y no puedo.

Una greña negra le caía sobre la cara y le daba un aspecto montaraz. Los gruesos labios acababa de pintárselos. Llevaba el escote desabrochado. Podía ver el nacimiento de los senos. Una canal suave y blanca de señora y no de criada.

—A ver, déjame a mí...

Con mi navaja empecé a hurgar. Ella sostenía la hucha boca abajo. Se había puesto el ganchillo del pelo en la boca. En los forcejeos nos rozábamos constantemente.

Mi madre cruzó suave, arrastrando la bata, por el pasillo.

—¿Qué estáis haciendo, muchachos?

Catalina reía. Yo dije:

—Ésta, que quiere sacar dinero y no sabe cómo hacerlo.

Después de un rato de hurgar y de haber extraído algunas pesetas, y viendo que no salía el billete, le pregunté para qué quería aquel dinero.

—Para ir al cine esta tarde.

—¿Es que no paga tu novio el soldado?

—Hoy no viene; está de guardia.

—¿Entonces con quién vas?

—Con las amigas o sola.

Le devolví la hucha. Cerré la navajita.

—Yo te pagaré el cine.

—¿Me va a llevar usted?

—Mujer, no he dicho tanto.

Su sonrisa desapareció.

—No es necesario que lo haga. Romperé la alcancía. Le sujeté el brazo. Sentí sus senos junto a mi carne.

La abracé fuertemente. La besé desesperado. Casi me tragué el ganchillo del pelo que sujetaba con los dientes. Me llené de pintura. Y me hice daño.

—Cuidado, puede pasar otra vez su madre. Sacó el pañuelo y empezó a limpiarme.

—Tiene sangre. ¡Y cómo se ha puesto de pintalabios...!

Estaba radiante. Yo, confuso, atribulado, ridículo. Catalina me apremiaba.

—¿Dónde podemos encontrarnos?

—¡Yo qué sé!

—No vamos a salir juntos...

—No, no, claro que no.

—¿Qué le parece en la Plaza de Cataluña, en el centro?

—Como quieras. Lo hicimos así.

La Plaza de Cataluña hervía de criadas y soldados, especialmente de soldados. Catalina me vislumbró en seguida.

—Señorito...

Iba arreglada. Se le notaba su condición de criada de servir. Se colocó dócilmente a mi lado. Yo miraba constantemente a derecha y a izquierda.

Bajamos la escalera del Metro y tomamos el Transversal. El Metro iba lleno y Catalina y yo fuimos pegados el uno al otro, las caras muy juntas. Ella bajaba los ojos; cuando me miraba, sonreía. Estaba contenta. Yo iba serio y circunspecto, como el que va a un desafío.

—Supongo que de todo esto no dirás nada...

—¡No... no... qué va...!

Nos apeamos en la Plaza de España. Yo conocía poco aquellos barrios. Comprendía que era más difícil encontrar conocidos por aquellos andurriales que de haber ido a cualquier cine del centro.

Echamos por la calle de Cruz Cubierta. Catalina quería pararse en los escaparates. Yo la apremiaba. Nos metimos en el cine Bohemio.

Ahora creo que el cine Bohemio lo han arreglado muy bien, con una decoración moderna y pantalla para cinematógrafo. Entonces era un cine destartado, donde infinidad de parejas iban a pasar el rato y no a ver cine. Esto me pareció a mí.

Nunca había estado en estos cines de barrio, de butacas duras y en los que el público come cacahuets y avellanas, bebe gaseosa y habla a gritos entre sí. El ambiente estaba enrarecido. Al andar crujían las cáscaras de avellanas y cacahuets. La gente hacía «¡Shiiii...!» constantemente, reclamando silencio.

El acomodador nos buscó un rincón discreto. Un lateral aislado, hacia las últimas filas. Le di un par de pesetas de propina.

Catalina me preguntó:

—¿Cuánto le has dado?

—Una peseta. ¿Por qué?

—Anda, se les da dos reales, o uno, y van que arden. Catalina tenía una voz

hombruna. Yo me hundí en la butaca, desapareciendo, o intentándolo.

A la salida fuimos juntos hasta, la Plaza de Cataluña. Allí nos despedimos. Ella cogió el tranvía para llegar antes. Yo subí andando lentamente por el Paseo de Gracia, rememorando lo del cine.

Cuando llegué a casa, salió a abrirme Catalina. Con su voz estentórea rugió:

—¡Ya está aquí el señorito! Su mamá estaba intranquila...

Durante la cena mi madre preguntó dónde había estado.

—En el cine.

—¿Con quién?

—Con los amigos.

—¿Qué películas habéis visto?

—Ya no lo recuerdo.

—¡Ésta sí que es buena! —exclamó mi madre. Mi padre intervino:

—Habrán estado haciendo el indio, molestando a las muchachas.

Catalina, que servía la mesa, me miró.

Mi padre volvió a decir:

—La que ha debido pasar bien la tarde es Catalina. Está muy contenta...

Catalina se puso como un tomate. Lo mismo que yo.

En junio aprobé. No había estudiado ni más ni menos que otros años en que me habían suspendido. A un compañero que había hecho un examen más brillante lo habían tumbado. Cuestión de suerte, como en todas las cosas.

Mi padre estaba más contento que yo. Parecía que fuera él quien hubiera salido bien de los exámenes. No había dudado ni por un momento de este aprobado, y lo decía como queriendo dar a entender algo. No sé qué habría de cierto en ello. Puede que fueran figuraciones suyas.

Ninguna carrera me tentaba. En realidad no he tenido nunca confianza en esos estudios que se basan únicamente en programas y métodos anulando las propias ideas. Me llevaba más de cabeza Catalina que cualquier otra cosa.

Mi padre estaba tan contento que preparaba un veraneo extraordinario.

—Ya sabes que el médico dice que puedes ir tranquilamente a Masnou. Con tal de que no te bañes...

—Sí. Eso es como ir al baile y no poder bailar.

No quería ir. Fraguaba quedarme en casa, confiando en que a la criada la dejarían conmigo. Si se la llevan con ellos, voy, me decía; pero probaré lo otro.

Simulé querer analizar a fondo mi vocación y mis posibilidades antes de decidirme por una carrera u otra y tener que estudiar y repasar ciertas cosas que me eran absolutamente necesarias.

Nunca he podido comprender del todo la ingenuidad de mis padres. Después de una serie de recomendaciones acerca de los cuidados debidos a mi persona, Catalina

se quedó para atenderme.

El primer día lo pasamos de una manera extraña. No nos dijimos nada. Nos movíamos como autómatas, cada uno a lo suyo. Presentíamos lo que iba a suceder y estábamos como asustados.

Mis padres estuvieron cerca de un mes fuera. Como decía Catalina en sus momentos más tiernos, parecíamos recién casados. No salíamos casi a la calle y no nos despegábamos el uno del otro. Si alguna tarde fuimos al cine o a cualquier parte, salimos por separado. No quería dar pábulo a las lenguas de la portera y del vecindario. Catalina lo comprendía.

Ella estaba muy contenta. Parecía la dueña de la casa. A pesar de eso no la dejé que usara el tocador de mi madre ni que se pusiera sus batas. Tampoco consentí en que empleáramos la alcoba de mis padres. Catalina puso mal gesto, pero tuvo que conformarse.

Este mes pasó pronto. Nuestra luna de miel fue breve. Yo tenía la sensación de que hacía mucho tiempo que Catalina era mi amante.

Ya mis padres en casa, nuestras relaciones se entorpecieron. Esto fue un nuevo aliciente. Poseerla cuando podía, en un momento en que mi madre se ausentaba, tenía sus emociones. Algunas noches me deslizaba sigilosamente por el pasillo hasta su habitación. Luego volvía también sigiloso y de puntillas. Ella nunca se atrevió a ir a mi cuarto.

Finalizaba el verano y yo no había tomado ninguna determinación. Hubiese querido que mi padre me hubiera puesto a trabajar con él, en cualquier sección de la casa donde estaba de gerente; un rincón donde nadie se fijara en mí y pudiera ir vegetando tranquilamente. Mi padre decía que para eso siempre había *tiempo*. Podía estudiar Leyes. Un título siempre es un título.

—¡Bah! Los centros oficiales están llenos de abogados que no han podido ejercer.

—¿Sabes qué carrera tiene hoy mucho porvenir? La de Química.

Yo hubiera querido decirles que no quería hacer nada y que me dejaran. Cierto es que mis padres no me apremiaban. Mi madre, que me veía con ojeras, decía:

—No te pongas caviloso por lo de los estudios. Si no empiezas este año, empiezas el próximo.

Mi padre, a veces, riendo, soltaba:

—Ya que se te ocurriera ser pintor, o escritor; salir un tanto bohemio, aun a trueque de disgustar a la familia, como han hecho otros... Tú dibujas bien, y te premiaron una poesía en un Certamen...

Nada de eso se me había ocurrido. Puede que dibujara bien. Mas no era de mi gusto tenerlo como obligación. Lo hacía —el dibujar— muy de tarde en tarde. Con el escribir me pasaba igual. Y no se puede ser pintor o escritor una vez al mes o dos veces al año.

Al fin había ocurrido lo que más me temía. Catalina creía que estaba embarazada. Cuando me comunicó sus sospechas, me quedé frío. Un enorme terror invadió mi cuerpo. Dije:

—¿Estás segura?

Fuimos al médico en jueves, como la primera vez que salimos juntos. Yo no sabía de ningún especialista de mujeres. Por la mañana me había dado una vuelta por la ciudad, fijándome en todos los cartelitos de las porterías. Encontré un tocólogo que visitaba aquel día de seis y media a ocho. Fuimos temprano a fin de ser los primeros. Creía que todo el mundo nos miraba y sospechaba nuestro delito.

En la sala de espera había ya varias mujeres, alguna de ellas acompañada por algún hombre. Nos miraban. Catalina iba muy emperifollada, pero su apariencia no era la de una mujer casada. En un butacón, yo, me obstiné en un periódico.

El médico era un hombre sonriente, de cara redonda. A su lado estaba sentado un joven con una bata blanca. Me expliqué como pude.

—Presenta síntomas de embarazo y quisiéramos saber a qué atenernos.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

Si no hubiera sido por el joven ayudante, tal vez me hubiese confesado a él en aquel momento.

—Tres meses —dije.

—Veamos, veamos —dijo el médico, levantándose—. A ver, a ver, quítese las braguitas.

Catalina estaba encendida. Yo, también. Miró turbada al joven ayudante. El doctor le hizo una seña y éste pasó a un compartimiento contiguo. Catalina, discretamente, se las quitó.

La hizo tumbarse en una camilla, escarramanchada, y la palpó por dentro con un guante de goma. Yo no sabía dónde poner la vista. El doctor dijo:

—La felicito, señora. Va usted a ser madre.

Su sonrisa era amplia y mortificante. Se giró hacia mí.

—Parece un principio de embarazo. Ella rompió a llorar. Yo palidecí. Todo daba vueltas.

—No debe llorar, señora. Al contrario. Debe estar usted muy contenta, señora.

—Es la emoción —dije yo. Lo de *señora* me sacaba de quicio.

—¿Cuánto le debo?

—Tanto.

Pagué. Era barato. Catalina se secaba las lágrimas. Cerca de la puerta me volví. Quise decirle que nos ayudase. No estábamos casados y no queríamos aquel hijo. Tuve miedo y no me atreví a pedírselo. Me di cuenta de que él lo sabía todo y por eso sonreía. El ayudante o lo que fuera salía ya de la habitación vecina. Musité:

—¿Querrá usted llevarla durante el embarazo? —Fue lo único que se me ocurrió.

—Con mucho gusto. —La sonrisa del doctor era obsesionante.

En el tranvía, Catalina se recostó contra mí.

—¿Y ahora qué haremos? —Volvió a llorar.

—Nos casaremos y sea lo que Dios quiera. —Me maravillaba de mi gesto heroico.

—¿De verdad? —Se le iluminó el semblante—. ¿Cuándo se lo dirás a tus padres?

—Mañana.

Pero no lo dije. Dejé pasar los días consumiéndome. Roído. En vez de sangre me circulaba ácido muriático (*sulfumant*); por corazón tenía un perro que me mordía; en lugar de cerebro me había encasquetado un embudo: todo lo veía hondo y estrecho.

No sabía cómo decírselo a mi padre. Cuando mi madre lo supiera, se moría del disgusto. La portera iba a engordar. Los amigos se burlarían. Los vecinos se rasgarían sus vestiduras. Me cogía frío, fiebre, diarrea.

Catalina no dejaba de atosigarme.

—¿Se lo has dicho a tu padre?

Yo la esquivaba.

No tenía apetito. La comida me sabía a diablos. No pasaba. La engullía como quien engulle trapos. A menudo me la dejaba en el plato.

Mi madre se fijó en más de una ocasión.

—¿Cómo no comes?

—No sé. No me apetece. Algo me ha sentado mal.

Mi padre comentaba:

—Estará enamorado.

Y se reía:

—Jo..., jo...

Yo también sonreía. La sonrisa del conejo. O como el cisne, que canta antes de morir.

Catalina, en la cocina o en su cuarto, lloraba. Ella lo hacía por fuera; yo, por dentro.

—¿Aún no se lo has dicho? Tu madre observó ayer que me daba una angustia terrible. Dice que debo de tener el estómago malo. Quiere llevarme al médico. Yo no aguanto más. O se lo dices tú o lo digo yo.

En ocasiones cambiaba el disco.

—Tú ya no me quieres.

Le decía que sí, más la rehuía. Me repugnaba besarla, tocarla, todo. Una anafrodisia completa atenazaba mis huesos. Pensaba morir. Lo deseaba. Por las noches mordía la almohada. Lloraba sobre ella. Me ponía de pie en el suelo. Volvía a acostarme. Cuando me dormía, soñaba. Unas veces iba vestido de soldado y mi padre decía: «Tú no eres mi hijo, tú eres el novio de la criada». Otras veces, Catalina se convertía en Penela y se burlaba: «Con una criada, con una criada...». También soñaba a mi madre muerta en un ataúd blanco por mi culpa. Cuando lograba dormir tranquilamente, me dolía despertarme. Era doloroso volver a aquella realidad agobiadora y enervante.

—¿Aún no se lo has dicho a tu padre?
—¿Cómo no comes? Te estás quedando muy delgado.
—Estará enamorado.
—Me dio una angustia.
—¡Jo, jo...!
No podía más. Era alucinante.
—Con una criada, con una criada.
Al final reventé y fui a hablar con mi padre.

Estaba en su despacho.

—Tengo que hablarte, papá.
Hojeaba unos catálogos. Casi no me miró.
—Di, hijo, di...

El corazón se me encogió. Y el estómago. Necesité mucho valor. Mucho. Musité débilmente:

—La criada está embarazada.

—Vaya, vaya —dijo mi padre. No había dejado de hojear el catálogo—. Estas criadas siempre reservan sorpresas. Bueno, no te preocupes. Comprendo que te haya delegado a ti para que me lo digas. Le da vergüenza, ¿no? Pero ¡qué diablos!, podía haberse largado sin necesidad de decir nada. ¿O es que ahora, el soldado, una vez hecha la cosa, no quiere saber nada con ella? Estos golfos siempre hacen igual. Debe de estar hecha un mar de lágrimas, la pobre... Se comprende... Pero yo hablaré con él y le convenceré. Y si se niega, le obligaré. Yo no me explico cómo pasan estas cosas, cómo son tan tontas y se fían del primero que les dice algo. Seguro que han sido capaces de haber... de haber hecho la cosa en nuestra propia casa. Me jugaría lo que fuera a que fuiste capaz de dejar subir al soldado como si tal cosa y que hablaran y estuvieran solos en la habitación de ella, ¿no? ¡Hay que tener un poco más de vista, hijo! Bueno, en fin de cuentas, ella saldrá ganando. Tal vez no hubiera encontrado con quien casarse, y así... Yo le haré un pequeño regalo en metálico y...

Conforme mi padre iba hablando, yo iba desfalleciendo. Un sudor frío me bajaba por las axilas. No tenía que haberle dejado hablar. Estaba como alelado y no coordinaba las ideas. Mi voluntad no me obedecía. Finalmente, dije, grité:

—¡No hay tal soldado, papá; él no ha sido, papá; he sido yo, papá!

¡Clang...! Cerró el catálogo. Estuvo un rato mirándome fijamente. Las lágrimas me hacían verlo borroso. Con los dientes apretados, musitó:

—¿Tú? ¡Canalla! ¡Sinvergüenza! ¡Mal hijo!

No gritaba.

—¿Qué piensas hacer?

—Casarme con ella. —Mi voz era un hilo.

—¿La quieres?

—No sé. Creo que no. Pero he de remediar mi falta.

Quería gritar y ser yo quien riñera. Mi padre volvió a hablar:

—Vete. No te lo perdonaré jamás. Para mí has terminado.

Me advirtió que no dijera nada a mi madre.

—Ella no puede recibir esta clase de disgustos: los ataques de nervios la destrozan. Yo lo arreglaré todo.

No sé bien cómo lo arregló. Le dio una suma de dinero a la criada y le cargaron el mochuelo al soldado. El soldado estaba emocionado con su inminente paternidad. Catalina se había marchado al pueblo y el soldado se reuniría con ella dentro de unos meses, cuando le dieran la licencia. Los últimos días se les veía a los dos muy acaramelados.

Entre mi padre y yo se había erguido como una especie de muro. Me hablaba lo indispensable y yo a él igual. Absorbida por la novedad que le suponía el *lío este de la criada y su novio*, mi madre no se daba cuenta de esto. Estaba resentida y molesta por la actitud que ella, en su ignorancia de los hechos, le atribuía a Catalina. No comprendía cómo había tenido más confianza para confesar su culpa a mi padre que a ella, a ella que siempre se le había portado como una madre.

—Por eso, mujer, por eso —decía mi padre—. A ti te estimaba más. Sentía por ti una especie de veneración y no se atrevía. A mí me encargó que no te lo dijera, pues le daba mucha vergüenza. Prefirió despedirse como si se marchara al pueblo reclamada por su familia.

—¡Qué días habrá pasado, pobrecita! ¡Y los que estará pasando ahora en su casa con sus padres! Me hubiera gustado ayudarla, haberle dado algo.

—Mujer, de eso ya me encargué yo. Y no hablemos más de esto, por favor.

En seguida daba de lado este asunto, pero mi madre volvía continuamente a él. Yo asistía a estas conversaciones encarnado y con la vista fija en el plato.

Mi madre hubiera disfrutado lo suyo arreglando el *lío de la criada*, incluso asistiéndola luego en el parto. De haber sabido sus señas, le hubiera escrito para saber de su estado y prepararle alguna ropita al niño —a su nieto pensaba yo—. Pero de Catalina sólo sabíamos que era de Extremadura. Alguna vez habría dicho el nombre de su pueblo, seguro, mas no lo recordábamos. Del soldado también habíamos perdido la pista. No sabíamos en qué regimiento o cuartel estaba. Y nos veíamos incapaces de recordar si era de artillería, o de infantería, o...

Yo había vuelto a sosegarme. Comía y dormía más. A veces aún me sobresaltaba. Pero luego respiraba aliviado.

Con mi padre continuaba igual. Hablábamos lo imprescindible. No me molestaban con estudios ni con trabajos. Yo pensaba que mejor.

Tomamos otra criada. Una mujer vieja. Mi padre dijo que nunca más tendría una criada joven. No quería exponerse de nuevo a lo que había ocurrido.

Mi madre se encontraba a gusto con la nueva criada. Pasaba horas y horas en la cocina con ella, hablando de Catalina, diciendo que ya ella una vez había observado cómo le daba un mareo, pero que no había sospechado nada, y cómo estaba el mundo hoy. Yo procuraba esfumarme.

Era la Santa Misión en Barcelona. La radio retransmitía las conferencias del Price, para obreros. Mi madre iba a la iglesia cercana a escuchar a un predicador muy bueno. Mi padre, con los empleados de los almacenes, asistía también a unas conferencias organizadas para ellos. El ambiente era santo y de arrepentimiento. Había carteles en las calles y en los vehículos públicos anunciando el acontecimiento. Los diarios hablaban también.

Una tarde, paseando Rambla abajo, entré en la iglesia de Belén. Un corpulento jesuita, desde lo alto del púlpito, tronaba a más y mejor. Llevaba birrete y tenía un fuerte acento aragonés. Su voz era tan estentórea, que había mandado desconectar el micrófono.

Convencía más su tono de voz que sus argumentos. Daba la impresión de ser un hombre sin problemas porque los había resuelto ya de antemano. Yo lo envidiaba. Era un hombre que había llegado al final de todas las cuestiones. Desde allí nos tendía las manos. Así lo imaginaba. Cuando terminó de predicar vigilé en qué confesonario se metía y fui a él.

Rambla arriba, el pecho se me dilataba. Estaba el cielo nublado, ya anocheciendo. Yo tenía la sensación de que en lo alto brillaban las estrellas. Sentía ganas de abrazar a los transeúntes. Todo lo veía de una manera distinta.

El jesuita me había dicho que por el mundo no se puede ir soltando hijos como quien suelta maldiciones. Me dijo varias cosas más. Y unos consejos rutinarios. Yo estaba compungido. Él, como habituado. Me puso una penitencia —varios padrenuestros— leve e insignificante. Me dio la estola a besar. Yo le besé, además, la mano.

Aquella noche mi madre dijo:

—Te encuentro mejor que días atrás, Armando.

Hubo una gran epidemia de gripe, en febrero, si mal no recuerdo. Nunca se había visto nada igual. La gente moría como moscas. Se registró doble mortandad que en los demás meses. Familias enteras habían guardado cama, todos al mismo tiempo. Algunos muertos tardaban más de lo reglamentario en ser enterrados, pues los Servicios de Pompas Fúnebres no daban abasto. No había bastantes caballos negros para los coches funerarios y fue necesario echar mano de los blancos.

Mi padre bebía el coñac a lo loco, que se dice ahora, para contrarrestar la epidemia. Mi madre rezaba y estaba asustada, más por mí que por nada.

Sólo yo, de los de casa, cogí la gripe. Fue poca cosa. Guardé cama siete días.

Me quedó una tos insistente y molesta que me preocupaba. Fui al médico y éste aseguró que no era nada. Del pecho estaba bien. Ya desaparecería.

Pasaron los días y la tos continuaba. Un poco de bronquitis, dijo el médico; y me recetó unas inyecciones balsámicas. Tomé una caja o dos, ya no recuerdo bien, y la tos desapareció. Pero luego, volvió. Entonces el médico mandó que me hiciera un análisis de esputos. Lo hice y di positivo. Poco. Un bacilo de Koch por cada cinco campos. Quedé aterrorizado. Me ordenó que hiciera de nuevo reposo absoluto. Un mes. A ver qué ocurría.

Fue durante este mes cuando recibí la participación e invitación de Penela anunciándome su próximo enlace matrimonial con el Gato. Era una invitación señorial regia, escrita con caracteres góticos e ilustrada con dibujo muy romántico. Estaba en cama y no a la boda, pero aun cuando hubiera estado bien no hubiera ido.

Poco después recibí una carta de Penela en la que me recriminaba por no haber ido a su boda y en la que me contaba lo feliz que era. No le contesté. Volvía a estar obsesionado con mi enfermedad. También había recibido una postal desde Mallorca, donde habían ido en viaje de novios. A mí, todo esto, me daba igual.

Al mes me hice otro análisis y volví a dar positivo. Esta vez más. Uno por campo. El doctor, entonces, me recetó la estreptomicina. Treinta gramos. Un gramo cada día. Mi madre suspiraba.

La estreptomicina no estaba tan cara como al principio. Había bajado mucho. Iba a cuarenta pesetas el gramo. Ya no era medicina de millonarios, pero para muchos continuaba siendo inalcanzable.

Terminada la estreptomicina, di negativo. Me sentí feliz. Mi madre también. Mi padre, si lo era, lo disimulaba. Continuaba frío e indiferente. Mi madre no se daba cuenta. Creía que los negocios lo absorbían. De todas maneras, a espaldas mías, mi padre le preguntaba qué había dicho el médico y cómo iba.

Ya restablecido, dejé la cama y volví a hacer vida normal. Pensaba que esta vez había escapado mejor que la otra. Pero me equivocaba. Pasado un tiempo volvíme la tos, aquella tos pertinaz que era mi pesadilla. Tuve que hacerme otro análisis y otra vez di positivo. Treinta gramos más de estreptomicina, otra vez en cama, y de nuevo negativo.

Empecé a familiarizarme con esto. Pensaba que eso de la estreptomicina era una ganga. Ahora ya me era más difícil habituarme a una vida metódica, de reposo absoluto. En cuanto daba negativo, como me encontraba bien, empezaba a salir, a ir al cine y a pasear.

La tos volvió. Tuve que hacerme otro análisis. Torné a dar positivo. Uno por campo. El propio médico estaba extrañado. Yo empezaba a pensar en un castigo de Dios. Mi madre, de haberlo sabido, hubiera opinado igual. Mi padre debía de pensar que esto eran los frutos de mi vida licenciosa.

Le dije al médico que volviera a recetarme la estreptomicina, pero éste me dijo

que no.

—A tus bacilos les han salido cuernos. Se han hecho reacios a ella. No conseguiríamos nada.

Me mandó reposo. Al mes volví a los análisis. Estaba peor. Tres por campos. Continué haciendo reposo y un régimen de sobrealimentación. Los análisis de esputos me daban horror. A veces pensaba si en los laboratorios no habrían trocado mi análisis por otro.

Sucesivos análisis fueron dando mayor número de bacilos. Cinco por campo. Siete. Llegué a diez por campo. Incluso mi padre, aunque lo disimulaba, estaba preocupado.

El médico dijo:

—Tendré que intervenir de nuevo.

Sentí que el mundo se hundía bajo mis pies.

—¿Qué me hará, otra plastia?

—No. Algo peor. Tal vez una «neumonectomía».

—¿Eso qué es?

—Ya lo verás. Extraerte un trocito de pulmón, el lóbulo dañado.

Quería rebelarme. Todo antes que aquello. Insistí de nuevo en lo de la estreptomina.

—¿Y si volviera a tomarla?

—Ya te dije que no. Has tomado demasiada. Estás como inmunizado. No te haría ningún efecto.

—¿Y si tomara el «Pas»?

—Tampoco.

—¿Y si volviera a marcharme fuera unos meses, como la otra vez?

—¿Ves?, eso ya está mejor. Te vas fuera todo el verano; engordas unos kilos, pues te has quedado muy delgado, y, cuando regreses, puedo tratar de operarte. Si para entonces dieras negativo ya hablaríamos.

El verano estaba ya avanzado. Preparé las maletas y me fui a Calafusta.

Mi padre no quiso acompañarme, como antaño hiciera. Pretextó que tenía que ultimar ciertos trabajos para poder tomarse las vacaciones e ir como cada año a Masnou.

Mi madre quería acompañarme a toda costa. Mi padre y yo nos opusimos. Ya no era como la vez pasada, que salía de una operación. Esta vez me encontraba mejor que entonces. Si no hubiera sido por los malditos análisis que siempre daban positiv...

Mi madre se avino a razones y marché solo.

SEGUNDA PARTE

Ya me he quitado la túnica. ¿Cómo volver a vestirme? Ya me he lavado los pies. ¿Cómo volver a ensuciármelos?

El Cantar de los Cantares, V, 3.

Puse una conferencia a la señora Roseta pidiéndole me reservara habitación. Tenía la fonda llena, pero me buscaría alguna en el pueblo. La encontró en casa del barbero-telefonista-alpargatero-todos-los-empleos-del-pueblo.

Se trataba de una habitación amplia, encalada, con un ventanuco pequeño. Había una enorme cama de nogal, una monumental cama de matrimonio y un aguamanil en un rincón. Había también, en un estante, unos voluminosos volúmenes. No sabía de qué podrían ser, pero supuse podría distraerme con ellos, pasando sus hojas y mirando sus láminas. Luego resultó que eran guías comerciales, llenas de nombres de calles y de números de teléfonos... Excepto el ventanuco, allí todo era grande. Yo no sé por qué, comparaba esta habitación con la celda monacal donde Bécquer escribió sus cartas. Los de la fonda, en broma, llamaban a este cuarto solitario «el pisito de soltero».

—A ver cuándo nos invita a pasar un fin de semana en él —decían riéndose.

En la ventruda cómoda coloqué cómodamente mi ropa y aún me sobró sitio. En el mullido lecho matrimonial naufragaba. Tumbado en él, pensaba continuamente en que debía curarme y escapar como fuese a la escalofriante operación. Por ello me alegraba de aquella mi estancia robinsoniana, desterrado de la fonda.

El ambiente de Can Barral había cambiado. Ya no era como antes. La colonia de los averiados casi no existía. Habíase ido extinguiendo poco a poco. El de ahora era un ambiente bullanguero y de constante ajeteo. Excursiones, salidas, paseos.

El señor Pera y Penela fueron los dos únicos conocidos que encontré en la fonda. Estaban en la puerta en el momento de mi llegada. Ellos dos y una chica con gafas. Penela me dio la mano, con displicencia. A mi me latió el corazón más fuerte. El señor Pera puso cara de pasmo.

—¡Armando! ¡Si yo te hacía muerto!

—¿Muerto?

—Sí. Incluso he rezado por ti. Penela dijo:

—Yo sabía que venías. Me lo dijo la fondista. La chica de las gafas se escurrió hacia dentro y Penela se fue con ella. El señor Pera insistía:

—Sí, sí. Tanto tiempo sin saber de ti era para creer que habías palmado.

—Casi que sí, señor Pera. ¿No ve la cara que tengo?

—Desde luego, estás muy delgado. Le conté en dos palabras mi recaída.

—Estarás contento de volver...

—Apena tener que volver a un lugar cuando creías haber salido de él para siempre.

—¡Bah, eso es literatura! Te encontrarás bien de nuevo en seguida, ya lo verás.

El señor Pera llevaba una carabina en la mano, una carabina de esas de tirar al blanco en las ferias; de salón, creo que las llaman.

—¿Vamos a dar una vuelta?

—Espere.

Entré en la fonda. Había mucha gente. Unos desayunando, otros escribiendo cartas, otros jugando al dominó, a las damas y al *parchís*. No reconocí a nadie y no repararon en mí.

La señora Roseta estuvo muy zalamera.

—Siento no haberle podido dar una habitación en la fonda. Tengo muchos compromisos. Más adelante ya procuraré trasladarle aquí. *S’hi estaré gaire temps?*

—Un par de meses.

—Venga conmigo y le llevaré a la casa donde le he alquilado la habitación.

—No, no. Ya iremos después de comer. Dejo las maletas aquí en la cocina. Voy a dar una vuelta con el señor Pera.

—¿Quiere tomar algo?

Tomé un vaso de leche, allí mismo, de pie, y me fui inmediatamente. Me desorientaba aquel ambiente vocinglero y aquel ir y venir de los huéspedes. No tenía en cuenta que la otra vez había llegado cuando aún no había casi nadie, y, ahora, en cambio, era pleno verano.

Con el señor Pera, echamos pueblo arriba. Pasamos junto al cementerio y llegamos hasta el Sender deis Enamoriscats, donde es fama que ni a las doce del mediodía penetra el sol, tan tupido es el follaje. En las márgenes del río, sobre el césped, nos sentamos. El señor Pera disparaba con la carabina contra todo cuanto se movía.

—A veces cazo algún gorrión. La fondista, luego, lo asa. ¿Quieres tirar?

Disparé sobre una lata de conservas vacía un poco apartada y no le di.

—¡Qué mala puntería tienes! —dijo el señor Pera. Disparó él y la atravesó.

Hacía una mañana espléndida y resplandeciente.

—Encuentro el ambiente muy cambiado, señor Pera —comenté yo.

—Sí, en dos años esto ha cambiado mucho.

Ahora no era como antaño, cuando muchos venían a hacer una larga cura de reposo durante meses y meses.

—Ahora, con eso de la *estreptomicina*, el *Pas* y el *tebeuno* la gente se cura antes.

Penela subía porque tenía por costumbre hacerlo cada año. Su marido, el Gato, vendría más adelante, a pasar sus quince días de vacaciones con ella. Él, el señor Pera, también se había habituado a subir cada año una temporada.

—Yo estoy, podríamos decir, curado. Mi enfermedad se ha estancado, pero puede reactivarse. Hay que procurar que se mantenga así. Por eso vengo aquí cada verano.

El señor Pera hizo chasquear la carabina contra una flor y le destrozó los pétalos.

—¿Sabes que murió Jaime?

—Sí. Tardé en saberlo. ¡Qué mal me supo...!

—¿El que muriera o el tardar en saberlo?

—El que muriera. El tardar en saberlo no me supo mal. Para mí vivió más tiempo.

—¡Bah, tonterías!

El cielo estaba azul por completo, sin una nube. Casi no lo veíamos a través de los árboles.

—También murió Elisa. ¿Te enteraste?

—No, de ésta no me enteré.

—Pues sí, murió a poco de llegar a Sevilla. Los dos días de viaje la acabaron de matar. Creo que su marido lloró mucho. Alfonso sabía bien la historia. Se la contó la hermana que Elisa tenía en Barcelona.

El señor Pera cargó la carabina.

—Alfonso también murió.

—¿Sí?

—El año pasado. Aún estuvo aquí el año anterior, durante el verano. Le habían hecho la plastia. Recayó del otro pulmón. Creo que a consecuencia de haber tomado un poco el sol una vez que no le quedó más remedio. ¡Él, que le tenía tanto miedo a eso! ¿Te acuerdas cuando se colocaba la sahariana en la cabeza para...?

El señor Pera parecía haber heredado de Alfonso su manía informativa. Se recreaba en dar estas noticias necrológicas. Me las servía a modo de sorpresa. En aquellos momentos estaba contento de la muerte de los que me anunciaba.

—También murió Andreu, ¿sabes?

—¿También?

—Sí. Aquí subió el año pasado. Estaba delgado como un hilo e iba lleno de granos y de forúnculos que se le reventaban sin acabarse de curar nunca y saliéndole continuamente. Parecía un mapa. Yo por eso pienso lo que pienso. Él creía que se restablecería aquí en Calafusta, como siempre le había ocurrido. Pero no se repuso. Quería comer mucho y no podía. No tenía apetito. Además, todo cuanto comía lo devolvía. Se marchó a Barcelona con los primeros fríos y creo que pescó una pulmonía que ayudó a matarlo.

Tumbado, miraba las hojas de las hayas. Pensaba que los que iba mencionando el señor Pera estarían allí arriba mirándome, mirándonos.

—¿Y la señora Carmen?

—Igual que los que te acabo de contar. Palmó.

El señor Pera había disparado. No me di cuenta a qué.

—La operaron, se puso muy bien. Entonces, su marido, compró un restaurante en un pueblecito junto al mar. Ya sabes que el mar, a nosotros, no nos conviene.

—Barcelona también está junto al mar.

—Bueno, bueno. Está de una manera relativa. Por algún lado sí y por otros no. Ellos tenían el restaurante en la playa, para los bañistas. El yodo de la mar no es bueno para los pulmones.

No se movía una sola hoja en los altos árboles.

—También murió Román.

—Con dos fulanas y la mujer no podía durar demasiado.

Tornó a disparar, el señor Pera. ¡Chac!

—Ignacio también la diñó. ¿Te acuerdas de él? Vivía en Moncada, donde yo, en una masía. Bajó muy bien de su convalecencia. Pero se puso a trabajar en seguida en el campo. Los payeses tienen eso. Un día, cavando con la azada, tuvo una hemoptisis tan grande que en papó los terrones que roturaba y ya no hubo nada que hacer.

Se puso un puñado de perdigones en la boca.

—También murió Pilar la Carnicera.

—¿Quién era ésa?

—Es verdad. Tú no debiste conocerla. Subió al año siguiente de estar tú.

Dobló la carabina, para cargarla. Hacía un ángulo y parecía que estaba rota.

—¿Así quién ha quedado de la «pandi»?

—¡Huy, muchos! Enrique Llebot, José Manuel, Luisa Vicenta, Dorita...

—No conozco a todos éstos.

—Es cierto. Subieron después. Ya los conocerás. Un gorrión se paró en un avellano; el señor Pera disparó y no le dio. Me alegré. La pandilla, para mí, había desaparecido. Sólo quedaban Penela y él. Para ellos, en cambio, subsistía, puesto que se renovaba, y como cada año volvían allí no notaban la ausencia de los caídos.

—Así, señor Pera, excepto usted y Penela, ¿murieron todos?

—No, hombre, no seas bruto. Tú ya no cuentas al marido de Penela, el Gato. Y a Blanquita, que se fue al r Brasil. Y al señor Blas, que acostumbra a subir a finales de verano. Y a Baltasar...

—¿Qué se hizo de ése? Yo le vi una vez.

—Tiene un negocio. Un taller de tuercas en la calle Sepúlveda, cerca de donde yo trabajo. Los negocios lo absorben demasiado y por eso no ha vuelto por aquí; sólo el año pasado estuvo dos días. Creo que se va a casar.

—¿Con aquella que lo plantó y por culpa de la cual estuvo enfermo?

—No. Bueno, supongo que no.

—¿Está tan gordo como antes?

—Está gordo, pero no como antes.

Aquello era una exageración.

El señor Pera vuelve a disparar. Divago. Los minúsculos plomos se clavan en los troncos de los árboles.

—Nunca adivinarías quién murió también.

—Quién.

—¿Te acuerdas del Forner, aquel muchacho que ayudaba a Jaime?

—¿Aquel chico tan robusto, que siempre cantaba estentóreamente?

—Aquél.

—Murió aquel mismo año, por Navidad. De una tisis galopante. Para mí que se la pegamos nosotros.

Por el borde de las altas hojas se colaba algún rayo de sol.

—¿Qué se hizo de Manolo? ¿Murió también? ¿Sabe usted algo de él?

—De ése sí que nadie sabe nada. Parece como si se lo hubiera tragado la tierra.

De todos modos no creo que haya muerto. ¿Tú crees que a ése hay algo que lo pueda matar así como así?

—Mire Román...

—Sí, eran de igual calibre. No; Manolo era más animal. Yo estuve en la Compañía de Electricidad, donde él decía que trabajaba, y allí nadie supo darme razón de él. Claro que Rodríguez hay muchos, y no caían. Pero su tipo era inconfundible. No tenía su dirección, si no, hubiera ido a su casa. ¿Tú tampoco la tendrás?

—¿El qué, la dirección? No, no la tengo. Yo creo que no se la dio a nadie.

El señor Pera se puso a contar los proyectiles que le quedaban.

—¿Y de Victoria, aquella chica delgada?

—Yo no la conocí. Ya me había marchado cuando ella subió. Tengo entendido que el frío la asustó y se marchó en seguida. Así lo cuenta la señora Roseta.

El señor Pera sigue hablando de otros que ya murieron y de otros que aún viven, pero yo no los conozco. Nos armamos algunos líos.

—¿Sabes que el año pasado encargamos una misa por todos los muertos? A ti te contábamos entre ellos.

Me pone una mano en el hombro.

—Me alegro de que no haya sido así.

Me tumbé hacia atrás y quise dar una voltereta. Luego me eché a reír. El señor Pera me miró.

—¿Te has vuelto loco, chaval?

El señor Pera no se desprendía nunca de la carabina. Cuando comía la sostenía entre las piernas. Dos muchachillos de la fonda tenían una. Entonces, el señor Pera marchó a Barcelona y se compró otra. Era para matar sus ocios, decía. En realidad mataba flores, caracoles, mariposas, lagartijas, gorriones... Cuando más disfrutaba era cuando abatía una golondrina. Debía ser porque era más difícil acertarlas. A mí me indignaba que cazara de todo; a los demás les indignaba que cazara golondrinas, sobre todo a los payeses. Las *orenetes*, para ellos, son sagradas. A los gorriones, en cambio, los odiaban, pues se comían el trigo de los campos. Las golondrinas se alimentaban de toda clase de insectos y son un bien para la agricultura. Los payeses, aunque payeses, esto lo sabían. El señor Pera, entonces, decidió cazar sólo gorriones. Alguna vez, por equivocación, mataba alguna golondrina. Reía y se disculpaba. Me daba cuenta de que era más crío que la otra vez cuando le conocí.

Un día, el señor Pera y los dos muchachos de la carabina, mataron unos gorriones. Los hirieron en las alas, y, para rematarlos, los cogían con dos dedos por el cuello, apretaban y los ahogaban. Al parecer, los animalitos morían rabiando. Unas señoras de la fonda protestaron. Entonces se originó una curiosa discusión. Un señor, fabricante de licores, afirmó que estos animalitos casi no sufrían, pues la sensibilidad aumentaba con el tamaño. Los animales grandes, menos el caballo, sufrían mucho más. Los perros más que los gatos. Los bueyes más que los perros. Los caballos no, los caballos no sufrían en absoluto. Era una excepción extraña. El hombre es un animal grande —algunos rieron—; por eso sufre mucho.

—Así —dije yo—, el animal más sensible al dolor será el elefante; o la ballena.

—Indudablemente.

—¿Más que el hombre?

—Más que el hombre.

—Yo creía que no.

—Pues iba usted muy equivocado.

La señora Roseta me colocó en la misma mesa que ocupaba el señor Pera, y en la que comía también una chica delgadita y rubia llamada Dorita. Tenía una tosecilla seca y carraspeaba constantemente. Me recordaba a Elisa. Llevaba el neumógeno y debía de ser la que peor estaba de todos los huéspedes.

La chica de las gafas se llamaba Luisa Vicenta. Era mofletuda, con cara de manzana sana. Había estado enferma, pero ya estaba bien. Reía, cantaba y bailaba sin cesar. La gustaba mucho el cine, era socia de Radio Barcelona y, además, hinchaba del Barça.

Había un joven llamado Enrique Llebot, poco más o menos de mi edad, un poco grueso, algo sordillo, muy bondadoso, que le gustaba mucho leer y a quien habían

operado de plastia aquel invierno.

Los primeros días, cuando por la tarde salíamos a pasear, andaba yo abstraído y ausente. Más que por otra cosa, porque veía difícil que pudiera librarme de la operación. Los demás reían y charlaban con un optimismo y una euforia que me hacía daño. Muchas veces me quedaba atrás. Entonces, Enrique Llebot procuraba rezagarse y se colocaba a mi altura. Hablábamos y me distraía. Pronto adivinó que me gustaba leer. Cuando supo de mis aficiones por el género policíaco se mostró disconforme. Me aconsejó que diera de lado este género.

Yo lo veía un poco difícil. Todo es probar, argumentaba él. Lo bueno no sabes si es bueno hasta que le hincas el diente. Él había traído algunos libros consigo, es que me los prestaría.

Me prestó *Él regreso de Don Quijote*, de Chesterton. Le hubiera gustado prestarme *El candor del Padre Brown*, del mismo autor, o alguna otra novela protagonizada por este mismo clérigo, y que son casi policíacas, dijo, pero no las tenía allí. *El regreso de Don Quijote* me aburrió tanto que no lo pude terminar. Entonces me prestó el *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez. Este libro me entusiasmó. Enrique Llebot estaba orgulloso de haberme encauzado por la buena senda.

Otro de los que tomaba parte en estos paseos era un jovenzuelo que no llegaba a los veinte años, llamado Alfredo. También era un devorador de novelas. Pero sólo leía FBI. En casa tenía la colección completa. Era un muchacho alto, corpulento, con el trasero muy gordo, que se bamboleaba al andar. Penela, Luisa Vicenta y otra chica llamada Teresa, decían que tenía un tipo estupendo. Enrique se hacía cruces de esta aseveración. Tenía cara de bebé y llevaba gafas. Enrique se santiguaba.

El compañero inseparable de Alfredo era otro chico de su edad, un muchacho muy servicial, siempre dispuesto a hacer un favor a quien fuera. Le llamaban Pepito. Pepito y Alfredo se pirraron por una jamona de cuarenta y cinco años —la señora Luisita— que con su hijo Juan Ramón, uno de los muchachos de la carabina, estaba pasando una temporada en Calafusta.

Pepito y Alfredo habían visto una vez, por casualidad, a la señora Luisita en viso —un viso negro, nada menos— y esto les había impresionado profundamente. La señora Luisita sabía de su ascendencia sobre estos mozalbetes y abusaba de ella ordenándoles continuamente cuanto se le antojaba, como si fueran dos criados a su servicio.

Esta señora estaba pasando en Can Barral una larga temporada con su hijo, que convalecía de no sé qué.

Algún domingo que otro subía su marido a verles. Decían que no se llevaban muy bien. Vivían juntos, pero cada uno campaba por donde podía. Su marido tenía una fulana. La señora Luisita no hubiera extrañado a nadie que hubiese tenido, no un fulano, sino varios. Mas esto no pasaban de ser habladorías y meras suposiciones. La tal señora tenía ínfulas de grandeza, y era cargante y cursi. Le hubiera gustado

alternar con los señores que veraneaban en los chalets suizos de al lado de la carretera. Siempre andaba con suspiros y gestos afectados. Daba fiestas de sociedad en su casa y tenía un palco en el campo del Barcelona.

Cada noche organizaba un baile en la fonda, sirviendo de orquesta el monumental aparato que sólo cogía Radio Andorra. Yo me alegraba de hospedarme fuera Él de la fonda. En cuanto terminaba de cenar me largaba a mi habitación de la casa del barbero-taxista-todo-lo-demás y me ahorra el participar en estos jolgorios que hubieran sido catastróficos para mi recuperación.

Uno de los que acogía con mayor agrado esta clase de fiestas era un cuarentón, peluquero de señoras de profesión, que estaba allí pasando sus vacaciones y que tenía un insoportable aire de afeminado. Decían que bailaba muy bien, y las mujeres de la fonda se mataban por bailar con él, especialmente doña Luisita.

Teresa era una chica muy mona. Todos andábamos bebiendo los vientos por ella, pero tenía novio. Residía en Sabadell. Su novio también. Éste acostumbraba a venir casi cada domingo a verla. Se parecía a Basil Rathbone. Por ese motivo le decíamos «el traidor», y, a ella, «la chica». Los apodos se los había sacado un tal Enrique Pujol, a quien llamábamos por su apellido para distinguirlo del otro Enrique, de Llebot, y que estuvo en la fonda un mes. Era un individuo alto, que pasaba de la treintena, solterón empedernido según él (al año siguiente se casó), a quien gustaban todas las mujeres, también según él. Decía que Teresa era «la chica» y él, «el chico». Cuando anochecido regresábamos del bosque, se colocaba en último lugar, detrás de alguna mujer. Al estrecharse el camino, teníamos que colocarnos en fila india. Entonces se palmeaba él mismo el anca. «¡Hala, Luisa, qué gordita estás!» Luisa Vicenta, o la que fuera, saltaba, corría, gritaba, se adelantaba a los demás. «¡Es mentira, es mentira! ¡A mí no me ha tocado, a mí no me ha tocado! ¡Se ha pegado él mismo, se ha pegado él mismo!» Todos decíamos: «¡Sí, sí...!» Sin parar de reír.

Pujol gustaba mucho a las mujeres, exceptuando a María Teresa, que le tenía algo de miedo. Había estado enfermo el año anterior; una infiltración, parece. Teresa estaba allí porque había perdido el apetito. Luisa Vicenta había llevado el neumó. Pepito tuvo una pleuritis. Como antaño, más disimuladamente tal vez, todos padecíamos una enfermedad u otra.

Alfredo estaba allí para curarse el estreñimiento. Nadie se atrevía a contradecirle. Enrique Llebot era el único que decía:

—La primera vez que veo curar el estreñimiento con aires de altura y con abundancia de toda clase de alimentos...

Nada había cambiado en Calafusta. En la fonda, tampoco. Sólo la criada. La murciana Maravillas ya no estaba. Ahora había una linda muchachilla de Santa María del Guirigall llamada María Josefa, por la que anduvo de coronilla el año anterior — así lo decían— un tal José Manuel. Del tal José Manuel, Luisa Vicenta me repetía

constantemente:

—Verás cuando suba. Congeniaréis.

—¿Por qué? —decía yo.

—Porque sí. Tú eres muy aficionado al cine y él también. Entiende mucho.

Tenía gracia aquello. De cine yo no entendía nada. Lo que ocurría es que me gustaba. Sin embargo, tuvo razón. Cuando José Manuel llegó me hice muy amigo de él, tanto como con Enrique Llebot.

La cocinera se había casado con el Fuster. Ahora se apañaba la señora Roseta sola. También se había casado Mundet, la hija mayor, con el *hereu* de Can Patirem y teman ya un niño. *Manubri* aún vivía. Había otro hornero en sustitución del que cogiera la tisis galopante. Y habían pintado de nuevo la fonda, pero del mismo color: el comedor, crema, y las habitaciones, salmón.

El pueblo seguía igual. Todo era como antaño. Las casas; la iglesia; el cementerio; la escuela con su latinajo: «INITIVM SAPIENTLC TIMOR DOMINI»; la casona de madera, algo más derruida; las *pollanques* de la carretera; los chalets; las gentes del pueblo; las vacas; los robles; las golondrinas —«guaita, guaita, chirrííííú»—; los perros; las costumbres; la hora del correo; la hora de los coches. Unas torres más en construcción, algunas ya terminadas, y una cancha o campo de juego al lado izquierdo del pueblo, eran la única novedad. Cuando el primer domingo encontré a Trinitat, el buhonero de Santa María del Guirigall, con el puesto de cachivaches y chucherías instalado en el repecho de la enorme ventana de la fonda, me pareció que no me había movido de allí y que había sido el domingo anterior cuando lo había visto por última vez.

Había extendido la mercancía y se había metido en la fonda a tomar un vaso de ratafía, como siempre, a fumarse una pipa y a jugar una partida de ajedrez con el primer contrincante que encontraba, generalmente Jaume, el hijo de la casa, o el *hereu* de Can Patirem, el que se había casado con Mundeta; y si no, con el fontanero del pueblo, los únicos que de por allí sabían jugar.

Se enfrascaba en seguida en la partida. De vez en cuando entraba un arrapiezo a comprarle algo: un tebeo, una *baldufa*, una pelota. Cogía el dinero que el muchachillo le alargaba, y, sin mirarlo siquiera, le decía:

—*Agafa'l tu mateix!*

El pequeño agarraba su chuchería y Trinitat seguía en su juego, sin preocuparse.

Vendía revistas infantiles, novelas rosas, otros libros, trompos, canicas, pelotas, anzuelos y aparejos de pesca, caramelos, sobres sorpresa, pitos, flautas, espantasuegras, abanicos... Hacía de zapatero. Le daban botas y zapatos para apañar y él los subía ya compuestos al domingo siguiente.

Aquel primer domingo, echando una ojeada al encandilo, vi un libro de Rudyard Kipling: *Stalky & Co.*, de la colección Manantial que no cesa. Enrique, que salía en aquel momento, me dijo que estaba muy bien. Lo compré. Trinitat exclamó:

—*Aixó és bo, molt bo!*

Compraras lo que compraras —novela rosa, semanario, anzuelo—, siempre decía lo mismo:

—*És molt bo, molt bo!*

Stalky & Co. me gustó bastante.

Si hubiera subido a Calafusta a principios de verano o en primavera, hubiera estado el mismo tiempo que la vez anterior, pues también marché en noviembre, cuando los primeros fríos se echaron encima. Si prolongué mi estancia allí fue porque observé — en sucesivas ocasiones que bajé a Barcelona para los análisis de esputos— que mis bacilos disminuían. Finalmente di negativo. El médico opinó que probablemente me libraría de la operación. Respiré aliviado y decidí permanecer un mes o mes y medio más en el pueblo convencido de que aquello era una especie de seguro de vida.

El último mes quedé solo en la fonda. Toda la colonia veraniega había levantado el campo. Me aburría mucho. Los días eran grises, fríos y lluviosos. Me pasaba las horas leyendo. Enrique Llebot me había dejado todos sus libros antes de marchar. Por esta época había perdido casi por completo la afición a las novelas policíacas y me entretenía leyendo lo que hemos dado en llamar buena literatura y que a veces consiste en leer lo que está de moda. Se me despertó una afición loca por esta clase de lectura. Enrique Llebot me dejó una *especie de* lista de los libros que él consideraba mejores y que me recomendaba leer: *El hombrecillo de los gansos*, *La montaña mágica*, *El enamorado de la Osa Mayor*, *La hora veinticinco*, *Cuerpos y almas*, *El poder y la gloria*, y otros que ahora no recuerdo. En mi último viaje a Barcelona había comprado *La montaña mágica*. La encontraba pesada y aburrida. Me esforzaba en reconocer su mérito y su interés. Y entre sudores, divagaciones y aburrimientos, me la iba tragando.

Por estos días se hospedaban en la fonda los albañiles, peones, yeseros y pintores que estaban terminando la construcción de unas torres y chalets en los alrededores. Cuando regresaban de su trabajo, y mientras aguardaban la hora de la cena, jugaban a las cartas, por lo general al tute. Los peones eran todos murcianos y andaluces. Habían emigrado de sus tierras. En Cataluña, la vida estaba mejor. Los oficiales u operarios eran casi todos catalanes. Los yeseros ganaban cien pesetas cada día. Comparados con el resto, unos sueldos fabulosos. Además les pagaban la fonda. Eran rumbosos y presumidos, y, después de comer, tomaban café, copa y puro.

Nos hicimos muy amigos. Jugaba al tute con ellos. Se sentían muy pagados de esto. Decían que yo era distinto a los demás veraneantes. Exageraban. Cualquiera, en mi caso, hubiera hecho lo mismo. De lo contrario se hubiera aburrido como una ostra. Estas partidas al tute o a la brisca las jugábamos muchas veces a la mezquina luz de una vela, pues la luz eléctrica casi cada noche se iba. Yo encontraba todo esto, no sé por qué, poético y literario.

A finales de octubre murió la mujer del Fuster, la antigua cocinera de Can Barral. Había muerto tuberculosa —después de una larga y penosa enfermedad—, quién sabe si contagiada por todos los tuberculosos disimulados que habíamos pasado por Calafusta.

Yo estaba acostumbrado a los entierros de la ciudad, al coche tirado por caballos,

y me produjo una siniestra impresión ver una fila de gente enlutada, los paraguas abiertos —llovía—, y, en medio, el féretro, en unas toscas parihuelas. En el atrio de la iglesia, el cura rezó el responso, enarbolando con ampulosos gestos y aspavientos el hisopo, como cuando las granizadas, y de allí pasaron al pequeño cementerio.

Al ver cruzar la fúnebre comitiva, uno de los peones había comentado:

—Muchos suben aquí a curarse, y ésa, que tenía la medicina en sus manos, la ha diñado.

Se dio cuenta de que yo escuchaba y se turbó, y un compañero de él quiso arreglarlo.

—Usted también está delicado del pecho, ¿verdad?

—No, no —mentí—. Yo he perdido el apetito y he querido hacer un cambio de aguas a ver qué tal.

Para tener ganas de comer, no había como trabajar igual que ellos. Eso comentaban después riendo. Hice como si no me hubiera enterado de lo que decían. Pero la verdad es que sentí un poco de vergüenza.

Pocos días antes de mi marcha definitiva llegó a la fonda un tipo raro y estrafalario; un hombre seco y desgarrado, con botas de caña alta, como las de montar, y una especie de chaqueta parda que teñía más de guerrera que de chaqueta. Pidió habitación, y, mientras aguardaba la hora de la comida, entró y salió repetidas veces de la cocina, preguntó infinidad de cosas y se mostró nervioso y agitado.

La señora Roseta lo miraba escamada y sorprendida. De pronto le preguntó:

—¿Y usted cómo se llama?

El hombre le pasó la mano por la espalda, y como quien va a decir un secreto, la atrajo hacia sí y le susurró al oído:

—Yo me llamo el veintinueve de marzo.

La señora Roseta lo miró más escamada y asombrada que antes.

—¿El diecinueve?

—No. El veintinueve.

Todo el día comentamos —la fondista, su marido, sus hijas, yo— sus extrañas maneras, llegando a la conclusión de que debía de estar loco. No había más que verlo. En el transcurso de las comidas se levantaba mil veces. Iba al mostrador del bar a llenar el vaso de agua. Paseaba. Fumaba entre plato y plato. Con la colilla de un cigarro encendía otro. Los dedos los tenía amarillos de la nicotina.

Su habitación estaba en el piso de arriba. Estábamos los dos solos en aquella parte de la casa. Aquella primera noche tuve un poco de miedo. No había luz y nos habíamos subido velas para alumbrarnos. Esto daba un aire lúgubre a la cosa. Por primera vez, desde que estaba en la fonda, me encerré con llave. Durante toda la noche le oí pasear arriba y abajo por el pasillo e ir varias veces al lavabo.

Al otro día le contó a la fondista que venía de la frontera. Se había cansado de

estar allí y buscaba un sitio tranquilo. Preguntó también si desde Calafusta se veían no sé qué montes, cuánto había de allí a Francia y si en invierno nevaba. Eran preguntas sin importancia, propias del lugar o situación. Sin embargo contribuían a aumentar nuestra desconfianza.

A mediodía llegó la pareja de la Guardia Civil que estaba de vigilancia por aquellos caminos.

—*Mestressa, mestressa!* —gritaron.

La fondista respiró.

—Pasen, pasen...

El respeto de la gente del pueblo por la Guardia Civil era desmesurado. Un respeto mezcla de temor y deferencia. Caían en el servilismo. Los guardias civiles, esto, lo sabían. Y admitían sus zalamerías y regalos como si tuvieran la obligación de hacérselos. No podría decir exactamente a qué obedecía este servilismo. Probablemente algunos de aquellos lugareños tenían sus tejemanejes y la Guardia Civil hacía la vista gorda. Hasta las mozas casaderas consideraban mejor partido a un guardia civil que al *hereu* de cualquier masía de los alrededores.

La fondista les sirvió de beber. Un campesino que entró entonces se empeñó en pagar él las copas. La fondista no quiso. Invitaba la casa. Entonces el hombre ordenó que les sirvieran un vermut con todas las tapas que *ellos* quisieran. El pobre diablo hacía esfuerzos sobrehumanos para hablar en castellano. Los guardias pidieron una ración de anchoas. El hombre quería que la ración fuera doble. Entró otro individuo y también ordenó que se le sirviera de beber a los guardias. Él pagaba. Sonrientes y orondos, los guardias civiles rechazaron esta invitación. Entonces, el recién llegado los invitó a fumar. Poco después, llegó el recadero del pueblo. Era un muchacho joven. Hacía transportes con un camión. Ganaba mucho dinero. A veces llevaba algún género prohibido. Los guardias no se daban por enterados y le dejaban pasar. También pidió que se les sirviera de beber. Tornaron a rechazar. Sacó un paquete de rubio y los invitó. Mostraron los cigarrillos encendidos. Entonces les metió unos cigarrillos en los bolsillos. Para después de comer, dijo.

La fondista les había contado las excentricidades del nuevo huésped. Los guardias civiles fruncieron el ceño. Ya arreglarían ellos aquel asunto.

A la hora de la comida la fondista les sirvió —ella en persona— no una costilla o dos, como hacía con los clientes, sino una fuente llena; ni una pera o una manzana o un melocotón, sino otra fuente también llena. El nuevo huésped, durante la comida, se había levantado y paseado, como tenía por costumbre. Una de las veces, al cruzar frente a los guardias, el que hacía las veces de cabo, un tipo gordo y satisfecho, le llamó la atención.

—Bonitas botas, ¿eh?

El nuevo huésped se detuvo.

—Sí, me han dado muy buen resultado.

—¿Quiere hacer el favor de mostrarme la documentación? —le susurró.

El nuevo huésped subió a su habitación y bajó con una especie de carnet. Los guardias, a la vista de este documento, se levantaron respetuosos, intentando cuadrarse.

—¿Cómo no nos lo había avisado? —dijeron.

El nuevo huésped se encogió de hombros. Era un oficial retirado, del mismo cuerpo, creo, o algo por el estilo. No nos enteramos bien. Jaume, el hijo de la casa, dijo que era *un número de paisano que iba en misión especial*. La fondista respiró tranquila.

En días sucesivos, y paseando con este raro personaje, nos encontrábamos a la pareja de la Guardia Civil. Siempre se detenían a conversar un rato. El hombre observaba la tela de sus capotes o la de sus uniformes. Luego la comparaba con la de su propia guerrera o chaqueta, y decía:

—Allí teníamos mejor ropa, ya lo ven.

Otras veces comparaba el calzado de ellos con sus botas.

—Entonces las usábamos mejores.

Siempre decía «allí» o «entonces». Pero jamás pude sacarle nada de todo esto.

Hicimos amistad la misma noche del día que estuvieron los guardias. Estábamos cenando sin luz, como ocurría casi siempre. Teníamos una palmatoria en cada mesa, o una botella con un cirio. La mesa del nuevo huésped estaba cercana a la mía. Sin más ni más me dijo:

—¿Le importará que me pase ahí con usted?

No me importaba. Tomó el plato y el cubierto y se sentó a mi mesa.

Hablaba seguido y sin descanso. Cuando agitaba las manos, la llama del cirio oscilaba y se movía, como si fuera a apagarse. El resto de las mesas estaba ocupado por los yeseros y albañiles. En cada mesa brillaba la luz débil de una vela. Era bonito.

El desconocido tenía su cara cerca de la mía. Su rostro era alargado y seco. La luz lo amarilleaba. Tenía los ojos muy abiertos. Ofrecía un aspecto siniestro. El mismo que debía de ofrecer yo.

Entre plato y plato liaba un cigarrillo. Me ofreció tabaco. Yo no fumaba. Él, en cambio, lo hacía demasiado.

—Ya lo veo. Tiene usted las yemas de los dedos amarillas.

—Es por los nervios, por lo que fumo. El tabaco me calma. ¿No se ha fijado que soy muy nervioso? El médico me ha recomendado una temporada de descanso.

Había estado en no sé qué pueblo. Aquello no le gustaba. Calafusta era más tranquilo. Después me habló de Barcelona. Había asistido a un estreno teatral estupendo: *Llama un inspector*, de un tal Priestley. Me contó la obra. De cabo a rabo. Me gustó. Y eso que siempre resulta aburrido el que te cuenten una película o una obra de teatro.

—Al final, después de todo el jaleo, cuando todo parece que ha quedado arreglado y que no ha sido más que un mal sueño, suena el teléfono. El padre lo coge. Pone cara de pasmo. Se vuelve hacia los circunstantes y dice: «Acaba de llamar un

inspector; ha aparecido el cadáver de una tal María Smith, y viene hacia aquí». Bueno, algo estupendo. Es como si la obra empezara de nuevo. Priestley usa a menudo este sistema.

Se puso a hablar de literatura. Decía que sin las *Rimas* de Bécquer no se hubiera llegado al *Platero y yo* de Juan Ramón Jiménez, y, sin éste, al *Romance Gitano* de Federico García Lorca. Esta teoría la habría leído en alguna parte. A mí me deslumbraba. Yo había leído las *Rimas* de Bécquer, y hacía poco, por insinuación de Enrique Llebot, *Platero y yo*. Del *Romance Gitano* únicamente conocía *La casada infiel*. No veía ilación alguna entre estas tres obras. Pero aquello estaba muy bien dicho.

Él estaba leyendo *El hombrecillo de los gansos*, de Jacobo Wassermann. Enrique Llebot me había ponderado mucho este libro. Él también lo ponderó. Me hubiera gustado leerlo. Se lo dije. Me contestó que si decidía quedarme unos días más me lo prestaría, pues lo estaba terminando. Se obstinó en que prorrogara mi marcha y me lo repetía constantemente:

—Tiene que quedarse, tiene que quedarse...

El tiempo era frío y lluvioso. A ratos salía el sol. Los árboles estaban amarillos, algunos como de cobre. Yo no tenía el menor deseo de salir a pasear. Pero el nuevo huésped me lo pedía de tal modo que no me atrevía a negarme. Él, con sus botas altas, no tenía miedo al agua. Yo, con mis zapatos, me ponía perdido. Llegaba a la fonda y me los tenía que cambiar. El césped de los prados estaba tan húmedo que parecía que pisabas sobre esponjas.

Durante estos paseos charlaba sin cesar. Pero por más que hablaba no había manera de enterarse de ningún detalle de su vida ni de cosa alguna relativa a su persona. Hablaba de todo menos de él, y si yo procuraba sonsacarle, desviaba la conversación.

La víspera de mi marcha le di mi tarjeta con mis señas. Pensaba que él haría lo mismo. Guardó la tarjeta sin comentario alguno. Yo me atreví a insinuar:

—Supongo que en Barcelona nos veremos alguna vez.

—Sí, supongo —contestó. Pero no añadió nada más.

Antes de acostarnos aún estuvo porfiando para que alargara mi estancia por lo menos un mes.

—Dentro de poco nevará y podríamos esquiar. ¿No le gusta esquiar?

No era que no me gustara; lo que ocurría era que no lo podía practicar. Además, estaba decidido a marcharme al día siguiente.

—Sí me gusta —dije—. Pero en casa ya saben que llego mañana.

—Pues pone una conferencia a sus padres diciéndoles que ha cambiado de idea y ellos incluso se alegrarán.

Estábamos en el rellano del piso donde dormíamos. Él llevaba un vaso y un cepillo de dientes y se encaminaba al lavabo. Quise despedirme allí. A la mañana siguiente me levantaría temprano y no quería despertarle para decirle adiós. Le tendí

la mano.

—No, no. Usted no puede marcharse. Debe quedarse. Lo pasaremos muy bien con la nieve. Nos divertiremos de veras.

Le dije que no, con la mano aún extendida.

—No, no le doy la mano. Usted se quedará. Mañana hablaremos.

Arrimó su cara a la mía y yo me eché hacia atrás. Mi susto le hizo reír.

A la mañana siguiente, temprano, me fui.

A la vuelta de uno de mis viajes a Barcelona me encontré con otro tipo curioso, un muchacho protestante que durante un tiempo se empeñó obstinadamente en convertirme a su religión.

Yo había pasado en Barcelona una semana. Los análisis daban negativo. Probablemente me libraría de la operación. Esto me llenaba de optimismo.

En la fonda quedaba ya poca gente. Alfredo, Pepito, la señora Luisita, su hijo. Estaba también el señor Blas, que había subido a curarse una bronquitis. Me recibió con grandes abrazos y grandes muestras de satisfacción. Había también una señora rubita, delgada e insignificante, esposa de un futbolista famoso, y su hijo, un chaval de tres años. Había una hermana del hornero, que había tenido el tifus y estaba allí convaleciendo. Además estaba este chico protestante.

Alfredo y Pepito se habían convertido en admiradores del señor Blas, quien les deslumbraba contándoles sus aventuras con mujeres. Comían juntos en la misma mesa, el protestante también, y cuando se liaban a hablar de estas cosas o a contar chistes verdes, el protestante se levantaba y se iba.

Al principio creían que era homosexual, pues esto de largarse cuando se hablaba de mujeres era incomprensible. Un día en que no salió de su habitación, subieron a verle. Estaba en cama, con un ligero resfriado. Le recomendaron que tomara bastantes aspirinas. Entonces sacó de debajo de la cabecera un librito negro, el libro de las Epístolas, y dijo: «Esto es mi mejor medicina.» Además observaron que el Cristo de la pared había desaparecido. Entonces comprendieron.

—Esta gente no cree en la Virgen ni en imágenes —comentaba Alfredo dándole a la cabeza.

Siempre llevaba el librito de las Epístolas encima, y lo leía constantemente. Pero nunca, cuando citaba algún texto, decía San Pablo, sino: «Como dice Pablo...» Uno, a veces, despistado, se quedaba pensando: «¿Quién será ese Pablo?»

Todo el mundo lo miraba como a un bicho raro. El señor Blas, siempre que el muchacho estaba delante, procuraba soltar obscenidades, pues sabía que esto le molestaba. La señora Roseta andaba un tanto inquieta pensando en lo que ocurriría si el cura del pueblo se enteraba de que en su casa albergaba a un protestante. A mí me llamaba mucho la atención. Se pasaba el día evangelizando a todo el mundo. Pero todos se lo sacaban de encima con groserías y procacidades.

El día en que llevaron el viático a la mujer del Fuster, veníamos de pasear por la carretera. A la altura de la iglesia nos tropezamos con la comitiva que acompañaba al Santísimo. Anochece y la gente llevaba luces encendidas. Íbamos la hermana del hornero, él y yo. La hermana del hornero, que se llamaba Remedios, y yo, nos arrodillamos. Él se alejó mascullando:

—Esto es absurdo, esto es absurdo...

La hermana del hornero se indignó, pues era muy beata, y yo le dije:

—Oye, Antonio, ¿sabías que eres un fanático y que esto sí que es absurdo?

Cuando en la fonda ya sólo quedábamos la hermana del hornero, él y yo, la tomó con la chica. Se burlaba de ella porque le rezaba a una imagen: una imagen, decía, que ni siquiera era el retrato de Cristo, pues Cristo nadie sabe cómo era. Y se burlaba porque besaba un pedazo de barro. Se reía también del amor a la Virgen. Sus burlas se tornaban acusaciones y terminaban convirtiéndose en argumentos. La hermana del hornero, Remedios, tenía fe, pero no argumentos, y, a veces, se asustaba de las acusaciones del protestante. Una vez, ya harto, le dije:

—Mira, déjala tranquila y no la molestes más. Probablemente no la convencerás aun cuando le machacaras toda tu vida, así es que menos la vas a convencer en cuatro días que vamos a estar aquí juntos; conque déjala. Vale más creer ciegamente que llenarse de dudas. Tú no harás más que conseguir esto, y la vas a perder. Su condenación puede caer sobre ti.

Se ve que esto le hizo reflexionar y obedeció, pero tenía tantas ganas de discutir y convencer, que no sabía qué hacer con él. Admitía la discusión a todas horas, en todo momento y con quien fuera. Diríase que nada le arredraba. Yo le pedí que me dejara en paz y que fuera a discutirse con el cura. ¡Qué le dije! Se empeñó en ir a verlo y en que yo lo acompañara, para que me diera cuenta de cómo lo hacía callar. Le contesté que a mí no me metiera en berenjenales.

Me había dicho que cuando estuviéramos definitivamente en Barcelona me llevaría a la capilla evangélica que él frecuentaba. Esto me convencería de que tema de ellos una idea muy equivocada. Prometí que iría, de lo contrario no hubiese callado.

En las inmediaciones del pueblo —cerca del caserón de madera— había una torre que pertenecía a una orden religiosa femenina. Era una orden que acababa de fundarse, y la fundadora había dejado su dinero para que adquirieran aquella finca que les servía de residencia. Habían levantado sus muros y se habían aislado del mundo por completo. La orden estaba en vías de tramitación, formalizándose, aún dependiendo de lo que en Roma se determinase. Las componentes de dicha orden todavía no vestían hábito alguno.

Sea como fuere, todo aquello resultaba un poco misterioso. La gente del pueblo hacía las cábalas más extrañas y las conjeturas más extraordinarias. Por si fuera poco, el cura estaba a matar con estas religiosas.

Antonio, el protestante, ató cabos como pudo, y los ató mal. Si estaban enemistadas con el cura, si la gente decían que eran esto y lo otro, seguro que se trataba de una secta protestante. Ni corto ni perezoso se plantó en la torre de los muros altos e hizo sonar la campanilla. A quien salió a abrir, le dijo... En realidad nunca supimos qué es lo que debió decirles, pues él sólo contaba la respuesta. Adivina si preguntó:

—¿Son ustedes protestantes?

O:

—¿Evangelistas?

O:

—¿Predican al Cristo que murió en la cruz, al Cristo de la verdad?

O...

Lo que le contestaron fue:

—Somos católicos, apostólicos y romanos. Si desea hablar con la superiora, tendrá que esperar unos momentos. En este instante está despachando con el señor Obispo de Comarquinal.

Salió huyendo.

La temporada que en la fonda quedamos solos él y yo, me hizo la vida imposible. Me contó que se había convertido al protestantismo bailando sardanas.

—¿Bailando sardanas?

—Sí. Bailando sardanas.

También era un fanático de ellas. Cada domingo iba al Parque de la Ciudadela. Simpatizó con una muchacha que bailaba a su lado. Quiso salir con ella y ésta le citó en una capilla protestante que ella frecuentaba. Fue, y de ahí vino todo.

—¿Te hiciste novio de ella?

—No. Pero somos muy buenos amigos. Tenía un concepto puro y elevado del amor. Además decía que sólo se casaría con una mujer que compartiera sus ideas religiosas.

Trabajaba en un laboratorio de productos farmacéuticos.

—¿Te casarás a la manera protestante?

—No pienso hacerlo de otra manera.

—Pues no cobrarás puntos —bromeaba yo.

—Me tiene sin cuidado.

Conocía la música de todas las sardanas, y las tarareaba, y silbaba estupendamente.

Cuando se ponía muy pesado con su manía de convertirme, le decía:

—Antonio, silba *Les noies de la Terrassa, o Pescadors, bons catalans*.

A mí la sardana que más me gustaba era *Girona aimada*. A él, una de un compositor moderno cuyo nombre no recuerdo. A su madre, *Dolces carícies*.

—¿Tu familia también es protestante?

Por motivos especiales también le gustaba mucho la sardana *Amb la mel ais llavis*, pero sólo por motivos especiales. *La Santa Espina*, aún estaba prohibida.

—No; ellos son indiferentes.

—¿Saben que tú lo eres?

—Sí.

—¿No se meten contigo?

—Al principio, sí; ahora ya no.

Se fanatizaba con todo lo que le gustaba. Un día me dijo:

—¿Sabe usted jugar al ajedrez?

Me decía de usted; yo quería que me tratara de tú.

—Es que usted es una persona mayor.

Total tenía cuatro o cinco años más que él.

—¿Sabe usted jugar al ajedrez? —insistió.

Le dije que sí.

—Pues tiene que enseñarme.

Lo hice. Al principio le ganaba siempre. Pero en cuanto aprendió el mate del pastor y alguna que otra jugada de sorpresa, ya no tuve nada que hacer. Yo nunca he tenido bastante paciencia para rumiar las jugadas y él tardaba una hora en mover una ficha. Llegué a preferir sus apologías a sus partidas de ajedrez.

Recibía un montón de cartas de sus «correligionarios», como yo les llamaba. Unas cartas que, invariablemente, empezaban así: «Querido hermano en Cristo». Él usaba el mismo encabezamiento. Estas cartas le alegraban enormemente. Todos se interesaban por su salud y todos auguraban grandes cosas para cuando regresara.

Siempre tenía buenas nuevas que comunicarme. Incorporación de miembros a su Iglesia; muchachos que habían ido a la capilla para armar jaleo y burlarse y se habían convertido; el bautismo de un nuevo adepto, un hombre de cuarenta años; etc.

El bautismo lo administraban por inmersión.

—¡Ostras! —decía yo—. ¿Y en pleno invierno también los capuzáis?

No le hacían gracia mis burlas. Yo procuraba burlarme lo menos posible, pero a veces lo hacía sin darme cuenta.

Un día que entré en su habitación observé que el Santo Cristo estaba de nuevo en la pared.

—Me dijeron que lo habías quitado.

—Sí, pero volví a ponerlo. A la señora Roseta no le hacía mucha gracia.

—Oye, delante de un retrato de tu madre, ¿también experimentas tanta aversión?

—Ése es el único argumento que saben emplear ustedes los católicos, pero está ya muy gastado.

—Hombre, tan gastado como los que empleáis vosotros, creo yo.

Contaba del profundo amor que se profesaban todos los hermanos de secta; la ayuda mutua que todos se prestaban; la alegría o la pena que sentían por las satisfacciones o desgracias de cualquiera de ellos. Si todos fueran así no habría guerras.

—A mí me parece que sois unos sectarios.

Se escribía con una chica de Colombia, o de algún otro sitio, ahora no lo recuerdo bien. Donde esa chica estaba, la religión predominante era la protestante; los católicos significaban una irrisoria minoría, como aquí ellos. La chica en cuestión le escribía admirada del comportamiento de estos católicos, admirada de su gran fe, de su testimonio cristiano, de su firmeza. Creo que aquí, dijo él, ocurre algo por el estilo. Los virtuosos y llenos de fe somos nosotros. Las minorías siempre son mejores. Me encogí de hombros.

Aún me contó más cosas. Entre los feligreses que asistían a la capilla hacían una colecta para el pastor, para que éste no tuviera necesidad de trabajar y estuviera sólo y únicamente dedicado a las necesidades de la capilla y a sus pobres y enfermos. Me habló de las muchas capillas protestantes que hay en Sabadell y Tarrasa. Decía que en Tarrasa todos los grandes fabricantes eran protestantes. Yo estaba extrañado, pues hasta entonces había ignorado por completo todas estas cosas.

Salíamos a pasear a menudo. Estando Remedios, la hermana del hornero, también. Las tardes otoñales eran magníficas y daba gusto hacerlo. Habíamos ido una vez a merendar a la Font de la Bonaigua. La fuente estaba situada en medio de un extenso y exuberante prado, rodeado de altas montañas. Las montañas proyectaban una sombra augusta. El ambiente imponía respeto. Era como una especie de valle de sombras. Muy bonito.

Antonio recitaba versos, unos versos muy malos, posiblemente suyos; nunca se lo pregunté. Remedios lo escuchaba complacida. Yo creo que aquel par se gustaban sin darse demasiada cuenta. Remedios no era una chica muy bonita, pero era simpática. Las feas, generalmente, acostumbran a ser simpáticas. Tenía el pelo rizado como un negrito, de resultas del tifus.

Ya estando solos Antonio y yo, se empeñó en que lo acompañara a La Pedra Corcada. Estaba muy lejos y yo no quería, pero al final, fuimos. Aquella tarde se agudizaron sus ansias de proselitismo.

—¡Ah, si usted comprendiera a Cristo —me decía—, ah, si lo amara!

—Hombre, Antonio —decía yo—. A mi manera y a mi modo lo comprendo y amo tanto como tú.

—No, no. Usted no entiende lo que yo quiero decirle.

Era verdad. Yo no entendía nada de lo que quería decirme.

Ya en La Pedra Corcada, el paisaje se nos metió en los huesos. Era como una impresión geológica. En una sima, entre riscos, mugía el torrente sobre cantos gruesos y redondos. El agua se despeñaba desde lo alto, a través de una enorme roca horadada. Bajamos como pudimos al barranco. El ruido era ensordecedor. Pegadas a un risco se veían las ruinas de un antiguo molino. Un día de crecida las aguas se habían llevado el molino, pereciendo la familia que lo habitaba, una familia muy feliz, como sucede siempre en estos casos, compuesta por un matrimonio joven y una niña de pocos años. A raíz del desastre nadie se atrevió a volver a edificar allí.

Atravesamos el torrente aprovechando los gruesos guijarros que asomaban a flor de agua y pasamos al otro margen, que era arenoso como una playa. Al hacerlo resbalé y perdí el equilibrio. No llegué a caer del todo porque puse las manos. Me las arañé, me salpiqué de agua y me di un golpe en un muslo. Antonio acudió presuroso a ayudarme. Intentaba secarme las ropas con su pañuelo y me miraba las manos. Yo estaba avergonzado por el batacazo. Antonio daba la impresión de que se sentía culpable del accidente.

—¡Pero si no ha sido nada! —exclamaba yo. Ya sosegados, admiramos todo

aquello. Antonio estaba muy impresionado.

—¡Qué grandeza!

—¿Qué dices?

—¡Que qué grandeza!

Era necesario vocear, pues el rumor del agua ahogaba las palabras.

—¡Qué grandeza la de Dios! —volvió a gritar. Y se arrodilló en la fina arena—. ¿No le hace sentirse pequeño e insignificante este espectáculo?

No sabía qué contestarle. Aquello era un poco ridículo.

—¡Tiene que convencerse de lo grande que es Dios, lo mucho que nos ama, de lo mucho que hace por nosotros!

—¡Oye —yo también gritaba—, me estás hablando como si fuera un ateo! ¡Y de la existencia de Dios no tienes que convencerme! ¿Estamos?

Se puso en pie y emprendimos el regreso, pero continuamente se detenía a mirar el paisaje, de cara al crepúsculo, un bello crepúsculo otoñal, el cielo rojo, las nubes pardas. Las aletas de la nariz le vibraban.

—¡Estoy respirando a Dios! —decía.

Yo le miraba como se mira a un loco.

El señor Blas se había alegrado de mi llegada. Proseguía tan calavera como de costumbre. Me preguntó cómo me encontraba. Yo le conté que había subido a finales de julio con positivo y ahora daba ya negativo. Unos días más allí no me irían mal...

Él tenía algo de bronquitis. Aprovechaba las vacaciones. No quería que le pasase lo que a Román. Aquel año, las vacaciones se las habían dado un poco tarde. ¿Me acordaba de Román? ¡Pobre! Claro que él no era tan loco. ¡Dos fulanas y la mujer! Así era imposible curarse. Él hacía lo que podía, pero sin extralimitarse.

Vi que asediaba, lleno de confianza y entusiasmo, a la ajamonada señora Luisita, y que a la señora Luisita esto no le desagradaba.

La mujer del futbolista ya había estado tiempo atrás en el pueblo, con su marido, pero no se hospedaron en Can Barral. Ahora había vuelto a subir, sola con su taijito, y la señora Luisita la había convencido para que se hospedara allí. La señora Luisita presumía de acompañar a esta mujer y demostrar que era su amiga. Era una señora rubia y delgadita, muy mona. A duras penas hablaba español y yo difícilmente la entendía. Los demás se daban más maña, especialmente el señor Blas, que también le buscaba las cosquillas, aunque con escaso éxito.

Dicha señora había estado en Rusia, tras el Telón de Acero, y por lo que contaba parecía que no las había pasado muy bien. Había conseguido fugarse de aquel país, y le había quedado, como reliquia, un odio mortal a esta nación. Cuando salíamos a pasear, nos contaba su éxodo, con su media lengua. Yo no entendía nada. Lo único que a veces distinguía con claridad era que le gustaría coger a un *grrruso* —la *erre* le salía gutural— y sacarle el *cogazórt*.

El señor Blas aprovechaba cualquier circunstancia para ponerles la mano encima a las dos señoras, sobre todo a la extranjera, que era la más esquiva. Le decía al chiquitín:

—Mira, nene, mira. Ahora me llevo a tu mama.

Y le pasaba el brazo a la madre por el cuello, atrayéndola hacia él, sobándola. El chiquillo se echaba a llorar y todos reían estrepitosamente como si aquello fuera de lo más gracioso del mundo.

Estábamos sentados uña mañana en la parte alta de la carretera, después de los chalets suizos, cuando el señor Blas, en una de sus acostumbradas bromas, cogió a la señora rubita, se la echó encima de las rodillas y empezó a azotarle el trasero.

—Mira, nene, mira, Mama, pupa... Mama, pupa... —sin dejar de darle golpecitos.

El crío se puso a llorar. La madre ponía una cara rara, entre sorprendida y espantada. Desde entonces empezó a esquivar al señor Blas siempre que podía. La señora Luisita lo disculpaba.

—Es su modo de ser.

—Sí, yo soy muy de la broma —decía él lleno de seriedad.

Pero la extranjera, si veía al señor Blas por un lado, agarraba y echaba por otro.

El día en que las dos señoras, terminado su veraneo, se fueron, hicieron una especie de comida de despedida y nos invitaron. En la mesa grande, al fondo del comedor, nos acomodamos todos lo mejor que pudimos. Se descorchó champaña y, como postre, sirvieron un hermoso pastel elaborado por Jaume, el hijo de la casa, en el que había dibujado el escudo del Club de Fútbol Barcelona y en el que se leía: «*Visca el Barga!*»

La señora Luisita y su compañera aplaudieron alborozadas. Los demás también, aunque no tanto. Alfredo no, pues era del Español. Sólo por este motivo, le tomaban el pelo y se metían con él.

La hermana del hornero había dicho:

—Después de comer el pastel, diré una cosa.

Todos queríamos que la dijera antes, pero ella se negó. Cuando terminamos de comerlo contó que el Jaume, ¿saben?, para enfriarlo (se refería al pastel), cuando lo sacó del horno, se mojaba la mano con la lengua y golpeaba la pasta con los dedos untados de saliva, ¿saben? Nos dio igual. Todos hubiéramos comido más, pues estaba muy rico. Y se habló de todas las guarrerías que hacen los panaderos y pasteleros cuando amasan, y de otras porquerías, y se dijo eso de ojos que no ven, corazón que no siente.

Sirvieron el café. El protestante se había levantado para ir al water. Entonces le cambiamos la bolsita del azúcar por una de magnesia. Cuando la vertió en el café, éste entró en efervescencia. Antonio puso una cara la mar de rara, y, sorprendido, dijo:

—Miren qué clase de azúcar me han puesto a mí. ¿A ustedes no les ha pasado

esto?

Nos moríamos de risa, igual que chiquillos. Él comprendió la broma y rió más que nadie. Estábamos alegres y como achispados. El monumental aparato de radio funcionaba a todo gas. Radiaban un tango. La señora Luisita inició un paso de baile. Se levantaba la falda hasta la rodilla, mostrando la combinación. La hermana del hornero, que se había levantado y volvía de no sé dónde, incomprensiblemente, y sin saber por qué, se le acercó y le subió la falda. Se la subió más de lo que había calculado y la señora Luisita nos enseñó una pierna mórbida y elegante, todavía apetitosa, más allá del borde de la media. Todos nos echamos a reír, menos el protestante y di hijo de la señora Luisita. Éste bajó la vista y enrojeció. Pero su madre le dijo:

—*Fill meu, tu no has «guaitat» res...!*

Sin embargo, el chico se puso de mal humor, pues las veleidades de su madre le hacían sufrir.

Eufóricos por la comida y la bebida, y luego de unos brindis, decidimos acompañar a los que se iban —la señora Luisita, la señora extranjera, el hijo de la señora Luisita y el pequeñín de la extranjera—. Lloviznaba. Nos pusimos las gabardinas y los chubasqueros; otros, cogieron paraguas. La señora Roseta se cansó de hacer arrumacos despidiéndoles. Y el señor Blas, arreglando las maletas en un santiamén, decidió marcharse con ellas.

Cuando el coche llegó, hubo efusivas despedidas. La señora rubia nos daba las gracias reiteradamente por haberla ayudado a llevar los paquetes. La señora Luisita encontraba lógico y natural que Alfredo y Pepito hubieran cargado con los bultos, y no se molestaba en darlas. Les pidió que cuando volvieran a Barcelona fueran en seguida a visitarla. Alfredo y Pepito dijeron que sí, y a los pocos días abandonaron el pueblo, como si con la marcha de la señora Luisita todo hubiera perdido su aliciente.

Sólo quedamos en la fonda la hermana del hornero, el protestante y yo. Luego se fue la hermana del hornero; luego, el protestante; después fue cuando llegó el veintinueve de marzo.

La idea de echar magnesia al café había partido de Alfredo. En su casa, del mismo modo que tenía una colección de novelas del FBI, tenía una colección de artículos de engaño. Se había pasado el verano tirando bombitas pestíferas y haciendo barrabasadas continuamente. Él era quien más reía con estas imbecilidades. Tenía una corbata que se la colocaba y la movía arriba y abajo, al compás de la nuez. Su risa era estrepitosa, bestial e infrahumana.

Un día, intentando subir de una correndilla una especie de refuerzos inclinados que había en la parte posterior de la iglesia, resbaló y se dislocó un tobillo. Marchó a Barcelona y le enyesaron el pie y parte de la pierna. Cuando regresó —con su yeso y un bastón con contera de goma— trajo consigo unos cigarros explosivos. Pero durante un tiempo no se acordó de ellos.

Era a finales de agosto, ya el grueso de los veraneantes fuera, y la señora Roseta había hospedado en la fonda a algunos de los obreros que trabajaban en las torres y chalets de las cercanías.

Alfredo, con su pierna enyesada, renqueando, andaba sin parar arriba y abajo. Tanto trajinar, llegó a resquebrajarse el yeso. Conque fue y le pidió a uno de los peones llamado Manolo un poco de yeso en polvo. Se lo amasaría y se pondría un emplasto en la resquebrajadura. Manolo prometió traérselo al otro día. Entonces, el animal de Alfredo, diríase que inspirado, le dio uno de los cigarros.

—Por lo del yeso no lo hagas —advirtió Manolo.

—No, no. Es que yo tengo esa satisfacción —dijo él.

Manolo se puso el cigarro en la oreja.

—Bueno, me lo fumaré después de cenar.

Cuando acabó de cenar lo encendió.

—Gracias, ¿eh, Alfredo?

Se había corrido la voz y todas las miradas estaban pendientes de él. Aspiró con fruición las primeras bocanadas. Yo no quería mirar. A muchos les ocurría lo mismo. Alfredo reía de antemano. El cigarro se consumía lentamente, tardaba en estallar, y el ambiente estaba como tenso y expectante. De pronto, ¡bum!, la explosión.

Aparte de Alfredo casi nadie rió. Sólo alguno de los yeseros. El peón se había quedado blanco, con la colilla deshecha pegada a los labios. Confuso y avergonzado se levantó y salió fuera.

Recriminaron a Alfredo. Algunos. Aquello no estaba bien. Alfredo dijo que se disculparía. Y por la mañana lo hizo. Aquella noche, mientras aguardábamos la hora de la cena jugando a las cartas o leyendo, llegó Manolo con un enorme papelón en las manos. Fue hacia Alfredo.

—Mira, te traigo el yeso.

No había pensado en vengarse, pero sus compañeros estuvieron azuzándole. ¿Se iba a dejar pasar la mano por la cara por un niño bonito como aquél? Todavía, al estar

junto a Alfredo, vaciló. Si uno de los yeseros no le hubiera dado a la cabeza, animándole, no habría ocurrido nada. Coaccionado, vertió todo el papelón de yeso sobre Alfredo, dejándolo blanco de arriba abajo, con las gafas completamente empañadas.

Alfredo se puso en pie bramando. No se lo esperaba. O primero sí y luego no. Estaba ridículo a más no poder. Chillaba:

—¡Si no fuera porque es usted más viejo que yo, le rompería la cara...!

Manolo se echó a reír. Sólo tenía veintiocho años. Era bajito, pero membrudo y fuerte.

—¿Viejo yo?

Durante la cena, los yeseros se reían. Alfredo, corrido y avergonzado, había subido a lavarse y a cambiarse de ropa. El yesero que le había hecho la seña a Manolo, reía más que nadie. Era el encargado y se llamaba Ángel. Estaba negro con Alfredo. Cada noche, cuando éste se acostaba, tarde y alborotando, le desvelaba. Aquella noche estaba disfrutando de lo lindo. Alfredo no pudo más. Y reventó. Bastante estúpidamente, desde luego.

—¡Señor Ángel, señor Ángel! —gritó histéricamente—. ¡Usted no tiene vergüenza ni educación!

¡Bueno! El señor Ángel reaccionó de un modo que nadie se lo hubiera figurado. Enarbolando un sifón se lanzó contra Alfredo.

—¡Ya estoy harto de tus cabronadas, hijo de la granadísima!

El hornero le gritó:

—¡No te pierdas, Ángel; no es más que una criatura!

Si sus compañeros no lo sujetan, lo mata. Alfredo se había levantado rápido, lívido y despavorido. Instintivamente blandía el garrote. Luego, se puso a llorar.

La cena transcurrió en medio de un silencio embarazoso y pesado que algunos intentaron quebrar queriendo dar a entender que allí no había ocurrido nada.

Al día siguiente la fondista le decía a Alfredo:

—*Vosté no té que mezclarse con aquesta gentuza. El Manolo es un murciano mort de gana, y los otros no coneixen l'educació.*

Seguro que a los trabajadores les había dicho algo por el estilo respecto a Alfredo.

Alfredo, después, presumía de que, si no los llegan a separar, con el garrote, esto y lo otro, y que había llorado de rabia, y a Manolo, porque le había dado lástima, si no... Yo le dije:

—A mí me parece que estos obreros te han dado una lección...

—Donde las dan las toman —dijo riendo Pepito.

Enrique Llebot aseguró:

—Desde luego, han demostrado ser más hombres que tú.

Sólo Luisa Vicenta se compadecía de él y le daba la razón.

—Si no llega a ser por las gafas, le quema los ojos con el yeso —decía.

Todas las mañanas íbamos a tomar la sombra de los raquíticos robles que había junto al cementerio, pero alguna vez preferíamos la de los altos chopos —*els pollancre*— que había junto a la carretera, en un prado tan bonito que describirlo quedaría cursi.

La mayoría tendían sus hamacas entre tronco y tronco de árbol. Un airecillo fresco movía estas hamacas, o lo parecía. Se estaba bien allí, leyendo —a ratos, a trozos— un libro de Maugham, de Roberts, de Bromfield o de Rand, los libros que habían sido anunciados como «Imprescindibles para sus vacaciones».

El señor Pera, con su carabina, disparaba a mansalva contra todo aquello que ofrecía una característica particular como blanco, preferentemente contra caracoles, flores y mariposas, seres más estáticos que los gorriones, las golondrinas y los demás pájaros. A los caracoles les atravesaba la concha. Debían de morir. Las mariposas, con las alas hechas jirones y colgando como raso destrozado, continuaban volando. Las flores se tronchaban o quedaban hechas cisco. El señor Pera reía; yo me ponía enfermo. Para evitar esta *massacre*, ideé el tiro al blanco contra una moneda de diez céntimos. La colocábamos en una ranura o agujero del tronco de un árbol y, a una distancia prudencial, disparábamos.

El señor Pera tenía buena puntería. A cada tiro hacía volar los diez céntimos. Yo, no. La carabina estaba ligeramente desviada. El señor Pera la conocía bien. Yo, a los dos o tres días de tirar con ella, aprendí su secreto. Sabía que apuntando unos milímetros por debajo del objetivo, era blanco seguro. Algunas veces fallaba. Pero últimamente erraba pocas veces.

Para amenizar la cosa disparaba en distintas posiciones. Rodilla en tierra, en cuclillas —«a lo moro» decía el señor Pera—, tumbado... El señor Pera, no. Él siempre tiraba de pie, como los buenos cazadores argumentaba. Una vez disparé echado en tierra, boca arriba, horizontal, la cabeza erguida para ver el blanco, con una sola mano, apoyando el cañón de la carabina sobre un pie que hice oscilar hasta comprender que pasaba por el punto preciso. Entonces apreté el gatillo. Fue un tiro certero. La moneda salió disparada por los aires después de un breve chasquido. Pero el señor Pera no se inmutó. Para él nunca disparé bien y siempre fui un mal tirador. Cuando fallaba un blanco me llamaba *malo* y, cuando acertaba, *churrero*. Según él, no tema remedio; como tirador, claro.

A veces intervenían en estas proezas algunos de los huéspedes. Las mujeres nos contemplaban riendo. En ocasiones, también disparaban; con muy mala puntería, por lo general. Pero esto sólo ocurría cuando nos tumbábamos junto al cementerio o cerca de la iglesia, donde, al haber pocos árboles, estábamos muy agrupados. En el prado de la carretera, en *Els Pollancre*, no. Allí, la mayoría se distribuía con sus hamacas, ocupando todos los troncos de los álamos. Las chicas, que decíamos nosotros —Penela, Luisa Vicenta, Dorita, María Teresa...—, se sentaban bajo un copudo roble, en el margen mismo de la carretera, y hacían ganchillo o media.

A los pocos días de mi llegada, estábamos el señor Pera y yo en un extremo del prado, probando nuestra puntería, cuando llegaron ellas. Se sentaron bajo el roble, como de costumbre. Penela agitó la mano, saludando alegremente. Sentía por ella una especie de celos absurdos e inexplicables. Casi no nos decíamos nada. Luisa Vicenta también agitó la mano, y sus gafas relucieron. El saludo de Dorita fue casi imperceptible. Al sentarse tuvo buen cuidado en estirar la falda de su vestidito negro. Teresa había agachado la cabeza sin hacer ni decir nada.

El señor Pera me alargó la carabina.

—Está buena la Penela esa del demonio, ¿eh? Desde que se ha casado aún más.

—Sí.

—¡Menudo bocado le iba a largar si pudiera!

—Señor Pera, usted ya no está para estos trotes.

—¿No, eh?

Le molestaba que nos burláramos de su senectud.

Yo había disparado ya. Había errado el tiro. Mejor. No tendría que volver a colocar la moneda en su hueco. Tiraba con desgana y aburrimiento. Alargué la inofensiva arma al señor Pera.

—Tome. No quiero disparar más.

—¿Ya te has cansado?

—Sí, ya me he cansado.

Me tumbé en la hierba cuan largo era, de cara a las altas copas. El cielo estaba tan azul que daba vértigo. Las hojas se agitaban rumorosas y mostraban un dorso felpudo y plateado.

—Vas a coger humedad, ahí.

—No.

Puse las manos en la nuca. Luego me acordé de que esta postura era perjudicial para los pulmones. Me quité el suéter y lo coloqué a modo de almohada, junto al tronco de un árbol.

Con los ojos cerrados se estaba bien. Oía el «chac» de la escopeta al dispararse, el golpe más metálico al dar en los diez céntimos de aluminio y el crujir del arma para cargarse. Sí, se estaba bien. Tenía que tomarme este reposo a pecho y aprovechar bien los días que estuviera allí si quería librarme de la operación.

Puse los brazos en cruz. Encogí una pierna. Proseguía el rumor de la brisa en las hojas y el chasquido del arma al dispararse o cargarse. El rebote del proyectil contra la perra gorda no llegaba hasta mí. Estiré la pierna. El señor Pera disparaba contra las mariposas y contra las flores, contra las golondrinas y los gorriones. Seguramente. Quise abrir los ojos, incorporar, me. El ruido de la carabina cesó por completo. Respiré. Continué con los ojos cerrados. Se estaba bien. El silencio duró poco. Volvió a oírse el fatídico chasquido. Y la risa del señor Pera.

—De buena gana le cascaba un tiro en la cabezota.

Un siseo imperceptible quiso... Abrí los ojos. De rodillas, junto a mí, sonriente,

estaba Penela.

Me senté. Me eché hacia atrás, hacia el árbol. Lo hice instintivamente, con tanta rapidez, que a poco si le doy con la cabeza en la cara. No dije nada, no se me ocurrió. Penela se volvió hacia el señor Pera.

—Éste ya no se acuerda de los amigos.

—Es un cateto. No tiene puntería.

El señor Pera tenía la manía de la puntería. Había dejado de disparar y nos miraba complacido. Estribaba la carabina en el suelo. De haber sido una carabina larga, de verdad, un fusil o una escopeta, se hubiera apoyado en ella. Penela seguía dirigiéndose a él.

—¿A usted, señor Pera, tampoco le ha contestado a las cartas?

—Al principio, sí; luego, no. Yo lo hacía muerto. Cada noche he rezado un padrenuestro por el eterno descanso de su alma. Incluso iba a encargarle una misa...

Esto de la misa le hacía mucha gracia. Siempre lo decía. A los demás también les hacía. Gracia, claro. A mí, no. Penela reía.

—Éstos no se mueren nunca. No sé por qué remarcaba éstos.

—Los románticos no pueden dejar de existir. Era absurdo decir aquello. Yo la miraba absorto. Cínicamente, creía.

—No me felicistaste por Navidad.

—No.

—Yo, sí. Y ni siquiera me diste las gracias.

—No.

—Ni contestaste a mis últimas cartas.

—No.

—Ni cuando te anuncié mi casamiento.

—No.

—Ni viniste a la boda.

—No.

Se levantó y dio dos vueltas a mi alrededor. Tenía las caderas anchas. De pronto sentí una gran admiración por ella, una gran admiración por algo que no hubiera sabido explicar. Era la seguridad que tenía en sí misma lo que me deslumbraba. Una seguridad que sólo radicaba en su condición de ser mujer, en nada más. Eso me parecía a mí.

—Vas a coger frío —dijo.

Cogió el suéter y me lo puso. Me metió las manos por las mangas. Lo abotonó luego.

—Así, así —decía.

Después pasó la mano por mi cabeza, despeinándome, y salió corriendo. Se giró varias veces. Ejecutó unos pasos de danza cogiéndose las puntas del vestido. Arrancó algunas florecillas y las arrojó al aire. Hizo más cabriolas, hasta que llegó al roble, donde estaban las otras. Las oímos reír, como si Penela hubiera cumplido alguna

especie de apuesta concertada entre ellas.

El señor Pera me sacó de mi abstracción.

—¡Qué mujer, Dios, qué mujer! Cuando vino hacia aquí, hizo igual. Revoloteó como una mariposa, me hizo seguir disparando para que tú no te dieras cuenta, se arrodilló a tu lado y te estuvo contemplando largo rato. Me gustaría estar en tu pellejo, ser tan joven como tú. ¡Bueno, esa mujer está loca por ti!

—No.

—¿No sabes decir otra cosa? ¡Di!

Me alisé los cabellos y volví a tumbarme. El señor Pera prosiguió con los disparos. Chac, chac...

Aunque esta escena con Penela no había sido nada, a *mí* me puso contento, y subí al piso de arriba, a pedirle un libro a Enrique Llebot. Me acodé en la ventana que había al final del pasillo, y, a poco, Penela estaba allí.

—¿Soñando, Ar-man-do?

Mi nombre siempre le gustó.

—No, esperándote. —Me sentía aplomado, duro; o me lo pensaba.

—Ahora, al no, has añadido otra palabra —dijo ella—. Esta mañana no has estado muy efusivo.

—No.

—Sí.

Se puso a reír. Era feliz.

—No vuelvas a ponerte, haz el favor.

Mi mano estaba entre las suyas; ella la había cogido y jugaba con mis dedos.

—Te encuentro muy desmejorado. Estás delgado... Pero más hombre. ¿Tienes novia? No, no me lo digas; no lo quiero saber, no me importa. ¿Por qué dejaste de escribirme? Eran cartas de amigos.

—Supuse que a René no le gustaría. —No fui capaz de decir el Gato.

—¡Bah! Lo sabía y lo consentía. Se hacía cargo.

—¿Se hacía cargo o le hacías hacérselo? Se encogió de hombros.

—¿No te afectó mi boda? No viniste a ella.

—No, no fui. Seguramente tendrías tu co-hor-te de admiradores.

—No sé, no me fijé. Sólo sé que tú no estuviste. Luego te escribí y tú no me contestaste. Te felicité tu santo, y estas últimas Navidades. Y ni por esas. No diste señales de vida.

Me había soltado la mano. Yo procuraba hablar lentamente, como si buscara unas palabras que no encontraba.

—En realidad no tenía ganas de saber nada de nadie. Me encontraba mal. Suponía que de la «pandi», unos, Jorge, morían; otros, vivían; otros, tú, se casaban. Todo me daba igual. Sólo pensaba en mí. No me seducía seguir el camino de los que se marchan para siempre...

Volvió a cogerme una mano.

—¿Has recaído de nuevo, Armando?

Moví la cabeza.

—No debes preocuparte. Aquí volverás a ponerte bien, como la otra vez.

—Eso es lo que no sé; me han amenazado con volver a operarme.

Me pasó uno de sus dedos por los nudillos, arriba y abajo, produciéndome agradables escalofríos.

—Te restablecerás, seguro. Incluso engordarás unos kilos y perderás todo tu encanto, ya lo verás.

Me miró.

—¿No te alegras un poquito de verme?

Se arrimó a mí.

—Sí que me alegro.

Mientras buscaba su cara le dije, ¡por qué!:

—Creo que estoy peor que la otra vez, Penela. Siempre doy positivo. Por eso se empeñan en operarme. Diez bacilos por campo...

Volvió un poco el rostro. Dejó la mejilla y la besé sin calor.

Echamos a andar por el pasillo. Yo me sentía contento, con esa felicidad siniestra del que todo lo tiene perdido.

—Siempre estamos condenados a besarnos en la mejilla, ¿te acuerdas?

—No está bien lo que hacemos, Armando.

Había bajado la cabeza.

—Soy una mujer casada.

Estaba encarnada.

—A René no le gustaría.

Unas golondrinas —*guaita, guaita!*— discutían en los cables eléctricos que cruzaban el cuadrado de la ventana. Penela se metió en su habitación. Yo también me fui a la mía, fuera de la fonda, sin acordarme de pedirle a Enrique Llebot el libro que había ido a buscar, Creo que estaba emocionado.

Aquel chico —José Manuel— del que Luisa Vicenta decía que nos avendríamos en seguida porque a él le gustaba el cine y a mí también, etc., subió a Calafusta a mediados de agosto. Tenía por costumbre pasar allí sus vacaciones. Así lo venía haciendo desde hacía dos años. El lugar le gustaba y tal. También él había estado algo delicado.

La fondista le tenía habitación reservada. A mí me indignaba eso de que los que llegaban posteriormente tuvieran cuarto en la fonda, en tanto que yo, no. A lo que parece lo pedían con medio año de antelación. La señora Roseta me aseguraba que una vez pasada la Fiesta Mayor menguaría la afluencia de gente. Entonces, la primera habitación que quedara libre, sería para mí.

Tal como pronosticara Luisa Vicenta, intimé al punto con él. Le gustaba horrores el cine. Nuestras conversaciones siempre eran sobre ese tema; sólo que él entendía mucho. A mí me tenía deslumbrado el cine americano, por su perfección y su técnica, y el cine, según José Manuel, no era sólo eso. Andaba loco con el neorrealismo italiano. Eso era cine, decía. Vittorio de Sica era algo así como Dios. La película *Ladrón de bicicletas*, el evangelio. El mejor cine era el italiano, y el francés, y las mejicanas del Indio Fernández. *La Perla* —¡oh, *La Perla!*— era un film que debía verse de rodillas. Al final me convencía. Por quien ambos sentíamos gran admiración era por Walt Disney. Yo había visto *Blanca Nieves* once veces. Él, *Dumbo*, quince. Llegaba a tanto nuestro entusiasmo, hablando de Walt Disney, que acabábamos como ebrios. Realmente, ahora que lo recuerdo, estas conversaciones llenaron momentos muy hermosos.

Todo estaba abarrotado. La fonda, los chalets, las torres, las casas de alquiler. En Can Barral no cabía un alma. El comedor era un hormiguero. Además de la criada —la muchacha por la que José Manuel estuviera bebiendo los vientos el año anterior— servían las mesas Jaume y Pilarín, los hijos de la casa. Como no daban abasto, durante la Fiesta Mayor subió un camarero de Comarquinal. Era un camarero blanco e impecable, como de celuloide.

Cualquier suceso, por insignificante que fuese, se convertía en materia de distracción. En el cartel de la carretera —pegado sobre él— había aparecido otro, éste de papel, muy bien hecho, escrito con idénticos caracteres sobre fondo azul, sólo que en lugar de CALAFUSTA decía KANSAS-CITY. Habían sido los de los chalets, parece. Todo el pueblo desfiló por allí. Muchos se fotografiaron al pie de esta novedad, a fin de mandar la foto a las amistades. Decían —casi todo el mundo— que los de los chalets eran unos tipos muy graciosos, o que teman cada una... A mí me parecía que para tamaña empresa no era necesario poseer un talento extraordinario, pero había quien creía que sí.

Con la misma —con más— machacona insistencia con que anunciara la llegada de José Manuel, Luisa Vicenta anunciaba ahora la de Choconay.

—Me he enterado de que viene Choconay a pasar aquí el verano. Dicen que vendrá Choconay. ¡Ojalá se hospede en la fonda, Choconay! ¡Vendrá Choconay! ¡Oh, estoy más contenta con que venga Choconay! ¡Oh, vendrá Choconay! —Etcétera.

Estaba como loca. Yo no sabía quién era Choconay.

El fútbol a mí nunca me ha interesado, imaginaba que Choconay era un muchacho de nombre exótico, que veraneaba allí cada año y por el cual Luisa Vicenta y las otras chicas estaban idiotizadas. Una de las veces en que alborotaba y daba grititos de entusiasmo a propósito de esta arribada, dije:

—¿Quién es Choconay? ¿El *sheriff* del pueblo?

Bueno. Suerte que eso de que las miradas matan es un cuento. Tuve que hacer como que era una broma y entonces pude enterarme de que Choconay era la última preciada adquisición del Club de Fútbol Barcelona y el mejor futbolista de todos los tiempos. Alfredo, del R. C. D. Español, miró a Luisa Vicenta de soslayo.

Choconay llegó con su mujer, con sus dos hijitos, con un perro llamado *Tuzo* o algo por el estilo y con la criada. Con él iba otro futbolista, también recientemente fichado por el Barcelona, la mujer de éste —aquella señora rubia de quien ya hablé—, su hijito y otro perro como el de Choconay. Decían que los había acompañado Nauno, el entrenador, y Barceló, de la Directiva. Se alojaron en los pisos del herrero, juntó a la iglesia, con lo que Luisa Vicenta sufrió una enorme decepción, pues ella se los veía ya en Can Barral.

Inmediatamente la vida del pueblo giró en torno a estos personajes. Todo dios se mataba por verlos. En dondequiera que estuvieran se formaba mi corro a su alrededor. Durante todo el día se hablaba de Choconay. Que si el uno lo había visto aquí y el otro allá; que si su mujer, que si sus hijos; que si el otro futbolista; que si... Luisa Vicenta consiguió un autógrafa suyo y a poco si se desmaya. La señora Luisita, que por lo visto conocía a la mujer de Choconay y a la del otro deportista, paseaba con ellas a todas horas y las llevaba a tomar café a la fonda, dándose mucho pisto con esto. Incluso les invitó a comer, pero sólo aceptaron las dos mujeres; los futbolistas, no. Ella nos contaba que Choconay no había asistido a la comida porque estaba sometido a un régimen de vida y entrenamiento y que...

Lo más probable era que Choconay se hubiera excusado pues estas cosas debían de cargarle.

Los de los chalets quisieron atraérselo a sus fiestas a sus reuniones, a sus partidas de póquer, pero no lo consiguieron. Los de las torres se alegraban, pero ellos, a lo mejor, habían intentado hacer igual, o les hubiera agradado hacerlo.

El equipo local, en el que jugaba el Jaume de portero, jugó aquellos días con el de Santa María del Guirigall. Los encuentros se efectuaban en un mezquino campo que no tenía la anchura reglamentaria, un campo entre pedregales, donde se había

habilitado el terreno que se había podido y no el que se había querido. Choconay, al empezar el encuentro, estaba allí. Se había acercado por curiosar. Inmediatamente, el equipo local se lo atrajo y se fotografiaron con él y quisieron que hiciera el saque de honor. Aún no habían dado las primeras patadas al balón, que ya Choconay había desaparecido, huyendo de la gente que se aglomeraba a su alrededor. Siempre que podía esquivaba estas manifestaciones. Hacía bien. Ir a un sitio a descansar y que todo el mundo te dé la lata, debe ser un verdadero fastidio.

Algunas veces, cuando llegábamos a Els Pollancre, lo encontrábamos allí, con su familia y el otro jugador. Nuestra presencia no les hacía mucha gracia. A veces continuaba dándole al balón, mientras la criada les tiraba la pelota o la iba a buscar cuando iba lejos. También jugaba con los chiquillos y los perros. Las mujeres hacían ganchillo, punto, media. En ocasiones, en cuanto nos veían aparecer, se largaban. Choconay cogía a sus chiquillos, uno debajo de cada brazo, y de esta guisa se marchaba.

—No tienen educación, son unos groseros —decía el señor Pera.

De mañana, temprano, se entrenaba en la plaza de la iglesia, que estaba junto a su residencia. En pantalón corto corría y daba vueltas y saltos. El cura le había llamado la atención. Teniendo en cuenta que hacía ir a segar a las mozas con medias, no tenía nada de extraño. Decían que le había dicho a Choconay que esto del pantalón corto era inmoral, y que Choconay le había contestado, en su media lengua, que cada domingo se exhibía así en un campo, delante de miles de personas, entre las que había mujeres, niños y hasta curas, y que, encima, por esto, le pagaban.

Yo no sé qué había de cierto en esto, pero la anécdota gustaba, y la contestación aún más.

El día en que Choconay terminó su veraneo y se fue, muchos terminaron también el suyo. Luisa Vicenta estaba como congestionada, a punto de llorar. La señora Luisita hablaba de las recepciones que daba en su casa, a las que asistía Choconay. Muchos pensábamos: «Si asistió como a la comida de aquí»...

La Fiesta Mayor fue el punto cimero de la afluencia de veraneantes.

Se instalaron los puestos de tiro al blanco al aire libre, tan al aire libre que éste movía y hacía oscilar las cintas de donde colgaban los premios. Llegaron los barquilleros, los buhoneros. Una feria pobre, pero para el caso, servía.

Aquello era divertido. Manolo, el *manobre* a quien Alfonso endosara más tarde el cigarro explosivo, tiraba con unas pelotas a tres paquetes de rubio. Con dos pelotas había que derribar los tres. Algo imposible. Al final, al rebotar una pelota en la pared, lo consiguió. El dueño del negocio, entonces, se negó a darle los paquetes. Por poco se pegan. Finalmente le dio uno de ellos y la cosa quedó arreglada.

En otro puesto similar había que colar unas argollas de madera en el *cuello* de unas botellas de champaña. Esto también era imposible, aun tirando las anillas a corta distancia. Unos payeses se habían empeñado en llevarse por lo menos una botella; y se estaban gastando los cuartos. En uno de los momentos en que el dueño de la martingala se distrajo, alargaron la mano y metieron la anilla en la botella más próxima. Cuando el hombre se volvió quedó sorprendido. Sabía que habían tenido que meterla con la mano, pero no podía argumentar que meterla de otro modo era imposible. Enrique Llebot me decía:

—Estos payeses serán todo lo cazurros que tú quieras, pero tontos, no.

El entoldado para el baile lo levantaron en la cancha de juego. El mismo día que lo montaron se desencadenó una tormenta tan enorme, que el viento se llevó parte del toldo. Fue una tormenta de viento, relámpagos, rayos, granizo, lluvia, todo revuelto. Nunca había visto nada semejante. Desde el ventanuco de mi habitación monacal la observaba y me pasmaba. Las piedras de la granizada parecían peladillas. Destrozaban los maizales, derribaban los frutos de los árboles y tronchaban las ramas como si fueran mondadientes.

Enrique —Llebot, no, el otro, Pujol, el largo— decía:

—¿En qué se parece el entoldado a una tormenta?

—¿En qué? —preguntaban algunos.

—Pues en que en la tormenta *va llampegant* y en el entoldado *bailen pagant*.

Luego se reía:

—Ja, ja...

El único que le coreaba era Alfredo, que, bestialmente, reía más fuerte que él.

El día de San Eusebio, patrón de Calafusta, el comedor estaba a reventar de comensales, y el camarero, con pechera y cuello duro, envarado, servía con una gracia alada las mesas. Pilarín y Jaume, los hijos de la casa, y María Josefa, la criada, le ayudaban, pero sin tanta gracia.

Cada fonda se había hecho cargo de dos o tres músicos de la orquesta contratada

para amenizar la Fiesta Mayor. En Can Barral cayéronnos en suerte el trompeta, que además era el vocalista; el violinista y el del acordeón.

Terminada la comida dijeron que en atención a la buena acogida que se les había dispensado en aquella casa iban a intentar amenizar un poco la sobremesa.

Se levantó el vocalista o trompeta y empezó a cantar *El gitano señorón*. Los otros dos músicos le acompañaban con los instrumentos. No cantaba con demasiada gracia. Imitaba a los andaluces, ceceando, pero resultaba un gitano desangelado. Tenía una nariz prominente un bigote finísimo, unas grandes entradas en el cabello. Enrique Llebot me decía:

—Es exacto a Adolphe Menjou, ¿no? Adolphe Menjou cantando flamenco. ¡Ja, ja...!

Después formaron una especie de terceto y cantaron aquello de: *Virgen de amor, mi dulce encanto...*, y luego: *Si supieras el amor que llevo dentro de mi alma*, etc. El del acordeón cantaba los solos; los otros dos, el estribillo. A continuación, el del violín tocó *Czardas*, de Monti. Aplaudimos mucho, dándonoslas de entendidos. Terminada su actuación, intervino el pastelero de Comarquinal, que había subido adrede para ayudar a Jaume a hacer cocas y pasteles durante aquellos días y había sido su maestro en esto de la repostería.

Era un hombre chiquitillo, y él le sacaba partido a esto. Su mejor amigo era el hombre más alto de Comarquinal, un señor que medía metro noventa. Cuando paseaban, hablando y gesticulando, con grandes ademanes y aspavientos, procuraban, hábil y estratégicamente, colocarse así: el hombre del metro noventa por encima de la acera, y el pastelero, por abajo. Los de Comarquinal se paraban a mirarlos.

Solía hacer toda clase de habilidades. Silbaba como los canarios, hacía varias voces y movía la corbata, una pajarita que subía y bajaba por su pescuezo mientras él te miraba fijamente y sin inmutarse. Comía en la mesa grande, junto al buffet, con Jaume, y el Mozo, y el Chispa, y siempre estaba pendiente de nosotros. Cuando lo mirabas, te hacía un guiño, o movía la pajarita, o silbaba como un canario. Se veía que quería demostrarnos sus aptitudes, y aquel día aprovechó la ocasión.

Recitó una serie de poesías humorísticas, en catalán, y algunos monólogos, de una gracia un tanto chocarrera, que nos hacían reír como si fuéramos payeses. Imitaba diversos ruidos y cantos de animales. Gorjeaba, luego apretaba una oreja, como si fuera un conmutador, y el gorjeo cesaba.

El pequeñín del fabricante de licores lo miraba absorto. Entonces le cogió una manita y se la llevó a la oreja. El chiquillo se la retorció y él silbaba. Volvía a retorcerla y paraba. Etcétera. Todo un poco tonto. Pero el chiquillo le tomó gusto a la cosa y empezó a pedirle que hiciera más gansadas de aquéllas.

—Haga esto...

El hombre lo hacía.

—Ahora esto...

Lo volvía a hacer.

—Haga lo otro...

Volví.

Hasta que, ya el repertorio agotado, le dijo:

—Mira, nene, dile a tu padre que traiga una palangana y haré el pez.

Aunque lo bueno fue cuando empezó a imitar cómo andaban ciertas clases de cojos, torciendo los pies, con una pierna encogida y otra tiesa, con los pies para dentro, con los pies para afuera, con las piernas combadas...

Reíamos como imbéciles. Especialmente Alfredo, que gritaba y chillaba como una mujer, y se contorsionaba, y se tiraba al suelo, exagerando. Y el músico del violín, que no se cansaba de golpear con los pies y de decir:

—¡Qué tío más bueno! ¡Qué tío! ¡Pero qué bueno...! ¡A éste me lo llevo yo con la orquesta de animador! ¡Vaya si me lo llevo...!

Hasta que el Adolphe Menjou le dijo:

—Eso suponiendo que fueras tú el director de la orquesta, ¿no?

Unos días antes de la Fiesta Mayor había llegado a la fonda un muchacho llamado Pedrín, de la edad de Alfredo y Pepito, tal vez más joven, de aspecto humilde y pobretón. Llevaba unas alpargatas viejas, un traje arrugado que le quedaba pequeño y una camisa desteñida por las muchas veces que había ido a la colada.

Yo me hallaba solo en la mesa. El señor Pera, cuando se le antojaba, o cuando le entraba la manía, que decíamos nosotros, agarraba el portante y se largaba un par de días a su casa de Moncada, unas veces porque estaba harto del bullicio de la fonda, y otras porque no le gustaba la comida. Aquella vez había ido a que le extrajeran una muela, una de las pocas —dos, tres— que le quedaban, pues llevaba unos cuantos días rabiando y haciéndonos rabiarnos a todos con su constante estribillo: «*Aquest queixal..., aquest queixal...*» Dorita tampoco estaba. Había bajado a Barcelona a ponerse el neumático. En Calafusta, ir o venir de Barcelona, era subir o bajar, sin discusión ni duda de ninguna clase. Me encontraba, por consiguiente, solo, y la señora Roseta, meliflua y sonriente, se acercó.

—Oiga, Armando: *que li faría res que este chico mengés amb vosté?*

Me encogí de hombros.

—*Totes les taüles* las tengo ocupadas...

Lo que pasaba es que no se atrevía a decírselo a nadie. Temía que se enfadaran si les endosaba aquel muchachillo de aspecto humilde, y aprovechaba la circunstancia de que mi mesa estaba vacía. Cuando el señor Pera y Dorita volvieran, ya protestarían. Cuesta más deshacer que dejar hacer. El señor Pera y Dorita no dijeron nada. En realidad los temores de la fondista eran infundados, pues todo el mundo le cogió cariño y se portaron bien con él, especialmente la señora Luisita, que lo tomó bajo su tutela y le compraba un par de alpargatas de vez en cuando.

El muchachillo, los primeros días, estaba como desorientado. Lo primero que me preguntó fue si aquello era un sanatorio. Él había estado en el del Espíritu Santo. Ahora lo habían enviado aquí.

—¿Quién te ha enviado?

—La señora de la casa donde mi madre va a hacer faenas.

Su padre también estaba enfermo, en el sanatorio Flor de Mayo, de Sardañola, y lo iban a operar de plastia.

Él trabajaba en una pastelería de la calle Petritxol. Cuando cayó enfermo lo llevaron al Sanatorio del Espíritu Santo. A él le hubiera gustado más ir al de Flor de Mayo, donde estaba su padre. Se había curado rápidamente merced a la estreptomicina. Del Espíritu Santo había pasado a una casa de reposo de los Hermanos Camilos. De allí se había trasladado a Calafusta.

—Yo creí que esto era algo así como un sanatorio y que toda esta gente eran enfermos.

Le dije que no, y que todo aquello que me contaba a mí no se lo contara a nadie,

pero no me hizo caso.

De su estancia en el sanatorio, en la casa de reposo y allí, se había encargado la señora a la que su madre hacía faenas, una señora que tenía una finca enorme por aquellos alrededores y había corrido con los gastos de todo, con los de su padre también.

—¡Una señora más buena...!

En la casa de reposo de los Camilos había conocido a un muchacho alemán, también enfermo. Y cuando el bombardeo de Berlín por los aliados, con los mil aviones, este muchacho estaba allí. Contaba que fue algo horrible. Las mujeres extendían sábanas en los terrados como pidiendo misericordia.

—Pero el bombardeo seguía igual; sí, sí, este chico lo explica.

Pedrín tenía un hermano menor que él.

—Éste no está enfermo, por eso.

A Pedrín también le habían dado —de momento— una habitación en una casa del pueblo, y esto, en cierta manera, me solidarizaba con él.

Al segundo día de la Fiesta Mayor, después de comer, fuimos a la Font del Camí, donde se celebraría la «Tornaboda». Cada uno tomaba su merienda, pues se trataba de pasar la tarde allí. Enrique Llebot y yo pedimos solamente un poco de fruta. Habíamos comido bien y suponíamos que no íbamos a tener apetito. Pedimos, también, una cerveza. Pedrín hizo lo mismo. La cerveza, como representaba un gasto «extra», tuvimos que pagarla en el acto. Esto, Pedrín no lo sabía. Según nos contó, eran sus últimas tres pesetas. Al tomar el coche en Comarquinal le pasó algo por el estilo. Suponía que valdría dos reales, máxime una peseta, como los autobuses en Barcelona. Cuando le pidieron las siete pesetas se puso malo. Sólo llevaba diez. Ahora, con la cerveza, había liquidado su capital. No le quedaba ni para escribir una triste carta pidiendo dinero a su casa. Le dimos papel y sello, y su madre le envió quince pesetas que guardó escrupulosamente y le sirvieron para volver a su casa el día que se marchó.

Camino de la Font del Camí, en un margen, había un roble donde antaño grabara Jaime su nombre y el de Penela. Fuimos a verlo. Además de los nombres había un corazón.

Enrique Llebot dijo:

—Si se entera el Gato corta el roble. El Gato iba delante, del brazo de Penela, con otras personas, pues había subido a pasar unos días. Luisa Vicenta dijo:

—¡Yo no sé cómo en tanto tiempo que está aquí no se ha enterado!

Y añadió:

—Voy a borrarlo. ¿Quién tiene una navaja?

Nadie la tenía, y Enrique —Llebot, no, el otro, Pujol— dijo:

—Anda, déjalo estar.

La Font del Camí estaba llena de personal. Era un hermoso valle lleno de helechos y bosques de hayas. La fuente formaba un riachuelo.

En sus márgenes, al son de la orquesta convertida en «cobla», sardana tras sardana, danzaban los mozos y mozas del pueblo e incluso multitud de veraneantes. Habían encendido infinidad de hogueras y asaban carne en ellas. Las botas de vino circulaban sin cesar. Todo era risas y alegría.

Pedrín estaba entusiasmado. Se frotaba las manos. Nunca había visto cosa igual.

—¡Esto es la monda!

—¿La qué? —preguntó Enrique Llebot.

—La monda lironda, hombre; la monda lironda.

A Enrique Llebot le entusiasmaban estas salidas de Pedrín; y a los demás también.

Al bebemos las cervezas, Pedrín sorbía con toda su alma. Cuando ya no quedaba líquido golpeaba el culo de la botella, para que no se perdiera una sola gota. Gritaba:

—¡Me ha costado, tres pesetas; me ha costado tres pesetas...!

Era un lector entusiasta de revistas infantiles, sobre todo del *Pulgarcito*. Se había apropiado de todas las que corrían por la fonda, que eran muchas. Constituían su biblioteca. Incluso hablaba como los personajes de estas publicaciones.

—Alfredo, Alfredo —decía—, aquí radio bla-bla-bla...

Alfredo, Pepito y el hijo de la señora Luisita lo imitaban y pasaban el tiempo con estas gedeonadas.

Un día, el señor Pera, con su carabina, abatió un gorrión. El insignificante balín de plomo le había partido el pico al animalito, la parte inferior, y la lengua. No tenía fuerzas para volar y el señor Pera lo cogió. Era un espectáculo deprimente. El pajarillo echaba la sangre a bocanadas, como una persona, y el pico destrozado y abierto daban una sensación de horror y de angustia difícil de definir. El señor Pera reía y decía:

—Es como si tuviera una hemoptisis, ¡una hemoptisis! —Y se lo iba enseñando a todo el mundo.

A mí me dio una especie de ataque de histerismo.

—¡Remátelo, señor Pera! ¡No lo haga sufrir más! ¡Remátelo!

El señor Pera, entonces, lo volteó y lo arrojó al suelo, con un golpe seco. ¡Chop!

Yo no sé por qué cuento esto. ¿Será porque lo recuerdo muy bien?

El fabricante de licores —lo he ido nombrando alguna vez— también había llegado a la fonda días antes de la Fiesta Mayor. No solamente había encargado la habitación con antelación, sino que la había estado pagando, y la fondista, ¡cosa insólita!, la había reservado incólume e intacta, sin que ni por un par de días la ocupara algún huésped fugaz. Había subido con su mujer y sus dos hijos, un niño y una niña de pocos años, a pasar sus cortas vacaciones de pequeño industrial.

Era un hombre erudito, pulcro y refinado, excesivamente educado y ceremonioso, que a todos nos llamaba señor. A mí me ponía de «señor Muñoz» que no había por donde cogerme. Me sonaba extraño, como si no se tratara de mí, y a veces me giraba, pensando que se lo decía a alguien que estuviera detrás mío.

Era un hombre joven aún, con una incipiente calvicie y unas gafitas Traman montadas en oro. Fabricaba el licor Royal Witt, una especie de estomacal, del que se sentía muy orgulloso. A la fondista le regaló unas cuantas botellas, a fin de que ésta le hiciera un pedido, y tuvimos ocasión de probarlo.

Su mujer era muy bonita, y los chiquillos también.

Parecía un hombre contento de su suerte, y más contento aún de habérsela labrado él.

Tenía un nombre que parecía extranjero. Se llamaba Birlaque, o Birlake, no sé si con *q* o con *k*, o algo por el estilo. Y su gran pasión era el juego de damas.

Penela pasaba en Calafusta todo el verano. El Gato sus quince días de vacaciones. Desde que se habían casado lo hacían así. El Gato trabajaba en un negocio de corchos, con un pariente suyo.

Continuaba siendo tan locuaz, ameno y divertido como antaño. No hizo más que llegar, y contó una porción de chistes nuevos que corrían aquellos días por Barcelona. Conmigo se mostró afectuosísimo, interesándose enormemente por mi salud.

—Sabía que estabas aquí. Penela me lo dijo en una de sus cartas.

Yo ya sabía que ella se lo había dicho y también sabía que él le había contestado con cierta displicencia. Penela, contenta de los celos que despertaba, le había mostrado esta carta a Luisa Vicenta y Luisa Vicenta me lo había dicho a mí.

El Gato era uno de esos celosos que quieren demostrar que no lo son y entonces lo demuestran más. Y lo peor era que todo el mundo se daba cuenta de ello. Terminadas sus vacaciones, un día antes de marchar, como quien saca la cosa a colación sin darse cuenta, me preguntó que por qué no me escribía ya con su mujer.

—Porque no.

—A mí no me molesta que mantenga correspondencia con sus amigos. Yo, con mis amigas, también lo hago.

—Bueno.

—Tienes que volver a escribirte con ella. Aquella conversación me resultaba embarazosa. El Gato me había subido una novela policíaca.

—¿Aún sigues tan aficionado al género?

—Hombre, sí. Aunque no tanto como antes.

La novela se llamaba *No quisiera estar en tus zapatos*. Eran varias narraciones o cuentos y su autor era William Irish.

—¿No conoces este autor?

—No.

—Es el mejor escritor del género policíaco.

Enrique Llebot opinaba lo mismo.

—Mejor que Agatha Christie.

—¿Mejor?

—Sí, ya lo verás.

El fabricante de licores nos decía:

—El mejor autor policíaco es Dostoievski, que escribió una novela en la que desde el principio ya sabes quién es el criminal y a pesar de eso resulta una novela admirable.

—Eso lo ha leído en la colección *Novelas y Cuentos*, seguramente, en aquella sección de «Íbamos diciendo...» —decía luego Enrique Llebot.

Enrique Llebot afirmaba que *Crimen y Castigo* era la mejor novela que se había escrito.

Yo recordaba que mi padre la tenía, en una encuademación desagradable, y me proponía leerla a mi regreso, a ver si esto era cierto.

Pedrín lo estaba pasando bien. Nunca se había dado mejor vida. Lo que sentía era que esta «vidaza» —otras veces decía «vidorra»— se acabara.

Se había acomodado rápidamente al ambiente y no lo extrañaba. Los huéspedes se habían acostumbrado a él. Les hacía gracia. Era un producto raro y exótico, lo pintoresco, lo que no se ve cada día y luego podrían contar. Se habían acostumbrado a su argot y a sus palabrotas. Cuando se enfadaba soltaba muchas, hasta que la señora Luisita acababa por decirle:

—Pedrín, ya está bien. Eres muy crío para decir estos disparates.

Junto con Pepito y Alfredo pasaba las horas hablando de mujeres, procazmente, con ese febril entusiasmo: de los adolescentes. A veces le decía al hijo de la señora Luisita:

—Tú, tu madre sí que está un rato bien...

Al pobre hijo de la señora Luisita esto no le hacía nada de gracia.

En nuestra mesa comía de espaldas a Teresa. Los respaldos de sus sillas casi se tocaban. Pedrín se alegraba de esta circunstancia. Se echaba hacia atrás y frotaba su cabeza en la blanda y larga cabellera de ella. Entornaba los ojos igual que un gorrión o un pato cuando se baña. Teresa, si se daba cuenta, volvía la cabeza asustada. Entre Pedrín y Enrique —Enrique Llebot, no el otro—, que le guiñaba un ojo siempre que

la miraba, la tenían constantemente angustiada.

Enrique Pujol le decía que un domingo, cuando subiera su novio, le iba a echar un piropo delante de él, a ver qué pasaba.

—No, que mi novio es muy celoso —decía María Teresa.

—Por eso, por eso —contestaba Enrique, Enrique Llebot, no, el otro, Pujol.

Teresa se las creía —estas y otras bromas— y se llenaba de zozobra.

A Pedrín se le notaba que había pasado hambre, que nunca había comido demasiado bien. Las horas de las comidas eran para él las mejores del día. Se sentaba a la mesa y, a la vista de las viandas, empezaba a frotarse las manos. Ingería de prisa. Sorbía la sopa con ruido. Dorita le tenía que decir:

—No seas puerco, Pedrín.

Entonces se moderaba, sólo por poco rato. Le gustaba el vino con entusiasmo. Entre él y el señor Pera dejaban la botella en seguida lista. Lista para que la llenaran de nuevo, claro.

Casi todos, después de la comida, acostumbábamos a tomar un vaso de leche, especialmente los que habíamos estado o estábamos delicados del pecho. En su lugar, el señor Pera tomaba una copa de coñac, y, a esto, socarronamente, le llamaba «tomar la píldora».

—Pedrín —decía—, lo que tienes que hacer es probar una *píldora* de éstas, a ver qué tal te sienta. Probó, y ya no quiso tomar más leche. A veces desayunaba cosas inverosímiles.

—¿De verdad que aquí se puede pedir lo que uno quiera? —me preguntaba.

—Claro —le contestaba yo.

Y pedía un cucurucho de olivas sevillanas, que le gustaban mucho, o un buen trozo de membrillo, que ponía entre dos rebanadas de pan con tomate, o anchoas.

La señora para quien la madre de Pedrín trabajaba, le llamó un día a su torre y le dio un montón de ropa todavía en buen uso: camisetas, calzoncillos, calcetines, unas camisas, esa clase de ropa que para los pobres es un lujo y para los ricos un estorbo. Entre el montón de ropas venían unos tirantes antiguos, de gomas anchas, con grandes hebillas, de colorines; irnos tirantes que Pedrín se puso en seguida, luciéndolos orgulloso.

Siempre llevaba un mazo de naipes en el bolsillo y a todas horas quería jugar a las cartas, a poder ser con dinero, pero con dinero nadie quería.

Pasadas las Fiestas, la señora Roseta nos dio habitación en la fonda a Pedrín y a mí. A mí me asignó la que antaño ocupara, y a Pedrín la que entonces ocupaba Jaime, el estudiante de medicina, que murió de amor. Con cierta alegría y nostalgia volví a acomodarme en mi antiguo aposento.

Pedrín se había enamorado —él lo decía— de María Josefa, pero ésta no sólo no le hacía ningún caso, sino que incluso le molestaban sus impertinencias. En cambio, ahora, la criadita en cuestión miraba tiernamente a José Manuel. Las mujeres son así: siempre lo que no tienen, decíamos llenos de filosofía, o creyéndonoslo.

Sobre la rinconera de su habitación, Pedrín dejaba trémulas y ardientes cartas de amor, mal escritas y plagadas de faltas de ortografía. En ellas le suplicaba una fotografía y sus señas en Santa María, para poder escribirle después.

La chica arrugaba furiosamente las cartas y las tiraba por la ventana. Pedrín, transportado, creía que las guardaba. Pilarín, la hija de la fondista, cuando alguna vez limpiaba las habitaciones, cogía estas cartas y nos las enseñaba: La señora Roseta, a quien siempre habían gustado estas cosas, alentaba a Pedrín, asegurándole que María Josefa estaba por él.

Cuando alguna vez le decíamos a Pedrín que era un imbécil y que dejara estar a aquella muchacha que no lo quería ni ver, se enfadaba, y como gran argumento sacaba a relucir todo cuanto la señora Roseta le auguraba: «Te casarás con ella, ya verás; ella tiene tierras...» Pedrín, lleno de credulidad, se frotaba las manos. Era algo así como una bestezuela recién puesta en libertad. Este conflicto amoroso no le perturbaba nada absolutamente y su felicidad la exteriorizaba con gritos, con cantos, con brincos.

Por las noches, al retirarnos, se liaba en su cuarto a soltar cuescos con toda su alma. Los grillos enmudecían. Era otra de sus formas de felicidad exteriorizada. Una noche me asomé a la ventana y le grité:

—¡Pedrín, eres un marrano...!

Sólo dijo:

—¡Ah!, ¿pero es que se oye?

Algunos de los huéspedes eran muy aficionados a la búsqueda de setas, *bolets* que se dice en Cataluña. José Manuel era uno de ellos. Cada año cogía una buena cantidad de una especie diminuta de hongos llamados *moixemons*, que dejaba secar y luego se llevaba a su casa para que su madre los guisara.

—¡Son estupendos! —decía.

Los se criaban a montones en todos los prados de las cercanías. También veíamos otras clases: unos como hojas rizadas, a los que llamaban *peus de rata*; otros, redondos, rojos: *ous de rei*.

Estas especies —*peus de rata*, *ous de rei*, *rovellons*, *pinetells*— eran más difíciles de encontrar. Los *rovellons* y *pinetells* se daban en las pinedas, y éstas estaban demasiado lejos.

Sólo por el gusto de descubrir rincones donde abundaran estas talofitas, José Manuel era capaz de las más extraordinarias caminatas. Él, a estas caminatas, optimista, las llamaba excursiones. En según qué ocasiones lograba embarcarme en ellas. Yo había subido a hacer reposo y no a cansarme tontamente, pero a veces sucumbía a sus requerimientos y lo acompañaba. Uno de los que siempre iba con él era un muchacho que cada año subía a Calafusta una temporada y que yo ya conociera en mi anterior estancia, un muchacho gordo, que tomaba sifón para adelgazar, y a quien acompañaba siempre su hermano, un tipo bastante enigmático. Se llamaba Mateo, y creo que participaba en estas excursiones por lo mismo que bebía sifón. Pedrín también tomaba parte. Él no lo hacía por la emoción que representaba tropezar con los hongos o setas, ni para adelgazar, sino porque le bullía la sangre y era incapaz de estarse quieto. Retozaba, corría, saltaba, algo así como esas cabritillas que trepan a las rocas peladas aun cuando no haya hierba para mordisquear.

Una tarde, en una de esas buscas, fuimos a parar a unos valles amplios, verdes y hermosos, más allá de la Font del Camí. Habíamos echado por unos senderos embarrados y caminado por entre altos helechos, como en la selva, decíamos. Yo no había estado nunca por allí. Mateo, más conocedor de aquellos andurriales, aseguró que habíamos pasado el término de Les Fonts (la finca más grande de aquellos contornos) y estábamos en Les Caldes (digna contrincante de Les Fonts). Encontramos a un pastor y le preguntamos. Era verdad.

El pastor tenía un aire agreste, salvaje y montaraz. Llevaba una cazadora de cuero, de cuando estuvo en la guerra, la única vez en su vida que había salido de aquellos lugares. Sólo había estado en una ocasión en Comarquinal, hacía ya ocho años, y a duras penas si de tarde en tarde iba al pueblo. Siempre cuidando ovejas. Yo me maravillaba de que aún quedara gente tan primitiva en el mundo. Tenía un aire idiota, bestializado, con irnos ojillos maliciosos y lascivos. No respondía a esa imagen idílica que los poetas han creado de todo aquel que comulga continuamente

con la Naturaleza. Fumaba en una corta pipa, y en las comisuras de los labios se le formaba una baba blanca, como leche cuajada. Tema un chozo para dormir. Si le venía en gana se amorraba a la teta de una oveja. De vez en cuando se acercaba a la casa del amo por provisiones. Nos quiso invitar a fumar y no aceptamos. Estaba descortezando una gruesa rama. Nos preguntó si queríamos vino. Pedrín asintió contento. Le dijo que metiera él mismo la mano en el zurrón y cogiera la bota. Pedrín no la encontraba. El pastor, socarrón, dijo:

—Si fuera el no-sé-qué de una *dona ja el trobaries, ja...*

Quería que habláramos de mujeres —reía como un animal—, pero no le hicimos caso. Antes de marcharnos nos llevó a unos matorrales, donde tenía escondidas unas bien cortadas varas de fresno y nos regaló una a cada uno.

Volvimos al pueblo por distinto camino y casi nos perdimos. No habíamos encontrado setas de ninguna clase. Yo, a veces, señalaba alguna, pero siempre resultaba que era venenosa. En el fondo de una espesura, unos hongos, también venenosos, habían crecido buscando la luz. Esta gigantesca especie abundaba bastante por allí. Pedrín arrancó uno para llevarlo a modo de sombrilla.

Echamos por un atajo, un camino tortuoso, pedregoso y en cuesta. Yo iba en último lugar, cansado, fatigado y mohíno. A lo mejor, todo lo que había adelantado en mi enfermedad, lo perdía a causa de la caminata. En el lindero del atajo había dos hermosos hongos, gordos, redondos como globos, tersos, rojos. Eran bonitos, tan bonitos que tenían que ser venenosos. José Manuel, Mateo y Pedrín iban delante. Estuve por no llamarlos. Se iban a burlar. Pero aunque sólo fuera porque los admiraran. Les voceé:

—¡Mirad...!

José Manuel dio un grito. Mateo, también. Pedrín, no, pues entendía menos que yo.

Eran *ous de rei*. Comestibles. Llegamos al pueblo de noche. Los exhibíamos como trofeos. Yo no me cansaba de decir que los había visto y no había querido decir nada primero, creyendo que eran venenosos, y luego, etc. La fondista los guisó. Estaban riquísimos, pero como todo el mundo quería probarlos no tocamos a nada.

Mateo, a propósito del pastor, dijo que aquellos hilillos blancos que tenía en las comisuras de la boca eran señal de cáncer. Yo no sé de dónde habría sacado esto.

Lo cierto es que el trago de vino que bebiera en la bota empezó a sentarme mal.

Mateo creo que estaba enamorado de Luisa Vicenta aunque esto no lo sé muy bien.

A veces hacíamos una excursión o salida en común, gente joven solamente.

Fuimos a Florit. Nos llevamos carne y la asamos allí junto a la fuente donde en tiempos decían que un bandido generoso llevaba a abrevar su caballo. Sacamos un sinfín de fotografías.

Asar la carne fue un jaleo tremendo. Nadie quería buscar leña ni encender fuego. Para colmo, no nos habíamos traído parrillas. Los dos Enriques y yo recogimos ramas secas e hicimos fuego. Mateo, con unas varas que arrancó de un sauzal, improvisó unas estupendas parrillas. Era muy habilidoso. Las mujeres asaron la carne. A la hora de hincar el diente, quienes más comieron fueron Alfredo, Pepito y Pedrín. Además, se burlaban: «Los que menos hemos trabajado y los que más hemos comido».

Al sentarnos en corro, para comer, las chicas enseñaban las piernas. Pedrín se agachaba a soplar las ascuas, para vérselas mejor. Luisa Vicenta decía:

—Deja el fuego, Pedrín, que ya no es necesario.

—Como que a Pedrín le importa mucho el fuego —decía Enrique, Enrique Llebot, no; el otro, Pujol.

Yo comía al lado de Penela. Sin darme cuenta me había sentado junto a ella. Pero no cruzábamos palabra.

Mateo le servía los mejores pedazos a Luisa Vicenta. Luisa Vicenta procuraba que comiera José Manuel.

Regresamos pronto, para no perder el coche de línea, cantando y riendo.

Yo iba el último, un poco arrepentido, como siempre, pues no me convenían estas caminatas.

Desde la fuente, para subir a Florit, después de las huertas, venía un sendero empinado. Lo subieron gritando, dándose las manos, empujándose.

Al llegar encontré a Dorita apoyada contra la pared o ribazo que delineaba el sendero, jadeando, subiendo y bajándole el pecho, la garganta hinchada, el sudor en la frente. Estaba pálida. Me asusté.

—¿Te pasa algo?

—No, Estoy un poco cansada.

Yo también jadeaba. Estuve un rato con ella, esperando a que descansara. Luego subimos cogidos de la mano. Probablemente éramos los más escacharrados del grupo.

Dorita iba a todas partes con Penela y Luisa Vicenta, Penela y Luisa Vicenta se encontraban bien. A veces no dormían la siesta ni descansaban lo necesario. Dorita las imitaba. Probablemente para disimular. Penela y Luisa Vicenta, inconscientemente, eran crueles; tenían que haberse acomodado ellas a Dorita y no Dorita a ellas.

Al año siguiente, mucho después de cuando este relato acaba, murió.

El señor Birlaque o Birlake, yo no sé si con *q* o con *k*, fabricante de licores, del prestigioso licor Royal Witt, licor que era una especie de estomacal, muy bueno, acabó con los paseos, con las salidas, con las excursiones, con las búsquedas de setas, *bolets* que decimos en Cataluña. Perteneía a un curioso club de jugadores de damas. Nos encogíamos de hombros. ¿De damas? ¡Phs! El juego de las damas era un juego trivial, de chiquillos. Estábamos convencidos. Si se hubiera tratado de un club de jugadores de ajedrez... El ajedrez es un juego complicado, un juego de reyes y de resonancia mundial, con sus torneos y sus campeones. Un campeón de ajedrez es una figura respetable. Un campeón de damas es algo ridículo e irrisorio. Tal vez ni siquiera existían.

—¿Cómo que no?

No podía tolerar esta ignorancia y desprecio el señor Birlaque, y decía:

—James Willye fue campeón del juego de damas durante cuarenta años seguidos. ¿En qué juego o deporte se ha batido semejante marca?

Yo le preguntaba a Enrique Llebot:

—¿De dónde sacará estos nombres y datos? Enrique Llebot se encogía de hombros.

—¡Bah! Lo habrá leído en el *Pulgarcito*, en la sección «Aunque le cueste creerlo».

—¿Sí?

Enrique Llebot sonreía.

—Probablemente.

El señor Pera, de pensar que el señor Birlaque, o como se escriba, se pasaba las tardes del domingo encerrado en el club, jugando a las damas, se ponía enfermo.

—¡Válgame Dios! Con una mujer tan estupenda como la que tiene y se va a jugar a las damas.

También hay quien se encierra en un café toda una tarde, por más mujer hermosa que tenga, y se la pasa jugando al dominó. Pero en fin.

—Bueno, bueno. Eso es otra cosa. Entonces hay dinero en juego. Y no son dos personas jugando, como si fueran ermitaños. Juegan muchos. Hay jolgorio, se toma café, hay apasionamiento. En cambio, en las damas, ¡en las damas! ¡Bum! —soltaba una palabrota.

En la fonda había dos o tres tableros de ajedrez. Nadie hacía caso de ellos. Sólo los domingos por la mañana, Jaume, el hijo de la casa, y Trinitat, el buhonero, se enfrascaban en una lenta partida. Y no siempre. Alguna vez había visto jugar al hijo de la señora Luisita y a Pepito en uno de estos tableros, pero no al ajedrez, sino a las damas. Las mismas piezas de ajedrez les servían de fichas. Colocaban los peones. Los peones son ocho. Ellos necesitaban ocupar doce casillas. Las dos torres y los dos alfiles llenaban el resto. Los dos caballos, el rey y la reina servían de damas.

Sólo había dos o tres tableros de ajedrez. De pronto aparecieron, lo menos, seis. Todos con sus correspondientes fichas para las damas. No sé de dónde salieron.

Quienes primero se entusiasmaron con el juego de damas fueron Pepito, Alfredo, el hijo de la señora Luisita y Pedrín. Pedrín llegó a olvidar su mazo de naipes y su biblioteca de *tebeos*. Jugaba muy bien; era como si tuviera una rara predisposición.

A un señor llamado Roviroso, este desmedido afán por el juego de damas le ponía malo. En cambio, el señor Serra, el del matrimonio del mono (este año sin el mono, se les había muerto), y el señor Capmany, el de las fotografías (estaban allí, como cada año), se pasaban horas y horas observando estos torneos de damas, especialmente los días grises o lluviosos, cuando no podían salir de paseo.

Enrique Llebot despreciaba el juego de damas. Por el ajedrez no es que sintiera pasión, pero le gustaba, jugaba una partida de ajedrez por mes. Esto atemperaba los nervios, daba serenidad; una especie de medida deportiva. Conmigo había jugado una vez y había ganado. Debía de ser la partida correspondiente a aquel mes. Decía también que el ajedrez, además de un juego, era un arte. Las damas eran solamente un juego, y vulgar por añadidura. Para jugar al ajedrez, según en qué casos, se necesitaba ser un predestinado, nacer para ello, como para la música. Sólo en música y en ajedrez se daban los niños prodigios: Mozart, a los cuatro años, tocaba el piano; Pomar, a los siete, era campeón de ajedrez.

—¿Y no cree usted que esto dice muy poco en favor del noble juego de ajedrez? —porfiaba el señor Birlaque, o Birlake, con *q* o con *k*, como fuera—. ¿Por qué? —preguntaba Enrique Llebot.

—Porque la inspiración no es sabiduría, sino un don de Dios. ¿Usted ha leído *El jugador de ajedrez*, de Stefan Zweig?

¿Qué no habría leído Enrique Llebot?

—Pues ahí tiene la prueba de lo que es un jugador de ajedrez. Czentovic, un palurdo y un idiota, campeón del mundo, y nadie le había enseñado.

—Bueno, bueno —decía Enrique Llebot—. Czentovic no deja de ser un personaje de novela.

—¿Quiere usted decir que es un personaje inventado?

—Yo creo que sí.

—Pues es muy real.

—Los personajes de los grandes novelistas siempre resultan auténticos.

—Porque los copiaban de personajes existentes. El señor Birlake daba a Czentovic por cierto. Así iba su teoría de que los palurdos, si tienen inspiración o predisposición, pueden jugar al ajedrez, en tanto que a las damas, no.

—Eso de que a las damas no... Ahí tiene a Pedrín. Tan palurdo como Czentovic. Creo que les está ganando a todos.

—Sí, ayer me ganó a mí.

El señor Birlaque o Birlake sacaba un papel de fumar y se limpiaba las gafas.

—Claro que yo no estuve por el juego, me distraje.

El señor Birlake jugaba a las damas como quien juega al ajedrez. Una mano en la frente. Rumizando. Tardando en mover una ficha cinco minutos. No admitía —como aseguraba Enrique Llebot— que en este juego la suerte tuviera su parte.

—El ajedrez es el único juego donde no cuenta este factor, ni el factor fuerza, ni el factor habilidad. Sólo cuenta la inteligencia.

—¿Insinúa acaso que Arturito Pomar es más inteligente que Einstein?

—Yo no quiero decir eso —contestaba Enrique Llebot—. Lo que digo, simplemente, es que se trata de un juego de cálculo, donde ninguna jugada se puede dejar al azar y en donde ninguna jugada sale por carambola, como ocurre en las damas la mayoría de veces, que mueves una ficha sin saber por qué y, a raíz de ello, te comes, a lo mejor, tres o cuatro piezas del adversario.

—Esta carambola, como dice usted, no es tal carambola. Usted hizo la jugada maestra sin registrarla, o sin premeditarla.

—Que viene a ser lo mismo —terminaba Enrique; Llebot, claro; no Pujol.

Generalmente, los demás permanecíamos al margen de estas conversaciones.

Para demostrar la supremacía del juego de damas sobre el de ajedrez, el señor Birlake decía:

—En Francia han construido unos *robots* que juegan al ajedrez y nunca pierden. La máquina vence al hombre porque registra todas las jugadas, todas las posibilidades. El ajedrez no deja de ser una operación aritmética en la que el hombre se quema las cejas, mientras una máquina calculadora la resuelve en un segundo. Esto echa por tierra la teoría de que el ajedrez es un arte. Todo lo que puede hacer una máquina deja de ser un arte. El arte tiene alma, y las máquinas ni la tienen ni pueden infundirla.

—Bueno, bueno —decía Llebot—. También creo que han construido unos *robots* que pintan cuadros y versifican. ¿Qué me dice usted de esto?

—Sí. Pintan cuadros abstractos. Les dan unos colores y los distribuyen por planos, ejecutando composiciones arbitrarias. Algo así como lo que consigue un calidoscopio, digo yo. Sólo que el calidoscopio, a pesar de ser fruto del azar, siempre ejecuta composiciones perfectas y simétricas. Sus espejos, reflejando el desorden, completan el orden. Supongo que, versificando, esas máquinas deben hacer lo mismo que pintando. Soltarán algunas palabras que tendrán cierto ritmo o cierta gracia. Poesía abstracta, también. —¿Y lo abstracto no es arte?

Se metían en unos líos tan enormes sobre el arte, sus reglas y sus principios, que era imposible seguirlos. Oyéndolos, nos aburríamos bastante.

—¿A que no hay ningún *robot* que juegue a las damas? ¿A que no hay ninguna máquina que en este juego venza al hombre?

—Claro que no —contestaba Llebot—. Porque en este juego entra la suerte y no únicamente el cálculo.

—Lo curioso —al señor Birlake o Birlake le agradaba elucubrar sobre estas cosas— sería hacer jugar a dos *robots*, uno contra el otro, una partida de ajedrez. Si

ambos registraban todas las partidas habidas y por haber del adversario no sé qué pasaría...

Yo me angustiaba, pues no concebía esta imagen.

—Harían tablas —respondía Enrique Llebot, lleno de naturalidad.

Con estos temas, el señor Birlaque se emborrachaba.

—Habrán hombres que serán muy inteligentes en una rama del saber —seguía—. Serán grandes médicos, o matemáticos, o químicos. En su especialidad serán verdaderas eminencias, pero fuera de éstas naufragarán. Cualquier persona, con menos estudios, podrá aventajarles en otros aspectos de la vida, será más perspicaz, tendrá más mundología.

—O sea: lo que usted quiere decir es que el jugador de ajedrez tiene mayor inteligencia y el jugador de damas más astucia, ¿no?

—No, yo no quiero decir eso. Yo no sé lo que usted entiende por inteligencia ni por astucia. La astucia, a veces, es instinto; la inteligencia puede ser cualidad innata, con lo que ambas cosas vienen a ser lo mismo. ¿Usted ha leído *Doble asesinato en la calle de la Morgue*, de Edgar Allan Poe?

Enrique Llebot había leído *Doble asesinato en la calle de la Morgue*, ¡naturalmente!

—Pues bien, allí, en la disquisición del principio, Poe dice que las altas facultades de la reflexión son más activa y provechosamente explotadas por el juego de damas que por el de ajedrez. Que a este último juego, debido a la profusión de movimientos y valores distintos que sus piezas tienen, lo creemos profundo, cuando en realidad es complejo...

—Bueno, bueno —interrumpió Llebot—. No sé si Poe viene a decir esto precisamente, o si lo que quiere decir es que en el juego de ajedrez entra el cálculo exacto, de tal modo, que el mínimo error puede traer consigo la derrota, y por eso asegura que en cada nueve casos sobre diez, gana el jugador más atento y no el más hábil. Este último juicio es un poco aventurado. A igualdad de atención, vencerá el más inteligente. Lo que Poe viene a decir, en resumen, es que en el juego de damas se puede hacer un juego de análisis sobre el adversario, un juego de perspicacia, y vencer el que penetre más hondo en el espíritu de su contrincante. En un juego tan rutinario como las damas, esta aseveración es un poco exagerada, pero como el mismo Allan Poe, indica, esto ocurre o se puede hacer mejor en el juego de *whist* que en el de las damas. Y si damos supremacía a las damas sobre el ajedrez basándonos en este juego de análisis, entonces, el burdo juego de la brisca, propio de rufianes, da ciento y raya al de las damas. ¡Ahí sí que es cuestión de penetrar y observar el rostro del adversario: su alegría o turbación, sus guiños, sus disimulos!

—Sí, bueno; en esto estamos de acuerdo —dijo el señor Birlaque, con *q*, como sea—, y esta teoría ya la desarrolla largamente Poe. —Se dirigió a mí—: Usted, señor Muñoz, ¿no ha leído nada de Edgar Allan Poe?

En un volumen de narraciones terroríficas, en el que entre otras cosas estaba

también la leyenda *El monte de las ánimas*, de Gustavo Adolfo Bécquer, yo había leído un cuento de este autor. En este volumen, le daban el calificativo de «mago del escalofrío». Dicho cuento era *El barril de amontillado*.

—¿Le gustó?

—Mucho.

—El *Doble asesinato*... ¿no lo ha leído?

—No. Lo tuve en las manos, pero no lo leí. Pensaba que sería algo trágico y romántico.

Llebot se burló:

—Estos aficionados al género policíaco que sólo conocen a Edgar Wallace y no saben siquiera que existió Conan Doyle...

Gracias a Enrique Llebot estaba dando de lado a este género. Ahora se me burlaba. Yo no sé por qué decía esto. Edgar Wallace no me gustaba. Nunca pasé de la primera página.

El señor Birlaque, tal vez con *q*, tal vez con *k*, dijo:

—Yo considero mejor autor policíaco a Edgar Allan Poe que a Conan Doyle.

—Hombre, no sé —dijo Enrique Llebot.

—Augusto Dupin es un detective mucho más sagaz que Sherlock Holmes. — Enrique Llebot hizo un gesto con la cabeza—. Augusto Dupin es el que descubre el doble crimen que ocurre en la calle de la Morgue, ¿sabe usted? —se dirigía a mí—, guiándose solamente por las declaraciones que del caso hacían los periódicos. —Miró a Llebot—. Es un personaje estupendo, este Dupin. Era un noctámbulo. —Otra vez se dirigía a mí—. Prefería la noche al día. Durante el día cerraba las ventanas y fabricaba la noche artificial, con lo que además de detective innato era inventor, este hecho lo demuestra. —De nuevo miraba a Enrique Llebot—. Poe ha sido el creador del detective y el creador del método deductivo en la investigación. De haberse dedicado al género policíaco se hubiera hartado de ganar dinero y no hubiera sido un desgraciado como en realidad fue.

—Celebro que no lo hiciera —dijo Llebot—. ¡Ojalá Conan Doyle hubiera hecho lo mismo y no hubiera resucitado a su Sherlock Holmes después que decidió matarlo! A mí me gustan mucho más sus novelas no policíacas.

—En cambio, a mí, estas novelas teosóficas me parecieron insípidas —dijo el señor Birlaque—. Su mejor acierto fue la creación de Sherlock Holmes. Sherlock Holmes es un mito tan aceptable como Don Quijote, Don Juan, Hamlet, Fausto...

Enrique Llebot se echó a reír.

—No se ría. A Sherlock Holmes sólo le faltan los años de los demás mitos para alcanzar su grandiosidad.

—Bueno, bueno —dijo Enrique Llebot.

Eran más entusiastas de Poe que de Doyle.

—Las teorías de Conan Doyle, que en los libros eran buenas, en la realidad fallaban. En cierta ocasión le dieron un caso a resolver. Pero Sherlock Holmes falló.

Sus deducciones no alcanzaron el éxito apetecido. Con Edgar Allan Poe sucedió todo lo contrario. Asesinaron a una muchacha en Nueva York, y, aunque este crimen ocasionó una persistente e intensa excitación, el misterio que lo envolvía permaneció sin resolverse, hasta que Poe publicó su libro *El misterio de María Roget*. En él cuenta un caso idéntico, aunque lo sitúa en París. Los textos periodísticos que cita y coloca en diarios franceses, son los mismos que se publicaron en Nueva York, Poe, al escribir este libro, se hallaba lejos del escenario del crimen, o sea que desconocía muchos detalles de los que hubiera podido aprovecharse. No obstante, atando cabos por medio de las deducciones efectuadas a partir de los sueltos periodísticos citados, su personaje, Augusto Dupin, el mismo que protagonizaba *Doble asesinato en la calle de la Morgue*, halló la certera solución del extraño crimen.

Yo le pregunté luego a Enrique Llebot:

—¿Es verdad todo eso?

—No sé —dijo éste—. Probablemente, sí. Todo cuanto ha contado lo ha leído en las notas marginales de la novela. En sí, la obra termina facilitando una pista y unos datos más o menos inciertos, si mal no recuerdo.

Enrique Llebot decía, además, que la novela *El misterio de María Roget*, como anécdota, ¡phs!, estaba bien, pero como pieza literaria dejaba mucho que desear.

Ya últimamente, sólo las mujeres salían un rato a pasear o a dar una vuelta. Las chicas por un lado, la señora Luisita y alguna otra, por otro. La mujer del señor Serra (el matrimonio del mono muerto) y la del señor Capmany (el aficionado a la fotografía y delicado del estómago) se quedaban en el comedor haciendo ganchillo, prendadas de sus hombres, que, finalmente, como todos, habían sucumbido a aquella especie de locura o vorágine del juego de damas. Enrique Llebot, un tal señor Roviroza y yo salíamos también a dar un paseo huyendo de aquel ahora diabólico antro donde sólo se oía: «Mueve tú, muevo yo, dama, caballo, tablas...» Habían aparecido dos tableros más. El señor Birlaque de los diablos, con *q* o con *k*, estaba en su elemento. El señor Pera se había entusiasmado tanto con el dichoso —fastidioso— juego que había olvidado por completo la carabina. Esto era lo único que me alegraba de esta epidemia desencadenada.

Estuvimos planeando una salida. Todos los veinticinco o treinta que quedábamos en la fonda pensábamos ir. Sería una excursión cerca, a la Font del Camí. Comeríamos allí. Nos llevaríamos carne, como siempre, y la asaríamos. Estábamos entusiasmados con la idea. La que más lo estaba era la señora del señor Birlaque.

—Sí, porque a los críos siempre les va bien estirar las piernas.

El señor Pera propuso:

—Nos llevaremos mantas para poder dormir la siesta debajo de las hayas.

—Eso, eso —dijo la señora Luisita—. Así regresaremos a la fonda cuando el sol se oculte y el fresco nos haga retirar.

Pedrín tuyo una idea vamos a llamarla luminosa.

—Podemos llevarnos los tableros de damas.

—Hecho; y mientras la carne se asa y se hacen los preparativos para comer, nos distraeremos jugando.

Al señor Roviroza no le pareció bien.

—Si se hace esto, yo no voy.

La mujer del señor Birlaque había mirado a su marido espantada.

—¡Nada de damas! —exclamó—. ¡Tengamos el día tranquilo!

Hablaba como histérica. Convinimos en que nada de damas.

—Jugaremos por la noche —dijo Pedrín.

—Eres un cabezón —le dijo Enrique, Pujol esta vez no Llebot.

Al día siguiente llovió. El cielo estuvo todo el día encapotado. Cayó agua sin parar. Volvieron a reanudarse las partidas de damas. Las mujeres se entretuvieron charlando y haciendo labor. El señor Roviroza, Llebot y yo contemplábamos la lluvia tras los cristales. La mujer del señor Birlaque estaba exasperada.

—Si no hubiéramos pensado en la excursión, no llueve. Seguro.

—Siempre me pasa igual. Basta que quiera hacer una cosa para que todo se me ponga en contra.

—A que si llegamos a decidir no salir en todo el día de la fonda hubiera lucido un sol espléndido...

Sus dos niños, sintiendo la presión atmosférica en la sangre, se rebullían inquietos, corriendo y derribando sillas. Les tuvo que gritar cien veces:

—¡Nenes, estaos quietos...!

El señor Birlaque, o Birlake, con *q* o con *k*, como sea, aquel día precisamente, cual si el agua hubiera fertilizado su cerebro, tuvo *la* idea genial: organizar un torneo de damas. En él participaríamos todos los huéspedes masculinos de la fonda, a ver quién quedaba campeón.

Trazó una especie de cuadro de competición y nos enroló a todos en él, sin haber contado para nada con nadie. Hasta el doctor Pozo, que aquel año permanecía muy distanciado de todo cuanto ocurría en la fonda, apareció apuntado. Nos fue avisando a todos.

—Serán tres las partidas jugadas con cada contrincante. Así, los resultados son más concluyentes. Se coloca un uno si son tablas, un cero si gana el contrario y un dos si gana usted. ¿Lo entiende?

Lo entendieras o no, por educación, por agotamiento, por deferencia, decías que sí. El doctor Pozo protestó diciendo que sólo le quedaban diez o doce días de estancia allí, pero el señor Birlaque le aseguró que en menos de ocho estaba el campeonato listo. El señor Rovirosa fue el único que dijo que no; no solamente que no entendía aquello de cero, uno o dos en su casilla, sino que no quería entenderlo ni jugar tampoco. Estábamos sorprendidos, porque era un hombrecillo cortés y más bien tímido. El señor Birlaque, con *q* o con *k*, tuvo que reformar su cuadro de puntuaciones.

Aquello se convirtió en un pandemónium. Todo el mundo jugaba a las damas. Y a todas horas. Unos preparándose y otros jugando las partidas definitivas cuyos resultados anotaba sucintamente el señor Birlaque o Birlake en el cuadro de equivalencias, llamémoslo así. Los tableros era como si se hubieran reproducido, y las fichas también. El fabricante de licores tenía una sonrisa de oreja a oreja. Paseaba entre los contendientes, anotaba los resultados, jugaba sus correspondientes partidas y recomendaba silencio en torno a los contrincantes cuando éstos jugaban sus partidas decisivas. Añadía, eufórico:

—El año que viene organizaremos una especie de Campeonato de Liga, con eliminatorias. Subiré una copa que gané en el Club que frecuento y se la ofreceremos al triunfador.

Pedrín aplaudió. El señor Rovirosa se puso serio.

—Yo, el año que viene, no vendré, o procuraré no incidir con usted, señor Birlaque.

El señor Birlaque o Birlake sonrió. Enrique Llebot y yo pensábamos igual que el

señor Rovirosa, sólo que no lo decíamos.

Todo el mundo jugaba sus partidas. Generalmente, los dos contrincantes jugaban varias a modo de ensayo, para luego, en un momento dado, cuando se creían en forma, decir:

—Ahora, en serio.

Y jugaban y uno perdía y otro ganaba o hacían tablas. Según.

Uno de los mejor situados en esta especie de torneo era Pedrín. Era el segundo en puntuación. El primero era el señor Birlaque o Birlake de las narices.

Yo no había jugado ninguna de mis partidas correspondientes. Sentía pereza. Llebot, en cambio, sí. Había jugado ya las suyas con todo el mundo, sin previo ensayo, sólo por quedar tranquilo de una vez.

—Me falta enfrentarme contigo —decía—. Después quedaré en paz.

El señor Rovirosa se reía.

—¿Has ganado muchas partidas? —le preguntaba yo.

—Ni me acuerdo. Unas sí y otras no.

—¿Y con el señor Birlaque?

—Perdí dos. La tercera, tablas.

—Si quieres te doy las mías, sin necesidad de jugarlas.

—¿Y para qué las quiero yo?

—Pues no es necesario que las juguemos. Diremos que hemos empatado, ¿no?

—Bueno.

Se lo dijimos al señor Birlaque.

—Hemos ganado una cada uno y la tercera, tablas. Puso un uno en la casilla correspondiente. Significaba un empate.

—Usted y yo, señor Muñoz, aún no hemos celebrado nuestro encuentro —dijo—. ¿Cuándo le parece que lo hagamos, esta tarde?

—Pues esta tarde —dije yo.

—Sólo me falta jugar con usted y con uno o dos más. ¿Quiere que hagamos antes unas partidas de entrenamiento?

—No. ¿Para qué?

—Sería una especie de tanteo mutuo, una especie de tomarnos el puso, algo así como medir las posibilidades del adversario.

—No, no —dije yo—. No lo creo necesario.

El señor Rovirosa se rió, con su media risa de conejo. Enrique Llebot me explicó después:

—Yo no me libré de las partidas de ensayo, no tuve tanta suerte. Nada menos que tres, quiso que jugáramos.

El señor Rovirosa tornó a reír.

La más disgustada por este inaudito frenesí era Penela.

—La otra vez que tú estuviste fue el mejor de todos los años que he pasado aquí.

—¿Por qué?

—Porque había más ambiente.

Ambiente siempre había y siempre había habido. Lo que ocurría era que ella encontraba mejor aquél que éste. Ahora nadie le hacía caso.

Por la tarde jugué mis tres primeras partidas del campeonato con el tremendo señor Birlaque, Birlaque o Birlake, como sea.

Jugamos y me ganó la primera. Estaba satisfecho. Había jugado a conciencia.

—Debería usted fijarse más —dijo.

En la segunda, hicimos tablas. No acababa de explicarse cómo había ocurrido. Estaba un poco desmoralizado.

—De todos modos, aun cuando me gane esta última, habremos quedado igual.

Esta seguridad le hacía jugar con relativa tranquilidad. Yo me lancé a mover las fichas con rapidez, desesperada, para acabar cuanto antes, y le gané, el señor Birlaque estaba perplejo.

—Usted tiene un juego audaz —dijo—. Yo, no. Yo soy precavido. Yo, calculo; usted, se arriesga. Es cierto que la fortuna ayuda a los audaces. Yo, con su audacia, sería el jugador perfecto.

¡Audaz yo! Estaba maravillado. Pero no dije nada. Con aquel hombre todo estaba de más.

El señor Birlaque anotó nuestro empate —uno a uno— en el cuadro de clasificación.

—De todos modos continúo siendo el mejor situado.

Suspiró.

El señor Birlaque o Birlake había jugado ya todas sus partidas. Exceptuándome a mí, a Pedrín —cuyas tres partidas habían terminado en tablas— y al señor Serra —con quien le había pasado algo parecido—, al resto de los competidores los había ganado. Se frotaba las manos. Estaba contentísimo. Pedrín también, en parte porque con el señor Birlaque —quien mejor jugaba— había hecho tablas y, en parte, porque iba muy bien clasificado, parece que en segundo lugar. El señor Serra no se enorgullecía de su empate con el señor Birlaque. Esto era algo que le daba igual.

El reconsagrado señor Birlaque había hecho ya sus cálculos y conjeturas —«promedios» era la palabra que empleaba él— y deducía por anticipado quién iba a ser el campeón de este torneo a muerte que se estaba llevando a cabo. El campeón iba a ser él. Incuestionablemente. Nadie podía arrebatarse el título, pues todos habían perdido una partida u otra. ¿Comprendían?

Pedrín no entendía de promedios. Estaba negro.

—Pero si yo no he jugado aún todas las partidas...

—Pero usted ya perdió con fulano y fulano —objetaba el fabricante—; aun cuando ganara el resto de las partidas que le quedan por jugar, a lo sumo alcanzaría el segundo puesto.

Pedrín no lo veía claro, todo esto.

—Pero si yo...

—Mire —continuó el señor Birlaque, con k o con q —, yo ya he calculado todas las posibilidades y no hay nada que hacer. Nadie puede obtener mejor puntuación que yo. —Al llegar aquí se detuvo. Se acarició la barbilla—. Excepción hecha del señor Muñoz, que puede alcanzar la misma puntuación. —Miró a un lado y a otro—. Incluso superarme.

Todos estaban maravillados. Pedrín sobre todo.

—El señor Muñoz sólo ha jugado dos veces. Una con el señor Llebot, en la que empataron, y otra conmigo en la que también quedamos igual. Aún le falta jugar con todos los demás. Si lograra vencer a todos, pero todos, fíjense bien, entonces, sólo entonces, alcanzaría un punto más que yo, un solo punto. Si venciera a todos menos uno, fíjense bien, me igualaría. —Respiró hondo—. Esto es muy difícil que lo consiga.

Por lo visto, semejante proeza —la que hiciera él— la creía imposible en otro.

Todo esto me lo contaron luego a mí, después de hacer tomado una rara determinación, la de dejarse ganar todos para que yo pudiera quedar campeón y el señor Birlaque o Birlake, como se escriba, se jorobara. La idea había partido de Alfredo, Pepito, el hijo de la señora Luisita y Pedrín. Era una pueril venganza, pero los mayores, especialmente el señor Serra, el señor Capmany, el señor Pera y Pujol, se habían unido a ella.

—El tío chulo ese —decía Pedrín.

A mí me resultaba molesto tener que jugar tantas partidas de golpe. Decidí que anotaran los resultados a mi favor como si hubiéramos jugado ya.

—No, no —determinó Mateo, que era meticuloso y formal—, hay que guardar las apariencias.

Tuve que liarme partida tras partida —tres con cada uno—, ininterrumpidamente —el tiempo apremiaba—, con gran regocijo por parte del señor Roviroza ante mis ahora completamente frustrados paseos.

Al que más dolió dejarse vencer fue a Pedrín. Los nervios se le llevaban. Estaba convencido de su superioridad y estuvo a punto de echarlo todo a rodar. Los demás protestaron.

—Pero es que puedo ganarle —objetaba él.

—Bueno, pero no se trata de eso, tú bien lo sabes —machacaron ellos.

Gané, aunque a mí me daba igual.

Cuando el señor Birlaque o Birlake, con *q* o con *k*, como sea, observó en el cuadro de equivalencias mi rápida ascensión, empezó a alarmarse, y un poco inquieto y preocupado, se dedicó a observar mis partidas. Nunca imaginó que los demás se dejaban ganar. Tampoco creía que yo venciera por ser un experto jugador. Más bien atribuía mis victorias a descuidos de los otros, al poco entusiasmo que ponían en las jugadas, a que creían que yo era un rival flojo y se confiaban.

—Ustedes no tienen en consideración al señor Muñoz. Juegan con él como si se tratara de un principiante. Y el señor Muñoz posee la gran cualidad del atrevimiento, ¿me entienden?, uno de los factores, en cierto modo, decisivos en este juego. Ustedes se confían, y a este paso va a quedar él campeón...

Era lo que querían.

A veces, mis contrincantes, simulando un descuido, se dejaban comer cuatro fichas de un golpe. El señor Birlaque o Birlake sufría terriblemente, pero callaba y se mordía los labios. Intentaba no mirar las fichas, no acercarse al tablero, pero no lo podía resistir.

En la primera partida que jugué con Alfredo, estando a punto de entrarme una dama, colocó una pieza de tal modo y tan astutamente, que le comía tres fichas de una sola vez. El señor Birlaque, con *q* o con *k*, detuvo la mano de Alfredo.

—Así no —dijo.

Entró el caballo.

—Así.

Alfredo, indignado, desparramó las fichas, y le dijo al señor Birlaque que no se metiera en donde no le llamaban. El pobre hombre reconoció su falta y se retiró, asombrado de que fuera Alfredo el que protestara y no yo.

Mi puntuación en el cuadro de valores subía que era un gusto. El fabricante de licores estaba desconcertado.

—Usted quedará campeón —decía, pesimista— ya lo verá. Parece que no sepan jugar.

—Tal vez jueguen con desgana. El hecho de saber que ya sólo usted o yo podemos ser campeones, quita aliciente a la cosa.

—Sí, tal vez —contestaba—. Hice mal en anticipar los acontecimientos.

Los demás, a sus espaldas, se reían, comentando de antemano la cara que iba a poner cuando yo fuera proclamado campeón. Pedrín, detrás, sin que él lo viera, claro, juntaba las uñas de los pulgares. «Que se chinche, que se chinche.»

Mis últimas partidas las jugué con el hijo de la señora Luisita. El señor Birlaque o como se diga asistió demudado a ellas. Si las ganaba, yo sería el campeón. Cogió una silla y, a horcajadas, la barbilla en el respaldo, se dispuso a no perder detalle.

El hijo de la señora Luisita estaba en forma, es un modo de decirlo, y quiso demostrarme su superioridad. Lució varias de sus habilidades. Se exhibió. Me entró cinco caballos, dejándome entrar a mí sólo uno. El fabricante de licores sonreía complacido. De golpe, mediante una hábil estratagema, se dejó comer cuatro de los cinco caballos, y, con el que le quedaba, hicimos tablas.

El señor Birlaque —¿*q*, *k*?—, contrariado, dijo:

—No tenía que haber hecho usted tantos alardes, ni haberse confiado tanto. Debía haberlo matado en seguida.

El hijo de la señora Luisita sonreía indiferente. En la segunda partida ocurrió como en la primera. Después de muchas escaramuzas y de cansarme con hábiles jugadas, quiso dejarse matar su ristra de caballos entrados. Pero yo estaba tan nervioso, debido a la insistencia con que el señor Birlaque nos vigilaba, que me coloqué en una casilla falsa y me hice matar a la fuerza.

El señor Birlaque o Birlake se permitió hacerle la siguiente observación al hijo de la señora Luisita:

—Ha estado usted a punto de perder. Debe ir más al grano. Nada de inútiles jugadas con los caballos.

Había respirado satisfecho. Yo ya no sería campeón. Si esta tercera partida la perdía o hacía tablas, él habría ganado. Y si vencía, quedaríamos igualmente puntuados. El hijo de la señora Luisita procuró no complicar las cosas más de lo que las había complicado y se dejó vencer fácilmente.

El señor Birlaque o Birlake, con *q* o con *k*, como sea, ahora ya me da lo mismo, estaba resplandeciente. Había estado a punto de perder *su* campeonato. Emocionado me tendió la mano.

—Hemos quedado con idéntica puntuación, señor Muñoz.

Pedrín y los demás estaban desolados.

—Los dos somos campeones, señor Muñoz.

Por lo bajo amenazaban e insultaban al hijo de la señora Luisita.

—Tendremos que hacer la revancha usted y yo, señor Muñoz.

¡Clang! Aquel hombre no tenía remedio.

—¿No le parece, señor Muñoz?

El señor Birlaque se tomó a pecho eso del desquite. Durante varios días insistió incansablemente. Yo no tenía ganas. Todo aquello había sido terrible. En cuatro o cinco días, treinta y pico de partidas, tal vez cuarenta. O más. Ahora me es imposible recordarlo bien, aunque entonces tampoco hubiera sabido precisarlo. El señor Birlaque había enrolado en aquel maldito torneo a todos los hombres disponibles de la fonda, igual que en una leva o reclutamiento. Incluso al Jaume de la casa. Y al doctor Pozo, que siempre jugó procurando ser amable y contando chistes mientras jugaba. Por las noches me había costado trabajo conciliar el sueño. En este extraño espacio que media entre el estar despierto y el dormirse; en ese punto en que no sabes si duermes o velas, jugaba y movía fichas sin parar en tableros imaginarios. Veía jugadas geniales que al día siguiente me era imposible recordar; jugadas geniales que me hacían reflexionar: ¿para qué las quieres si todos se dejan ganar? Y por encima de estas imágenes flotaba como una extraña sensación de terror al pensar que siempre estaría jugando a las damas, moviendo fichas en partidas eternas e interminables. Me invadía de tal modo esta sensación de que jugaba sin poder dejar de hacerlo, que me era necesario sentarme en el lecho, encender la luz y repetirme: «No estás jugando, estás en la cama. Cuando empieces a jugar de nuevo será ya mañana, y para mañana faltan tantas horas». Miraba el reloj y me alegraba de que aún faltaran ocho, nueve o diez para levantarme. Cuando por fin conseguía dormirme, me asediaban extrañas pesadillas. Veía a Penela desnuda, enmarcada, encogida en el cuadrado de un tablero de damas. En su espalda se veía una ancha cicatriz de plastia. Cuando me acercaba a cogerla, no era Penela, era Catalina. A pesar de eso, el deseo me acuciaba igual, e iba hacia ella. Entonces Catalina me mostraba un crío, también desnudo, esmirriado; un crío que echaba sangre por la boca. Catalina me decía: «Es tu hijo, es tu hijo. Tiene cinco por campo». De pronto, sin perder la figura de Catalina, Catalina ya no era Catalina, era Penela de nuevo, pero el Gato se colocaba entre los dos. Entonces yo me marchaba cojeando, con una muleta compuesta de ristras de fichas blancas y negras, mientras un letrero luminoso indicaba: «Tablas, tablas, tablas», encendiéndose y apagándose.

Como el señor Birlaque, o Birlake, ya nunca sabré si con q o con k , tenía que marcharse antes que finalizara aquella semana, me apremiaba constantemente. Yo eludía el encuentro, y esto le envalentonaba.

—Tiene que hacerlo. No pueden quedar dos campeones. ¿No comprende que eso no es posible?

No me convencía.

—Y si jugamos las tres partidas y hacemos tablas de nuevo, ¿qué pasará? ¿Otro desquite?

—No; eso no ocurrirá. Uno u otro quedará vencedor.

Se le adivinaba que quería decir: «Ese vencedor seré yo».

—Miré, señor Birlaque —le dije—, yo le doy mis partidas. Usted es el campeón.

—No, no —rehusaba él.

Los demás me alentaban. Pedrín pedía que le dejara ocupar mi puesto.

—Veréis como le gano.

El señor Birlaque no quería. Tenía que ser yo. Al final, cedí. Al día siguiente, a las doce del mediodía, antes de la comida, sería el encuentro. Dos días después el señor Birlaque, el fabricante de licores, acababa su veraneo.

—Menos mal —comentaba el señor Rovirosa. El señor Birlaque, con cu o con ca, designó como jueces o árbitros de este encuentro a los señores Serra y Capmany. La gorda mujer del señor Serra y la dulce obsequiosa y tierna esposa del señor Capmany estaban orgullosas de esta designación. Y la hija de este último también. Incluso Penela, Luisa Vicenta, Dorita y María Teresa habían llegado a interesarse por este diabólico juego. La mujer del fabricante estaba un poquillo nerviosa. Pedrín rezaba para que ganara yo.

La mañana del encuentro, al bajar al comedor para desayunar, encontré al señor Birlaque o Birlake.

—¿Está usted preparado para el torneo de hoy, señor Muñoz?

Jovial, se frotaba las manos.

—He estado dudando —contesté—; no sabía si vestirme de etiqueta o no. Al final he optado por afeitarme solamente. ¿Cree usted que estaré presentable?

—Usted se ríe y lo toma a broma, señor Muñoz...

Quise disculparme.

—No, no...

—Pero la cosa es tremendamente seria —dijo—. Más de lo que parece.

No me hacía ninguna gracia jugar aquella dichosa partida, y cuando bajaron el señor Rovirosa y Enrique Llebot les expuse la situación.

—Pues no la juegue —dijo el señor Rovirosa.

—Tú, ¿qué opinas, Enrique?

—Si una cosa no gusta no hay que hacerla, creo yo —respondió él.

—¿Y si nos fuéramos a dar una vuelta y no volviéramos hasta después de la una, cerca de la hora de comer?

—Será lo mejor.

Fuimos hacia Les Fonts. La mañana estaba buena y daba gusto pasear.

—El juego de damas es antihigiénico —decía el señor Rovirosa.

—¡No vuelvo hasta después de la una, justo para comer! —exclamaba yo.

—¡Eso! —asentía Llebot, Enrique Llebot.

Les Fonts estaban al otro lado de la carretera, frente al camino del pueblo, frente al cartelón azul. Les Fonts era la finca más grande de los alrededores. Un paseo de tilos llevaba hasta ella. Junto al edificio principal había un enorme abeto, el mayor abeto que en mi vida he visto. Entre Enrique Llebot, el señor Rovirosa y yo nos vimos apurados para abarcarlo dándonos las manos. Metidos debajo de su cónica

copa, las ramas parecían como una escalera en forma de caracol que se perdía gradualmente en el cielo. Daban ganas de subir por ellas.

—Se podría filmar una película en la que el protagonista huyera escalando estas ramas —dije yo—. Que vinieran persiguiéndolo y de pronto se dieran cuenta de que había desaparecido.

—Como imagen estaría bien, sería una cosa de gran plasticidad; como argumento, esto es ilógico. ¿Qué haría cuando llegara a la punta del abeto? ¿Volar?

El señor Rovirosa se echó a reír.

—Tirarse de cabeza y aplastar a uno de los perseguidores —adujo.

En Les Fonts vivían varios masoveros. Cuidaban de todo. Los ganados, los cultivos.

Dos grandes mastines, ladrando desafortadamente, salieron a nuestro encuentro.

Enrique Llebot y el señor Rovirosa no las tenían todas consigo.

—Éstos son capaces de mordernos.

A mí, los perros, nunca me habían hecho nada.

—No hay que asustarse. A mí, los perros, me conocen.

Efectivamente, cuando llegaron a nuestra altura, los dos perros dejaron de ladrar y se abalanzaron sobre mí, poniéndome las patas en el pecho, derribándome casi, meneando la cola alegremente.

—¡Toma, pues es verdad! —exclamó Llebot.

Yo estaba satisfecho de esto, y me vanagloriaba. Niños y perros siempre se llevaron muy bien conmigo.

Contemplamos los establos, donde mugían las vacas y sus becerrillos, y los anchos corrales vacíos donde por la noche se recogían las ovejas.

En una era revoloteaban gallinas, palomas, patos y ocas, a revueltas, en una no muy armoniosa república, pues se picoteaban entre sí. Las ocas, en cuanto nos vieron, empezaron a graznar y se nos echaron encima. Yo, con las ocas, no tenía tanta confianza y seguridad como con los perros. Dando gritos y palmadas las espantamos.

La gente del caserío nos saludaba cariñosamente, y los chiquillos se perseguían y hacían sus gracias delante de nosotros, para que nos riéramos.

Había una capilla románica, pero estaba cerrada y no pudimos verla. Enrique Llebot dijo que era una lástima, pues tanto la capilla como la mansión señorial con sus artesonados eran dignas de verse.

Nos tumbamos en una loma, entre helechos y robles. Las altas montañas nos impresionaban. Empezamos a hablar de si existía Dios o no, y nuestras propias palabras nos llenaron de emoción.

De pronto nos dimos cuenta de que era ya tarde y decidimos volver.

—Estarán ya comiendo.

Pero nos equivocamos. Allí estaba el señor Birlaque o Birlake, con *q* o con *k*, ¡el diablo lo confunda!, con el tablero preparado. Reinaba gran expectación. Los señores Serra y Capmany dijeron que debíamos empezar. El señor Serra, corpulento y calvo,

con un jersey blanco de manga corta, parecía un manager. No me quedó más remedio que sentarme a la mesa y empezar a mover fichas.

La primera partida la jugué con desgana y de cualquier manera. Movía de prisa, inmediatamente de haber jugado el señor Birlaque. Era como el soldadito indefenso que se lanza contra el gigantesco tanque en el supremo afán de acabar cuanto antes. Mi juego vertiginoso desconcertaba al fabricante, que jugaba un poco a la defensiva. Logré entrarle en seguida dos caballos y le hice un destrozo tremendo en su campo. Él entró uno y se defendió como pudo. Pero inmediatamente coloqué dos caballos más y lo apabullé por completo. Estaba desconcertado. Yo, sorprendido.

La segunda partida fue más lenta. Aunque yo seguía empleando la misma táctica de réplica inmediata, no lograba desconcertarlo. Jugaba con serenidad. Yo también empecé a jugar con cuidado. Hicimos tablas.

La tercera era la peliaguda. Los mirones estaban más emocionados que nosotros. Y admirados. Creían que el fabricante de licores me vencería en menos que canta un gallo. No decían nada. Pero yo notaba en sus rostros un deseo incontenible de que ganara. En la partida anterior había tenido un descuido que me costó la pérdida de un caballo o dama. Un «¡ay!» sofocado se les escapó a todos. Milagro fue que no me lo advirtieran. Notaba sobre mí este aliento; a la vez sentía el peso de una enorme responsabilidad. No quería defraudarlos. De todos modos jugaba con la seguridad de que aunque perdiese esta partida estaríamos en las mismas. El señor Birlaque jugaba desesperado. No podía permitirse perder. Ni siquiera el lujo de hacer tablas. Tenía que ganar forzosamente.

Pero en esta trascendental partida, en la que el señor Birlaque rumiaba las jugadas por lo menos un cuarto de hora, y en la que bajo una apariencia de calma y serenidad se ocultaba un nerviosismo intenso, siempre a punto de estallar, el fabricante de licores tuvo un descuido tremendo que decidió la partida a mi favor y del que ya no pudo rehacerse. Tenía dos fichas distanciadas entre sí por un cuadro. Comerse una significaba merendarse la otra y además entrar dama. Yo me había dado cuenta y estaba a la expectativa, pero me faltaban dos casillas para llegar a la primera víctima. El señor Birlaque o Birlake me colocó una ficha para que la comiera. Era el puente que yo necesitaba. Él no se había fijado en las dos restantes tan bien dispuestas. Únicamente calculaba que, dejándose comer aquélla, yo quedaba situado de forma que él podía arrebatarme otra con gran ventaja para él, y jugaba obsesionado con esta jugada. No es para ser descrito cuando vio que yo mataba, tal como él lo había dispuesto, y, en vez de parar allí, continuaba saltando fichas mientras decía: «Una, dos y tres». Entrando dama, además. Había sido una distracción, claro y yo me aprovechaba de ella, como también el señor Birlaque se aprovechara de la mía en la partida anterior. Pero él exclamó:

—No vale. Ha sido un descuido. Debo rectificar. Yo no dije nada. Pedrín gritó:

—¡Ay, pues claro que vale!

El señor Serra, majestuoso en su jersey blanco de atleta, con los brazos cruzados

y desde la altura que le daba su imponente estatura, su calidad de juez y la perspectiva de nuestros asientos, dijo:

—La partida debe proseguir. Los descuidos y yerros se pagan. Hay que pensar antes de mover.

El señor Birlaque o Birlake, con *q* o con *k*, como se escriba, estaba desolado, desolado y desmoralizado. Por la brecha de las tres fichas le entré dama tras dama, caballo tras caballo. Jugaba como podía. Miraba el tablero con ojos desorbitados. Era como quien presencia su ruina comercial y no puede mover un dedo para detenerla. La frente la tenía llena de sudor.

Cuando vio que todo estaba perdido se levantó de la mesa. Intentó hablar y no pudo. Entonces se llevó la mano al cuello de la camisa. Nadie se movió.

La primera en reaccionar fue la señora del fabricante de licores, que dio un grito enorme y angustiado. Los segundos fueron sus críos. Empezaron a berrear. El tercero, fue el doctor Pozo. Cogiendo el pulso del señor Birlaque dijo:

—Este hombre está muerto.

Luego reaccionamos todos.

Uno ya no recuerda cómo ocurrieron las cosas, con todo detalle y concatenación. Si echamos un vistazo hacia atrás y procuramos recordar la muerte de algún allegado nuestro —háganlo, por favor— no sabremos precisar en qué momento y cómo le vimos amortajado, o ya en el ataúd, ni cuando vimos a la familia, e incluso a nosotros mismos, de negro.

El señor Birlaque o Birlake, con *q* o con *k*, ya lo mismo daba, fue colocado en una habitación del primer piso, en un improvisado catafalco que tenía de severo todo lo que la improvisación había permitido. La señora Birlaque, dejemos el apellido de una vez así, iba toda enlutada, con una toca o velo en la cabeza. La niña también iba de negro. El niño llevaba un brazalete de este color en la manga de su vestido.

La mujer del fabricante de licores había demostrado una serenidad y presencia de ánimo fuera de toda regla. Después del grito, y antes de desmayarse, oída la aseveración del doctor Pozo, y visto que ya no había nada que hacer, pensó que si su marido era enterrado allí, en el miserable cementerio de aquel pueblo, el traslado luego, más adelante, al panteón familiar que tenían en el cementerio de Las Corts, en Barcelona, le iba a costar un ojo de la cara. Y así se lo dijo al doctor Pozo.

El doctor Pozo pensó en pedir conferencia a Barcelona y solicitar una ambulancia. Certificaría que el señor Birlaque había muerto mientras lo trasladaban.

Cuando se dirigía a la central telefónica empezó a sonar la campana de la iglesia. Tocaban a muerto. El señor rector no se dejaba arrebatar su presa. Había muerto en Calafusta y en Calafusta sería enterrado. Las noticias, en los pueblos, corren prestas. Ya todo el mundo sabía que en Can Barral había muerto un veraneante. Probablemente, a aquellas horas, lo sabían en Florit, en Santa María del Guirigall, en Comarquinal, en Oreig... Era inútil intentar el truco de la ambulancia. Se telefoneó, pues, a los familiares de los señores Birlaque y aquella misma tarde llegaron todos, o algunos. El ataúd, no sé si de Comarquinal, llegó también aquella tarde. El señor Birlaque, en su ataúd, con un rosario entre las manos enlazadas, la nariz afilada, la frente blanca y despejada, sin sus gafitas Traman, estaba muy serio, muy grave y muy circunspecto, cual si meditara una última y trascendental jugada, ¿no?

Casi no comimos. Estábamos conmocionados. Andábamos comentando lo sucedido. Unos decían una cosa; otros, otra. Todos teníamos como una especie de remordimiento.

Aquella noche la fonda se convirtió en un lugar tétrico. Junto al catafalco colocaron cirios encendidos. El cura vino a rezar el rosario. Las más impresionadas

eran las mujeres. No se atrevían a pasar la noche solas en sus habitaciones.

En lugar de hablar, se cuchicheaba. Se andaba de puntillas. El primer piso, donde estaba el muerto, estaba en la semipenumbra, las luces veladas. El piso de arriba aparecía desierto, desolado.

Me disponía a meterme en la cama y no me atreví. Me puse el albornoz sobre el pijama y salí al pasillo.

La habitación de al lado era la de Pedrín. No estaba. Se había ido, con Alfredo y Pepito, a la habitación de la señora Luisita y su hijo, que era una habitación grande, de las de dos camas. Allí se habían acomodado como habían podido. Me invitaron a que me quedara. Dije que iba a buscar a Enrique Llebot.

En la habitación de Enrique Llebot estaban Penela, Luisa Vicenta, Dorita y Teresa. Todos habían hecho como yo. Todos se habían preparado para ir a dormir y todos habían salido a ver a los demás.

—Éstas quieren pasar la noche aquí —dijo Llebot— con nosotros. No se atreven a estar solas. En la habitación casi no cabíamos. —Pueden dormir en mi cama. Nosotros nos podemos acomodar en el vestíbulo.

El vestíbulo no merecía este nombre. Era un pequeño rellano. Había un sofá. En él estaban Mateo y el otro Enrique, Pujol, el largo, y José Manuel. Todos iban en bata o albornoz.

En la cama de Enrique Llebot, las cuatro chicas no cabían. Además, solas, continuaban teniendo miedo. Salieron al rellano. Trajimos asientos y nos acomodamos. Alguno, con varias sillas, se improvisó una cama. Estuvimos largo rato hablando en voz baja, cabeceando. Unos bajaban al otro piso. Otros subían al nuestro. Toda la noche fue un continuo ajeteo, un continuo ir y venir, pero siempre con el mayor sigilo, como si temiéramos despertar al muerto, o algo parecido.

Penela se había sentado en el sofá al lado mío y había descabezado algún sueño apoyada en mi hombro. Entre sueño y sueño, habíamos cruzado algunas palabras. Su mejilla se había apoyado en la mía y yo la había besado. Mis manos habían buscado las suyas. Ella continuaba asustada. Yo vigilaba a los demás. No quería que nos vieran así, pero nadie parecía darse cuenta. Todos estábamos soñolientos, confusamente amontonados.

A la madrugada pudo más el sueño que el miedo y nos fuimos retirando a nuestras habitaciones. Yo acompañé a Penela hasta, la suya, al final del pasillo, la más apartada. Cuando me retiraba, noté el terror en su cara. Estrechándola entre mis brazos, cerré la puerta por dentro. El corazón me latía con tal violencia, que si hubiera podido escupirlo por la boca y morderlo, me hubiera quedado tranquilo.

Toda la gente de la fonda amaneció con los ojos hinchados, con cara de haber dormido poco. Pero nos íbamos recobrando. La señora Birlaque no se apartaba del lado del muerto. Demostraba gran entereza. Esta fría serenidad, y el luto, le sentaban muy bien.

La escalera que conducía al primer piso era estrecha. Hacia la mitad doblaba bruscamente, formando un reducido recoveco. El ataúd, el día anterior, lo habían pasado con relativa facilidad. Primero la caja, luego la tapa. De lado, o enderezándolo, haciendo equilibrios, pasaba. El problema consistía en saber si ahora, con el muerto dentro, pasaría. El señor Serra y el señor Capmany, que en todo se constituían inmediatamente en técnicos, decían que no. El doctor Pozo compartía este punto de vista. El señor Roviroza opinaba que se podía deslizar por la ventana, por medio de cuerdas, a la calle. Esto parecía irreverente. Se decidió probar si pasaba por la escalera. Se intentó con el féretro destapado. Probaron entre cuatro. Entre el señor Serra, el señor Capmany, el doctor Pozo y el Jaume de la casa. Al llegar al recoveco empezaron las complicaciones. Tuvieron que ponerlo derecho y apoyarlo en la pared, para descansar un rato. El muerto quedó orientado hacia el comedor, frente a la puerta de cristales que en aquel momento se abrió para dar paso al *hereu* de Can Patirem, el muchacho que estaba casado con la hija mayor de la señora Roseta y que aseguraban era el más guapo del pueblo. Se había acercado a la casa, a ver cómo iban las cosas. Lo que menos esperaba era encontrar al muerto allí derecho, como si lo aguardara. Dio un respingo y salió corriendo hacia la calle. Costó lo suyo detenerlo y convencerle de que estaban probando si pasaba por la escalera.

Por la tarde fue el entierro. El féretro fue bajado así, tal como se había intentado hacerlo por la mañana. Luego fue depositado en las angarillas y se inició el cortejo. Íbamos todos los huéspedes de Can Barral, severamente trajeados, nada de jerseys y sandalias, algunos con corbatas negras; veraneantes de la otras fondas, torres y chalets, y casi todos los hombres del pueblo, endomingados, con sus trajes de pana los viejos, con sus más o menos flamantes trajes cortados por algún sastre de Comarquinal, los jóvenes. Fue un entierro magnífico.

Las mujeres se quedaron en la fonda. La señora Birlaque alborotó y lloró un poquito cuando se llevaron el cadáver. Las demás mujeres la consolaban y también echaban alguna lagrimilla. La señora Roseta, que lloraba más que nadie, gritaba:

—*Tan bo que era, tan bo que era!*

Enrique Llebot me susurró al oído:

—Ésta aboga por su negocio.

Presidía el duelo la familia del señor Birlaque: un hermano y dos cuñados. Delante caminaba el cura con su capa pluvial, rezando y aspergeando, y el monaguillo, con la gran cruz enhiesta.

La verja del cementerio estaba mohosa. Habían cavado un hoyo en el suelo y, con

cuerdas, hicieron descender el féretro. Yo estaba acostumbrado a los geométricos nichos y a los pomposos panteones de los cementerios de la ciudad, y esta tumba me pareció poética y romántica. No estaba apesadumbrado por la muerte del señor Birlaque. No me alegraba, pero no deseaba que no hubiera ocurrido. Me acordaba de lo de Penela. Había un ciprés más alto que la tapia del cementerio. Los otros cipreses, tres o cuatro, eran jóvenes y apenas sobresalían por encima de ella. La tierra caía opacamente sobre el ataúd. El cielo estaba azul. Aún quedaba mucha tarde y brillaba el sol. Me hubiera gustado qué anoheciera y que hubiese ululado una lechuza.

El señor Birlaque, echando hacia atrás la silla, se había puesto en pie. En su cara había sorpresa, y algo de terror, y una especie de ira. Había ocurrido algo que no podía admitir. Se llevó la mano al cuello de la camisa. Nadie se movió. De un manotazo desparramó las fichas.

—¡Pido la revancha! ¡La revancha! —gritaba—. Esto no puede ser. Me he puesto nervioso. No he parado atención. He jugado de cualquier manera. He sufrido algunos descuidos. Me he distraído. Tenemos que volver a jugar. Es preciso jugar una nueva partida. Ahora, no. Luego, por la tarde, o por la noche, o mañana; cuando usted quiera.

Se volvió hacia los señores Serra y Capmany.

—Ustedes harán otra vez de jueces, como ahora. Supongo que no se negarán. Asintieron con la cabeza, que sí harían de jueces; que no, que no se negarían. Estaba fuera de sí.

—Nunca me había ocurrido. Nunca había sufrido una derrota tan afrentosa. No me explico cómo ha sido. ¡Hay que jugar la revancha, la revancha!

Se fue calmando poco a poco. Nadie decía nada. Pero continuaba nervioso. Se apretaba las manos, se las retorció.

—Es afrentoso. Estaba seguro de ganar, de empatar por lo menos. Poseo más facultades que usted. Estoy más preparado. La primera partida me ha desorientado. Tengo que tranquilizarme. La próxima vez jugaré más precavido, iré con pies de plomo. Haremos una partida, una única partida que valdrá por todas.

Volvió a dirigirse a los señores Serra y Capmany.

—Ustedes serán los jueces.

Y luego:

—Podemos hacer esa partida, el desquite, esta misma tarde. Usted, señor Muñoz, no puede negarse. Usted es un caballero y sabrá comprender, portarse como tal. Usted se ha dado cuenta de que no he jugado como es debido. Usted debe darme una satisfacción. Usted...

Lo cogió súbitamente por los hombros y vociferó:

—Hemos de volver a jugar, ¿me entiende?

Armando Muñoz se echó hacia atrás. Apartó al señor Birlaque. Se lo sacó de encima como pudo y le dijo que no, que no jugaba más, que no-le-da-ba-la-ga-na, ¡ea!

Barcelona, 31 de agosto de 1959



FRANCISCO CANDEL. (Casas Altas, 1925 - Barcelona, 2007) Escritor español. Su familia se trasladó a Barcelona cuando era aún niño, lo cual le permitió conocer de cerca los problemas de los suburbios proletarios de las grandes ciudades. En el caso de Barcelona, la inmigración proveniente de otros lugares de España durante los años cincuenta planteó problemas adicionales, como los de su integración en la población catalana residente y su aceptación por parte de ésta.

Candel hizo suyas estas preocupaciones, convirtiéndolas en materia literaria. Esta temática provocó la censura o la prohibición de muchas de sus obras por parte de la dictadura franquista. Candel publicó tanto obras en castellano como en catalán, estas últimas en traducción de Ramón Folch.

Su obra más conocida es el ensayo-reportaje *Los otros catalanes (Els altres catalans, 1964)*, que fue fundamental para que la sociedad se apercebiera de la situación que se estaba generando al aglutinar a los inmigrantes en las afueras de la ciudad de Barcelona. De este libro se realizaron numerosas reediciones y dio lugar a dos secuelas: *Encara més sobre els altres catalans (1973, Todavía más sobre los otros catalanes)* y *Els altres catalans vint anys després (1985, Los otros catalanes veinte años más tarde)*, en traducción de Estanis Puig.

Aunque algunos de sus restantes libros pertenecen a este mismo género periodístico: —*Parlem-ne (1967, Hablemos de ello)*, recopilación de artículos en la prensa, *A cuesas con mis personajes (1975)*, *Un charnego en el Senado (1979)*, *El Candel contra Candel (1981)*, *Aquella infància esvaïda (1987, Aquella infancia desvanecida)*

— otros se enmarcan plenamente en el género de la novela: —*Hay una juventud que aguarda* (1956), *Donde la ciudad cambia su nombre* (1957), *Han matado a un hombre, han roto el paisaje* (1959), *Los que nunca opinan* (1971) o del cuento: *Trenta mil pessetes per un home* (1968, *Treinta mil pesetas por un hombre*) y *Fem un pols, Hemingway* (1980, *Hagamos un pulso, Hemingway*).

Sus últimas obras fueron *El juramento y otros relatos* (1987), *La nova pobresa* (1989, *La nueva pobreza*), *Crònica informal, sentimental i incompleta 1936-1986* (1992, *Crónica informal, sentimental e incompleta 1936-1986*), libro de memorias, y *Un Ayuntamiento llamado «ellos»*. Candel mantuvo asimismo una actividad destacada en el mundo de la política activa de izquierdas, siendo senador en las filas del partido Entesa dels Catalans (1977-1979) y concejal de cultura del Ayuntamiento de Hospitalet de Llobregat, Barcelona (1979-1983).

Notas

[1] Más adelante pude comprobar que la exclamación de júbilo o de sorpresa de las mujeres de aquel lugar era: «Guaita, guaita!» Sólo que en lugar de decir: «Chirriíí, chirriíí!» decían: «*Mare de Déu, Mare de Déu!*» <<